

Ojalá no
fuieras tú



Beatriz Gant

OJALÁ NO FUERAS TÚ

BEATRIZ GANT

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Ojalá no fueras tú*

© *Beatriz Gant*

Primera edición en diciembre 2015

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Edición y maquetación: *Alexia Jorques*

Ojalá no
fueras tú

Beatriz Gant

El amor es un misterio. Todo en él son fenómenos a cuál más inexplicable; todo en él es ilógico, todo en él es vaguedad y absurdo.

Gustavo Adolfo Bécquer.

Índice

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

Érase una vez, en un pueblo de montaña de cuyo nombre prefiero no revelar, una mujer aún en pijama y con lagañas en los ojos se sentaba en un sillón al lado del ventanal y con una libreta en la mano se disponía a contar una historia.

Bueno, estoy por tachar el primer párrafo, así no se empieza un prólogo ¿o sí? Al fin y al cabo lo que tienes entre manos es un libro, un cuento y ya no solo por la historia que relata, sino el proceso de la misma autora hasta llegar aquí.

A Bea la conocí a través de su blog, la pasión por la romántica nos unió y poco a poco nos fuimos conociendo, estrechando el cerco hasta llegar a este punto donde día a día vamos escribiendo, compartiendo y aprendiendo juntas.

Tengo la suerte de haber vivido el nacimiento de esta historia desde que era tan solo un esbozo; de esta escritora cuando solo era un sueño, una ilusión. Todo este proceso me ha hecho revivir momentos que son inolvidables y que, cuando eres la protagonista, los nervios hacen que no puedas vivirlos al cien por cien. Por eso desde aquí le doy las gracias a Bea por dejarme participar en todo el proceso y disfrutar al máximo que la perspectiva y la antigüedad otorga. Los nervios, esa ilusión mezclada con el canguelo de si realmente juntas solo palabras o llegas a transmitir todo lo que deseas.

Encontrarnos en Barcelona después de meses y verla emocionada perdida al tener ya todas las piezas del puzzle. El rompecabezas de la trama.

La ilusión, el miedo, la incertidumbre... el leer y releer.

El subidón al poner la palabra fin.

Los nervios esperando las respuestas de los lectores cero.

Dudar de lo escrito, modificar, corregir y volver a escribir.

El comecocos de la autopublicación.

Hasta el calvario de encontrar la imagen perfecta para la portada.

Me queda hablaros un poco de *Ojalá no fueras tú*, pero esta esta historia de amor esconde tanto en su interior que me da miedo chivarle de algo sin darme cuenta. Trata de segundas oportunidades, de cómo el odio puede cegar y de cómo el amor puede hacer desvanecer esa ira.

De querer vivir la vida y no solo contemplarla de lejos.

De creer en los dictados del corazón y no dejarse llevar por prejuicios.

De ambiciones y luchas de poder.

De problemas del mundo, de sobrevivir *versus* consumismo.

Y ya no os digo más porque sé que al final acabarás peleando con Jon y enamorándote como Laura.

Espero no haberme alargado mucho, ya solo queda despedirme.

A ti lector decirte que disfrutes de esta novela como si fuera un bombón, a mordiscos pequeños para que se disuelva lentamente en el paladar.

A Bea, nunca tendré palabras suficientes para agradecerte tu apoyo en mis principios como escritora. Te deseo una aventura literaria con muchísimos “fin” y todos ellos llenos de éxito. Gracias por dejarme formar parte de esta experiencia tan especial.

Un abrazo enorme. Nos leemos.

Pueblo de montaña, domingo por la mañana.

Dona Ter

LAURA

Mi habitación es un lugar frío, inhóspito, solitario, cruel... Y todo porque él ya no está, se fue sin decir nada, sin dar más explicaciones que una burda excusa de un viaje de trabajo que tenía que hacer. Era mentira, lo supe en cuanto me lo dijo, mis peores presagios se confirmaron cuando leí la nota que dejó encima de la mesa de la cocina antes de marcharse. Apenas unas líneas.

“Laura, quiero el divorcio. No me llames, no me busques, no te pongas en contacto conmigo, nos vemos en el juicio”.

Ésa fue toda su explicación. Casi tres años de relación acababan de un plumazo con una nota rápida, el armario sin su ropa y mi corazón hecho trizas. El final de una historia que comenzó un sábado de primeros de octubre del otoño de 2011. Hacía un día helador, con un viento muy molesto y el cielo amenazaba lluvia de un momento a otro. Era uno de esos sábados por la mañana en los se respira un ambiente perezoso hasta bien entrado el medio día en los que parece que hasta a los pájaros les da pereza volar del frío que hace. La calle estaba despejada, las tiendas sin gente y el pulso siempre frenético de Madrid estaba detenido.

El reloj marcaba las once de la mañana cuando iba de compras por la calle Serrano. Aunque no era lo más habitual en mí (ir por la mañana de compras), ese día era una excepción. Me lo merecía después de que las negociaciones con los clientes americanos hubieran ido muy bien y que, gracias al trabajo que habíamos realizado en mi departamento, la empresa fuera a conseguir un importante contrato que iba a traer unos cuantos ceros a la cuenta de resultados. Por eso, darme un capricho era lo menos que podía hacer. A pesar de la hora que era, ya había entrado en las tiendas más exclusivas de la capital: *Chanel, Versace, Guess y Hoss Intropia*... Unas botas altas con el bolso a juego escandalosamente caros habían sido mi recompensa. Al salir de una de las tiendas vi en una esquina un chico de más o menos mi edad (veintiséis le calculaba) sentado en la acera, con la mirada fija en el suelo y un sombrero enfrente para pedir limosna. Vestía ropa vieja, barba larga y parecía que llevaba varios días sin ducharse. Para no sentirme mal después de todo el dinero que me había gastado, saqué del monedero unas monedas y se las di.

Pasó bastante tiempo, calculo que un par de meses, hasta que volví a ir de compras. Al pasar por aquella esquina y mirar hacia un lado, recordé que era el mismo chico de entonces y le volví a dar dinero. Como esta vez no tenía monedas dejé en su sombrero un billete de diez euros. Una limosna muy generosa, pero con mi sueldo me lo podía permitir.

Volví el siguiente sábado y el siguiente del siguiente, y el siguiente del siguiente del siguiente. No sé por qué, pero había algo que me impulsaba a ir cada sábado por esa misma esquina y que se repitiera la misma escena: pasaba con apariencia despreocupada, me paraba enfrente de él, abría la cartera y le daba dinero. Unas veces más, otras menos, pero nunca menos de la cantidad que le di el segundo día. No oía un gracias, tampoco me miraba, parecía como si no existiera... Después de pasar cuatro sábados seguidos por el mismo lugar repitiendo exactamente los mismos movimientos, ya empezaba a estar molesta con ese chico. Hasta que por fin, el cuarto sábado que pasé, algo cambió. Escuché un débil gracias y le miré en el mismo momento que levantaba la cabeza hacia a mí y vi unos profundos ojos grises. No sé qué pasó, cuando lo hice, noté como si el tiempo se parara, dejó de hacer frío, el viento gélido amainó, e incluso creí ver como se abría un claro en cielo. Su mirada era la de alguien derrotado, pero que se mantenía orgulloso, altivo. Solo fui capaz de murmurar un tímido “de nada”, aunque después de decirlo empecé a sentirme incómoda. Una parte de mí quería seguir hablando con él, pero la otra no se atrevía. Sonreí débilmente y me despedí con la mano como si fuera una niña pequeña que saluda a un desconocido desde el coche de su padre.

De nuevo al siguiente sábado volví a pasar por la misma esquina: abrí la cartera, algo más insegura que las anteriores ocasiones, cogí el billete y me agaché —era una novedad—, lo dejé suavemente dentro del sombrero, lo que me permitió verle más de cerca.

—Hola —dije.

—Hola. Gracias por el dinero.

—De nada. No es ninguna molestia — sin saber muy bien cómo me di cuenta de que le estaba tendiendo mi mano—. Me llamo Laura.

—Hola Laura —respondió él. ¿Es que no pensaba decirme nada? Me pregunté molesta.

—¿Y tú eres...?

—¿De verdad le interesa mi nombre, señorita? —preguntó el rostro sin nombre.

—¡Claro! Si no, no estaría preguntándotelo.

—Mi nombre es Jon.

Una voz me saca de mis recuerdos. Eran tan reales que porque sé que ocurrieron hace mucho tiempo, sino diría que estaban ocurriendo frente a mis ojos.

—Laura, ¿estás lista? —me pregunta mi madre, Natalia.

—Sí —respondo algo confundida.

—Vamos, que Roberto nos está esperando en el coche —coge mi mano y le agarra de su brazo—, ¿nerviosa?

—Un poco —reconozco.

—Tranquila, todo irá bien.

—Eso espero.

—Confía... —esbozo una sonrisa inquieta.

JON

—Mañana es el día, ¿estás seguro? Todavía puedes dar marcha atrás. Piénsatelo bien, que te vas a arrepentir...
 —No empieces de nuevo, la decisión está tomada, ya lo sabes.
 —Ayer me dejaste muy preocupado, tenías muy mal aspecto.
 —Tranquilo, estoy bien.
 —De acuerdo, no insisto más. Te deseo suerte y cuídate mucho.
 —Gracias, te llamo cuando salga.
 —La esperaré. Un abrazo.
 Cuelgo el teléfono.

Estoy en la habitación de mi apartamento. Me arreglo la corbata enfrente del espejo que hay al lado del armario. Me fijo en mi aspecto, el traje caro me sienta muy bien. Me acabo de afeitarme y llevo mi pelo negro engominado hacia atrás, lo tengo bastante largo, me llega hasta casi los hombros.

No soy amigo de las cremas así que me he tenido que duchar con agua helada para quitarme el cansancio y tener un aspecto más saludable. Todo para tratar de disimular que llevo días comiendo mal y que apenas duermo desde hace una semana. Hoy más que nunca tengo que dar buena imagen.

Tengo una mezcla de sensaciones contradictorias. Por momentos estoy contento, feliz de que haya llegado este día y en otros siento que me muero por dentro. Las mentiras, el pasado y las circunstancias fueron demasiado. Yo fui demasiado.

Detrás de esta apariencia de hombre decidido que refleja el espejo, no puedo evitar sentir que algo no encaja. Aunque con el día de hoy se cierra una etapa y por fin mis muertos podrán descansar en paz, me siento más vacío que nunca, ni siquiera cuando ahogaba mis penas en alcohol me sentía como hoy. Debería estar feliz, pero algo me dice que pare todo esto, que todavía puede que exista la posibilidad de arreglarlo de otra manera. No paro de preguntarme: ¿de verdad ha merecido la pena? ¿Estoy haciendo lo correcto? Creo que últimamente he visto demasiado a Gregorio, ha hecho que empiece a tener dudas absurdas. Necesito desechar esos pensamientos, no me llevan a nada.

Me repito una y otra vez que es porque por fin se hace justicia. Prefiero arrepentirme de lo que hago por la memoria de mis muertos que lo que dejo de hacer por los vivos. Hace muchos años que estoy muerto en vida. Soy un espectro. He esperado desde hace mucho tiempo este día y no se pueden ir al traste por las dudas de última hora. Hoy por fin se ajustarán las cuentas, aunque sé que nunca ocurrirá nada que satisfaga insaciable sed de venganza. No puedo parar. No voy a parar. Prefiero morir haciendo justicia que vivir dejando que gane el Mal. Algún ingenuo podría decirme que yo no estoy capacitado para decir qué está bien y qué está mal, pero ese infeliz no sería capaz ni siquiera de imaginar lo que sentí con sus muertes y la de Mónica... Ellos son la razón por la que he llegado hasta aquí, hasta casi rozar la victoria con los dedos, y ahora, más que nunca no puedo fallarles. No puedo fallarme.

Me miro otra vez en el espejo y repaso un mechón que no ha terminado de quedar bien peinado, cuando estoy satisfecho con el resultado, salgo de la habitación y voy a la cocina. No tengo hambre, pero aún así me obligo a tomar un café que consiga terminar de despertarme. He quedado con Berta, mi abogada, a las ocho de la mañana en una cafetería cercana a los juzgados de Plaza de Castilla. Dice que es lo recomendable en estos casos. Tenemos que repasar mi declaración y ensayar una vez más las respuestas que cree que me hará el abogado de la otra parte.

Cuando llego al local media hora más tarde la veo de pie al fondo de la barra con una taza de café en la mano mientras lee el periódico del día. Está tan distraída que no se ha dado cuenta de que estoy a pocos pasos de ella. Es una mujer bastante atractiva, de complexión delgada, tiene el pelo corto y no es demasiado alta. Cuando me ve, cierra el periódico y deja la taza en el platillo que hay encima de la barra. Nos saludamos con dos besos. Está nerviosa y trato de tranquilizarla, haré todo bien. Me mostraré como el marido deshecho que ha tenido que presentar una demanda de divorcio porque ya no soporta más a la loca de su mujer.

Las directrices son sencillas: ser correcto, no faltar el respeto al tribunal y tampoco al resto de presentes en la sala, mostrarme abatido y ser condescendiente sin que se me note. Respiro hondo, yergo la espalda, levanto la cabeza y pongo mi mirada de triunfador. Yo puedo hacerlo, voy a hacerlo. Salgo con fuerzas renovadas de la cafetería, más seguro que nunca de lo que voy a hacer.

Después de unos minutos de callejear, llegamos a la puerta de nuestro destino, el juzgado. Hombres y mujeres que entran y salen del edificio en una locura controlada. Unos muy seguros de sí mismos van con prisa con sus clientes tratando de seguir su paso frenético. Dentro, la escena es diferente, mientras espero en la cola para pasar el control de policía me fijo que hay otros muchos abogados mucho más inseguros. Ésos mismos van de un lado para otro preguntando a unos y a otros, e incluso a veces dan vueltas en círculos. Me dan lástima, seguro que se enfrentan a su primer juicio o son becarios. Ellos solos se han metido en un océano lleno de tiburones, sin todavía ser capaces de mantenerse a flote, que así es como me imagino a los abogados.

Me quito el cinturón y dejo el maletín encima de la cinta de rayos X para pasar el control de seguridad. Veo a Berta en el otro lado que ya se ha puesto la toga, llego hasta su lado y la sigo, vamos en silencio. Subimos hasta la primera planta por las escaleras, giramos a la derecha y nos paramos enfrente de la puerta donde se va a celebrar el juicio. Hemos llegado con bastante tiempo de antelación. Berta dice que le gusta llegar antes que la parte contraria, a los jueces les agrada la puntualidad. Presentarse el primero en un juicio es como el que en una pelea da el primer golpe, ya le podrán tumbar en el suelo, pero el primer impacto lo ha dado él.

A los diez minutos veo aparecer a la que todavía es mi mujer, acompañada por su madre Natalia y por su amiga Patricia de la que va agarrada de su brazo. Por su actitud veo que Laura está inquieta, se siente fuera de lugar, extraña. No es para menos, yo me encuentro exactamente igual que ella. La conozco y sé que si pudiera huir lo haría, hay una pequeña parte de mí que también desearía hacerlo.

Detrás de ellas se acercan un hombre y una mujer que llevan puesta la toga. Ahora que están más cerca y que están a punto de entrar en la sala, reconozco al hombre, es Roberto, un amigo de Laura que durante un tiempo también lo fue mío, en concreto hasta que le pedí el divorcio. Ella le pidió ayuda, mi falta de explicaciones y evasivas fueron determinantes para que él al igual que todos los demás, se alejara de mí. A la mujer que también lleva toga no la reconozco, Berta me dice que es la procuradora.

Laura, se quita las gafas de sol y veo que tiene los ojos rojos, la nariz hinchada y la cara descompuesta. Me mira y trata de reprimir las lágrimas con un *clínex* que lleva arrugado en la mano. No quiero, no debo, no está bien, una cosa es imaginar este momento y otra cosa vivirlo. Estoy en un callejón sin salida, por un lado sé que estoy haciendo lo que tengo que hacer, pero a la vez hay algo dentro de mí que se rompe y me aprisiona el pecho. No quiero mirar, pero a la vez no puedo dejar de hacerlo, yo soy el único responsable de esas lágrimas, del dolor que le estoy causando. No aguanto más, como siga más tiempo aquí voy a acabar flaqueando y soy capaz de cometer cualquier tontería. Decido ir al baño, me encierro en una cabina y me permito un momento de debilidad. Llora, llora como no lo hacía desde hace años, esta angustia me puede, me quema por dentro. Si realmente pudiera hacer lo que quiero hacer, si las circunstancias fueran otras, saldría de aquí e iría al pasillo, me cargaría a Laura al hombro y saldría huyendo con ella del juzgado. Secaría beso a beso esas lágrimas y las transformaría en lágrimas de felicidad, sé que me ama, sé que a

pesar de todo lo sigue haciendo.

Descarto el pensamiento, no va a suceder, sé que no lo voy a hacer. Quito el pestillo, cojo un poco de papel higiénico y me lo guardo en el bolsillo del pantalón del traje. Me lavo la cara por, ¿cuánto? ¿Cuarta vez en esta mañana? Ya he perdido la cuenta la de veces que he tenido que refrescarme así para tratar de apartar pensamientos que hoy no debo tener, me seco y me dispongo a salir de nuevo al pasillo, cuando la puerta se abre de repente veo que es Roberto, no me dice nada, pero su mirada lo dice todo... y no es para menos.

Cuando salgo del baño veo a Berta, que está esperándome en el pasillo nerviosa, tiene miedo de que algo salga mal. El recuerdo de hace dos noches la perturba, sabe que tiene una responsabilidad mayor, no solo se juega el puesto como mi abogada, también se juega el de mi cama. No hay margen de error. Tiene que salir todo perfecto. No me conformaré con menos. Si sale algo mal, será solo culpa suya. Soy el cliente, y por lo tanto siempre tengo la razón. Yo pago por resultados, no por servicios. Si me diesen igual podría haber llamado a cualquier abogado de barrio con una minuta modesta y no a uno de los mejores despachos de Madrid. Tengo dinero, puedo permitírmelo.

Se acerca disimuladamente a mí y me toca el pecho con la mano mientras me mira con los ojos cargados de deseo. En mí solo encuentra unos músculos duros y fríos. No siento nada por ella, no siento nada por ninguna otra mujer que no sea la que tengo enfrente de mí completamente deseada, y ni siquiera a ella la amo. Me repito una y otra vez que solo amé una vez y fue a Mónica, mi novia de la universidad. Me reitero como un mantra que con mi casi ex-mujer sí he sentido atracción, lujuria, pasión, pero no amor. Aún así no puedo evitar sentirme como el cerdo que soy.

Aparto disimuladamente la mano de mi abogada de mi pecho y pongo distancia con ella. No quiero que Laura, la única mujer que realmente me importa en este juzgado piense que no sé estar en una situación como ésta. Bastante tengo con que piense que quienes le advirtieron sobre mí tenían razón. Intenté apartarlos de mi camino, pero no pude hacerlo del todo. Aún así ella se fió de mí, creyó en mi palabra tanto que llegó a casarse conmigo a pesar de que su entorno era reticente a ello. Estoy seguro de que para ella el día de nuestra boda fue el más feliz de su vida; para mí también, pero por motivos muy distintos. Por eso, no quiero que ella vea ningún tipo de coqueteo entre Berta y yo para no añadir uno más a mi lista interminable de pecados. Es tan larga que cualquier persona normal necesitaría varias vidas para comerlos todos, a mí poco menos de tres años me ha bastado.

La miro de nuevo, está algo más calmada. Me devuelve la mirada intensamente y me suplica sin palabras que la saque de aquí. Ni siquiera es capaz de odiarme en este momento y yo a ella tampoco. No la odio. Sé que es una buena persona y que no tuvo la culpa de nada, pero no puedo impedirlo. Ella no es más que una ficha del tablero de ajedrez, solo que ella, sin saberlo, es la pieza clave. Cuando tenga todo lo que me pertenece por derecho le contaré toda la verdad. Entonces le diré quién soy, antes no, se podría ir todo al traste y no he llegado hasta aquí para tirarlo todo por la borda. Por eso aparto la mirada hacia la pared de cristal que da a la calle. Necesito serenarme de nuevo, no puedo perder la calma que recuperé hace unos instantes en el baño. Tengo que hacerlo bien, me repito. “Jon, no puedes fallar, estás aquí, tienes que hacerlo bien”. “No te dejes guiar por tus sentimientos”. “Recuerda el pasado Jon, se lo debes a ellos y a Mónica, se lo debes a tus recuerdos”. “Quienes te arrebataron todo se merecen tu venganza Jon, ella es la única manera de vengarte”.

Cuando hacen daño a los que quieres preferirías ser tú quien lo sufriera y eso genera dolor, rabia, impotencia... La única forma que tengo de devolver parte del dolor que me ha causado la familia Norton es a través de Laura, solo que, aunque me cueste reconocerlo, yo también sufro. No me importa, me iría gustosamente al más horrible de los infiernos con tal de arrastrar conmigo a esa familia. Fueron ellos quienes me quitaron todo. Me despojaron de una vida tranquila, feliz junto a mi familia y mi novia; me arrojaron a soledad, miseria y humillación. Justo cuando estaba empezando la mejor época de mi vida me arrebataron todo de la peor manera, sin avisar. No tuve tiempo de despedirme de ellos, de decirles que les quería, que les quiero, que fueron los mejores padres y la mejor pareja. No pude pedirles perdón por mis errores. No pude darles el último abrazo, el último beso. Me los arrebataron de un plumazo como si la vida de las personas no valiera nada, como si las personas no fueran importantes.

Me dejaron solo y todo, ¿por qué? ¿Para qué?... Me hago estas preguntas sin acertar a saber cuáles son las respuestas y eso es lo que más me duele. La incomprensión, las plegarias a un dios que no escucha, que ayuda a quien no la necesita, que castiga al débil y al que no tiene nada. Recuerdo la impotencia que sentí durante los años que estuve viviendo entre cartones por no poder cambiar nada. Trataba de no recordar un pasado feliz, eso dolía aún más y tenía que sobrevivir entre gente de la peor calaña, pero los recuerdos volvían de improviso en el peor de los momentos. Momentos que ya nunca más volverán, que no se repetirán, ni entonces ni ahora, por eso estoy aquí. Nunca, jamás el dolor que cause en la familia Norton será suficiente.

LAURA

Hoy, como los anteriores sábados, he vuelto a venir por la esquina de Jon. Durante toda la semana me repito una y otra vez “Laura, el sábado no vas a ir por la esquina. No se te ha perdido nada, no le conoces y puede meterte en problemas”, pero cuando llega el jueves empiezo a flaquear y el viernes hablo frente al espejo repitiéndome que voy porque me parece simplemente buen chico y que en cualquier momento podría dejar de verle sin problema, y el sábado por la mañana me veo enfrente de mi vestidor eligiendo ropa para volver a verle. No puedo dar una explicación razonable del por qué, pero siento la necesidad de verle cada sábado a la misma hora, las once de la mañana.

Tardo más de diez minutos en convencer a Jon de que me deje invitarle a tomar un café. He conseguido hacerlo diciendo de que no me daba ninguna pena, que al fin y al cabo no le conozco de nada y que es porque me apetece un café y me da corte tomármelo sola en la cafetería. Cuando se levanta de la acera deja sus escasas pertenencias para evitar que le quiten el sitio. Solo puede estar fuera diez minutos, ni un minuto más. Accedo, al fin y al cabo “me da mucha vergüenza tomar un café sola”. Subimos por la calle Goya, que poco a poco se va llenando de gente y va recuperando su pulso normal, entramos en una cafetería que hace esquina: abre la puerta y me deja pasar primero. No me importa quién me pueda verme aquí con él. Es un mendigo, sí, pero seguro que es una buena persona, y si está viviendo en la calle, es porque algo muy grave le habrá ocurrido.

Nos dirigimos hacia la barra y pido dos cafés y un cruasán. Le digo que vaya cogiendo mesa, no sin antes preguntarle.

—¿Qué mermelada prefieres fresa o de melocotón?

—Melocotón —contesta mientras se sienta.

—Vale —pago y cojo los dos cafés que dejo con cuidado en la mesa y vuelvo a por el plato con el cruasán, cuatro paquetitos de mermelada y cuatro de mantequilla. Me siento enfrente de él de cara a la ventana. Pienso que seguramente no habrá desayunado todavía y no voy a preguntarle, pero mi filtro cerebro-boca falla y me oigo preguntar:

—¿Habías desayunado ya?

—No —confiesa—. Me he despertado un poco más tarde de lo normal.

—Vaya... —digo sin saber muy bien qué decir, pero mi boca chancla vuelve a aparecer y pregunto

—¿Y eso?

—¡Qué rico está todo! —cambia de tema.

—Me alegro de que te guste —sonríe sincera.

—Gracias. De verdad, no tendrías que haberte molestado. Me he fijado que vienes mucho por la esquina en la que estoy, ¿vives por aquí? —me sorprende que sea tan directo y que se haya fijado en mi rutina de mis últimos sábados. Me siento un poco intimidada, apenas le conozco no quiero darle mucha información, pero no puedo no responder.

—Sí —miento. El desayuno y la residencia de cada uno no son temas cómodos para hablar. La realidad es que aunque mis padres y también gran parte de la gente que conozco viven en este barrio, yo vivo en las afueras. Desde la segunda vez que le vi he adoptado una nueva costumbre, la de venir a ver a mis padres todos los sábados para pasar por su esquina y darle dinero. Lo cual es absurdo ya que veo a mi padre todos los días en el trabajo, con mi madre y mi hermana quedo de vez en cuando para ir a un *spa* o cualquier nueva actividad que podamos hacer juntas.

—Vivo por esta zona, los sábados por la mañana tanto en verano como en invierno suelo ir a dar una vuelta al Retiro y después me suelo sentar debajo de un árbol a leer hasta la hora de comer —improviso una excusa tan elaborada que hasta casi me la creo yo también si no fuera porque es mentira. Es cierto que me gusta leer, pero en casa debajo de una manta frente a la chimenea con calcetines gordos y con una luz indirecta que ilumine el libro.

—Pero, ¿no hace mucho frío para que lo hagas también en esta época?

—Sí, pero como ves —señalo el abrigo que he dejado en la silla de al lado de la que estoy sentada, voy bien abrigada y además necesito que el sol me dé en la cara, me carga las pilas.

—Entiendo —termina de tomar el café en silencio. Somos dos desconocidos que no tenemos nada que contarnos, así que aprovecho este instante de tranquilidad para pensar. Me fijo en que la cafetería poco a poco se ha ido llenando. Van pasando los escasos minutos sin darnos cuenta.

Me sorprende cuando interrumpe el silencio y me confiesa que se resistió tanto porque no quiere dar pena a los demás. Supongo que debe ser un mecanismo de autodefensa que tiene quien ha sufrido mucho. Me doy cuenta de que estoy conjeturando demasiado cuando apenas le conozco. Jon me confirma que mi intuición es cierta. No quería que le invitara a un café porque la lástima es el peor de los sentimientos que se puede generar en alguien. Cuando se está en su situación y se llega a ese punto la persona deja de ser autónoma y se convierte en un ser sin vida, sin personalidad propia. Cuando no se tiene nada, lo único que queda es el orgullo. Puede que tenga razón, tengo que madurar más esa idea.

—Bueno, Laura —interrumpe mis pensamientos que de nuevo han empezado a divagar—, muchas gracias por el café y el bollo, pero no quiero robarte más tiempo de tu lectura de sábado. Yo ya debería volver a mi esquina si no quiero que me quiten el sitio. Aunque no lo creas has hecho mucho más por mí que mucha gente. Hasta otro día.

—Hasta luego —contesto mientras extendiendo la mano muy profesional y me da la suya.

Algo pasa, me mira a los ojos y siento un escalofrío, no de miedo, sino de placer. Su mirada es intensa, perturbadora, abrasadora, siento una breve conexión que sin duda no será capaz de olvidar. Él es el primero en recuperar algo de cordura y aparta su mano de la mía mientras yo comienzo a sentirme fuera de lugar. Ahora no sé si ha sido tan buena idea invitarle a tomar un café, hace diez minutos no contaba con que sucediera esto. Tras el momento de confusión que creo que él también ha sentido, lo veo salir por la puerta de la cafetería. Algunos clientes me miran confusos y los camareros me lanzan miradas curiosas de manera mal disimulada. No me importa lo que puedan pensar, no tengo nada que ocultar, más bien ellos deberían sentir vergüenza por no hacer algo que yo sí he hecho y que si él acepta repetiremos la semana que viene aunque todavía no sea capaz de identificar lo que acaba de pasar hace un momento. Ya no tengo dudas, volveré el próximo sábado por su esquina para invitarle a un café, otra vez aparentaré y diré a mis padres que vengo a recoger los *tuppers* para toda la semana porque mi madre cocina mejor que yo. De nuevo vendré y haré lo mismo.

JON

- Tenemos que ir pasando a la sala —me dice Berta.
—Sí, vamos, detrás de ti —hago un gesto galante con la mano.
—Gracias —pasa por delante de mí con una sonrisa triunfante cuando roza de manera nada casual mi entrepierna.
—¿Dónde me siento?
—Te tienes que sentar en la fila de asientos situada frente al estrado, yo lo haré a la derecha de la mesa central, y la procuradora a mi izquierda.
—Muy bien.

Las filas de asientos están divididas por un pasillo, me siento en la primera fila y al otro lado de la sala veo a Laura sentada en la última fila en el asiento que está pegado a la pared. Esta vez, me permito recorrerla de arriba a abajo con la mirada y me fijo en su ropa, va vestida entera de negro. El jersey le marca sus voluminosos pechos, no lleva ni una gota de maquillaje y aun así, estando ojerosa, está muy guapa. Sus preciosos ojos azules brillan, pero no de felicidad sino de haber llorado hace muy poco tiempo. Su madre y su amiga están con ella tratando de animarla de manera inútil. Parece como si Laura estuviera en un funeral y en cierto modo es así, estamos asistiendo al funeral de nuestro matrimonio. Vamos a ser testigos del fin lento y doloroso de nuestra vida común. Yo me he propuesto desplumarla, quitarle todo, lo quiero que tenga un solo euro tras nuestro divorcio. Cuando me ven que las estoy observando, sonrío socarronamente y hago un gesto de saludo con la mano. Sé que eso ha dolido. Un gesto tan infame que ha ido a darle donde más duele. Soy un maldito mal nacido.

Entran un hombre y una mujer vestidos con togas, observo que a diferencia de los abogados, las suyas llevan empuñaduras. La jueza pregunta a mi abogada y a Roberto si hay posibilidad de acuerdo. ¿Acuerdo? ¡Ja! Ni de broma. No después de todo lo que he pasado para llegar hasta aquí. He invertido demasiado tiempo, dinero y energía como para conformarme con menos de lo que merezco. Lo quiero todo, es mi derecho.

Empiezo a recordar la razón fundamental de por qué estoy aquí, por mis padres y por ella, por Mónica. Una chica preciosa morena de ojos marrones, labios carnosos, cuerpo curvilíneo y una belleza tan racial que era capaz de dar envidia a la mujer más guapa de Andalucía. La conocí en primero de carrera, formábamos parte del mismo grupo de amigos. Al principio éramos muchos y no se fijó en mí, pero a medida que el grupo iba reduciéndose nuestra amistad se fue estrechando hasta que le pedí salir. Nos pasábamos las horas muertas el uno con el otro en los intercambios de clase y también cuando quedábamos todos juntos. Me encantaba mirarla. Ver su risa, lo nerviosa que se ponía cuando le preguntaban algo en clase y a la vez lo guerrera que era fuera de las aulas. Me gustaba de ella esa doble personalidad que mostraba y me hacía gracia la manera en la que bajaba las escaleras, dando pequeños saltitos. Bonita, ése era el adjetivo que me venía una y otra vez a la mente cuando la miraba.

Salgo de mi ensimismamiento, una señora con apariencia adusta me indica que me siente en una silla solitaria que hay en medio de la sala con un micrófono delante. Roberto empieza con el interrogatorio.

- Señor Artetxe, ¿es cierto que usted ha estado viviendo con la señora Norton los dos últimos años?
—Sí, lo es.
—¿Durante cuánto tiempo han estado casados?
—Algo menos de dos años.
—¿Y quién pagaba las facturas?
—Al principio ella, mi sueldo no daba para mucho.
—¿Cuándo empezó a contribuir en la pareja?
—Cuando me ascendieron.
—O sea que la señora Norton al principio le pagó todos sus gastos...
—No, yo no he dicho eso —me enervo—. Ella pagaba más porque cobraba más.
—¿Cuándo fue la última vez que hicieron un viaje juntos?
—No lo sé con exactitud. Creo que hará como unos dos meses o así.
—¿Y no es mucha casualidad que justo después de un viaje aparentemente maravilloso decidiera pedir el divorcio?
—No porque nuestra relación ya no funcionaba desde antes.
—Las fotos que compartieron en las distintas redes sociales indican lo contrario de lo que está afirmando —Roberto muestra unas fotos nuestras donde salimos con actitud cariñosa—. ¿Se llevaban mal en esta foto?
—Sí.
—¿Y en ésta? —enseña una en la que salgo mirando con cara embelesada a Laura mientras duerme en la habitación de nuestro último viaje juntos en el hotel de Bora Bora.

—La hice porque me parecía una foto artística muy bonita. La luz, los colores marrones de los muebles...—me empiezo a tensar. He buscado la primera excusa razonable que se me ha pasado por la cabeza. No tengo ni idea de fotografía. No sé si es artística o una foto mala, simplemente la hice porque fue un impulso. Cogí la cámara, la dejé encima de una estantería y puse el temporizador. Fui corriendo hasta el otro lado de la cama, me senté sobre las rodillas y apoyé los brazos encima de la cama. Justo en el momento en el que el disparador hacia la foto estaba admirando lo guapa y frágil que parecía durmiendo la siesta abrazada a la almohada con el pelo cayéndole suavemente sobre los hombros y con la boca ligeramente abierta.

- ¿Está seguro?
—Sí, no he estado más seguro de nada en toda mi vida. Nuestra relación funcionaba mal y quien diga lo contrario miente.
—Señor Artetxe —interviene la jueza— en las próximas respuestas, límitese a responder sí o no a las preguntas del abogado. No hace falta que dé detalles innecesarios.

- Disculpe, señoría.
—Aceptadas. Continúe el interrogatorio abogado.
—La señora Norton no piensa lo mismo —me provoca.
—Si la señora Norton dice eso es porque o miente o no quería ver la realidad de nuestro matrimonio.
—¿Está acusándola de mentirosa?
—Sí, eso he dicho —se oye un grito ahogado de incredulidad seguido de un “mentiroso” que oímos todos los presentes en la sala, la jueza lo pasa por alto. Es por mi culpa, estoy mintiendo.
—De acuerdo. En ese caso pido que se suspenda la vista. Necesito hablar con mi cliente.
—¿Por qué motivo abogado? —pregunta la jueza.
—Creo que las acusaciones que ha emitido el señor Artetxe sobre mi cliente son muy graves, necesito hablar con ella.
—Señoría quiero que se tenga en cuenta mi oposición—interviene Berta—. Mi cliente se refería a que cuando se fueron de viaje ya había problemas en la pareja, no que sea una mentirosa...

—Abogada —interrumpe la jueza con firmeza—, su cliente ha sido muy claro con su afirmación. No creo que haya dicho nada que no haya querido decir. Por lo tanto la suspensión de la vista ha lugar. Pueden marcharse.

Vuelvo a sentarme donde antes y veo como la mirada de Laura ha cambiado, ya no es una mirada confusa, ahora es una mirada de una mujer enfadada que quiere hacerme pagar todo el daño que le estoy haciendo. La oigo cuchichear con su madre y su amiga quienes coinciden en que no son capaces de dar crédito a lo que acaban de oír. Le reprochan a Laura no haber sido capaz de darse cuenta antes del tipejo con el que se casó y le recriminan que nunca escuchara a nadie. Ella les contesta que no es momento ni lugar para que le den el sermón y que de haberlo sabido jamás se habría parado a darme dinero el día que me conoció. Esto último lo escucho y me sorprende que lo haya dicho. No me duele porque ya contaba con que llegado este punto pudiera llegar a pensar algo así, pero escucharlo de su boca no me deja indiferente. Trato de olvidarlo y me centro en lo importante, en tratar de averiguar exactamente qué me ha ocurrido desde un punto de vista racional. Prefiero pensar que en ningún momento llegué a ser realmente feliz con Laura, y que el hecho de haber hecho una declaración tan absolutamente ridícula en el juicio ha sido por los nervios, que me han jugado una mala pasada, aunque en el fondo una parte no para de repetirme que me estoy mintiendo.

Mi mente rebelde decide recordar, sin permiso que cuando “éramos felices” y le gastaba una broma para hacerle rabiar ponía una cara similar a la que tiene ahora. No aguantaba ni dos minutos enfadada, siempre conseguía sacarle una sonrisa que ella apenas podía disimular, por alguna tontería que yo hacía, luego fingía estar durante un rato molesta y unos minutos más tarde venía a mordirme. Ésa era su venganza. Nunca me hacía daño y yo siempre fingía que me lo hacía. Su reacción era un tanto infantil, pero era auténticamente de Laura y en cierto, modo especial. Ella era feliz, y yo, en esos momentos alcanzaba un punto próximo a ese mismo sentimiento. Pero hoy no, no voy a salir de aquí y decirle que todo esto era una broma.

Berta recoge los papeles de la mesa y se acerca a mí.

—¿Qué te ha pasado? ¿Por qué has dicho eso? ¿Por qué te has comportado como un absoluto imbécil?

—¡No lo sé! —grito frustrado—. Me ha ofuscado el abogado. ¿Pero tú has visto cómo me miraba? ¡Quería que hiciera el ridículo!

—¡Es su trabajo, Jon! Reconozco —dice visiblemente malhumorada—, que lo hace muy bien. Es un abogado con mucha experiencia en tribunales y se nota. No sé si lo conoces, pero se llama Roberto Ares, es uno de los mejores abogados de España. Aunque lo suyo son los negocios, está claro que los divorcios no se le dan mal.

—¡Pues claro que lo conozco! Es amigo de Laura y durante un tiempo, también lo fue mío. Algo había oído de su fama, pero en vivo es un auténtico depredador de la sala. Ha conseguido ponerme nervioso hasta el punto que ha conseguido sacarme de mis casillas.

—¡Y eso que hemos ensayado miles de veces, Jon! ¿Para qué te ha servido las listas de preguntas que te di? No era tan difícil...

—Sí, pero es que no me imaginaba que fuera tan bueno en sala.

—No me pongas más excusas, Jon, has fracasado. Sabías para qué estabas aquí y con tu declaración has tirado todo abajo. Hasta ese momento el juicio iba muy bien.

—¡Ya lo sé! —siseo entre dientes—, así que para ya con tus reproches, no hace falta que me digas más veces que he sido un estúpido.

—Desde luego que lo has sido, todo esto alarga el proceso y el tiempo corre en tu contra.

—Nuestra contra, recuerda que si yo no gano, tú no cobras.

—Sí, pero el que mi cliente no mantuviera la cabeza fría no entraba dentro de los planes. Así que me vas a tener que pagar igualmente la minuta cuando acabe el proceso con independencia del resultado del caso. A no ser que quieras que se lo cuente todo a ella.

—¡Como te atrevas a hacerlo, te juro que te mato!

—Ten cuidado con tus palabras, Jon. Más te vale que no me amenaces otra vez o no dudes de que te arrepentirás y te saldrán muy caras tus amenazas.

—¿Qué piensas hacer si lo hago? —pregunto altivo.

—Todavía no lo sé, pero no olvides que soy una mujer de recursos, así que por tu bien más te vale que no lo olvides —la miro con rabia y me muerdo la lengua. Sé que tiene razón, pero mejor dejar las cosas como están—. Ahora vayámonos de aquí —dice mientras se dirige a la puerta de salida de la sala—. Espérame en la entrada, voy a dejar la toga en la sala de togas.

—Bien.

No salgo, me quedo dentro de la sala, no quiero aguantar sus reproches hasta que salgamos a la calle. Su voz de pito regañándome es del todo insoportable. Cuando creo que ya se habrá ido, salgo y empiezo a bajar las escaleras de dos en dos. Necesito aire. Por el camino me topo con Laura, Patricia y su madre. Rozo la mano de la que todavía es mi mujer sin querer y noto su tacto cálido en la mía. Ha sido apenas una fracción de segundo, pero he sentido la suavidad de sus manos y me viene un *flashback* como si de una película se tratara que me recuerda cuánto me gustaba llevarla agarrada de la mano y cuánto echo de menos esa sensación.

—Perdón —digo inocente.

—¿Perdón? —me mira un segundo confundida—. ¿Ahora me pides perdón? —se indigna—. Podrías habértelo pensado antes.

—No sabía que eras tú —la miro indiferente.

—¡Por supuesto que no sabías que era yo! Jamás pedirías perdón, a ¿cómo era...? —finge pensar—. ¡Ah sí, ya recuerdo! A la pija de mierda, ¿¡no!?

—Laura, por favor, déjalo estar —interviene Patricia—. No merece la pena que pierdas el tiempo con este indeseable.

—¡Tú te callas! —la señalo con el dedo acusatorio.

—Jon, ni se te ocurra señalar a mi amiga y mucho menos dirigirte a ella en esos términos.

—Laura, tengo que hablar contigo —digo.

—¿Para qué? ¿Para mentirme otra vez? ¿Para hacerme daño de nuevo? Tú quieres hablar conmigo, pero yo no quiero hacerlo contigo, ya he sufrido demasiado por alguien que solo merece mi desprecio.

—Laura... —suplico

—¡No! Te digo lo mismo que me dijiste en tu nota de despedida. No me busques, no me llates, olvídate de mí.

—¡Laura, por favor...! —elevo mi voz por encima de la de ella—. No quiero hablarlo delante de ellas y mucho menos con toda esta gente mirando—hago un gesto con la mano a todas las personas que hay nuestro alrededor que observan divertidas la escena, sin duda les estamos amenizando la espera. Natalia, su madre, tira de su brazo para que se calme y no dar más espectáculos. Al fondo del pasillo veo como tres policías se acercan con paso rápido hacia donde estamos nosotros.

—¡Que no, Jon! ¡Que no quiero saber qué me quieres decir! ¡Habértelo pensado antes! Hasta hace dos horas podrías haberlo hecho, te habría escuchado. Pero ya no, me has decepcionado y me das asco. ¡No creí que fueras capaz de llegar tan lejos!

—Señores. El resto de personas que hay aquí no tienen por qué aguantar esto. Nos van a tener que acompañar abajo.

—¿Dónde me llevan? ¡Suéltlenme! —dos policías se interponen entre Laura y yo. Cuando uno de ellos va a ponerle las esposas sale corriendo hacia a mí para increparme, el otro consigue cogerla en volandas antes de que llegue alcanzarme, de haberlo conseguido, habría tratado, sin éxito, de hacerme daño. Parece una fiera y eso la hace tremendamente atractiva. Esa fuerza, esas ganas, esa pasión que le pone a la vida es admirable, quizás es así porque su vida siempre ha sido bastante acomodada y no se ha tenido que enfrentar a problemas de verdad. Tiene la temeridad de la inocencia.

—¡Yo no he hecho nada! —grita—. Llévenselo a él. ¡Él ha sido el culpable de todo! —se trata de zafar de nuevo de los policías que la llevan bien agarrada.—Pero ¿por qué me detienen? ¡Exijo una explicación!

Otro funcionario se acerca a mí, me doblo pulcramente los puños y junto mis muñecas para que el policía pueda ponerme las esposas sin estropearme el traje. El hombre hace lo propio y me agarra fuertemente del brazo. Los cinco, empezamos a andar escaleras abajo. Laura no para de gritar mientras se acuerda de toda mi estirpe. Yo voy mucho más tranquilo, como si no fuera conmigo, como si que te pongan las esposas al salir de un juicio de divorcio fuera lo más normal del mundo.

Bajamos cuatro tramos de escaleras, Laura se va calmando a medida que ve que va en serio eso de que nos van a meter en la celda. Poco a poco deja de ser importante que el “*cafre-cabrón*” de su marido le haya rozado la mano al bajar las escaleras a la salida del juzgado y pasa a pedir explicaciones a los “*ineptos*” de los policías que nos han detenido sin ningún motivo. Cuando se enfada se pone histérica no contiene las palabras. Los funcionarios que a juzgar por cómo contienen su risa están acostumbrados a este tipo de escenas continúan hablando del partido del domingo, lo que enfurece aún más a mi mujer.

—Pero, ¿es que no me oyen? ¡Les estoy hablando! Exijo que se identifiquen. ¡Quiero que me digan por qué me llevan a quién sabe qué lugar, si yo no he hecho nada!

—Señorita.

—Señora —corrijo al policía.

—Señora —repite—. La estamos oyendo perfectamente. Ya le hemos dicho que les llevamos al calabozo por el escándalo que han montado arriba. Nuestro deber es mantener la tranquilidad y el orden, y ustedes dos lo estaban alterando. Entiendo que esté pasando por una situación complicada, pero eso no justifica que los demás tengan que soportarla. Y ahora que ya sabe la razón le pido que deje de gritar que me está poniendo dolor de cabeza.

—Y a mí— intervengo para burlarme de Laura.

—Y a su marido también, hágalo por él.

—¿Por éste? —me señala— Si no fuera un delito, bien sabe Dios que le arrancaba la cabeza de cuajo.

—¡Cuánto amor! —se mofa el policía que me guía.

—Nos estamos divorciando —excuso a Laura—y no lo lleva demasiado bien, quise hablar un momento con ella y ya ven la que ha liado.

—¿Es siempre así?

—Solo cuando se enfada.

—¿Puedes parar de dejarnos en evidencia y no dar explicaciones de nuestra vida privada? —aunque me divierte esta situación, prefiero callarme y no enfadarla más.

Las puertas se abren y se cierran detrás de nosotros. Los trabajadores de las plantas más bajas del edificio tienen aspecto de odiar más su trabajo que los de las plantas de arriba, supongo que no debe ser fácil ver a los tipejos que pasan a diario por aquí. Laura y yo debemos ser la excepción.

—Solo queda una celda libre, ¿qué prefieren, estar separados o juntos en la misma? —pregunta uno de los policías que lleva a Laura.

—¿No hay una opción de salir de aquí sin necesidad de entrar en una? —suplica Laura desesperada.

—No señora, hasta que su abogado no la saque de aquí, no podrá salir. Durante ese tiempo, ¿qué prefiere estar con el resto de detenidos o con su marido en una celda? —Tras unos segundos en los que repasa con la mirada a la clase de gente que hay en los otros compartimientos, no lo duda

—Con él, después de todo lo conozco y sé que no me hará daño, aunque no se puede decir que cuando él salga vaya a estar como ahora...

—¿Y usted? ¿Qué prefiere? ¿Estar con ella o con alguno de los otros detenidos? —finjo repasar las otras celdas con la mirada imitando su gesto de antes.

—Estaré bien con ella —decido. Abren la puerta del calabozo, nos quitan las esposas aunque Laura se resiste un poco, finalmente entra, y yo lo hago detrás ella.

La celda mide aproximadamente dos metros de ancho por dos de largo. Ahora soy más consciente del olor tan nauseabundo que hay en este lugar. Un banco de madera destaralada de otro siglo está en el lado derecho de la celda; en el izquierdo hay un lavabo situado junto a una letrina con aspecto mugriento.

—¿Estarás contento, no? —pregunta Laura de manera retórica— ¡Querías hablar conmigo a solas y aquí estamos por tu culpa!

—Yo no he sido quien ha montado el numerito —me defiendo.

—No te hagas el tonto. ¡Me has provocado! ¡Buscabas una reacción así!

—Si lo sabías, ¿por qué has entrado al trapo? —se queda callada un instante.

—Pues porque no puedo controlar la rabia cuando te tengo cerca. ¡Porque no entiendo nada! Primero te comportas como un cretino en la sala para a los dos segundos cambiar de opinión y decides que necesitas hablar conmigo a solas sin nadie delante. Un día me dices que me quieres y al día siguiente me pides el divorcio. No te gusta que tenga amigos, pero yo he tenido que soportar como la furcia de tu abogada te ha tocado el paquete delante de mí. Querías hablar conmigo y estamos aquí por tu culpa... ¡Siempre te sales con la tuya! Ahora bien, si sabes lo que te conviene, durante el tiempo que estemos aquí, que espero que no sea mucho, no quiero ni oírte respirar y mucho menos hablar. Te exijo que estés en el otro punto de la celda en el que esté yo.

—Pero... —me corta.

—Va muy en serio, Jon. Estoy muy enfadada y ahora mismo lo único de lo que tengo ganas es de asesinarte.

—Sí, la verdad es que no me ha salido mal del todo —le vacilo—. Al salir de la vista quería hablar contigo a solas y así es como estamos ahora.

—¿El que estuviéramos en un lugar asqueroso, con gente sacada de una película de terror y el olor vomitivo que hay en este antro también entraba dentro de tus planes?

—Un pequeño error de cálculo de las posibles consecuencias...

—¡Que no me hables! ¿No me has oído? No me mires, y te prohíbo que pienses en mí. Vamos a aparentar que no nos conocemos, que tú no eres mi marido, y yo no soy tu mujer y que no tenemos ganas de hablar, ¿entendido? —dice mientras se sienta en la otra esquina del banco de madera en el que estoy sentado — Aunque después de todo creo que no me falta razón, te miro y no te reconozco. Me das asco.

—Tú en cambio despiertas en mí sentimientos diametralmente opuestos al asco.

—Jon, no sigas por ahí porque, aunque no puedo cumplir con mi amenaza, puedo cruzarte la cara de un bofetón y pedirle a Roberto que en la demanda añadida el acoso.

—Eso que me has dicho sabes que es un delito, ¿no?

—*A la mierda la ley. Crúzale la cara guapa. No te molestes ya lo hago yo por ti. Maldito cabrón no sé qué le habrás hecho a la chica, pero cuando salga te mato* —se oye a detenidos que dan voces desde otras celdas.

—¡Me importa un pito la ley!

—Laura, cariño... —trato de tranquilizarla.

—¡No me llares cariño! No tienes derecho ¡Nunca me has querido! Siempre me has utilizado no sé muy bien con qué fin, estoy segura de que me ocultas algo.

—¡Eso no es cierto! —replico mientras me levanto del banco y me apoyo en la pared del fondo de la celda—. Hubo un tiempo en el que creí encontrar el amor. Un tiempo en el que te quise. Un tiempo en el que estaba seguro que lo nuestro funcionaría... —me oigo decir antes de ser consciente de mis palabras.

—¡Ya basta! —mi declaración de amor hace que ella se venga abajo— ¡No me mientas más, Jon, por favor! ¡No quiero más mentiras!

—Laura... Por primera vez en mucho tiempo estoy siendo sincero contigo —se me llenan los ojos de lágrimas— Ojalá no fueras tú, Laura. Te quise Laura, te juro que te quise, pero...

—¡Pero nada! ¿Qué cambió entonces? ¿Cuándo dejaste de hacerlo? ¿Por quién? ¿Por qué? —se levanta del banco y se acerca a mí— ¿Qué hice mal? ¿Si desde que te conocí lo único de lo que he tratado es de ayudarte! —me empuja con el dedo y me dejo caer hacia atrás— Si me enfrenté a mi familia, a mis amigos, ¡a todos! ¡Y todo por ti Jon! Todo porque te amaba —¡Dios! Esto es más difícil de lo que creía— ¡Me odio, porque a pesar del daño que me has hecho, te amo! Me odio por arrastrarme por ti. Me odio por querer odiarte y no poder hacerlo. Me odio porque aun en estas circunstancias no dejaría que nadie te pusiera una mano encima sin antes lanzarme yo a matar a quien fuera a hacerte daño. Me odio porque a pesar de mis amenazas no podría tocarte para algo diferente que acariciarte y porque cuando lo hago pierdo el control. No domino mi cuerpo...

—Laura... —suspiro, mientras trago saliva con dificultad. Mi garganta se ha secado. Mis brazos se elevan y la estrecho con ellos contra mí. Su primer impulso es apartarse, pero la necesidad que siente, que sentimos de sentir pegado el cuerpo del otro es superior a la rabia, a la impotencia; al hacerlo empiezan a rodar mis lágrimas por mis mejillas, mientras nuestros cuerpos empiezan a temblar por la cantidad de emociones que llevamos conteniendo desde el día en que decidí marcharme de su casa. Me fui a la francesa, dejé la nota, metí mis cosas en el maletero de mi coche y conduje hasta llegar a San Sebastián, tierra de mis antepasados y lugar que se ha convertido en mi tabla de salvación cuando estoy a punto de hundirme de nuevo como hace ocho años— No me mereces —susurro a su oído.

—Lo sé —me mira con los ojos anegados de lágrimas.

—Necesitas alguien mejor...

—Eso desde luego —un impulso acerca nuestras bocas hasta casi rozarse, reacciono en el último momento antes de que sea demasiado tarde y nuestras bocas se fundan en un beso.

—Laura, no puedo contártelo, pero las cosas tienen que ser así...

—¡Estoy harta! —se separa de mí apartando mis brazos de su cuerpo— ¡Harta de tus mentiras! Harta de que a pesar de que siempre te ayudé, tú solo me hayas

causado dolor. Cansada de tus secretos... ¡Ojalá nunca hubiera pasado por esa esquina...! Ojalá nunca hubieras estado allí. Ojalá nunca te hubiera conocido. Ojalá tú no fueras tú y yo no fuera yo.

—Sí, Laura, ojalá, pero las cosas tienen que ser así... No pueden ser de otra manera —interpongo aún más distancia entre nosotros y voy hacia el otro lado de la celda—, pero aunque no queramos, somos quienes somos y no podemos cambiar nada.

—Sí, nunca he podido cambiar al egoísta que eres.

Se oyen unos pasos. Es el abogado de Laura acompañado de un guardia que se dirigen hacia la celda.

—¿Qué ha pasado Laura? Ya me han contado Patricia y tu madre que estás aquí por culpa de éste —me señala desdefeñoso.

—Sí, pero tranquilo, estoy bien —me mira por encima del hombro mientras se sorbe los mocos.

—¿Te ha tocado? ¿Te ha hecho algo? ¿Amplió la demanda?

—No, no es necesario. Es listo y sabe hasta dónde puede tensar la cuerda.

—Gracias por el cumplido, cariño.

—¡De nada, mi amor! —continúa para picarme ¡Si ella supiera cuánto me gusta que me diga eso! Estoy seguro de que no me lo diría.

—¡Mira, maldito hijo de Satanás! —se enfada Roberto—. Estoy harto de ti. Te consideraba mi amigo y te creía mucho mejor persona, pero como se te ocurra hacer alguna tontería a Laura, te juro que voy a disfrutar como un enano haciéndotelo pagar muy caro.

—Maldito hijo de Satanás, cafre-cabrón, cerdo... —murmuro irónico—. Nunca había escuchado tantas lindezas hacia mi persona en un solo día —me estiro los puños de la camisa. Laura se gira y me cruza la cara de un tortazo.

—Te lo advertí, no quería escucharte y has hablado.

—No decías eso hace un rato cuando te tenía en mis brazos llorando —me da otro tortazo y me cruza la cara hacia el otro lado, mientras me da un rodillazo en los huevos. Esta vez sí, esta vez me ha hecho daño, me ha dado muy fuerte. Consigo apoyarme en la pared y me acabo cayendo al suelo mareado hasta casi perder el conocimiento. Por primera vez desde que la conozco ha sido capaz de hacerme daño de verdad. Ese golpe bajo ha sido muy cruel, ha traspasado los límites. A un hombre nunca se le da en los huevos. Es el dolor más inhumano, más cruel, más... No puedo pensar, el dolor es insoportable.

—Bien hecho, Laura. Se lo merecía —oigo decir al picapleitos, ¿que me lo merecía? Lo que me faltaba por escuchar, ¡pero si no he hecho nada! Mejor no voy a referirme a la falsedad de ese hecho por si Laura me vuelve a dar otra vez en los huevos—. Voy a hacer los trámites para sacarte cuanto antes de aquí, tranquila, saldrás pronto.

—¿Sabes algo de mi abogada? —pregunto cínico mientras trato de recuperar la respiración, a duras penas consigo levantarme del suelo, apoyo las manos en mis rodillas y caigo de bruces contra el banco. Me ha dado más fuerte de lo que yo pensaba, cuando se me pasa un poco el dolor trato de levantarme de nuevo y recompongo un poco mi traje.

—¿Qué pasa que no has tenido suficiente? Como se te ocurra respirar más alto de lo normal, hablar o mirarme mientras esté aquí. ¡Te doy una paliza! —me amenaza—¿Entendido? —como ve que no le contesto se gira de nuevo hacia el picapleitos.

—No —respondo yo, aunque ella hace caso.

—¿Ha pasado algo entre vosotros, Laura? ¿Pido que te cambien de celda? —pregunta curioso Roberto.

—No, tranquilo, no hace falta. Estoy todo lo bien que se puede estar en un sitio como éste. Creo que todavía puedo manejar a este desconocido que según la ley es mi marido.

—Tranquila, no lo seré por mucho tiempo.

Cuando se va Roberto, oímos como sus pasos se alejan junto con los del policía que lo acompaña. Se oye el ruido metálico de la puerta al abrirse para a continuación cerrarse con un sonoro portazo con el que la esperanza de salir pronto de aquí se esfuma. Nos volvemos a quedar solos, me mira confundida. Por un lado se siente culpable por el daño que me ha hecho por el rodillazo que me ha dado, pero por otro no, cree que me lo merezco.

—Te dije que no hablaras...

—¿Y cuándo he hecho yo caso de las normas?

—Tienes razón, jamás lo has hecho —me mira desdefeñosa.

—Me alegro de que vayamos progresando, cariño. Estar encerrado contigo va a acabar siendo terapéutico... —me divierto viendo como cierra los ojos tratando de controlarse.

—Según para qué y para quién... —se fija en mi entrepierna y me la señala con la mano. Se sonroja al hacerlo, sonrío— de momento para tu cosita, no.

—Eh, eh... Ni se te ocurra dirigirte a esto —señalo mi bragueta mientras hago un gesto con las manos exagerando su tamaño—, en esos términos. Es muy humillante —le he hecho gracia. Trata de contener la sonrisa que se dibuja en su cara con mi exageración tosiendo, pero falla, estrepitosamente.

—Me dirijo hacia tu minicosa como quiero. Las he visto más grandes y todos han sabido utilizarlas mejor que tú —miente, miente y sigue mintiendo.

—Voy a dejar de lado los términos a los que te refieres a ella, porque sé que es mentira, recuerdo perfectamente tus palabras. Como gemías gritando eso de “oh que grande la tienes, siento que me la vas a sacar por la boca”. Aunque mi favorito era escucharte decir después de terminar “hacer el amor contigo es como vivir en el paraíso sin necesidad de morir”.

—El amor que ciega el sentido.

—Mientes, mi amor —acentú las dos últimas palabras con displicencia—, y lo sabes.

—¡Cariño...! —dice irónica mientras lanza una falsa carcajada... — ¡Fingía!... ¿De verdad te creías que era verdad todo eso?

—Si crees que me vas a convencer de tus palabras vas mal. Mi pene supera la media de los hombres no solo caucásicos sino también a los de raza negra. No solo tú me lo decías, la notaria que me follé hace dos semanas dio fe de ello —se le descompone el gesto.

—¡Ja, ni de coña! ¿Una notaria? ¡No seas ridículo!

—Va en serio —vuelve a enfurecerse— ¿Quieres pruebas?

—¿Las tienes?

—Si quieres te la enseño —sugiero pícaro.

—Te tiras a una notaria, a tu abogada... Se ve que te gusta el mundo jurídico. Por mera curiosidad, ¿te has tirado también a la jueza?

—No lo he intentado, pero dudo que pudiera resistirse a mis encantos. Además, te pido que hables con mucho más respeto de las mujeres que pasan por mi cama.

—Yo hablo de ellas como me da la gana. Solo faltaba, ¿quién te crees que eres tú para decirme cómo tengo o no tengo que hablar?

—Laura... ¡Que eres una mujer educada! Has ido a los mejores colegios, has estudiado en las mejores universidades. No hables así. No es propio de ti.

—Jon, he visto como tu abogada rozaba tu... Tu cosa... —se sonroja— arriba, antes de entrar a la sala del juicio.

—Veo que no has podido dejar de mirarme.

—Te he visto yo y todo el que pasara por allí. Habéis dado un espectáculo más propio de un bar que del sitio en el que estábamos...

—¿Estás celosa?

—¿Yo? Mejor me callo.

—Habla, Laura ¿No dices siempre que eres valiente? —susurro mientras lentamente me acerco a ella sin que se dé cuenta.

—No estoy celosa.

—Sí lo estás.

—No.

—Sí.

—Maldita sea. Sí, estoy celosa y reconozco que no tenía quejas de tu...

—Mi... —verla vulnerable y reconociendo la verdad es lo que me impulsa a acercarme aún más ella, ella también lo hace.

La empujo suavemente contra la pared y apoyo mis manos a ambos lados de su cabeza, me pego a ella y decido retrasar unos segundos el momento inevitable que viene después. Quiero unos segundos de tregua para poder disfrutar de su cercanía y perderme una vez más en el océano de sus ojos antes de claudicar definitivamente y besarla. Llevo demasiado tiempo sin hacerlo y la necesito. Quiero sentir sus labios una vez más, su piel bajo mis manos, oler su pelo y beber de su boca. De la fuente prohibida para mí. Quito las manos de la pared para agarrarme de sus caderas y atraer su cuerpo al mío. No es suficiente, la tela de nuestra ropa es la única barrera física que existe entre nosotros, nos molesta, nos sobra, nos incomoda. Me excito pensando en cómo sería sentir de nuevo su cuerpo junto al mío, desnudos, lejos de los problemas, lejos del pasado, lejos de nosotros mismos. No soy yo quien impide que estemos juntos sino las circunstancias.

Nuestras mejillas se humedecen. De sus ojos y de los míos empiezan a brotar lágrimas que se funden en una sola, se deslizan por nuestros pómulos y caen por nuestras barbillas, estoy seguro de que vuelven a mezclarse en el suelo de cemento que tenemos bajo nuestros pies porque cuando existe amor lo único que quieres es estar con esa persona, da igual dónde, da igual cómo, pero con esa persona.

Laura y yo nos necesitamos mutuamente. El tiempo se detiene. Mi corazón empieza a latir de nuevo. Mi vida por unos instantes cobra sentido. Todo es perfecto. Dejamos nuestras vidas atrás en la jaula en la que estamos en este momento. Nunca creí que sería una celda el lugar en el que más libre me sentiría en mucho tiempo. Estamos en el lugar menos romántico del mundo y no querría salir de aquí en mi vida si estuviera con ella.

Recorro con mi lengua cada resquicio de su boca. Su lengua y la mía danzan, se reconocen, no paran de acariciarse. La agarro más fuertemente por la cintura y la pego aún más a mí. Sus pechos rozan mi torso. Creo sentir por un instante que nuestros cuerpos desaparecen para fundirse en uno solo. Mi piel se deshace bajo su tacto y mi sangre late más deprisa que nunca. Noto cada poro, cada milímetro, soy suyo, solo suyo.

Un chirrido de cerrojo acompañado de una puerta rozando contra el suelo se oye de fondo, solo reacciono cuando oigo la voz inconfundible de Berta hablando con el funcionario, me separo de golpe de Laura y voy hacia los barrotos a la espera de que realmente sea ella que viene a darme noticias. De no ser así me sentiría como un estúpido. Me paso las manos por el pelo y me arruino la gomina que me he echado esta mañana. Como puedo, seco rápidamente las lágrimas de mis mejillas con los puños de la chaqueta. Veo por el rabillo del ojo a Laura que se ha quedado petrificada contra la pared, con los labios hinchados y llorando. Está en *shock*, no se lo esperaba y para ser sinceros yo tampoco.

—Señor Artetxe —me llama mi abogada.

—Berta, no hacen falta las formalidades, sabe lo que hay entre nosotros.

—Ya puedes salir de aquí—mira suspicaz. Cuando se aleja del hombre que la ha acompañado hasta la celda en la que estoy con Laura sisea desde el otro lado de los barrotos—¿Se puede saber qué te pasa hoy? No piensas, solo actúas. No prevés las consecuencias. No creía que pudieras reaccionar tan mal. No paras de ir error tras error... —la dejo hablar hasta que se cansa de recriminar mi actitud y dice— En fin... Vámonos, esto como sabes, aumenta el precio de mis honorarios.

—Sí, lo sé. El dinero no es problema, ya te lo he dicho.

—¡Guardia! —Berta avisa al funcionario para que venga a abrirme rápidamente.

—Un momento, por favor, tengo que decir una cosa a mi mujer —me miran incrédulos sin saber qué pensar. Como no se mueven ni él ni Berta añado más alto de lo necesario —. A solas —Laura me mira estupefacta desde la pared, ya no llora, pero se encuentra confundida.

—Te espero fuera. No tardes que no tengo todo el día —lanza una mirada de odio a Laura y yo por hacerlo quiero matarla. Laura no es la única que se metería en medio, si me quisieran hacer algo.

—Laura... —voy hacia ella y cojo su cara entre mis manos—. Escúchame atenta a lo que te voy a decir. Vamos a sufrir. Vienen unos meses duros, muy duros. Necesito poner tiempo y distancia contigo, tengo que saldar una gran cuenta pendiente.

—Jon, podemos parar todo esto. No tenemos por qué divorciarnos, quiero estar a tu lado —solloza.

—Lau... —trago el nudo de la garganta que cada vez se hace más y más grande. Una parte quiere flaquear y contarle todo, pero no puedo hacerlo, es demasiado pronto.

—No me llares Lau, por favor, no cuando me estás dejando definitivamente, es demasiado duro —me destroza la manera en la que me lo dice. Esta mujer me ama de una manera loca, descontrolada, platónica.

—Cariño, no te estoy dejando definitivamente y por favor déjame que te llame así por última vez, Lau. No puedo explicarte más, pero tenemos que hacerlo, tenemos que divorciarnos, por mucho que nos duela. Necesito coger perspectiva para aclarar el gran asunto pendiente de mi vida.

—¿Es que no entiendes que no quiero estar sin tí? ¿Que cuando tú no estás solo sobrevivo? ¿Que desde que te fuiste solo soy un espectro que vaga por la vida sin ilusión, sin metas, sin amor? Déjame ayudarte, por favor. Quiero ser el hombro en el que te apoyes, tu sostén, tu amiga, tu cómplice, tu enemiga. Todo lo que quieras, todo lo que necesites, solo déjame estar a tu lado.

—No, Lau, eso es imposible. Créeme cuando te digo que ojalá no fueras tú, solo quiero que recuerdes esta frase porque cuando todo acabe, te juro mi amor que entenderás todo su significado.

Me despido de ella con un beso cargado de promesas que no sé cuándo voy a poder cumplir. La beso como tantas otras veces lo he hecho, esa rutina que hasta hace unos pocos meses era lo más natural. No quiero que me olvide. Ahora lo veo claro. Ella me marcó el corazón hace mucho tiempo y yo no quería aceptarlo hasta hace un rato cuando la vi con el rostro descompuesto por mi culpa antes de entrar al juicio. Eso ha sido lo que me ha hecho abrir los ojos y darme cuenta de lo mucho que me importa, lo hace más de lo que ni siquiera es capaz imaginar. Me separo de ella sacando fuerza de donde no la tengo, Laura no sabe qué hacer, se ha quedado inmóvil con la espalda apoyada en la pared. Una lágrima furtiva escapa de su cara. Necesito poner toda la distancia que es posible en la celda. Ni yo mismo era capaz de prever este nuevo giro a nuestra historia. Estiro de nuevo la espalda y miro al techo para dejar de llorar mientras me limpio la cara con los puños del traje, después me peino el pelo con los dedos y llamo al guardia.

—¡Guardia! —Viene resignado, con paso lento y con mala cara, seguro que le molesta que le haya hecho bajar dos veces para abrirme la celda— Gracias —miro fugazmente a mi mujer antes de salir de la celda que ha vuelto a llorar de manera descontrolada. Me devuelve la mirada con ojos implorantes que me piden explicaciones, no sabe qué pensar y sinceramente, yo tampoco.

LAURA

Por fin es viernes, esta semana se me ha hecho muy larga. Llevo todo el día tratando de escribir el informe de la reunión del departamento de esta mañana y no soy capaz de concentrarme. Cuando hablo con la gente rápidamente desconecto y empiezo a fantasear sobre qué haré mañana cuando vea a Jon. Hace un par de semanas di por zanjado el pensar en los pros y contras de ir cada sábado por la esquina de Jon y, de momento, hasta que no se me ocurra nada mejor, voy a seguir yendo para así compartir unos minutos con él. Sigo pensando que no tiene razón de ser que haga esto, pero respecto a él me muevo por mis instintos, y éstos me dicen que vuelva.

Las cuatro y cincuenta de la tarde es un poco pronto para irme, pero no puedo más. Me llevo el trabajo a casa para terminarlo el domingo. Hay algo más urgente, tengo que decidir qué me pongo mañana para “ir a casa de mis padres”. Realmente tengo otro motivo menos paterno-filial y más altruista. Quiero verle, quiero volver a verle. No va a poder negarse a que le invite a otro café, si no se negó al primero y tampoco al siguiente, no podrá hacerlo al de esta semana. Le llevaré también un bocadillo y un refresco.

Salgo escopetada de la oficina, como me lo piense más me voy a sentir mal y voy a querer quedarme hasta que termine y sé que no voy a hacer nada, solo perder el tiempo. Me despido con la mano de mis compañeros y bajo al aparcamiento subterráneo del edificio, pulso el mando y abro mi *mini* rojo, arranco el motor y salgo rápido del garaje.

En la cafetería ya no llamamos la atención, incluso el camarero sabe cuando entramos qué voy a pedir. Un té verde con un toque de canela para mí y café con un cruasán con mantequilla y mermelada para él.

Nunca tenemos conversaciones más allá de temas banales y muy superfluas no preguntamos el porqué de nada, simplemente hablamos y hablamos. Aun así me parecen tan... ¿Mágicas? No tenemos nada en común y me siento muy a gusto cuando estoy con él. Son los mejores diez minutos de la semana.

Cuando el reloj marca la hora de que vaya, siento el regusto amargo de estar otros siete días sin hablar con él. Aunque me podría pasar algunas tardes al salir del trabajo, me he prohibido hacerlo, si ya me cuesta mucho retomar la rutina de la semana los lunes sé que si le viera un día entre semana, querría pasar todos los días por su esquina, pero no debo, no puedo.

Tengo que pensar de qué le voy a hacer el bocadillo. Como supongo que comerá mal, tendré que hacerle uno que sea muy contundente y rico a la vez. Caigo en la cuenta de qué no sé qué le gusta, así que mejor no arriesgar. Por esta vez unos sándwiches de pechuga de pavo y queso tendrán que bastar. Nota mental: preguntarle cuál es la comida que más le gusta.

La noche pasa demasiado lenta. He cambiado unas tres veces el sofá de posición, he apagado y encendido las velas del salón cuatro veces, he descolgado las cortinas del salón, las de mi habitación para lavarlas y he limpiado el piso de arriba abajo, cuando termino, son las dos de la madrugada. Después de limpiar tanto en tan poco tiempo, logro el objetivo, cansarme y desestresarme.

Pienso por enésima vez en Jon mientras me ducho y me lavo los dientes. No cabe duda de que el mendigo de la calle Serrano genera algo en mí, no es lástima es una sensación extraña, cuando le veo siento alegría, ganas de hacer cosas, de ayudarle de estar más tiempo con él. Acabo tumbada en la cama muy relajada tras la ducha y mis párpados acaban perdiendo la batalla, me duermo pensando en él.

Ya es sábado, son las nueve de la mañana. ¿Madrugando yo? ¿Y más un fin de semana? Increíble, pero cierto. Yo era de las que había veces que no comía por la pereza que me daba salir de la cama. Desde que conozco a Jon, no solo voy a al Retiro a tratar de leer con estas temperaturas (casi nunca lo consigo), con su consecuente riesgo de neumonía, sino que además no me importa madrugar. No me reconozco ni yo misma.

Me preparo para desayunar un gran tazón de leche con cereales, tostadas y galletas. Los sábados son mi día libre en la dieta y me doy el atracón de comida que no me he podido dar los otros seis días.

Salgo de casa con los sándwiches que he preparado para Jon y cojo el coche para ir a Madrid.

Media hora más tarde estoy en el lugar en el que deseo estar desde hace siete días, frente a él.

—Hola.

—Hola, Laura —en su cara se dibuja una sonrisa— ¿Qué tal la semana? —pregunta interesado.

—Pues bien, con mucho trabajo y harta de mi jefa, pero no me puedo quejar. ¿Y tú?

—Pues ya sabes, aquí desde las ocho de la mañana hasta las nueve de la noche esperando a que mi chófer me venga a buscar. El muy cabrón se fue hace días a recoger el coche y todavía no ha vuelto. Recuérdame que la próxima vez que lo vea, le despida —me sorprende su reacción, me parece un tanto maleducada, pero no digo nada.

—Lo siento, no quería molestarte —digo apesadumbrada.

—Si no es por ti, Laura. Es esta vida, que es muy puta. El frío, la gente y mejor no sigo que no quiero enfadarme. Por cierto, ¿no tendrás un cigarro verdad?

—No, no fumo.

—Lástima, tendré que buscar alguna colilla. Me da asco hacerlo, pero es el único vicio que me permito, fumar colillas. Ojalá pillara alguna enfermedad que me mandara al otro barrio.

—No digas eso —le interrumpo—. No me gusta oírte hablar así, pero me imagino lo duro que es vivir en la calle y entiendo cómo te sientes. Venga, levántate que te invito a tomar un café y me cuentas.

—No, Laura hoy mejor no. Tú no entiendes cómo se siente uno cuando vive en la calle y créeme cuando te digo que ojalá nunca llegues a entenderlo—me interrumpe cuando voy a darle las gracias—. Pero tranquila, sé que no has venido aquí para escuchar la triste historia de un mendigo, solo soy uno de tantos que hay en Madrid y sinceramente ni tú querrías oírlo ni yo querría contártela —me crispo un poco oyéndole hablar así refiriéndome a mí. Levanto la mirada y la fijo en la pared que está detrás de él, respiro tres veces hondo y trato de rebajar mi mal humor escuchándole—. Supongo que tendrás muchas ganas de ir con tu libro a leer al Retiro.

—Te equivocas. Es cierto que tengo ganas de ir al Retiro a leer, pero esta vez, bueno... —me lío al hablar y me empiezo a mover de un lado a otro como una niña pequeña—. He venido a verte... Digo a traerte —rectifico—, unos sándwiches. Como no sé de qué te gustan te he traído unos cuantos de pavo y queso —por fin levanta los ojos, creo que se ha dado cuenta de que se ha excedido conmigo. Está raro, demasiado hablador y tiene un ligero temblor en las manos. Tiene mala cara, aun así no me atrevo a ofrecerme a llevarle al médico, si ha reaccionado de esta manera sin haberle dicho nada, estoy segura que decirselo sería aún peor — y un refresco de cola.

—Muchas gracias, Laura, de verdad. Parece que eres la única persona en este mundo para la que existo, pero no quiero darte pena.

—No me das pena —miento.

—¡No me engañes! —sisea furioso—. Sí te la doy, ¿qué te crees, que no me he dado cuenta? Y aunque te agradezco el gesto, no quiero que lo hagas más. No soy más que un vulgar mendigo de una gran ciudad, en una bonita calle, de un buen barrio que en invierno duerme en un cajero de un gran banco. No soy nadie.

—Sí eres alguien —le contradigo—. Para mí eres la persona a la que di dinero y me dio las gracias.

—Solo eso. Ya ves... Tú sola me estás dando la razón. Solo soy mendigo al que de vez en cuando le das dinero. Podría haber sido yo u otro cualquiera.

—¡Eso no es cierto! —digo muy alterada, ya he tenido demasiada paciencia con él.

—Ah, ¿no? —se levanta del suelo— ¿Acaso vas dando dinero a todo el que te encuentras?

—No lo sé, nunca me fijo cuando voy por la calle. Suelo ir distraída y casi nunca reparo en la gente con la que me cruzo. No me suelo fiar y por eso casi nunca doy dinero. Pero, no sé a qué viene eso de tener que darte explicaciones de lo que hago o dejo de hacer.

—¿Fiar de qué? —cuando voy a hablar me interrumpes—. ¡No, no me respondas! No quiero saberlo —sus palabras destilan rabia—. Supongo que soy un privilegiado —dice sarcástico—. No sé qué haces aquí si no te fias. Vete, no quiero verte más.

—Vale, pero ten los sándwiches —le pongo la bolsa en la mano y a continuación los tira a la papelera. Humillada, así es como me siento.

—Lárgate, no quiero verte nunca más, pija de mierda—me espeta desdeñoso a escasos centímetros de mi cara, me siento un poco intimidada. Las ojeras de sus ojos están más acentuadas que otros días y observo que la agitación de las manos le recorre todo el cuerpo.

—Adiós —le contesto desafiante—. Te has pasado y te vas a arrepentir de ser un desagradecido. No sé por qué he tratado de ayudarte —respondo altiva mientras le sostengo la mirada y me giro para irme.

—Pues por lo mismo que todos... —interrumpo mis pasos—. La conciencia os pesa mucho a los ricos y los puñetazos que os dais en misa pidiendo perdón no bastan para aliviaros la carga de conciencia de todo el mal que hacéis. Sobra decirte que no quiero que vuelvas, no quiero verte más.

—Tranquilo que, aunque la calle es de todos, tampoco tenía pensado volver a hacerlo —giro sobre mis talones y me doy la vuelta. Hoy no paso por casa de mis padres, necesito pensar. Miro en el bolso y veo que llevo un libro. Por primera vez en mi vida me voy al Retiro a leer.

La lectura de antes de ayer en el Retiro fue totalmente infructuosa. Trataba de concentrarme y no podía. Mi mal humor y que hubiera niños corriendo detrás de perros que huían de ellos tampoco ayudaba. El sol no conseguía animarme incluso me molestaba. Traté de cambiarme varias veces de posición y era peor. Si me sentaba en el banco notaba el asiento muy duro y la espalda demasiado envarada. Si lo hacía en el césped estaba muy húmedo. Si me sentaba en una piedra estaba demasiado fría. Cuando llevaba una hora en el parque sin haber conseguido leer ni una página decidí rendirme y volver a mi casa. Tenía trabajo pendiente por hacer del viernes y no podía perder el tiempo por culpa de alguien que no merecía la pena.

Evité la esquina donde sé que vería a Jon y callejeé todo lo que pude para evitar pasar cerca de casa de mis padres. Les quiero mucho, pero a veces son muy pesados y más cuando me ven pensativa. Les agradezco mucho que se preocupen por mí, pero todavía no entienden que soy una mujer hecha y derecha, que toma sus propias decisiones y que odia que le atosiguen preguntando todo el tiempo qué le pasa y que le digan qué tiene y qué no tiene que hacer. Pienso que creen que soy como Claudia, mi hermana pequeña que tiene quince años y está en plena edad del pavo. Está que si esto no me gusta”, “que si esa falda me hace gorda como una vaca”, “que si Juanita ya tiene novio y no me lo puedo creer con lo fea que es, seguro que Menganito está con ella porque su padre es ministro...” Está llena de complejos y no lo entiendo, es alta, de ojos marrones y aunque no tiene demasiadas curvas porque está en pleno desarrollo no va a tener un pecho excesivamente grande (como es mi caso), está delgada y su piel es muy blanca lo que acentúa su aspecto angelical —rasgo británico que comparte con toda la familia Norton menos yo—. Viéndola a ella tan guapa, tan inteligente, tan lista y cuando me cuenta todas las dudas que tiene, no la envidio, afortunadamente hace mucho que pasé esa edad y no la echo de menos. Aun así adoro a esa renacuaja.

Ayer domingo, estuve terminando el trabajo de la oficina que tenía pendiente, revisando el coche y limpiando aún más a fondo mi casa por segundo día casi consecutivo. Esta vez fue el turno de la terraza y los muebles de la cocina. Creo que nunca he tenido la casa tan limpia y el coche en tan buen estado como hoy. Le miré el aceite, la presión de los neumáticos, lo llevé a lavar, pasé la aspiradora por la tapicería, le puse un ambientador nuevo de fresa y eché agua en el limpiaparabrisas. Reconozco ser nula en cuanto a mecánica se refiere, pero lo básico sé hacerlo.

Como es lunes y tengo que tratar de sobrevivir toda la semana hasta el fin de semana que será el día que más eche de menos no ir a ver a ese impresentable, decido hacer borrón y cuenta nueva. Por eso me pongo unos taconazos de diez centímetros y mi vestido nuevo color mandarina de *Jimmy Choo*, es largo hasta la rodilla, con tirantes anchos y escote corazón. Para darle un aire más profesional y menos festivo me pongo una americana debajo de un abrigo tres cuartos, marrón claro con un cinturón del mismo color pero más oscuro y un sombrero a juego. Mi *look* lo completa un fular de estampado arabesco. Dejo que mi melena rubia suelta con algunas ondas. Me miro frente al espejo, estoy sencillamente espectacular. Con este *oufit* me voy a ganar más de un piropeo por la calle y eso me gusta, hoy quiero que me vean. Después de todo, ¿a quién no le gusta que se fijen en ella por la calle y ya de paso ganarse las miradas envidiosas de otras mujeres? A mí en días como hoy me encanta.

Conduzco por la M-40 suena *it's raining men* [1] en la radio, subo el volumen y lo pongo a tope. Ni siquiera me molesta el atasco que encuentro de entrada a Madrid. Estoy cantando y bailando como una loca en el coche, los conductores que tengo al lado cuando me miran se echan a reír, estoy haciendo el ridículo y nunca me ha dado más igual. Justo cuando termino con un alarido la última frase de la canción veo que los coches se empiezan a mover de nuevo y se acaba mi momento de estrella de *pop*, no sin antes guiñar un ojo a un rubio ojos azules que va en el coche de al lado. Me hace un gesto para que le de mi teléfono, le digo que no con el dedo. No gracias, no necesito más hombres en mi vida durante una temporada. Lo que decía el anuncio de que “a partir de los treinta todos los hombres están casados o son *gais*”, yo le añado una tercera opción, esas dos o *son unos cerdos*. Es más, si hubiera un diccionario, su foto saldría como ejemplo de *cerdo-humano* o *humano-cerdo*, no lo tengo demasiado claro. En cualquier caso, que le den no quiero saber nada más de él, si el sábado tenía un mal día me podría haber puesto cualquier excusa o simplemente decirme la verdad, con un “Laura sin ofender, pero no hoy no estoy para nadie” o “lo siento, pero hoy no me puedo ir a desayunar” con eso habría sido suficiente. Pero ¿qué hizo? Tratarme como si fuera una rata y lo siento, pero mi orgullo me impide que me traten así y volver a preocuparme por él. Por eso, Laura Norton *returns* y hoy voy a coquetear con todos los hombres, salvo los que sean compañeros de trabajo o clientes. Aunque pensándolo bien eso reduce mucho las opciones de tonteo con el sexo opuesto, pero bueno, da igual, alguno encontraré. De eso estoy segura. De hecho aunque ya no lo hiciera, ya he coqueteado con uno en el coche...

Cuando llego al trabajo Carmen, mi jefa, me dice que tengo que irme con Pedro, mi compañero, a visitar a varios clientes.

—Buenos días, Laura. ¡Qué guapa vienes hoy!

—¡Tú que me miras con buenos ojos! —me río, mientras doy un cariñoso apretón en el brazo a Carmen—. No sé si estoy guapa, solo sé que me siento bien. Vengo con muchas ganas de trabajar y mis pilas están al 100%.

—Así me gusta, trabajadores motivados.

—Sí, lo estoy. Eso sí, no te pases que nos conocemos.

—Bueno, dado que hoy es lunes y tienes tantas ganas de trabajar, vas a acompañar a Pedro a una reunión con unos clientes.

—He dicho que no te pasaras, ¡que mira que tacones llevo hoy! —gimoteo.

—Razón de más, así luces palmito y ya de paso te ganas el sueldo...

—¡Pero si siempre me lo gano! ¡Siempre llego veinte minutos antes de mi hora!

—Da igual, te tienes que ir con él.

—Si no queda otra... De acuerdo, jefa —bromeo mientras levanto la mano y me la llevo a la cabeza a modo de saludo militar.

—Qué pava eres... —me regaña de broma.

—¡Y tú qué dictadora!

Oigo un silbido de admiración a mi espalda, por la manera en la que resuenan unos mocasines acercándose desde el fondo del pasillo adivino que es Pedro, mi compañero de trabajo, que como siempre, llega tarde.

—¡Hay alguien que se ha levantado espectacular esta mañana! ¿Qué tal el finde, guapa? —me pregunta mientras me da dos sonoros besos en las mejillas.

—Ha sido interesante —ironizo— He estado limpiando mi casa, terminando trabajo de la oficina, puse a punto el coche y me ha dado tiempo a mimarme a base de cremas y potíngues varios.

—Guau. ¡Tú sí que sabes cómo aprovechar bien el tiempo!

—Como veo que tenéis tan buen ambiente. Os dejo que os contéis todo de camino a la reunión con los chinos. Tranquilos que es algo informal, una primera toma de contacto. Recordad, no habléis más de lo necesario y a la vuelta quiero un informe con cada detalle de la reunión, quiero que me contéis hasta cuantas veces por minuto respiran —Carmen da una carpeta enorme a Pedro—. Aquí tenéis todo. En dos horas tenéis que estar en la dirección que aparece en la primera página.

—Sin problema. "Yes we can"— imito la frase de la campaña de Obama con el puño levantado y con una gran sonrisa.

—¿No se te habrá fundido el cerebro entre tanto producto químico? —pregunta Pedro divertido.

—No, que yo sepa...

—Si vas a venir a la oficina todos los lunes de tan buen humor, por favor, Laura, no dejes de limpiar tu casa todos los fines de semana —bromea Carmen.

—Si me tengo que sacrificar por el bien de la empresa, lo haré... —finjo estar apesadumbrada. Al mal tiempo buena cara, no puedo decirles que me he pasado todo

el fin de semana enfadada pensando en un hombre al que apenas conozco y que me trató fatal. Eso sería dar demasiadas explicaciones y desde esta mañana me he propuesto sonreír, quererme y hacer feliz a la gente que realmente merezca la pena, como son ellos dos Carmen y Pedro.

—Sí, la que un día será tuya— me recuerda Pedro.

—Muy gracioso. Anda tira, que no sé para qué habré dicho que tenía ganas de trabajar. Ahora nos tendremos que leer todo este tocho antes de salir de aquí en tiempo récord.

—Yes you can! —Carmen imita mi frase de antes con el puño en alto, dirigiéndose a Pedro y a mí.

Cuando hemos repasado todo salimos de la oficina rumbo al centro. La reunión es en una cafetería de la calle Velázquez, dejo el coche en el aparcamiento subterráneo más cercano que es el de la plaza de Colón. Subimos las escaleras que dan a la calle y caigo en la cuenta de que Pedro y yo vamos a pasar por delante de la esquina en la que siempre voy a ver a Jon (venía —me corrijo mentalmente—). No tengo escapatoria y no se me ocurre ninguna excusa razonable para pedirle a Pedro que crucemos de acera y así no encontrarme con Jon, eso sería hacer el recorrido más largo y con estos tacones, no colaría eso de "me apetece andar". El momento de diva de esta mañana me va a costar unas buenas rozaduras en los pies. Moraleja, vayas donde vayas, siempre de plano o en su defecto con tacones bajos. Estoy convencida de que los tacones en general y los *peep toes* en particular están sobrevalorados. Son máquinas de machacar pies y de hacer sufrir inútilmente a las mujeres que se atreven a calzarse un par. Aun así, reconozco que tengo más de veinte pares de tacones en mi vestidor.

En los escasos minutos que hay entre la salida del aparcamiento y la esquina de Jon me debato entre fingir indiferencia y pasar de largo o bien ser una maldita bruja y darle dinero para que tenga que mirar quién se lo ha dado y así me vea. Definitivamente la pérdida que llevo dentro gana y cuando me doy cuenta estoy abriendo el bolso para coger la cartera. En esta ocasión saco un billete de veinte euros y me lo guardo en la mano hasta que crucemos el semáforo. Sé que le va a molestar. Es un gesto cruel e impropio de mí, pero en todo lo referente al mendigo de la calle Serrano, no pienso, solo actúo, sigo muy dolida por lo del sábado por eso quiero que me vea. Trato de acallar mi conciencia bromeando con Pedro.

Se pone en verde para los peatones, me agarro del brazo de mi compañero y dibujo la sonrisa más grande que soy capaz cuando empezamos a cruzar la calle, llegamos a la altura donde Jon tiene puesto su sombrero abro la mano con apariencia despreocupada, pero asegurándome de que el dinero cae dentro justo en el momento en el que suelto una carcajada por una ocurrencia de Pedro. Alguien nos interrumpe.

—Señorita, señorita —dice Jon y aunque finjo no oírle, sigue repitiendo—, señorita. Usted, la del vestido... — me giro con una mirada intrigada que le desafía a decir algo. Se ha levantado del suelo y sujeta el billete con dos dedos con intención de devolvérmelo.

—¿Me lo dice a mí? —me mira y veo que me repasa de arriba a abajo.

—Se le han caído veinte euros —me ofrece el billete.

—No, no se me han caído.

—Vamos, Laura, que llegamos tarde a la cita con los chinos —Pedro tira de mí.

—Quédeselos. A usted le hacen más falta —no va a ser capaz de contestar nada a eso.

—Gracias —responde seco y yo le sonrío de manera fría, ninguno de los dos dice nada más, ambos sabemos el motivo.

Cuando entramos en el elegante restaurante tiene un mobiliario minimalista y grandes lámparas de cristal en forma de araña cuelgan del techo. Por la noche se utiliza de sala de restaurante *chic* en el que después se pueden disfrutar de unos estupendos cócteles. Vemos a tres hombres orientales de traje sentados al fondo del local con el pelo engominado y una raya al lado. Se nos han adelantado, mala señal, se han sentado de espaldas al gran ventanal que da a la calle lo que sin duda nos perjudica ya que el sol molestará nuestra visión y los camareros todavía no han bajado el toldo que da a la calle.

La reunión empieza con meras formalidades y les preguntamos fingiendo interés que si les ha costado mucho encontrar el local. Soy la única mujer en la reunión. Tengo que olvidar mis problemas personales y estar a la altura para demostrar que soy la digna sucesora de mi padre. Como Pedro es mi jefe no puedo intervenir demasiado y además parece que mi presencia les incomoda, por eso trato de estar atenta, ser cordial e intervenir cuando toca. Anoto tal y como ha dicho Carmen todos los datos importantes de lo que se habla en la reunión tratando de retener las reacciones que muestran ante nuestras propuestas. No son demasiado expresivos así que en el apartado "sensaciones de la reunión" no podré completarlo demasiado.

Después Pedro y yo vamos a la otra punta de Madrid a continuar con más reuniones que tenemos programadas para esa mañana. Afortunadamente van bastante bien, pero estoy bastante más desconcentrada que en la primera y no soy capaz de quitarme a Jon de la cabeza. Solo hace diez minutos que ha empezado y si no hubiera mirado el reloj habría apostado a que ya llevamos aquí más de una hora, suerte que Pedro está espléndido y no hace falta que yo intervenga más que lo justo.

Ver a Jon me ha dejado mal. Hace un rato fingí tener una valentía que realmente no tengo. Mi actitud condescendiente fue inexplicable. No sé qué traté demostrar. No me creo mejor que nadie por tener dinero ni mucho menos, mi lado impulsivo ganó al razonable e hice algo que no debía, comportarme como una niña en vez de como una mujer madura. Fue una treta ridícula a la par que clasista para captar su atención. ¡Con lo fácil que habría sido pasar como si nada! Solo tenía que haber dejado las manos dentro del abrigo y haberme esforzado más por concentrarme en lo que decía Pedro. En mi defensa he de decir que no se me ocurrió una manera mejor de tratar de atraer su atención, después de todo fue hace solo dos días cuando me pidió, mejor dicho, me exigió, que me fuera y solo dándole una buena limosna, era la única manera de hacerme notar. Reconozco que las maneras fueron discutibles, pero no era viable decirle a Pedro eso de "me disculpas un momento, conozco a este chico". Eso habría despertado su interés y aunque no me molesta que sepa que conozco a una persona que vive en la calle, no quiero tener que dar explicaciones. Después de dejar caer el dinero en el sombrero de Jon y al ver como él se levantó con la intención de devolvérmelo porque pensaba que se me había caído me sentí estúpida, él que solo tiene un sombrero con el que pedir y unos cartones en los que dormir estaba dispuesto a devolverme un dinero que a él le supone comer o no comer ese día. De repente me sentí ridícula, ruin como un espectáculo sin gracia, una muñeca pija sin cerebro y lo que es peor, sin corazón.

—De acuerdo, pues entonces esta tarde nos pondremos a trabajar en ello y antes del viernes tendrán una propuesta que seguro que cumple sus expectativas. ¿Verdad Laura?

—Sí, sí por supuesto —respondo con el piloto automático. No tengo ni idea de lo que se ha hablado en esta reunión, pero aun así sonrío con amabilidad y continúo con frases hechas que sirven para todo en el mundo de los negocios—. Ya verán como no se arrepentirán. En Norton tenemos a los mejores profesionales trabajando siempre pendientes de las necesidades de nuestros clientes. Por favor para cualquier cosa no duden en contactar con Pedro o conmigo, estaremos encantados de atenderles en todo momento.

—Salvo que estemos en una reunión —puntualiza Pedro—, que en ese caso, lo primero que haremos nada más salir de la reunión, será contactar con ustedes.

—Perfecto —responde el hombre de barba que está al otro lado de la mesa—. Esperamos su respuesta entonces.

—Muy bien. Ha sido un auténtico placer conocerles —sonrío afable estrecho mi mano con los dos hombres y me abrigo de nuevo antes de salir a la calle. He estado completamente ausente y en cuanto me aseguro de que ya se han marchado empiezo a preguntar a Pedro por la reunión.

Quince minutos más tarde estamos comiendo en una terraza cubierta de un restaurante japonés situado en el Paseo de la Castellana. Tengo la mirada perdida en el paisaje de la ciudad, los coches que pasan a toda velocidad de un lado para otro de la calle. Niños, que salen del colegio agarrados de las manos de sus abuelos y ejecutivos como Pedro y yo, que van a su restaurante favorito de la zona a comer.

—¿Qué te pasa Laura? ¿Dónde se ha ido esa energía que tenías cuando te he visto esta mañana?

—Los tacones —respondo de inmediato mientras me agacho para acariciarme los tobillos—. Me están matando, cuando me los puse esta mañana me parecían preciosos para venir a trabajar, claro que no contaba con que íbamos a tener que andar tanto...

—O sea que la culpa es de Carmen, ¿no? —pregunta incrédulo. Actuar no es lo mío...

—Sí, es eso.

—Laura, te conozco. No te lo crees ni tú. ¿Me lo vas a contar? — finjo no saber de qué me habla, me levanta la cara con el índice y el pulgar, tira suavemente de mi barbilla para que le mire.

—Bueno... Preferiría no hacerlo —agacho de nuevo la cabeza.

—Es por ese chico, ¿verdad?

—¿Por quién?

—Laura... —me recrimina suave— No me tomes por tonto que nos conocemos, me refiero al mendigo.

—Jon —le interrumpo.

—¿Le conoces? —sonríe intrigado.

—Sí, pero no hay mucho que contar —trato de evadir el tema.

—Cuéntamelo, quiero saberlo todo.

—No es buena idea, es una historia un tanto extraña, seguro que te vas a aburrir y vas a pensar que estoy loca.

—No digas eso que sabes que no es verdad. Nos conocemos desde hace unos cuantos años ya, sabes de sobra que nunca me aburres y que no voy a pensar que estás loca.

—Eso lo dices porque eres mi amigo.

—Sí y como soy tu amigo sé que lo de ese chico ha debido de ser importante, has cambiado completamente desde que lo hemos visto esta mañana. Además, por la cara que pones, sé que estás deseando hablarlo con alguien.

—La verdad es que sí, necesito soltarlo todo. Pero antes una cosa, ¿me prometes que no se lo vas a contar a nadie?

—¿Dudas de mí?

—¡Por supuesto que no! —Pedro es un buen amigo, alguien en quien se puede confiar y con el que se puede hablar cualquier cosa. Es una tumba guardando secretos.

—Habla entonces.

—Está bien. Todo empezó un sábado de hace unas semanas. Esa mañana quise darme un capricho después de las negociaciones con los yanquis, ¿te acuerdas?

—Como para olvidarlo... Recuerdo perfectamente las jornadas de trabajo hasta la cuatro de la madrugada en la oficina.

—Al salir de una tienda me fijé en Jon que estaba en la misma esquina que le hemos visto hoy y le di dinero. A raíz de ese día empecé a sentir la necesidad de volver cada sábado por ese mismo lugar y darle dinero, hasta que un día me dio las gracias, empezamos a hablar y le invité a un café. Desde entonces cada sábado le doy limosna y después le invito a desayunar, hasta antes de ayer. No quería que el comer dependiera de las limosnas y además de darle limosna quería invitarle a desayunar y darle unos sándwiches que le había preparado. No sé muy cómo ni por qué, pero el caso es que acabó tirando la comida y me exigió que no volviera nunca más por su esquina

—¿Te pegó? ¿Te quiso hacer daño?

—No, solo fue irónico y me insultó. No creo que en ningún momento tuviera la intención de hacerme daño. Hoy para tratar de llamar su atención, le he dado veinte euros porque sé que así levantaría la cabeza y se vería forzado a darme las gracias. ¿Ridículo verdad?

—Para nada, es más, dejando de lado la última parte, me parece una historia preciosa. Creo que deberías ayudarle.

—Pero ¿cómo? Si precisamente eso es lo que llevo intentando hacer todo este tiempo. Además me pidió o mejor dicho, me exigió que no volviera...

—¿Dándole dinero? ¿E invitándole una vez por semana a desayunar crees que ésa es la mejor manera de ayudarlo? Y aunque te dijera que no volviera, ¿de verdad piensas hacerle caso?

—No se me ocurre ninguna otra mejor... —me avergüenzo y bajo la barbilla, no me deja me la vuelve a subir para que le mire.

—Sí, que la hay, pero no te voy a decir cómo. Además de una mujer bellísima, sé que eres muy inteligente y no tardarás mucho tiempo en darte cuenta de cómo hacerlo.

—He fallado, Pedro, he sido una auténtica estúpida.

—No, no te has equivocado. Solo que tu forma de ayudarlo no ha evolucionado. Recuerda “dale un pez a un hombre un día y comerá un día; enséñalo a pescar y comerá toda la vida”.

—Tienes razón, muchas gracias, Pedro. No te haces una idea de lo que me ha ayudado esta conversación contigo.

—No seas tonta. No tienes que agradecerme nada.

—Bien sabes que sí. Una cosa más.

—Dispara.

—¿Te puedo dar un abrazo?

—Por favor —acerca su silla a la mía y abre los brazos, para que me agarre a él. Pedro no solo es el mejor profesional que conozco, sino que es un gran amigo y una mejor persona, hoy me lo ha demostrado una vez más.

Después de la conversación con Pedro de esta mañana, tengo todo mucho más claro, cuando salga de trabajar no voy a ir a casa, voy a volver a la esquina de la calle Serrano en la que siempre está Jon. La esquina, su esquina, un poco mi esquina.

La comida pasa volando y mi humor mejora de manera notable. Me siento mucho más ligera, es como si me hubieran quitado una tonelada de peso de encima.

Por desgracia la jornada de trabajo se alarga más de la cuenta y cuando miro el reloj, son las ocho y media, solo queda media hora para que Jon se vaya. Hace unos cuantos sábados me dijo que él siempre está ahí entre las nueve de la mañana hasta las nueve de la noche, después, coge la recaudación del día y se vuelve al cajero en el que duerme en invierno con unos compañeros. No le gusta dormir en los albergues porque siempre que ha ido, ha acabado igual, encontrando a alguien desesperado por contar su triste historia y después siempre ha acabado replanteándose si merece la pena o no seguir viviendo. Por eso dejó de ir, para no tener que pensar después. Nunca se ha visto lo suficientemente valiente como para suicidarse. Ese día, en los diez escasos minutos de conversación le bombardeé con una batería de buenas razones para seguir viviendo. Su sonrisa y su afirmación “*tranquila, que si durante estos cinco años que llevo viviendo en la calle viendo todo lo que he visto, no lo he hecho, no lo haré ahora*”. Me senti mucho más tranquila sabiendo que él no iba a hacer ninguna tontería.

Miro de nuevo el reloj, son las ocho y cuarenta, por fin consigo entregar el informe, le doy al botón de enviar, apago el ordenador y recojo mis cosas. Salgo corriendo de mi despacho. Pulso frenéticamente el botón del ascensor para que suba antes, nada no hay manera, pasan los segundos y la puerta del ascensor sigue cerrada. Decido bajar por las escaleras que están al lado del ascensor y por enésima vez en este día me reprochó haberme puesto los andamios que tengo por tacones. Si hubiera sabido que el día iba a transcurrir así me habría puesto las zapatillas de correr, habría sido mucho más práctico.

Necesito ver a Jon, quiero pedirle perdón por todo lo que ha sucedido, por lo de hoy, por lo del sábado y por lo de estas últimas semanas en las que he estado ciega viendo lo que quería y ver no darme cuenta de la realidad diaria a la que se enfrenta. Al miedo, a la soledad, al sufrimiento, a la desesperanza, a no importar a nadie.

Conduzco mi coche como una loca por las calles de Madrid. Derrapo en las rotondas, me salto semáforos en rojo, he estado a punto de atropellar a una viejecita, arrollar a un ciclista y me ha parecido ver un fognazo al pasar por varias calles a toda velocidad. Este mes me voy a dejar buena parte del sueldo en multas, no me importa. No soy yo la que conduce, es mi desesperación la que lo hace por mí, esa que me impulsa a actuar antes que a pensar. Tengo que llegar antes de que se vaya, no quiero que vuelva al cajero, me niego a que duerma una sola noche más en la calle. Me lo llevaré a mi casa si hace falta, pero quiero que esté bien. Quiero que salga de la calle. Quiero que encuentre un trabajo y reconduzca su vida. ¡Sí, eso es justo eso lo que necesita! Necesita trabajar para poder mantenerse. Pero, ¿quién va a querer contratarle con la ropa que lleva? ¿Tendrá estudios? Descarto rápidamente la idea, no creo que los tenga. Ya sé. Tengo un plan. Es perfecto, me felicito. Recuerdo las palabras de Pedro: “dale peces un día a un hombre y comerá un día, enséñale a pescar y comerá toda la vida”.

Siento que Jon me necesita y yo también le necesito. Necesito saber que está bien, que esta noche y todas las demás dormirá bajo techo, que comerá y seguro. Miro el reloj del salpicadero son las ocho y cincuenta y seis. ¡Maldita sea! ¡Quiero verle y parece que todo Madrid se ha puesto en mi contra! No me rindo, tengo que

encontrarle. Voy a encontrarle.

Llego a la plaza de Colón a las nueve y cero uno. Salgo de mi coche que dejo aparcado de mala manera encima de la acera de enfrente de la que siempre he visto a Jon. Corro hacia el otro lado de la calle sin darme cuenta de que estoy cruzando por mitad del tráfico mientras los coches, autobuses, motos y ciclistas me esquivan. Los tacones me impiden correr más rápido y estoy a punto de perder el equilibrio varias veces. En cualquier situación tendría miedo, ahora no. Finalmente consigo llegar al otro lado. ¡No está! ¡No puede ser! Miro el reloj de mi muñeca, las nueve cero tres. ¡No se puede haber ido! ¡Si solo he llegado tres minutos tarde! Miro desesperada hacia todos lados, doy vueltas sobre mi misma tratando de encontrarle con la mirada, pero no le veo. Empiezo a recorrer desesperada las calles aledañas, miro en los cajeros, me asomo a los portales, me fijo si existe o no algún recoveco en alguna calle donde pueda ocultarse. Nada, no está. No quería hacerlo, pero finalmente me atrevo, paro a una mujer de unos cuarenta años que va con dos niños y unas bolsas en la mano. Le agarro del brazo.

—Oiga disculpe, ¿no habrá visto por casualidad ha visto mendigo que está siempre aquí? —pregunto desesperada—. Es un chico de más o menos mi edad, de ojos azules y el pelo por los hombros, siempre tiene un sombrero enfrente de él.

—Disculpe, señorita, pero no sé de quién me habla —responde tajante mirándome como si fuera una loca. Se va sin despedirse.

—Adiós —digo irónica levantando una mano. Pija de mierda, pienso. Eso es justo lo que me dijo Jon el sábado. ¿Daré tanta grima como esta señora?

Repito la misma operación con seis personas más y todo el tiempo recibo la misma respuesta: “no le he visto” en el mejor de los casos, hay otros que directamente ni me contestan. Todos piensan que estoy mal de la cabeza. Seguro que se preguntan qué hace una chica *bien* preguntando por alguien que no le importa a nadie. Me siento estúpida, me pongo a llorar de la impotencia mientras me apoyo en su pared y me dejo resbalar hasta llegar el suelo. Me echo el pelo hacia atrás y me tapo la cara con el otro brazo. Lloro, me desahogo. Algunas personas se dirigen hacia mi preocupados. Les contesto que estoy bien y aprovecho para preguntarles si han visto al chico que siempre se sienta justo donde estoy y ahora mismo, al hacerlo se van rápidamente como si fuera una apestada, de repente dejo de importarles al preguntarles por él. Ver llorando a una chica pija es importante, lo que le ocurra a un mendigo no.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Cuando salgo del trance veo que ya hay mucha menos gente por la calle que cuando llegué y que la grúa está a punto de llevarse mi coche.

—¡Oiga! —grito— ¡Espere! ¡Espere por favor! —empiezo a cruzar la calle, otra vez por en medio del tráfico, pero ahora tengo más cuidado y aprovecho a cruzar cuando no vienen coches. Llego a la acera y veo que el hombre de la grúa tiene unos sesenta años, de pelo canoso y con barriga, está empezando a subir la rampa de la grúa con mi coche encima.

—Disculpe, señor, pero es mi coche el que se está llevando, ¿por qué lo está haciendo?

—Señorita, lo ha dejado subido en la acera en una zona en la que no se puede aparcar con los cuatro intermitentes puestos durante más una hora. Varios conductores han llamado para quejarse, los agentes de movilidad han venido a comprobarlo y yo me tengo que llevar su vehículo.

—Pero no puede llevárselo, ¿por favor! ¡Necesito mi coche para ir mañana a trabajar! —me desespero. Creo ver a alguien que me conoce, me mira extrañado y pasa de largo.

—De verdad, señorita, no me lo ponga más difícil, las normas son las normas...

—¡Pero tiene que haber algo que pueda hacer! —mi desesperación y la impotencia que siento hace que se me suelte la lengua y comienzo a contarle mi situación al hombre por si se apiada de mí y no se lleva el coche —¿Qué haría usted si vuelve a buscar una persona muy especial y no la encuentra, cuando pueda que sea la última vez que vaya a verla? ¿Y qué sentiría si a pesar del esfuerzo en balde que hubiera hecho se llevaran su coche? ¿Cómo estaría? ¿No creería que ya tiene bastantes problemas como para añadir otro más?

—Espere un momento —parece que funciona—. Voy a llamar a la central a ver si puede venir un agente de movilidad y evitar que me lleve su coche.

—Gracias, señor. Muchas gracias. No se imagina el favor que me hace —respiro aliviada.

—De nada y no llore más, mujer... Todo tiene solución.

—Ojalá —digo resignada dibujando una sonrisa afligida. Me siento en un banco cercano a donde está mi coche y espero. Trato de dejar la mente en blanco y tranquilizarme. No he hecho todo lo que podría hacer. Durante estos meses he estado más centrada en la sensación tan agradable de ver todos los sábados a Jon que de tratar de ayudarlo. He sido una estúpida. Espero poder encontrarle mañana.

JON

Sigo al funcionario por el largo pasillo oscuro. Oigo como un hombre empieza a tratar de llamar la atención de Laura, se me hiela la sangre. Me entran ganas de volver para atrás y partirle la boca al mamarracho que está molestándola. Quiero meterle tal paliza que no lo reconozcan ni en el agujero de mierda en el que vive. Me tranquiliza saber que al menos donde está no podrá tocarla y viniendo del mundo del que seguramente viene no se cruzará más con ella. Además estoy seguro que Roberto está haciendo todo lo posible por sacarla de aquí cuanto antes, lo raro es que no haya salido antes que yo.

Berta está esperándose en la última sala. No me saluda, se da la vuelta y comienza a andar hacia la puerta del fondo del pasillo, está enfadada, con un movimiento de cabeza me indica que la siga. Nos cruzamos con Roberto que nos mira suspicaz, ignoramos su mirada y continuamos andando en silencio.

Ya ha pasado un buen rato, Berta y yo seguimos en silencio, ella en su enfado y yo porque sencillamente no quiero ni tengo nada que decirle. Finalmente llegamos a una sala de espera anticuada. Me siento en una silla de plástico naranja pegada a la pared y trato de calmarme cerrando los ojos y respirando profundamente varias veces. Estoy deseando salir de aquí, me ahoga la corbata, me quema el traje y me desespera aún más esta espera que parece eterna. No sé qué estará haciendo el funcionario que nos tiene que abrir, pero necesito salir de aquí ya. Cuando abro los ojos miro hacia arriba y veo que acaban de llegar Laura y Roberto que cruzan unas palabras con Berta. Laura me mira y no me dice nada, se sienta en el otro lado de la fila de asientos en la que estoy sentado, y a pesar de que solo un hueco nos separa de estar el uno junto al otro, siento que estamos a miles de kilómetros. Estoy seguro de que tiene muchas preguntas que hacerme, pero no es el momento ni el lugar, y yo no tengo respuestas.

Por fin aparece una mujer al otro lado de la ventanilla, intercambia unas palabras con Roberto y Berta que le entregan unos documentos. Los examina con demasiado detenimiento para mi gusto. Estoy a punto de perder los nervios cuando por fin suena un ruido parecido al de una cigarra que activa la apertura automática de la puerta. ¡Tanta espera para esto...! ¡Para un botón! Si me hubiera dicho dónde se le daba le habría dado yo mismo, gustosamente le habría ahorrado el trabajo. Roberto y yo cedemos el paso a las mujeres, que chocan para tratar de salir primero y se miran con inquina, con Roberto ni lo intento mejor que salga él primero.

Cuando Berta y yo salimos a la calle estamos lo suficientemente lejos de los Juzgados como para que ninguno oído indiscreto nos oiga, me pregunta intrigada.

—¿Se puede saber qué tenías que hablar con Laura?

—Lo que hable con mi mujer no te interesa.

—Sí, mientras seas mi cliente. Cualquier información que le des o te dé, me importa, puede ser importante para el caso.

—No hemos hablado de nada importante.

—No te creo.

—No me obligues a cambiar de abogada —la desafío.

—Hazlo si te atreves.

—No me pongas a prueba Berta, no me conoces.

—Jon, necesito saberlo para el juicio, ¿quién te dice a ti que lo que sea que fuera que estuvieseis hablando ella y tú en el calabozo no va a contárselo a su abogado?

—Ya te he dicho que no hablamos de nada relevante, un tema trivial.

—Sigo sin creerte.

—¡No insistas más! ¡Estoy cansado de tener que darte explicaciones por todo! —levanta una ceja intrigada— Tenía que hablar de un asunto doméstico —vuelvo a engañarla—, del gas. No sé si la compañía de gas sigue pasando los recibos del piso por la cuenta común o si la ha cancelado ya.

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho?

—Que pasan las facturas por la cuenta común porque todavía no la hemos cancelado —me exige con la mirada una explicación más extensa, pero no se la pienso dar.

—Entonces si es así, ¿por qué no la llamas a su móvil desde el mío? Ponle cualquier excusa, seguro que no tiene ningún problema en repetirlo.

—No voy a llamarla y menos por una tontería así. Quiero estar lejos de ella.

—Pues en la celda se os veía muy juntos...

—Que no te cieguen los celos, Berta.

—Si no la llamas tú, lo haré yo —dame su número.

—¿Estás de broma? No te lo pienso dar jamás.

—Bueno, entonces si lo prefieres así, tendré que conseguirlo por mis propios medios.

—¿Tan desesperada estás por mí que estás dispuesta a quedar en evidencia delante de Laura?

—No me gusta que me quiten lo mío.

—Berta, tú y yo no somos nada. Es cierto que hemos quedado unas cuantas veces para cenar e ir al cine y después hemos follado unas cuantas noches, pero eso no me convierte en tuyo. Hasta hoy pensaba que tú también tenías claro que no tenemos nada, yo solo soy tu cliente. Cuando uno de los dos se cansa del otro simplemente dejará de llamar, eso fue lo acordado —un leve gesto de dolor pasa por su rostro por mis palabras. No querría haber sido tan duro con ella, pero no ha parado de insistir hasta enfadarme—. Además ¿tú no tenías que irte a trabajar ya?

—No me cambies de tema, Jon.

—Berta, ten dignidad y no insistas más. No te voy a dar el número de Laura y como la llames y yo me entere, date por despedida.

—Está bien, tienes razón. Perdona, tengo un mal día. Me siento muy frustrada. Le he estado dando vueltas y no logro comprender tu reacción en el juicio; ni en mis peores pesadillas esperaba que fuera a salir tan mal todo.

—Berta, tranquila, me hago cargo, sé que la culpa ha sido mía.

—Jon, en mis diez años de carrera no he perdido ni uno solo de mis casos. No quiero que el tuyo sea el primero. A partir de ahora vamos a hacer las cosas a mi manera, ¿entendido? Te vas a limitar a ser algo así como un robot al que le daré órdenes y me vas a tener que hacer caso.

—De acuerdo, me voy a casa, necesito pensar.

—¿Hoy no vas a trabajar?

—No, ya te he dicho que necesito pensar.

—¿Quieres que te acerque a algún lado? Tengo el coche aparcado por aquí cerca.

—Gracias, pero no hace falta, me voy en metro.

Entro en el suburbano y me subo al vagón más vacío que encuentro. Si pudiera mimetizarme con las paredes del vagón para que nadie me viera lo haría, y así es como huyo de lo ocurrido hace un rato dentro de la celda. Huyo de lo que soy cuando estoy cerca de Laura, aunque esa sea mi mejor versión. No puedo fallar. No hay margen de error y menos después de lo de esta mañana en el juicio. De nuevo empiezo con la charla que me repito una y otra vez. Recuerda tienes una deuda con tu pasado y tienes que saldarla. Si te dejas guiar por las sensaciones que te provoca cuando la tienes cerca, tirarás todo por tierra y de nada habría servido llegar hasta aquí.

Miro el reloj y veo que sigue sin avanzar la manilla, apenas son las diez de la noche y desearía que fuera ya martes para tener que levantarme e ir a trabajar. Aunque estoy cansado, no soy capaz de hacer otra cosa que pensar en Laura, en las circunstancias en cómo hemos llegado hasta aquí y en tratar de averiguar cómo es exactamente cómo me siento. No he comido y tampoco me apetece hacer la cena. Estoy confundido. Cuando llegué del juzgado hace unas horas lo primero que hice fue

quitarme el traje ya que en el fondo no es más que un disfraz, para tratar de aparentar una seguridad que no tengo y me puse de luto: un pantalón largo con una camiseta de algodón negro. Ropa cómoda para estar en casa muy acorde con el sentimiento tan negro que tengo. Más tarde me tumbé en el sofá, y puse la televisión para que su murmullo me acompañase y no tener este sentimiento aplastante de vacío, aunque para ser sincero ni siquiera he girado la cabeza una sola vez para ver qué ponen.

Repaso una y otra vez qué me ha pasado hoy, recuerdo mi pasado y cómo conocí a Laura. El primer día que pasó mi esquina fue uno de esos tantos días en los que había tocado fondo. Hay muchos y a cual peor. La noche anterior atraqué a una anciana. Llevaba un tiempo sin consumir heroína y ese día me enteré que un grupo de *hijos de papá* habían dado una paliza a un compañero, Patrick, que era así como se llamaba.

Patrick estaba durmiendo en un banco y unos niños bebidos se empezaron a meter con él, trató de ignorarles, pero no pudo. Le dieron patadas en las piernas, en la cabeza y en el estómago, le insultaron, le escupieron e incluso le robaron la cartilla del banco con el DNI. Quiso defenderse, pero no pudo, eran demasiados para un solo hombre y había menores de edad. Le estuvieron pegando hasta que finalmente uno de esos hijos de puta le partió una barra de hierro en la cabeza. Ese golpe fue fatal. Minutos después de la paliza, Clemente, otro compañero, llegó y trató de ayudarlo llamando a la ambulancia, pero ya era demasiado tarde. A Patrick se le escapaba la vida sin que Clemente y tampoco los médicos pudieran hacer nada por salvar su vida. Lo único que pudieron hacer fue acompañarle y dejar que les contara lo que había pasado hasta que finalmente murió en los brazos de Clemente.

¿Cómo se puede robar a quién no tiene nada? ¿A alguien cuya única posesión son unos cartones sucios y unas mantas raídas? ¿Es que no es suficiente saber que con un gran porcentaje de posibilidad nunca más va a salir de esa situación? Por eso, al día siguiente no me dio pena estar en una esquina esperando a robar al primer incauto que pasara. Robé a una anciana, podría haberlo hecho a una mujer embarazada o a un chaval joven. Dormía en el cajero de un barrio bien en el que no hay temor de gastar miles incluso decenas de miles de euros en un bolso, pero en el que para dar unas monedas a un pobre, “estamos en crisis”. Hipocresía. ¿Cómo se puede decir a alguien que no se tiene dinero si sale con una bolsa en la mano de una tienda de ropa de marca? Esa fue la respuesta que me dieron demasiadas veces hasta que decidí no volver a pedir nunca más. Con mi sombrero boca arriba era suficiente. Si no estaban dispuestos a darme nada, yo tampoco estaba dispuesto a gastar saliva en quien no lo merecía y me miraba con desprecio. Hasta que la vi a ella, hasta que vi a Laura.

Laura, como tantos otros muchos pijos, la primera vez que me dio dinero ni siquiera me miró. Aunque todavía corría por mis venas el efecto de la heroína cuando advertí que se metió la mano al bolso fue como si algo se despertase en mí y no pude evitar fijarme en ella. De repente, el interruptor de mi vida que no había variado de la misma posición en los últimos cinco años se movió y algo sucedió. Cuando me dejó el dinero en el sombrero no le di las gracias, como tantas otras veces había hecho y fingí no verla. Ella no me hizo mucho caso, nada fuera de lo habitual. Pero no pude evitar fijarme en que era como una modelo. Melena rubia clara con ligeras ondas, ojos azules, rasgos delicados casi de muñeca. El jersey de cuello alto no podía disimular su magnífica delantera y su cintura de avispa. Preciosa, fue el adjetivo que se me vino a la mente mientras veía como contoneaba sus caderas y se alejaba.

Pasó un tiempo, no sé exactamente cuánto, hasta que volvió a venir por mi esquina. Cuando la vi acercarse a lo lejos la reconocí al instante. Entonces supe que era real, que no había sido fruto de una alucinación. Laura salía de una tienda situada a unos cien metros de donde estaba, iba distraída, con los cascos puestos, gafas de sol y muy femenina. Vestía unos vaqueros, con unas botas planas, un abrigo que le cubría hasta justo debajo del culo y un bolso grande. Recuerdo todos esos detalles porque ya desde pequeño me solía distraer fijándome en la gente que pasaba por mi lado. Cuando vives en la calle, observar es una de las pocas distracciones que se tienen si se hace con cierto disimulo. Por eso no es de extrañar que recuerde cómo iba vestida, además una mujer tan guapa como ella llama la atención.

Al sábado siguiente volvió a pasar por mi esquina y de nuevo dejó dinero en mi sombrero. Mi primera reacción fue pensar “vaya, parece que algunos ricos no ponen la excusa de la crisis para no dar dinero”. A pesar de ello, decidí no cambiar de costumbres y esa vez tampoco le agradecí el gesto. No la miré, ella no dijo nada, pero sé que le molestó porque se quedó parada un par de segundos frente a mí esperando un “*gracias*” que no llegó, escuché un leve resoplido y se fue. Volvió pasar más veces y yo secretamente, me alegraba porque volviera. Cuando por fin se atrevió a hablarme después de que varios días le diera las gracias, me invitó a un café, me dijo que solía pasar todos los sábados por ahí, que incluso en invierno le gustaba ir a leer al Retiro. La creí, no tenía motivos para pensar lo contrario, tiempo después, me enteré que no era así.

Me contó la verdad como a los cuatro meses de estar juntos como pareja. Era un día en el que habíamos ido a ese mismo parque a leer antes de comer en casa de los padres de Laura. Ella estaba sentada con la espalda apoyada en un árbol mientras yo leía con la cabeza apoyada encima de sus piernas.

—Jon —dijo ella mientras levantaba la cabeza para mirarme directamente.

—Sí —respondí.

—Tengo que confesarte algo —murmuró y me incorporé ligeramente para poder mirarla mejor.

—¿Te acuerdas que cuando nos conocimos, te decía que me venía aquí a leer porque me llenaba de energía? —respiré más tranquilo, pensaba que había ocurrido algo grave.

—Sí.

—Era mentira. Realmente pasaba todos los sábados por tu esquina para verte —se tapó la cara con el libro para tratar de ocultar la vergüenza.

—No me preguntes por qué, pero después de que pasaras tantas veces por mi esquina incluso en pleno invierno, algo me decía que lo del libro era una excusa...

—Sí... Podría haberte dado una excusa mejor, pero... —Le levanté suavemente la barbilla para que mirara directamente a los ojos.

—Me alegro de que fueras para verme y me pusieras una excusa tan tierna. Ahora me toca agradecerte de nuevo las molestias —murmuré mientras me levanté y la cogí en brazos como una novia.

—¿Qué haces?

—Llevarte a casa de tus padres en brazos, es lo menos que podría hacer después de que tuvieras que congelarte todos los sábados por las mañanas para venir a verme.

Escuchar de sus labios una confesión que yo ya sabía hizo que mi corazón me bombeara un poco más rápido. Esa fue una de las veces que me entregué a ella sin reservas. Hice lo que me apetecía hacer, en ese momento era hacerla reír y que fuera feliz. Con ella todo fluía de manera natural, sencilla, era muy fácil imaginarme toda una vida con ella.

Inconscientemente mi gesto cambia y se dibuja una leve sonrisa en mi cara. Aunque estoy apático y no quiero saber nada del mundo, de vez en cuando me gusta recordar esos momentos en los que mi suerte empezó a cambiar para bien.

Miro de nuevo el móvil, esperando que haya sido Laura la que se haya puesto en contacto conmigo para pedirme explicaciones. No lo ha hecho. Mejor. Supongo que está confundida y que no sabe qué pensar, yo ahora tampoco sabría qué decirle. Me siento impotente por no poder amarla como se merece, por no poder decirle lo especial que es o cuánto me gusta ver su cara y oírle hacer esos ruidos de cerdito cuando se ríe a carcajadas. Ojalá ella no fuera ella, y yo no fuera yo.

Salgo del ensimismamiento, ya va siendo hora de que me incorpore y me prepare algo de cenar. Voy a la cocina y abro la nevera, está prácticamente vacía, solo queda un litro de leche, café y unas cuantas piezas de fruta desperdigadas. Da pena verla tan vacía, no he tenido tiempo de hacer la compra y Katty (la chica que viene tres veces por semana a limpiar) no se encarga de estas cosas. Con Laura todo era diferente, durante el tiempo que vivimos juntos todo era armonioso y jamás faltaba de nada, es como si ella pretendiera darme todo lo que durante un tiempo me fue privado. Por estas cosas y por muchas otras más, es por las a veces, me entran dudas acerca de si es buena idea o no divorciarme de ella. Aunque por otro lado no puedo olvidar el pasado. En este caso ganó la razón al corazón.

Inicialmente me dejé ayudar por Laura porque tenía hambre y porque parecía ser la única persona a la que le importaba algo. Más tarde, cuando nos volvimos a ver cuatro meses después de nuestra discusión porque estaba harto de todo, ella me ofreció una oportunidad única: entrar a trabajar en su empresa. Todo cambió un día inesperado en un momento de lo más absurdo, pero verla fue la clave que detonó todo. Casualidad o no, ella trajo un nuevo cambio de rumbo de vida, al menos ahora tengo un techo.

Cojo un vaso del armario, le pongo leche y lo meto en el microondas que está a su lado. Estoy convencido de que la leche caliente me calmará. Recuerdo que cuando era pequeño y estaba nervioso mi madre siempre me ponía un gran vaso de leche después de cenar, luego me acompañaba a la cama y me contaba un cuento hasta que me quedaba dormido. Se despedía con un beso en mi frente mientras apagaba la lámpara que tenía forma de bola del mundo, en ella iba poniendo cruces en los países que había visitado con mis padres. A pesar de mi corta edad había visitado un montón de ellos porque por el trabajo de mi padre, él tenía que viajar mucho, pero cuando mis

obligaciones escolares lo permitían nos llevaba con él.

Cuando mi padre volvía a casa después de uno de esos viajes era como si un superhéroe viniera de una peligrosa misión de la que había salido victorioso. A veces no me traía nada, otras veces me traía muñecos, pero siempre me contaba una historia nueva, ya fuera de perros de tres cabezas o tiburones de cinco bocas siempre había de niños valientes que se enfrentaban a todos los obstáculos y jamás lloraban ni se dejaban vencer. Cuando crecí lo entendí. Me contaba todas esas historias para que fuera valiente y ayudara a mi madre. Ella también lo echaba de menos y en alguna ocasión la vi llorar a escondidas después de hablar con él. No es que discutieran porque se llevaran mal, solo que ella se sentía sola y le costaba entender por qué no cambiaba de trabajo, pero para bien o para mal se enamoró de un trabajador incansable que quería que mi madre y yo tuviéramos lo mejor gracias a su esfuerzo el cual nunca le parecía suficiente, siempre aspiraba a más, a ser mejor.

Suena el pitido del microondas. La leche ya está caliente. Cojo el cacao en polvo que está a su derecha y una cuchara de los cajones que están debajo de la encimera. Hoy voy a ser a pequeño otra vez, cargo la cuchara hasta los topes y la meto en la leche. Sonrío, creo que me he pasado un poco, el cacao apelmazado flota en la leche y parece no querer caer al fondo.

Aunque es tarde empiezo a contestar uno por uno los mensajes y los correos electrónicos. La primera a Berta que me ha llamado cuatro veces y tengo catorce mensajes suyos, ¿qué cojones querrá esta mujer? Últimamente parece empeñada en amargarme la existencia. En uno de ellos me sugiere que me pase por su casa, sea la hora que sea, para aclarar unos cuantos puntos del caso y tomar una copa. Le contesto los mensajes con un no rotundo. No hace falta ser muy listo para darse cuenta de que el caso es una excusa barata para acabar en la cama. Odio cuando las mujeres se quieren tan poco, que son capaces de insistir una y otra vez en tener a un hombre que solo las usa para un polvo, dos, quizás más, pero con los que nunca tendrá más que un sucedáneo de amor que no se parece en nada al amor. No entiendo por qué insiste tanto, se lo dejé muy claro desde el principio, con ella no quiero nada más que el que sea mi abogada y unos cuantos ratos juntos. Nada más. Nuestra historia, si es que alguna vez fue una historia, ha acabado. Espero que por fin le haya quedado claro que no quiero nada más con ella, ha agotado mi paciencia y ya no la aguanto más. Solo y exclusivamente quiero que se ponga en contacto conmigo por asuntos del divorcio, si me llama para algo diferente cambiaré de abogada y la denunciaré por acoso. Mi error fue enredarme con una mujer que desde el principio no me interesó como nada más que un desahogo.

Detengo mis pensamientos, tengo que tratar de dormir para mañana estar fresco en el trabajo. Soy un emprendedor, aunque yo me defino como empresario. Es cierto que mi empresa tiene apenas un año, mis días en la familia Norton estaba en una progresión regresiva y si quería cumplir mi sueño tenía que hacerlo ya. Además, también lo hice porque quería escapar del agobio de ver a Laura en el trabajo y también en casa. Ocultarle toda la verdad hacía irrespirable el ambiente y cada vez me costaba más no contarle nada.

Me acuesto satisfecho, sabiendo que he hecho lo que tendría que haber hecho hace mucho tiempo y que de nuevo hoy, el interruptor cambia de posición, ahora apunta al futuro.

LAURA

Me despierto, son la diez de la mañana, debería levantarme y organizar un poco el apartamento antes de ir a casa de mis padres, pero no me apetece todavía. Estoy calentita en mi cama de dos por dos. Despego los ojos y me estiro como un gato sin salir de debajo del nórdico. Miro a mi alrededor y me encanta lo que veo. Mi habitación es muy amplia casi como la de la de un hotel de lujo. Tiene un amplio ventanal desde el suelo hasta el techo con unos estores de tela color beige. Al lado está la puerta del baño privado de la habitación que tiene un lavabo doble, una ducha de buen tamaño y un sanitario. Todo decorado en piedra de color blanco hueso en las paredes y el suelo de piedra marrón oscura.

Cuando me independicé, le pedí a mi padre algunos de los muebles de casa de la abuela para restaurarlos y ponerlos en mi casa. La abuela ya hace un tiempo que murió y estaban apolillándose en el pueblo. Estoy segura de que ella fingiría estar horrorizada si viese que su fantástico armario clásico con patas de garra de león, ahora está pintado de blanco, y que cambié los viejos tiradores dorados por otros muchos más modernos y plateados. Aunque en el fondo estaría encantada. Esos muebles decoraron su vida y la de mi abuelo y ahora decoran la mía. Sin duda lo mejor de la habitación es la cama, cambié las viejas cortinas blancas del dosel por unas moradas translúcidas, lo que da un toque muy femenino y sensual. La cama también perteneció a mis abuelos. Mi abuela y él se conocieron por casualidad en un cafetín de Madrid. Él era hijo de un importante empresario inglés que estaba en España por negocios con su hijo (mi abuelo). Mi abuela era barquillera le ofreció uno, él le compró todos, al mes siguiente se casaron a escondidas ante un cura el día de san Valentín, mi abuelo tenía que volver a Londres con su padre y esa fue la única manera para que no los separasen. ¡Y vaya si lo consiguieron, nada ni nadie logró separarlos! Ni que mi bisabuelo la repudiara y no quisiera volverla a ver por la deshonra que había cometido para la familia. Se fue de casa con una maleta en la mano y mucho miedo y temor a que mi abuelo fuera un rufián y la hubiera engañado. Nada de eso pasó, estuvieron varios años viviendo en Londres, hasta que tras mucha insistencia de mi abuela decidieron venir a España a vivir, con una condición: solo lo harían si la cama se venía con ellos. Mi abuela que no aguantaba más sin ver el sol durante de quince días seguidos sin que lloviera, buscó y encontró la manera de que la cama llegara en buenas condiciones. La cama no solo aguantó los vaivenes de la travesía en barco, sino los más de sesenta años de feliz matrimonio que vivieron juntos, y ahora que me pertenece a mí no parece que vaya a romperse. Durmiendo en la misma cama que durmieron ellos, siento un poco que estoy con mis abuelos y eso me hace bien. Me tranquiliza.

Hago la croqueta y me tumbo de lado mirando al ventanal. La luz penetra hasta casi la mitad de la estancia, sin darme cuenta el recuerdo de la última vez que vi a Jon viene a mi mente, ya han pasado cuatro meses desde que le vi. A pesar del tiempo que ha pasado, los recuerdos de ese día en el que me comporté como una mezquina y del sábado anterior en el que discutimos sin saber muy bien por qué vuelven con frecuencia a mi mente. Al principio era un dolor intenso, no paraba de recordar cada segundo, cada gesto, cada detalle. Poco a poco el dolor ha ido disminuyendo y ya he asumido que no le voy a volver a ver.

Durante el tiempo que estuve visitando cada sábado a Jon, esa esquina, se convirtió en mi esquina. Ahora lo entiendo todo. Entiendo por qué cuando llegaba el lunes al trabajo siempre estaba desanimada y por qué durante la semana mi humor iba mejorando. No solo me alegraba el hecho de no tener que ir a trabajar, sino que también me animaba saber que el sábado iba a poder compartir un ratito con Jon, aunque fuera corto y la gente nos mirara raro. Fue una rutina de unas pocas semanas que cuatro meses después no he podido olvidar y que todavía hoy, sigo echando de menos.

Aunque aquel lunes por la tarde que le di dinero cuando iba con Pedro no lo encontré, no me quedé parada, volví al día siguiente a una hora en la que se suponía que podría estar en su esquina, pero allí no había nadie. Quise volver al día siguiente, pero no pude, un imprevisto de última hora me lo impidió. No le vi ese miércoles y tampoco lo encontré ni el jueves ni el viernes. Probé suerte con el sábado, pero a pesar de que como los otros días estuve esperando un rato, no apareció nadie. Aunque cada vez estaba más desesperanzada no me rendí, volví varios sábados más y aunque Jon no estaba, tampoco había otra persona ocupando su lugar. Es como si esa esquina guardara el recuerdo de alguien que ya no volverá. No sé qué le puede haber ocurrido, pero ojalá que esté bien y ojalá me haya perdonado.

Fui torpe, muy torpe. Todavía me pregunto cómo pude ser tan estúpida de no ofrecerle mi ayuda, pero mi ayuda de verdad, no unos meros sándwiches y unos cafés. Jon necesitaba un trabajo y yo mientras estaba preocupada por no saber de qué le gustaban. Me siento tonta, torpe, inútil por no haber sido capaz de ver una realidad que tenía frente a mis ojos, por estar ciega a pesar de que tenía la solución en mi mano. Ya lloré bastante cuando tocó. Cada sábado que no lo veía en la esquina iba andando hasta el Retiro con un libro en el bolso para tratar de leer y siempre pasaba igual, nunca pasaba del primer párrafo. El día que conseguí acabar la página se puso a llover a mares y tuve que salir corriendo. La lluvia empezó a mojar el libro, y mis lágrimas la tinta de las páginas del libro. Símil o señal desde entonces no he vuelto a pasar por allí.

Decido que ya es hora de levantarme y de dejar de martirizarme por mis errores, ojalá pudiera hacer algo por borrar el pasado, pensar en ello lo único que va a conseguir es deprimirme. Me doy una ducha tranquila y me *encremo*. Llamo encremarme a hacerme una limpieza intensiva de poros y puntos negros, la exfoliación completa, dedos de los pies incluidos y por último ponerme crema hidratante en todos los rincones posibles de mi cuerpo. Una auténtica sesión de *spa* casera.

Cuando termino, estoy mucho más animada y con ganas de comerme el mundo. Conduzco mi *mini* de camino a casa de mis padres, suena una canción en la radio que me gusta y subo el volumen a tope. Como es normal en un sábado por la mañana, no hay mucho tráfico y otros conductores no me ven hacer el tonto y tampoco oyen mis berridos. Menos mal, canto fatal.

Cuatro canciones después estoy aparcando el coche enfrente del portal de mis padres. Salgo del vehículo, lo cierro y compruebo no haberme dejado ninguna ventanilla bajada. Me ajusto los pantalones vaqueros que se me han bajado un poco al sentarme en el asiento y aliso la camisa blanca que llevo con exactamente tres botones desabrochados, repaso mi americana que sigue perfectamente planchada, unos salones negros y un bolso negro pequeño de cadena completan mi *oufit* de “la hija perfecta”, eso es lo que parezco y aunque suene frívolo reconocerlo, eso es lo que soy. Trabajo para la empresa de mi padre que fundó mi abuelo. En concreto, trabajo en departamento de finanzas y marketing. Mis compañeros respetan mi trabajo no por ser la hija del jefe, sino porque soy eficiente y por demostrar cada día que si estoy en el puesto en el que estoy es por méritos propios. Siempre he intentado esforzarme el doble que los demás para demostrar que soy digna de mi responsabilidad y creo que hasta ahora no lo he hecho demasiado mal y eso que los requisitos para ir ascendiendo han sido el doble de duros para mí que los de los demás.

Paso por el portal y me encuentro a Juan, el portero.

—Buenos días, Juan.

—Buenos días, señorita Laura —me devuelve el saludo—. Estás muy guapa.

—Y tú también —respondo sincera

—Ay, hija, ojalá...Yo cada vez estoy más viejo.

—No digas tonterías, ¡yo te veo estupendo! —sonríe con cariño— Me voy que me esperan arriba. Que tengas un buen día.

—Igualmente. Hasta luego, señorita.

—Adiós, Juan.

Entro en casa de mis padres. Desde el rellano huele a comida, mi madre ha hecho, como todos los sábados, paella. En mi casa somos muy de tradiciones. Cuando vivían los abuelos pasábamos la Nochebuena con ellos, con mis primos y mis tíos. Nochevieja solíamos ir cada año una semana a Punta Cana porque mi madre es de esas personas que tiene una obsesión con el sol. Necesita estar morena todo el año y no le valen las cabinas de rayos uva. No. Quiere moreno playero. Así que cada veintiséis de diciembre mientras la gente se quedaba congelada en Madrid cantando villancicos invernales, la familia Norton se iba en busca de un sitio con sol cuanto más paradisíaco y alejado de Madrid mejor. A mi madre eso del *jet lag* y que tuviéramos que ponernos vacunas antes de ir a alguno de los destinos paradisíacos era un efecto colateral más, totalmente despreciable de las vacaciones. Mi padre estaba resignado a hacerle caso. A mí me encantaba presumir con mis amigos del cole de lo morena que estaba y que había pasado mil aventuras las cuales eran todas mentira.

Cuando Claudia era un bebé no paraba de llorar desde que despegaba el avión hasta que tocaba tierra, mi padre empezaba a hinchar los manguitos en cuanto salía del avión mientras con otra mano tiraba del equipaje de mano, mi madre empezaba a ponerse la crema solar en el pasillo de camino a inmigración y yo salía corriendo con el cochecito de mi hermana por todo el aeropuerto. Mis padres comenzaban a correr detrás de nosotras mientras trataban de detenernos, con las risas generalizadas de toda la tripulación del avión y de los pasajeros que presenciaban la escena.

Había años en los que incluso mis tíos y mis primos se venían también. Hacíamos el ridículo en familia. Un grupo de catorce personas por el aeropuerto internacional de Malé, con abrigo y palmera en la cabeza llamaba la atención. Los Norton somos muy correctos mientras estamos en España o en Londres, pero en cuanto ponemos un pie fuera, somos una versión algo más refinada de Paco Martínez Soria en sus películas en los años sesenta.

—Hola, cariño —me abraza mi madre cuando abro la puerta

—Hola, mamá —le devuelvo el abrazo—, ¿Qué hay para comer? —pregunto sabiendo de antemano la respuesta.

—¡Paella! —contesta orgullosa— Hoy la he hecho con unas gambas buenísimas que trajo tu padre de Galicia ayer —una novedad, tan pijos para algunas cosas y tan de pueblo para otras, pienso— Ve a tu habitación y deja tus cosas que tengo una sorpresa para ti en la cocina.

—Vale, ahora voy.

En la que era mi habitación encuentro un abrigo de hombre que no reconozco. Deduzco que será de mi padre que se lo habrá dejado olvidado aquí. ¡Con lo despistado que es, no me extrañaría! Me permito mirar unos segundos mi antigua habitación. Los posters de los *Back Street Boys* inundan mi habitación. En el único hueco libre está el corcho en el que colgaba todos los eventos importantes. Fotos con mis amigas del colegio y de bachillerato, la entrada del primer concierto al que fui y un par de notas de antiguos admiradores que me habían mandado por san Valentín. Cuando termino el repaso visual, cierro la puerta suavemente y voy a la cocina, cuando entro no me puedo creer lo que veo...

—¡Andrés! —corro hacia el hombre de pelo castaño y ojos miel que está sentado en uno de los taburetes de la cocina de mi madre —¿Qué haces tú aquí? ¿Cuándo has llegado?

—¡Llegué ayer de Nueva York! He vuelto para quedarme, Laura.

—¡Qué me dices! —exclamo con emoción— ¡Qué buena noticia! Te quedas a comer, ¿verdad?

—Pues la verdad es que tendría que llamar a unos viejos amigos, pero si a tu madre le parece bien, me quedo —mira a mi madre que da su consentimiento con la cabeza.

—Voy a poner otro cubierto más en la mesa.

—No hace falta hija, ¿por qué no bajáis mejor a la pastelería de la esquina y compráis unos pasteles para celebrarlo?

—Oh, no, no Natalia ni hablar, yo solo había pasado a saludar y no quiero molestar...

—¡Ninguna molestia! Ya sabes que en esta casa se te quiere como a un hijo.

—Gracias, Natalia, eres un encanto.

—¿El abrigo que hay en mi habitación es el tuyo verdad? —interrumpo.

—Sí.

—Pues quédate aquí un segundo, voy a por mi bolso y nos vamos.

Salgo de la cocina y recorro el largo pasillo que hay hasta mi habitación. Al pasar por la puerta de la habitación de Claudia el ruido se intensifica más. Mi hermana está escuchando Justin Bieber. Qué pena que no se le rompa el *ipad*, el *Mac* y el *iPhone* para que no pueda escuchar a ese chico. En fin... Adolescentes. Entro en mi habitación, descuelgo la americana que dejé antes colgada en una percha dentro de mi antiguo armario y la chaqueta de entretiempo de color crema de Andrés que está sobre mi cama. Salgo y veo que está esperándose en la puerta.

—¿Vamos a por esos pasteles? —pregunta.

—Vamos —confirmo y me agarro del brazo que me ha ofrecido. Voy por la calle agarrada de él, parecemos una pareja. Él tan alto, guapo, con su mandíbula pronunciada y de porte aristocrático. Es tan perfecto que parece un modelo.

—¿Sabes lo que me pasó una vez caminando por la quinta avenida con la cuarenta y tres?

—¿Qué? —pregunto curiosa.

—Te cuento. Eran las diez de la noche. Vi a dos chicos estaban alrededor de alguien. Parecían nerviosos, como si estuvieran haciendo algo ilegal, pensé que no era buena idea meterse en problemas en un país que no es el tuyo y menos teniendo en cuenta como se las gastan en Estados Unidos. Oí un grito débil, ahogado como de una persona mayor. Era una anciana, me acerqué a ellos y aunque entonces mi inglés era bastante malo, me entendieron y se separaron un momento de ella. La estaban robando. Fui corriendo hacia ellos para proteger a la pobre señora y aunque tenían una navaja forcejee con ellos, conseguí arrebatarles el bolso que le habían quitado a la pobre señora. Les di una buena paliza. A uno de ellos le partí dos dientes y al otro le dejé un ojo morado. ¡Por fin valieron de algo las clases de kárate de cuando era pequeño!

—¿¡Qué me dices!? —admiro con sinceridad— ¡Qué valiente! ¿Y a ti qué te pasó después?

—Nada, solo me hice unos rasguños en los nudillos y me corté un poco la palma de la mano al quitarle la navaja. La señora entró en una crisis de nervios y tuve que llamar al 911, afortunadamente solo fue un susto.

—Fuiste muy valiente, otra persona no se habría metido en medio...

—No creas. La gente suele ser muy sensible con las viejecitas, cualquier otra persona habría hecho lo mismo.

—Aquí es —señalo con el dedo a la pastelería que también es cafetería que tenemos enfrente de nosotros. La fachada es de una madera marrón oscura muy elegante, con detalles en dorado y dos amplias cristaleras con cristales de diferentes tamaños y colores que otorgan discreción a los clientes que hay dentro. Huele a pan recién hecho.

—Pasa tú primero —me abre la puerta para cederme el paso.

—Pero ¿todavía estás cosas, señor Codina?

—Ser caballeroso es una tradición que mantengo contigo, ya lo sabes —me pellizca la nariz.

—No paso dentro si no voy agarrada de tu brazo —bromeo.

—¡Muy bien! Pues venga pasa y no me sueltes del brazo —le hago caso, llega a mi altura y cierra la puerta detrás de él. Bajamos con cuidado de no caernos los dos escalones que hay dentro de la pastelería y nos sonreímos.

Cuando giro la cabeza hacia el mostrador, no puedo creer a quien veo: Jon.

Se me queda mirando unos instantes con cara de pocos amigos, me ha visto con Andrés, pero rápidamente disimula sonriendo a la señora a la que está atendiendo.

—Buenas días, ¿qué desean? —nos pregunta Jon en tono profesional.

—Sí, mira, queríamos, ocho de esos —dice Andrés señalando a unos pasteles de chocolate con una guinda encima— y treinta pasteles más variados, de los que tú elijas, confiamos en tu criterio —añade mientras me agarra de la mano, en un gesto demasiado cariñoso que no entiendo a santo de qué viene.

—Muy bien. Entonces le pondré los mejores para la parejita —dice Jon con cierto deje de rabia mientras se agacha a coger unos pasteles de aquí y de allá. No le corrijó. En ese caso Andrés se daría cuenta de que Jon y yo ya nos conocemos y prefiero que no lo sepa.

—Andrés son demasiados —trato de soltarme de su mano y separarme un poco de él—. Recuerda que mi madre siempre está a dieta y yo tengo que cuidar la línea.

—Tonterías —tienes un cuerpo de infarto. Puedes comerte todos los que quieras que yo siempre te veré guapísima.

—¿Usted qué cree? —se refiere a Jon.

—Creo que tiene razón —sonríe por educación, Andrés está coqueteando de manera descarada conmigo delante de Jon y me siento muy incómoda. Tras la pregunta a Jon se le ha agrinado aún más el gesto, aunque no nos está mirando se delata porque veo como coge con las pinzas unos pasteles con demasiada presión y los deja en la bandeja.

—Señorita —nos mira de nuevo con una mirada dura que confirma mi sospecha—, ¿está de acuerdo con estos pasteles o prefiere otros?

—No, éstos están bien —le miro y trato de sonreír. Siento un escalofrío.

—¿Tienes frío, Laura? Estás temblando —observa Andrés, giro la cabeza hacia él y separo la mirada de los intensos ojos azules que me hacen perder la noción del tiempo.

—Tranquilo, estoy bien. Es el aire acondicionado que está un poco alto.

—Lo siento, señorita. Ahora lo bajo.

—No te disculpes, soy yo que estoy un poco destemplada —miento. Es obvio que quien me hace vibrar es él que fue casi un amigo durante unos meses.

—De acuerdo entonces —pesa los pasteles en la báscula del mostrador y tras empaquetarlos dice—. Son cincuenta euros —Jon pone el paquete encima de la vitrina para que los recojamos.

—Aquí tiene —pongo un billete encima del mostrador y extendiendo la mano para que Jon cobre los pasteles.

—¡Oh, no, no Laura! De ninguna manera, pago yo. Admito que tus padres me inviten a comer, pero que pagues tú los pasteles, es demasiado —me agarra suavemente de la muñeca y la aparta para que Jon no coja el dinero—. Tenga —le da una tarjeta para pagar.

—Está bien, pero la próxima me invitas tú a comer y pago yo los pasteles —hablo a Andrés.

—Esta noche.

—¿Qué? —pregunto confusa.

—Que esta noche te invito a cenar en mi casa y compras tú el postre —me mira y me guiña el ojo mientras una sonrisa de canalla trata de causar algún efecto en mí y lo consigue.

Andrés es muy atractivo, es un *dandy* de pies a cabeza, lleva un pañuelo en la americana, le gustan los zapatos italianos caros y la ropa de marca. Jon en cambio tiene un aspecto de tipo duro. Aunque lleva uniforme y el pelo tapado con un gorro de cocinero, unos rizos sobresalen en su nuca. Jon es oscuro y peligroso, sí, esa definición es perfecta para él.

—Ya veremos —respondo. Oímos un carraspeo, es de Jon. Ha presenciado toda esta escenita y yo he dado pie a que Andrés lo haga, esta sensación me desagrada.

—Aquí tiene su tarjeta, señor. Gracias por venir.

—Gracias —Andrés coge el paquete con los pasteles y salimos de la pastelería.

—¡Que pasen un buen día! —se despide Jon con ironía que yo solo capto. ¿Estará celoso? Ojalá que sí.

El contraste del calor de la calle con el frío que hacía dentro de la pastelería hace que agradezca estar de nuevo fuera. Volvemos despacio andando hacia mi casa. A la vuelta Andrés me va poniendo al día de lo que ha sido su vida estos dos últimos años. Las navidades pasadas no pude verle porque todos los miembros de la familia Norton nos fuimos a pasar las vacaciones a las Maldivas.

Andrés me cuenta que en la estancia en la universidad de Nueva York además del cursar el máster en finanzas y comercio internacional pasó las mayores borracheras que recuerda. Conoció a algunas actrices de Hollywood, que en esa época querían estudiar, e incluso formaban parte del mismo grupo de amigos. Hizo la ruta sesenta y seis en moto desde Chicago hasta los Ángeles y pudo empaparse de la cultura estadounidense. Me parece genial que lo haya hecho, a juzgar por sus palabras han sido dos años inolvidables.

—Pero no te creas, Lau. Ya estoy más asentado. He venido para quedarme. Tengo muchas ganas de hacerme cargo de la empresa familiar y convertirla en la explotación agrícola más importante de España.

—¡Eso es estupendo! Me alegro de que te quedes. Estos dos años te he echado mucho de menos.

—Yo también a ti, rubita, por eso quiero que me dejes invitarte a cenar esta noche. Así recordamos viejos tiempos.

—¿Iba en serio lo de la cena?

—Claro, cuando propongo una invitación a una mujer tan guapa como tú nunca bromeo.

—Acepto la invitación, yo llevo el postre.

La comida con Andrés y mis padres fue un no parar de risas. Mi madre empezó a recordar como, de pequeños, íbamos a la casa de la sierra en la que sus padres también tenían una. Nos pasábamos todo el tiempo juntos. Cuando desaparecíamos no era muy difícil averiguar que estaríamos juntos tramando alguna trastada. Siempre teníamos alguna herida que curar, un moratón al que poner crema o algún objeto que arreglar. Como aquella vez que decidimos proteger los cultivos del sol rompiendo el espantapájaros y empezamos a echar la paja por encima. Cuando se lo contamos a mi abuela se enfadó tanto que salimos disparados de la cocina, nos montamos en nuestras bicis que para nosotros eran los coches de ahora y salimos pedaleando a toda velocidad. Bajábamos con tanto miedo y tan rápido que no nos dimos cuenta de que al final del camino había un riachuelo y caímos de bruces contra el agua. Cuando nos levantamos Andrés tenía un corte en la pierna y yo me había arañado por todo el cuerpo con las zarzas que, aunque suavizaron el golpe, me llenaron el cuerpo de heridas y no evitó que yo también cayera al agua empapándome. Tuvimos que volver a casa prometiéndonos el uno al otro que no nos olvidáramos jamás y que nos echaríamos mucho de menos creíamos que era nuestro final. Cuando llegué a casa, mi abuela quiso darme una buena reprimenda, pero cuando observó el estado en el que tenía los brazos, las piernas y la cara decidió dejarlo para más tarde. Me arrullé en su regazo y le prometí que nunca más me portaría mal, la promesa duró dos días, todo un récord. Aunque no nos habían levantado el castigo, nos escapamos y decidimos ir a pescar ranas a una charca que había a las afueras del pueblo. Fuimos de noche porque suponíamos que a esa hora las ranas ya estarían dormidas y se dejarían coger mejor. No solo no cogimos ni una sola rana, sino que nos volvimos a caer al agua. Como nos habíamos escapado acordamos no decir nada en casa y meternos directamente en la cama sin duchar. Con ocho años no sabíamos hacerlo todavía. El olor de la habitación al día siguiente evidenciaba que no nos habíamos ido a dormir cuando nos metimos en la cama, sino mucho más tarde, pero mi abuela que siempre ha sido más lista que el hambre, prefirió no decirme nada, ya pagaría yo las consecuencias. Y vaya si lo hice... Estuve una semana en la cama con fiebre y escalofríos a pesar de que en la calle hacían unos agradables treinta grados.

¡Cuánto echo de menos a mi abuela! —suspiro mientras centro la atención en la carretera de vuelta a mi casa.

Con Andrés siempre he tenido ese tipo de relación en el que dos niños cuando son pequeños se quieren mucho y son muy amigos. Llegó la pubertad y me empecé a fijar en otros chicos, se lo contaba todo y le pedía consejo, ajena a los sentimientos que él podía tener por mí. No me di cuenta de nada hasta que cuando tuvimos quince años me dijo que quería quedar conmigo a solas sin que estuviera otra gente del grupo. Me citó por la noche en una ermita que había a las afueras del pueblo. Ese día era el de la lluvia de estrellas, cuando llegué al punto en el que habíamos quedado tenía dos toallas colgadas de la bici y un telescopio que le habían regalado por su último cumpleaños.

—Por fin estás aquí —susurró con voz temblorosa.

—Claro, habíamos quedado —murmuré aún más nerviosa que él. De repente sentí frío. Se quitó la chaqueta de deporte.

—Póntela, estás temblando.

—Gracias —me abrigué.

Nos tumbamos encima de las toallas y empezamos a mirar el cielo. Era imponente verlo salpicado de estrellas que parecían ser las mudas espectadoras de un momento que se adivinaba importante.

—Laura.

—¿Qué? —pregunté mientras giraba mi cara hacia la suya y le miré a los ojos.

—Te he traído aquí porque cuando teníamos cinco años fue justo en este lugar fue donde te di un beso en la boca.

—¿Todavía te acuerdas? —pregunté sorprendida.

—Sí, ¿cómo no hacerlo? Fue el primer beso que di en mi vida.

—¡Pero si éramos unos renacuajos!

—Ya, pero para mí fue especial —rebatí.

—Para mí también. Recuerdo que me fui llorando para que mi madre me cogiera en brazos. ¡Un chico me había dado un beso! ¡Eso era totalmente inconcebible para mí! —recordé divertida.

—Sí, a mí me calló una buena bronca por parte de mi padre. Me dijo que cuando besara lo hiciera de verdad y no solo por jugar.

—¿Y le hiciste caso?

—Sí, durante un tiempo... Hasta que le di un beso el año pasado a Belén.

—¿Y por qué lo hiciste?

—No sé, me apetecía. Es guapa y yo también le parecía guapo según me dijo. Pero no me gustó mucho, Laura.

—¿Por qué?

—Pues porque no eras tú a la que besaba —se acercó lentamente a mí mientras me ponía una mano en la mejilla y me besó. Fue un beso muy torpe y tierno. En todos estos años no lo he podido olvidar.

Él también me gustaba, estaba enamorada de él aunque no quería reconocerlo por eso cuando lo hizo, fui feliz. Por fin, Andrés el chico que me gustaba tanto, ¡me había besado! Estaba pletórica, no paraba de reirme y me habría encantado que la noche hubiera durado mucho más tiempo. Ese rato que estuve con él se me hizo demasiado corto.

Cuando volvimos esa noche con el grupo agarrados de la mano como si fuera lo más normal del mundo, nuestros amigos alucinaron y fue la comidilla de todo el pueblo. Cuando la noticia llegó a oídos nuestros padres todo era perfecto. Éramos los amigos desde la infancia que se enamoran y empiezan a salir. Durante un tiempo fuimos la pareja perfecta. Creo que mi madre ya estaba pensando que en cuanto fuéramos mayores de edad nos casaríamos y le daríamos nietos. Las comidas familiares se fueron sucediendo, siempre nos ponían juntos y nadie se perdía un detalle de si nos mirábamos o no, o si él me sonreía. La situación pronto empezó a ser agobiante, no solo por las constantes reuniones con la familia, sino porque en el colegio nos sentábamos juntos, en la biblioteca estudiábamos juntos y prácticamente no había ninguna actividad que no hiciéramos en pareja. Discutíamos mucho, él quería más espacio y, aunque yo quería dárselo, siempre alguien venía a proponernos un plan al que no podíamos asistir sin el otro. Por eso cuando llevábamos algo más de un año fuimos lo suficientemente valientes como para dejarlo. Hubo drama, muchas lágrimas. Con diecisiete años es lo normal, los sentimientos se magnifican y crees que porque lo hayas dejado con tu novio se va a acabar el mundo. Fue impactante para todos. Nuestras familias nos preguntaban una y otra vez si estábamos seguros de la decisión y aunque por momentos nos hacían flaquear, conseguimos mantenernos firmes. Llegamos a odiarnos. La vida siguió de manera dolorosa cuando le veía en el patio del colegio dándose besos con chicas con las que me llevaba mal. Si nos cruzábamos por los pasillos comenzábamos a gritarnos culpándonos mutuamente de la presión a la que habíamos estado sometidos. Como un pacto no escrito, dejamos de ir a eventos en los que sabíamos que iba a ir el otro, poco a poco el odio y el rencor dio paso a la indiferencia. La presión en torno a ambos disminuyó y dejamos de ser el tema central en todas las comidas hasta que finalmente nos sentimos como el ahogado que sale de la apnea. Por fin pudimos respirar tranquilos y con el tiempo fuimos acercándonos de nuevo. Esta vez no dejamos que nadie se metiera en medio, dejamos muy claro que no teníamos futuro como pareja, hasta que finalmente se convirtió en lo que es hoy, mi mejor amigo.

Aparco el coche en el garaje de mi casa, subo en el ascensor y recuerdo a Jon. Mañana iré a verle, quiero saber qué fue de él en estos meses. Me alegro mucho por él, que haya podido salir de la calle y que ahora tenga un trabajo, me intriga saber qué ha ocurrido durante estos meses quiero saber más de él.

JON

Son las once de la mañana, llevo ya trabajando cerca de cuatro horas en la oficina, ayer fui incapaz de dormirme.

De improviso un recuerdo vuelve a mi mente.

Era un sábado que habíamos ido a comer a casa de los padres de Laura, después de la comida, Paul y Natalia —los padres de Laura— se habían ido a descansar a la habitación. Laura se había quedado dormida en el sofá y Claudia se había marchado a casa de una amiga. Entonces encontré el momento, si quería encontrar algo que incriminase al padre de Laura tenía que ser en ese momento. Me levanté con cuidado del sofá y fui sigilosamente hacia el pasillo, el despacho de Paul estaba al fondo, enfrente de la habitación de Laura. Cuando me acerqué a la puerta observé que no estaba cerrada y entré con cuidado de no hacer ruido. El despacho tenía grandes muebles de madera oscura con cristales que cerraban con llave. Tenían numerosas carpetas ordenadas por años, junto con algún que otro recuerdo. Miré encima de la mesa y vi que había una cajita, dentro había una llave, mi suegro era bastante tonto, esa llave abría todas las estanterías. La despegué con mucho cuidado y empecé a abrir armarios tratando de hacer el menor ruido posible. Abría una carpeta, la miraba y trataba de dejar todo en su sitio. La adrenalina recorría todas mis terminaciones nerviosas, sabía que eso no estaba bien, pero necesitaba encontrar pruebas que le acusasen de la muerte de mis padres. Me sentía furioso y quería por fin encontrar alguna respuesta a tantas preguntas. Sin querer tiré un marco con una foto e hizo un ruido muy estruendoso. Cerré el armario rápidamente, dejé las llaves en su sitio y saqué de la estantería que no tenía cristales un libro que estaba al lado de la fotografía.

—Señor Artetxe —una llamada de teléfono a mi despacho interrumpe mis pensamientos, es Candela, mi secretaria, que siempre que está con alguien delante me llama por mi apellido—, la señora Norton está aquí.

—Buenos días —Laura entra en mi despacho cuando Candela está terminando de hablar.

—Buenos días —respondo aturdido. No la esperaba, pensaba que no volvería a saber nada de ella en una temporada después de que ayer por la noche no me llamara— ¿Qué haces aquí?

—¿De verdad me lo preguntas, Jon? —me mira con los brazos cruzados a la altura del pecho, lleva colgado un maletín de cuero de su mano— Pues verás, dado que no te veo demasiado avisado esta mañana te lo diré.

—Habla.

—Me besas ayer por la mañana en la celda. Me hablas en clave diciendo eso de “ojalá no fueras tú” y te vas sin darme más explicaciones. Estoy harta, Jon. Quiero saberlo todo.

—No puedo explicártelo, Laura, de verdad.

—¿Por qué?

—Porque te destrozaría la vida.

—Me da igual, ya lo has hecho, ¿qué puede haber peor que lo que estás haciendo? —se sienta en el sofá que está a la derecha de mi mesa. Enciende el ordenador que deja encima de la mesita baja de cristal que hay enfrente y saca una carpeta con documentos dentro, se sitúa en frente de mi mesa y pone los brazos en jarras esperando una explicación.

—Te aseguro que muchas cosas —le digo, bajo de nuevos los ojos hacia el ordenador.

—Levanta la cabeza que te estoy hablando —obedezco—. Como veo que no tienes ganas de decirme nada. Me quedaré aquí. Cualquier cosa que hagas la voy a analizar como si tuviera delante del problema más complicado de matemáticas financieras que se me haya planteado jamás y lo voy a averiguar.

—Que te quedes hoy vale, pero no vas a poder venir aquí a trabajar. Ya sabes, secretos de empresa y tal. De todas formas, me tendrías que haber avisado antes de venir.

—Tendría, pero no quise. Sabía que me ibas a decir que no y quería jugar con el factor sorpresa. Como cuando me pediste que me casara contigo.

—¿Te arrepientes?

—Digamos que no estoy demasiado orgullosa de la decisión tan precipitada e inconsciente que tomé.

—Chica lista.

—Por eso te casaste conmigo —la miro sin saber qué responder, me casé con ella por muchos motivos que fuera inteligente era solo uno más de ellos.

—Sí, fue por eso por lo que me casé contigo —le doy la razón para que no siga preguntando.

—¡Mientes! —exclama mientras apoya los brazos abiertos encima y tengo unas magníficas vistas a su delantera— Jon, dime qué pasa, ¿somos un matrimonio!

—Te recuerdo que pronto vamos a dejar de serlo —respondo mordaz.

—Porque tú quieres que dejemos de serlo...

—Sí porque yo quiero y porque es lo que toca.

—Mira, mejor trata de reflexionar mientras trabajas. Antes de que termine el día quiero respuestas, si no las recibo, me perderás para siempre y ya podrás venir suplicándome, arrastrándote o pidiéndome perdón, que no pienso hacerlo.

—Entonces te ahorro el tiempo. No puedo decirte nada Laura. Te lo dije ayer, te lo digo hoy y...

—Jon... —Laura trata de mantener la calma—, sé que el motivo tiene que ser de peso para que actúes así. Si me quisiste alguna vez dime qué ocurre, por favor. Explicame por qué quieres el divorcio.

—Laura... —suspiro derrotado, esto cada vez se me hace más difícil, es muy insistente.

—Jon, mírame a los ojos —le hago caso—. Sé que me quieres. Lo veo por la forma que me miras, lo sé por la manera en la que me hacías el amor. Cambiaste en un momento dado y sé que tiene que ser por un buen motivo. No debería decirte esto, porque sé que una vez más me estoy humillando por ti, pero te quiero, Jon, te amo aunque no te lo merezcas, no puedo evitar esto que siento por ti a pesar de todo —suena mi móvil. Menos mal he estado a punto de flaquear. Yo también la amo.

—¿Sí? —me llama un número muy largo.

—¿Es usted el señor Artetxe? —oigo una voz distorsionada al otro lado de la línea.

—¿Quién es? —pregunto.

—*El pasado y el presente se unirán y la verdad vencerá.*

—¿Qué está diciendo? ¿De dónde ha sacado eso? —salgo del despacho y dejo a Laura sola. No quiero que oiga nada de esto. Esa frase me la decía mi padre desde que era pequeño. Me la repetía una y otra vez constantemente como una oración que rezar al cielo. Una frase en clave.

—¿Estás solo? —pregunta la voz.

—Sí.

—No mientas, Jon. Sigues dentro de tu empresa. Sal a la calle si quieres que sigamos hablando —le hago caso—. Buen chico, eso me gusta más —miro de un lado para otro y no veo a nadie.

—¿Cómo sabe esa frase? —pregunto enfadado— ¿Dónde está? ¿Quién es usted?

—No te pongas nervioso.

—No estoy nervioso —siseo entre dientes.

—No mientas, Jon, llevo un tiempo observándote y cuando lo haces, se te dilatan las aletas de la nariz y te tocas ligeramente los puños.

—¿Quién es usted?

—Sé todo de ti, Jon.

—Eso ya lo veo. ¿Qué quiere?

—Eso ahora no importa, lo sabrás a su tiempo.

—¿Cuándo? —pregunto nervioso. La situación me escama.

—El 15 de junio a las doce en punto de la noche, enfrente de la puerta grande de la plaza de Toros de las Ventas. Un hombre con boina se te acercará y te preguntará la hora. Mirarás el reloj que llevarás en tu muñeca derecha y dirás "las doce en punto y nada más". Le seguirás hasta el aparcamiento que hay detrás de la plaza.

—¿Y qué más?

—Te he dado toda información que necesitas, ya sabes lo que tienes que hacer. Cuando vuelvas dentro de la oficina invéntate una excusa que sea convincente, Laura no se puede enterar de nada de esto.

—¿No me diga? —pregunto irónico—. Ya sé perfectamente lo que tengo que hacer.

—No, no lo sabes. Crees saberlo todo y no sabes nada. Adiós —el interlocutor corta la llamada.

Me quedo un rato en la calle tratando de digerir la conversación. Estoy inmerso en un mar de dudas. ¿De dónde ha sacado la frase que me decía mi padre de pequeño? ¿Cómo sabe lo que estaba haciendo? Recorro con la mirada toda la calle tratando de encontrar un indicio, una pista, algo... Me apoyo en la pared tratando de ordenar mis ideas, para encontrar el sentido a lo que acabo de vivir. En estos casi cerca de tres años con Laura he sido yo el que guardaba secretos, en cambio ahora alguien que no tengo la menor idea de quién puede ser, me los guarda a mí. Me siento atrapado, la angustia me puede. Ahora, ¿precisamente ahora cuando decidí tomar las riendas de mi vida por mí mismo y ser yo quien guíe mi destino? Alguien quiere que yo siga sus instrucciones. ¿Por qué no me dejan en paz?

Tiene que tener cámaras. Eso o es alguien de dentro de mi empresa, si no, no es posible que sepa tanto de mí. ¿Cómo sabía que estaba dentro de la oficina? ¿Cómo sabía que Laura estaba conmigo? Tengo que revisar todo, tiene que haber algo. ¿Qué interés pueden tener en mí? ¿Será Gregorio? ¡No, imposible, no puede ser él! Él fue quien me ayudó a salir de la calle, quien me curó las heridas el día que me dieron una paliza que casi me mata. Se enfrentó a los animales que se estaban divirtiendo a costa de mi sufrimiento. Llamó a una ambulancia y a la policía. Mintió al SAMMUR diciendo que era mi padre. Estuvo conmigo en los días que me estuve debatiendo entre la muerte y el infierno. El infierno de una vida condenada a estar en la calle sin importar a nadie hasta que la rubia ojos azules que está dentro de mi despacho se dio cuenta de mi presencia y a su modo, trató de ayudarme. Ella fue el rayo de sol que iluminó mi vida tras una noche demasiado larga, oscura y fría.

Gregorio en cambio me cambió la vida, fue muy duro conmigo. Cuando me recuperé de las heridas, me obligó a entrar en un centro de rehabilitación y fue a visitarme durante cada día durante las doce semanas que duró la terapia, llevaba mucho tiempo viviendo en la calle y ya no sabía estar en sociedad, tenía que aprender a reinsertarme. Cuando me recuperé del todo de las heridas físicas como la mayoría de las psíquicas me dijo que tenía que recompensarle. Por un momento dudé a si se refería a algún tipo de favor sexual. Despejé mis dudas en cuanto me dijo que me daba trabajo, quería que trabajara para él en la pastelería que acababa de abrir del centro y necesitaba personal. De esa manera le pagaría los desvelos que tuvo durante todo ese tiempo y yo podría tener un sueldo que me podría valer por mí mismo y reconducir mi vida. Hice una entrevista esa misma mañana sabiendo de antemano que el puesto era mío y al día siguiente empecé a trabajar. Se convirtió en una especie de ángel de la guarda durante todo ese tiempo y nunca le estaré suficientemente agradecido por toda la ayuda que me prestó durante esos momentos en los que podría haber vuelto a caer más bajo, aun cuando ya estaba en lo más profundo del abismo.

Ni sé cuánto tiempo llevo fuera. Me he quedado paralizado tras cortar la llamada sin saber bien qué hacer. Por un lado, siento la necesidad de ir a la cita, que es dentro de tres meses, pero por otro tengo miedo. ¿Y si todo es mentira? O peor, que todo esto fuera una trampa y fuera alguien que se quiere reír de mí para hacerme más daño. Cuando me mantenerme atento e investigar por mi cuenta. Un nuevo obstáculo se ha entrometido en mi camino. Sospecho que quien me ha llamado sabe algo de la muerte de mis padres y Mónica o al menos es alguien que ha estado ahí durante todo este tiempo, ¿pero quién?

—¡Jon! Estás pálido. Te has ido sin decirme nada, llevas un buen rato aquí y me tienes preocupada ¿Estás bien? —me pregunta Laura que se acerca despacio hacia a mí. Me conmueve.

—Sí, tranquila estoy bien

—¿Por qué te has ido?

—No era nada, se oía muy mal dentro.

—Ya —me mira suspicaz—. ¿Vamos dentro y me lo cuentas? —pregunta, pero no le contesto. Voy hacia ella y le abro la puerta, subimos en el ascensor hasta la cuarta planta en la que está mi empresa.

—No te voy a decir nada, no tienes por qué saberlo —se me queda mirando impactada por una respuesta tan airada, decidiendo cuál va a ser su próximo paso. Mantiene el tipo, estamos en la entrada de la oficina y nos están mirando varios de los trabajadores. Respira hondo por la nariz, entra en mi despacho y cierro la puerta detrás de mí.

—¿Vas a seguir sin contarme nada?

—Ya te lo he dicho.

—En ese caso, me voy, Jon. Está claro que esto era lo que querías, que desapareciera de tu vida. Pues muy bien, Jon, enhorabuena lo has conseguido. Has agotado mi paciencia. Ya no te aguanto más.

—Pero Laura... —trato de hablar, me corta.

—¡Pero nada! Esto se ha acabado para siempre —veo como cierra la pantalla del ordenador bruscamente, guarda los documentos dentro de la carpeta y los mete dentro del maletín de mala manera. Me mira visiblemente afectada—. Me he cansado de todo —su mirada es una mezcla de rabia y decepción—. Adiós Jon.

Sale dando un portazo y de la vibración tira el cuadro que hay al lado de la puerta. El cristal se rompe y se desperdiga en trozos por el suelo. Una metáfora de cómo siento mi corazón. Me agacho a recoger los trozos y los tiro a la papelera que hay junto a mi escritorio. Me siento, roto, perdido, desvalido... Las dudas acerca de si estoy haciendo o no lo correcto vuelven a mí. Recuerdo la llamada de esta mañana y me digo que sí, que perder a Laura es el precio que tengo que pagar.

Cuando termino de limpiar todo, me concentro el resto del día en mi trabajo. Es lo que me da de comer y por lo que están ahí fuera también lo hacen. Mi empresa se ha convertido en mi razón de vivir.

Trabajo hasta más tarde de lo habitual, cuando salgo de la oficina, los demás hace más de tres horas que se han ido. Pongo la alarma y me aseguro de que quede bien cerrada la puerta. Las luces del fluorescentes del ascensor me parecen más lúgubres y tristes que nunca.

—Hasta mañana —me despido del vigilante de seguridad.

—Buenas noches, señor Artetxe —responde.

Son las diez de la noche y como cada día enciendo el motor del vehículo y me sumerjo en la m-40 dirección norte en dirección a mi casa. Ya no vivo con Laura, pero vivo en la misma localidad que ella, solo que en la otra punta. Quiero tenerla cerca, pero lo suficientemente lejos como para no cruzarme con ella.

Tres meses después.

Hace dos semanas me llamó Berta, desde aquel mensaje en el que dejé claro que no quería ningún tipo de relación con ella que no fuera la de abogada/cliente no volvió a contactar conmigo. Le había llegado la sentencia y antes de enviármela por mensajero quería explicármela primero. Me dijo que podría pasarme por el despacho si quería, pero creía mejor para los dos que no nos viéramos, estuve de acuerdo con ella.

La sentencia desestimó todas mis peticiones. Mi intención ya que no podía hacer otra cosa era quedarme no solo con lo mío sino también con lo conseguido por Laura durante nuestro matrimonio, pero no fue posible, nos casamos en separación de bienes. A pesar de que tanto Berta como otros abogados que consulté antes me dijeron que ningún juez iba a darme más de lo que me correspondiese, quise seguir adelante y perdí. No conseguí nada del patrimonio familiar de los Norton, dejé escapar a Laura e hice el ridículo en el juicio. Afortunadamente Laura desoyó también el consejo de su abogado y no quiso meterme en más problemas, la suspensión del

juicio no tuvo ninguna repercusión más salvo la de alargar la agonía lenta y dolorosa de un matrimonio condenado al fracaso.

Después de estos tres meses en los que he estado absorbido por el trabajo, ya no queda ni rastro de la mezcla de sentimientos que tenía en los días previos al juicio y tampoco la ira que sentí de cuando reconocí al padre de Laura como el asesino de mis padres y de Mónica. Supe que era él porque no podía ser otra persona, mi padre nos comentó que se había enfrentado varias veces a Paul Norton por sus decisiones empresariales y que en alguna ocasión casi habían llegado a las manos. Ahora solo albergo un sentimiento de necesidad de hacer justicia y el deseo de que esta etapa de mi vida acabe cuanto antes para recuperar a Laura. Solo fui consciente de cuánto la amaba cuando pasaban las semanas sin tener noticias suyas, cuando me veía rebuscando en Internet alguna foto reciente en la que saliera ella para verla de nuevo. Después de que le pidiera el divorcio ninguno de nuestros amigos comunes volvieron a llamarme y cuando yo lo hacía me ponían excusas para evitar verme, todos me dieron la espalda y lo entiendo, yo tuve la culpa de todo. Nadie menos que ella se merece sufrir y yo la hice mucho daño.

Hoy es el día de la cita con la persona misteriosa. Han pasado dos meses desde que recibiera la llamada en la que me citaban hoy 15 de junio a las doce de la noche enfrente de la puerta grande de la plaza de toros de las Ventas. No he podido olvidar esta fecha ya que algo me dice que hoy va a ser un día importante. A pesar de que estoy nervioso, me he concentrado en trabajar durante todo el día y no me he dado cuenta de la hora que es, apenas voy a tener tiempo de llegar a casa cambiarme y llegar a la cita. Ir con traje a las doce de la noche sería sospechoso y prefiero no llamar la atención. Unos vaqueros azul oscuros, unas deportivas negras, una camiseta de *Iron Maiden* y el pelo suelto sin gomina. Es mejor aparentar ser un chaval más joven y no como a alguien al que esta noche la vida le puede cambiar la vida.

Llego a las doce en punto al lugar indicado. Veo que se acerca a lo lejos un hombre alto, con una boina en la cabeza mientras las luces de las farolas le iluminan de manera intermitente. Me vienen miles de formas de posibles reaccionar ante cualquier movimiento extraño de la persona que se está acercando. Noto la adrenalina corriendo por mis venas. ¿Y si ha sido una trampa? ¿Y si es alguien que quiere hacerme daño? Doy un repaso visual al lugar en el que me encuentro. Es un lugar diáfano, con edificios enfrente de la plaza y un hotel que hace esquina. En el punto en el que estoy no podría hacerme nada, es un lugar muy transitado, lo que me escama es que tenga que acompañarle al aparcamiento. Ese lugar es mucho más oscuro y solitario, ahí me podrían matar y nadie me vería hasta el día siguiente. Sigue acercándose está casi a mi altura.

—¿Tiene hora? —me pregunta el tipo.

—Sí, son las doce en punto.

—*El pasado y el presente se unirán y la verdad vencerá.*

—¡Roberto! —digo extrañado cuando levanto la cara y le reconozco.

—¡Jon!

—¡Así que eras tú quien me llamó hace casi tres meses! No hacían falta tantas molestias, me podrías haber llamado tú directamente —le espeto irónico.

—No te creas tan importante que no fui yo. Si lo hubiera sido, no me habría andado con tantos rodeos.

—¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos?

—¿Es que acaso no escuchaste las instrucciones que te dieron?

—Sí, las oí perfectamente —me pongo a la defensiva con mi ex amigo— ¿Sabes quién lo hizo?

—No. A mí también me llamó una voz extraña hace casi dos meses.

—¿Y....?

—Y me dijo que tenía que acudir a un lugar determinado, no te diré cual —se adelanta a mi pregunta— a recoger un paquete. Tuve que recogerlo a una hora determinada y entregarlo esta noche a las doce, aquí. Las instrucciones eran claras tenía que ir con una boina en la cabeza. Me pareció una idea ridícula, pero me amenazó con hacer daño a Verónica.

—Menuda clase de abogado eres si haces caso a todo lo que te dicen —me mofa de él tratando de recuperar parte de la sintonía que había entre nosotros antes de que le pidiera el divorcio a Laura.

—Hago caso cuando la gente que me importa puede estar en peligro por mi culpa. Acabemos cuanto antes, vamos hacia mi coche que tengo que darte eso.

—¿Qué es?

—¿Puedes dejar de preguntar y andar?

—Tienes razón, es mejor dejar la conversación para otro momento.

—No va a haber otro momento, en cuanto lo tengas, olvídate de que existo.

—Bien —empiezo a andar deprisa hacia el aparcamiento, es incómodo ir con alguien que no te soporta y menos si es quien te tiene que dar algo importante.

—¿Se puede saber dónde vas tan rápido? Se supone que somos dos amigos que nos hemos encontrado y vamos hacia mi coche, no dos personas que tienen algo que ocultar. Si no me equivoco, nos tienen vigilados y si lo hacen es porque hay algo muy gordo detrás todo esto.

—Yo también lo creo. La ansiedad por saber qué es me hace perder el control —me excuso.

—Pues trata de mantenerlo, si quieres permanecer con vida —dice Roberto—, sospecho que es un consejo que te vendrá bien en este asunto.

—No olvides que yo viví en la calle, sé a lo que me enfrento.

—No te hagas el listo conmigo.

—No me lo hago —llegamos a un coche que deduzco que es el suyo. Abre solo el maletero y saca un bulto muy voluminoso forrado de plástico por fuera con el envoltorio de una empresa de mensajería.

—Aquí tienes, todo tuyo. Yo ya he cumplido con mi parte del trabajo —cierra el maletero del coche y se dirige a grandes zancadas hacia el interior el vehículo—. Me voy que Vero me está esperando.

—Gracias —le digo.

—No lo hago por ti, Jon.

—Lo sé.

Me aparto y veo como Roberto arranca el coche y sale del aparcamiento a toda velocidad. El que quería disimular. Empiezo a andar por el aparcamiento y me dirijo a una calle ancha donde he dejado aparcado el mío. Miro a todos lados. Si lo que dice Roberto es cierto, nos están vigilando y no voy a negar que me pone nervioso esta situación. El bulto que llevo en las manos pesa bastante y estoy indefenso. Llego a mi coche y lo meto en el asiento del copiloto, inmediatamente voy hacia el otro lado y me pongo al volante. Creo ver a alguien en lado opuesto de la calle mirando, no estoy seguro de ello, trato de no dar importancia al escalofrío que siento por mi espalda al percatarme de ello. Arranco y pongo el vehículo en marcha despacio, quedarme aquí solo me traería problemas, no tengo manera de defenderme y menos sin saber a lo que me enfrento.

LAURA

Entro en la pastelería y me pongo a la cola, veo que Jon, al igual que ayer está detrás del mostrador atendiendo a la gente. Lleva el pelo recogido en una coleta algunos mechones rebeldes le asoman debajo del gorro. Se desenvuelve con elegancia. Limpia el mostrador con una bayeta, mientras atiende al siguiente cliente con una sonrisa y le pregunta qué desea. Nada tiene que ver el hombre que veo ahora con el que conocí hace unos meses en aquella esquina que no miraba, no sonreía y que el odio reinaba en su cara. Parece contento, me alegro de verle así. Dejo que pasen delante de mí unos clientes que entran después que yo, para poder observarle durante unos minutos sin que se dé cuenta de que lo estoy mirando. Sonríe a su compañera y ella le da un caderazo por una broma que solo ellos entienden. Eso no me ha gustado. Voy a comprar algo para así tener una excusa para hablar con él.

—Hola —digo

—Hola —sonríe profesional.

—Quiero dos napolitanas de chocolate.

—¿Son para ti sola? —se le escapa preguntar.

—No, son para alguien más —creo ver un atisbo de decepción que se dibuja en su cara.

—¿Para tomar o para llevar?

—Para llevar. ¿A qué hora sales de trabajar? —pregunto decidida para no extenderme mucho y que así no me pueda decir que no.

—Termino en media hora —responde.

—Bien. Pues si quieres, en media hora te tomas conmigo esa napolitana de chocolate que me has puesto en la bolsa. No acepto un no por respuesta —me sorprende diciendo, creo que me he puesto celosa y mi parte más descarada es la que está controlando mi boca, el cerebro hace un rato que dejó de pensar—. Te esperaré sentada en la mesa si no te importa, avísame cuando termines.

—Eres mi clienta... —pone una débil excusa que creo que dice más por quedar bien que porque realmente lo sienta.

—No, no soy tu clienta —respondo decidida. Inmediatamente pienso que ojalá algún día seremos mucho más de lo que somos ahora—, solo soy una amiga que te invita a merendar.

—Vale —cede—, cuando termine voy a buscarte.

Me acerco a la mesa del fondo y saco la Tablet con la intención de leer una novela romántica que compré el otro día, pero por más que me encanta la historia, no soy capaz de concentrarme y decido dejarlo mejor para otro momento. Opto por hacer algo que no requiere demasiada atención: meterme en algunos blogs de moda, buscar unas cuantas recetas y mirar destinos para las próximas vacaciones aunque de los nervios soy incapaz de enterarme de nada. Las Webs pasan por delante de mis ojos una y otra vez, pero nada consigue captar mi atención y hacerme olvidar los nervios que siento. Media hora más tarde, tal y como me había dicho, Jon se acerca a mi mesa con dos cafés para llevar en la mano.

—¿Y eso? —digo señalando los vasos humeantes.

—Tú pagas las napolitanas, yo te invito a un café. Las últimas veces fuiste tú quien me invitó y hoy me toca a mí.

—Sí, supongo —ríe, recordando que fui yo la que le invitó a desayunar hace unos cuantos meses.

—Recoge tranquila, te espero en la salida.

Guardo mis cosas de manera precipitada en el bolso y me levanto de la silla lo más rápido que puedo tratando de contener los nervios, pero no soy capaz y tardo más. Mientras me espera en la puerta, saluda a los clientes que entran y con la mirada me suplica que me dé prisa, se nota que quiere salir de aquí cuanto antes voy a rescatarle.

Salimos a la calle y callejamos, vamos andando hasta el Retiro que está a poca distancia de la pastelería. Somos incapaces de hablar, la seguridad de hace unos minutos ha desaparecido y trato de poner en orden el montón de preguntas que tengo. También quiero darle unas cuantas explicaciones. Él también parece nervioso y de vez en cuando nos miramos de manera disimulada y sonreímos.

Entramos por la entrada que da a la puerta de Alcalá y como si fuéramos uno solo, damos los pasos con la misma pierna, aunque él recorre más distancia y se detiene cada pocos pasos hasta que llego a su altura.

El parque está lleno hay multitud de parejas sentadas a lo largo del paseo que se dan arrumacos, los niños que corren detrás de otros y la gente más mayor que miran tranquilos lo que ven, quizás recordando lo que algún día fueron. Se respira vida, tranquilidad, felicidad. El silencio que se ha instalado entre nosotros desde que salimos de la pastelería lo interrumpe él preguntando.

—¿Quieres que nos sentemos en las escaleras que dan al estanque?

—Sí, claro —asiento. Seguimos sin hablar, la situación es un poco incómoda. Cada uno sumido en sus pensamientos. Alcanzamos el objetivo y por fin me atrevo a hablarle.

—Jon.

—¿Sí? —pregunta.

—Perdón.

—¿Cómo? —Jon pregunta confundido.

—Perdón por todo.

—¿Qué es todo?

—Siento mucho no haberte ayudado cuando tuve la oportunidad de hacerlo. Estaba tan inmersa en mis cosas que a pesar de verte cada sábado no tuve la decencia de ofrecerte mi ayuda a salir de la calle. Lamento mucho lo que te dije el día que te llevé los sándwiches y también lo que hice la siguiente vez que te vi cuando te di el dinero de esa manera. Me sentí muy frustrada por lo que pasó aquel sábado ya que a mi modo solo trataba de ayudarte, aunque es obvio que no fue la manera más adecuada.

—Laura, no te disculpes. Ese día en el que te llamé “pija de mierda” había pasado una mala noche y dije algo que no debía. Sé que, a tu modo, tratabas de ayudarme.

—Te quedaste a gusto cuando me lo dijiste... Te salió de dentro —bromeo.

—Sí —se carcajea—. Era algo que llevaba pensando desde que me instalé en esa esquina de los vecinos de ese barrio y cuando te vi con los sándwiches en la mano diciendo que eran de pavo y queso, me pareció casi un insulto.

—¿En serio te dije el sabor?

—No lo recuerdo, pero creo que sí.

—Pues has acertado, eran de eso —digo mientras choco a propósito con sus hombros en un gesto de amistad—. Desde entonces no he vuelto a comer uno, me recordaba al comportamiento tan grosero que tuve contigo. Y para rematarlo dos días después te di dinero de esa manera. Eso estuvo muy feo, si supieras la de veces que me he arrepentido de ello.

—No importa, además a ti eso también te salió de dentro.

—Sí, digamos que el filtro cerebro-mano, no me funcionaba bien en ese momento...

—Ni que lo digas...

—Volví a buscarte esa tarde —me pongo seria—. No te vi.

—Yo a ti sí.

—¿Dónde estabas? Estuve un buen rato vagando sola por la calle de un lado para otro tratando de encontrarte, preguntando a todo el que veía por la calle por si te había visto...

—Y estuvieron a punto de llevarse tu coche —completa mi frase.

—¿Dónde estabas? —pregunto de nuevo.

—¿De verdad quieres saberlo?

—¡Claro! Me frustró mucho no encontrarte. Supuestamente te quedabas siempre hasta las nueve de la noche y al no verte, pensé que te habías ido por el encontronazo que tuvimos esa mañana.

—Aunque no me vieses, gracias por volver, eso me confirmó que aunque impulsiva, eres buena persona. La razón de por qué no me encontraste, es muy dura, todavía hoy me cuesta hablar de ello —se resiste a contármelo. Se ha puesto tenso y nervioso. Tuvo que pasarlo muy mal.

—Tranquilo. Puedes confiar en mí.

—Lo sé. Pasaban las ocho y media de la noche cuando estaba sentado en la posición de siempre con el sombrero enfrente. Se acercaron a mí un grupo de chicos de más o menos nuestra edad. Iban bien vestidos y todas sus prendas eran de marca cara. El grupo lo formaban dos chicos y una chica. Me preguntaron si quería ganar dinero fácil y rápido —se le nubla la vista al decirlo y traga con dificultad—. Desconfié de ellos de inmediato, pero ¿qué podía hacer? No me quería gastar el dinero que me diste, tenía frío y después de todo el día sin beber necesitaba algo de alcohol para pasar la noche y con los diez euros que me ofrecieron tendría para vino al menos tres días. Por eso me levanté cogí el sombrero y empecé a andar con ellos. La primera condición que me pusieron es que anduviera a no menos de diez metros de distancia. Yo era escoria y no querían que nadie del barrio pudiera reconocerles yendo conmigo a ninguna parte. Tenía que ir con la cabeza agachada y por supuesto nada de protestar, si me quejaba me pegarían; a pesar de las condiciones, acepté igualmente. El festín de vino lo merecía —Jon para de hablar y me mira para ver mi reacción.

—Continúa, por favor —se me ha quitado el hambre y el café se me está revolviendo en el estómago.

—Llegamos a la plaza de Colón y en el césped que hay detrás de la estatua grande, en una zona más oscura empezaron a hacerme de todo. Hicieron que me arrodillara y les besase los pies y dijera “oh amos”. Era una humillación, pero eso no fue lo peor. Me preguntaron si tenía sed, les respondí que no. *¿Qué has dicho esclavo?* Fueron sus palabras seguido de un bofetón. Abrí la botella que me dieron y bebí un trago, era pis. Les miré y me obligaron a que me la bebiera entera. Después de hacerlo vomité en los pies de uno de ellos. La risa de los otros dos al ver la escena hizo que el que al que le había vomitado me diera una patada en la boca que me rompió el labio y dos dientes. A pesar del dolor del golpe me mantuve en pie. Más tarde me preguntaron si la chica que iba con ellos era guapa. Dudé en contestar, era una pregunta trampa. Si les decía que no, que era fea, me pegarían por insultarla, si decía que sí, a saber... Por eso opté por decir que sí. *Te gusta mi novia eh, ¿perro? Te gustaría follártela con esa sucia polla tuya, ¿no?* Me agarraron del pelo tirando de mi cabeza hacia atrás *¡Contesta escoria! ¡Contesta!* Esas fueron sus palabras. Sí —respondí reprimiendo el impulso de enfrentarme a él. El chico al que no había vomitado se lanzó sobre mí pegándome puñetazos por todas partes. El primero fue en el ojo, estómago, costillas, piernas. La chica que estaba fumando dijo falsamente *cariño, ¿tienes idea de dónde puedo apagar la colilla? Si mi vida* —contestó su novio —, *por supuesto, puedes apagarla en la escoria. Saca la lengua escoria*—. La saqué y la chica apagó el cigarro en mi lengua. Noté un dolor tan intenso que no pude evitar gritar y entonces los tres se lanzaron sobre mí a pegarme. *Te lo advertimos, si te quejabas te pegaríamos y como no nos has hecho caso, te vamos a dar tu merecido.* Siguieron pegándome ni sé cuánto tiempo para aguantar más hacían turnos. Hasta que finalmente alguien nos vio y fue corriendo hacia ellos.

—Sí, ahora que lo dices, recuerdo ver un grupo de chicos corriendo y a un hombre detrás persiguiéndoles e insultándoles. No oí tus gritos.

—Normal tú gritabas y llorabas más fuerte que yo. Por eso te he dicho que te vi. Estabas muy cerca. Fui incapaz de gritar lo suficientemente alto para que me oyeras y mucho menos acercarme a ti. No tenía fuerzas —me mira con los ojos llorosos.

—Lo siento.

—Te repito que no pasa nada. No fue tu culpa.

La temperatura ha bajado unos cuantos grados, la noche comienza a caer en Madrid y la gente poco a poco ha ido desapareciendo del nuestro alrededor. La quietud de las aguas del estanque, ahora que ya hay pocas barcas navegando, indican que deben ser más casi las nueve. No quiero irme y por eso saco cualquier tema para alargar un poco más esta cita improvisada.

—Están muy ricos los pasteles que hacéis, los de ayer fueron un éxito. Mis padres acabaron encantados, aunque la verdad, con tu historia —miro el bollo—, se me ha quitado el hambre.

—Y esa no es la peor parte.

—¿Hay más? —pregunto sorprendida.

—Sí, pero esa prefiero contártela otro día. ¿Le gustaron los pasteles a tu novio?

—¿Te refieres a Andrés?

—Sí supongo... Me refiero al hombre que te acompañaba ayer.

—Andrés es un amigo. Le conozco desde antes de tener memoria y nos criamos juntos. Íbamos juntos al colegio y en verano, mientras mis padres trabajaban en Madrid me mandaban con mi hermana al pueblo con mis abuelos. Como los padres de él también tenía una casa allí, se puede decir que estábamos juntos todo el año.

—Me alegro. Parece un buen hombre. Harías una buena pareja —le miro y no puedo evitar pensar que con quien haría una buena pareja sería con él y no con Andrés.

—Bueno, de hecho fuimos novios cuando éramos adolescentes.

—Lo sabía. Su postura de ayer era demasiado familiar. Te agarraba por la cintura de una manera casi posesiva.

—Sí que es cierto que es un poco sobón. Esa costumbre no la ha perdido nunca y lo hace con todas.

—Un conquistador nato —afirma Jon mientras mira hacia delante.

—Sí, así es —sigo su mirada y veo que quedan algunas parejas que se resisten a dejar la barca sin hacerse la foto perfecta en el estanque. Me detengo unos segundos más en una ellas. Tienen una apariencia algo más jóvenes que Jon y yo. La chica le pide los remos al chico, cuando éste se los da y trata de mover las barcas empiezan a dar vueltas sobre sí mismos. Sonríe. Ella parece frustrada y él se los pide de nuevo, a regañadientes, se los vuelve a dar.

—Yo no soy como él —dice en un tono quedo que me saca de mi ensimismamiento, aparto la mirada de la pareja y le miro directamente a los ojos.

—Lo sé —bajo mi mirada hasta sus labios definidos. Me apetece besarlos. Pero no le conozco de nada. Somos dos desconocidos que cuando empezábamos a conocernos dejamos de vernos. No me alegro de no haberle seguido viendo durante estos meses, pero si eso ha servido para que él coja el timón de su vida y haya salido de la calle, me doy por satisfecha. Una ráfaga de viento eriza mi piel y rompe el hechizo. Estamos en mayo y aunque empieza a hacer calor, en cuanto se esconde el sol la temperatura baja muchos grados.

—¿Tienes frío?

—Te mentiría si te dijera que no.

—¿Quieres mi chaqueta? —me dice señalando la cazadora de cuero que lleva puesta.

—Si lo haces, el que tendrá frío serás tú y eso no arreglaría nada.

—No tendré frío. Recuerda que hasta no hace tanto tiempo vivía en la calle y estoy acostumbrado a los cambios de temperaturas.

—Ya, pero no sé si es lo correcto —dudo.

—Lo incorrecto y poco caballeroso por mi parte sería no dejártela —se quita la chaqueta y salen a relucir unos músculos brazos marcados que se le acentúan por la camiseta que lleva puesta. Sus bíceps fuertes, aunque no exagerados, son tentadores.

—Gracias —digo mientras me pone la chaqueta por encima de los hombros. Noto el agradable calor y el olor que ha dejado Jon en la cazadora. Siento un escalofrío, esta cercanía entre nosotros es nueva. Hace mucho tiempo que un hombre no me trata así de bien, ni siquiera Andrés ayer. Nos reímos mucho, recordamos viejos

tiempos e incluso puso nuestra canción de cuando éramos una pareja: “*sueño su boca*[2]” de Raúl. Me hizo levantarme de la silla y empezó a bailar imitando los movimientos de él. El baile nunca ha sido el fuerte de Andrés se le daban mejor otras cosas en las que también se necesita la cadera.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes una sonrisa preciosa? —me pregunta Jon y creo que me va a salir el corazón del pecho. No me esperaba esa pregunta retórica. Le doy un beso en la mejilla no sé qué contestarle.

—Supongo que alguna vez, como a todas...

—Seguro que te lo han dicho muchas más veces que a otras mujeres, eres preciosa —vuelve el temblor a todo mi cuerpo. Mariposas. Me encanta esta sensación, querría alargar este día más pero mañana trabajo y tengo que hacer cosas antes de acostarme.

—¿Dónde vives? Te acerco a casa.

—Vivo a las afueras, en Aluche.

—Te llevo. Me queda de camino —digo.

—No, no te queda de camino —advierte él.

—¿Y qué te hace pensar que no? No sabes dónde vivo...

—Tienes razón. Pero sé que no vives por aquí, así que creo que supongo que lo harás en la zona norte de Madrid, ¿Aravaca? ¿Pozuelo de Alarcón? ¿San Sebastián de los Reyes?...

—Has acertado a la primera, Aravaca.

—Buena zona. Muy tranquila.

—Sí, así es.

—Y si te dijera que vivo por ejemplo en Sevilla, ¿me llevarías?

—Está a tres paradas de metro —me hago la tonta—, ¿cómo no iba a hacerlo?

—No me vaciles, señorita, que sabes de sobra que me refería a la ciudad.

—En ese caso no vivirías en Madrid...

—Muy lista —se levanta de los escalones y me extiende su mano para que me agarre de ella y me levante yo también—. Pero sabes que ésa no era la respuesta que quería oír.

—¿Y si la sabes por qué quieres escucharla? —me agarro de su mano y ahí de nuevo está la sensación de anticipación, de ganas de que pase algo más. La ignoro y me levanto en un movimiento grácil, estamos en el mismo escalón y nuestros cuerpos quedan pegados, solo separados por la ropa. Mi nariz roza la suya y estamos a solo unos milímetros de que nuestros labios se rocen. Un simple movimiento sería suficiente. Él reacciona a tiempo y se baja un escalón.

—Estás en forma. ¿Haces ballet?

—De pequeña —respondo.

—Algún día tienes que enseñarme alguna postura —dice en un tono que sugiere muchas cosas.

—Sí, algún día —respondo enigmática—. Vamos, que se ha hecho de noche y ya es tarde.

Desandamos el camino que anduvimos antes, contándonos nuestra vida. Me sorprende saber que cuando estaba en cuarto de carrera tuvo que dejar la universidad, eso fue en 2007 hago cuentas y tiene un par de años más que yo, cuando le pregunto la razón prefiere no contestar la pregunta. La tristeza vuelve a su rostro y es como si de nuevo se hubiera puesto la coraza. Ésa que algún día le quitaré, quiero saber de él todo. *Quiero con él todo*[3] como dice la canción de Pereza. Le propongo que retome sus estudios y que yo podría ayudarle, se lo pensará me responde. Trato de convencerle diciendo que mis notas en la universidad eran excelentes. Era raro ver menos de un ocho en un examen, pero no por suerte o porque me hiciera chuletas. No. Me dejaba la piel estudiando. Me perdí muchas fiestas, muchas borracheras y algún que otro ligue por tratar de ser siempre la mejor. Siempre he sido muy consciente de que algún día dirigiré una de las mayores empresas de telefonía del mundo y tengo que ser la mejor por dos grandes *handicap*: ser la nieta mayor del fundador y ser mujer. Las mujeres tenemos que estar demostrando todo el tiempo que somos cien veces más válidas para los mismos trabajos que un hombre y todo porque nos quedamos embarazadas y tenemos la regla una vez al mes. El machismo en lo que denominan “las altas esferas” es patente, solo hay que ver cualquier encuesta en el que diga el porcentaje de mujeres que se encuentran en los órganos de poder en el seno de las empresas. Dramático.

JON

Llego a casa, dejo la caja encima de la mesa del salón. Antes de atreverme a abrirla necesito tiempo, me quiero poner cómodo. Voy a mi habitación y me quito la ropa de calle, en su lugar me pongo el pijama, unos pantalones cortos de algodón con una camiseta blanca de tirantes anchos del mismo tejido.

Vuelvo de nuevo al salón, la miro y empiezo a dar vueltas de un lado a otro. Estoy nervioso, pero llegado a este punto es algo que tengo que hacer. Cojo el cuchillo que he dejado encima de la mesa al entrar con el bulto y rompo el envoltorio de fuera. El contenido es una caja marrón. Quien sea que me la mande es alguien conocido, lo sé por la forma en la que ha escrito mi nombre, un trazo elegante, casi antiguo. Caigo en la cuenta que el trazo de las letras es muy parecida a la de mi padre, pero ¿ahora? ¿Cómo es posible que llegue después de tanto tiempo? ¿Y si es de él? Empiezo de nuevo a recordarle. Sin duda desde donde sea que esté quiere darme un mensaje. Las lágrimas empiezan a fluir por mis mejillas. Él y mi madre murieron hace casi ocho años y les sigo echando tanto de menos como el primer día, aunque su imagen se ha ido desdibujando a lo largo de los años de mi mente. Daría lo que fuera por decirles una vez más te quiero, por verles por última vez. Vengar la muerte de ellos y la de Mónica fue la razón de mi existencia, ahora simplemente hacer justicia.

No puedo pararme a recordar más, si mi padre me legó esta caja es porque contiene algo importante. Quiero imitarle y hacer como él siempre hacía, enfrentarse a los problemas de frente.

En Madrid a 15 de junio del 2005

Querido hijo

Si estás leyendo esta carta es porque ya no estoy contigo. Me habrán matado.

Lamento haberte dejado solo, perdón por no haber podido cumplir la promesa que te hice cuando eras pequeño de estar siempre contigo.

Estoy seguro de que tienes muchas preguntas. La primera cómo es posible que supieran la frase que te decía de pequeño "el pasado y el presente se unirán y la verdad vencerá". Muy sencillo, siempre he intuido que mi vida acabará en algún momento de manera precipitada a manos de otros. Esa frase es nuestra y sé que cuando la escuches por unos labios que no sean los míos sabrás que te quiero decir algo importante. Espero haber acertado.

Te preguntarás también qué hay en esta caja y por qué te la dan diez años después de la fecha de esta carta. A lo primera pregunta lo vas a ir descubriendo tú solo, aunque verás dentro muchas anotaciones para que puedas comprender qué significan, qué hay detrás. Puede que necesites ayuda, si es así, hazlo en alguien que confíes plenamente.

La segunda pregunta tiene una respuesta mucho más romántica. Hoy hace treinta años que me casé con tu madre, el día más feliz de mi vida y que hoy justo hagan diez años más de ese día es una manera de felicitarla por nuestro aniversario. Sé que recibirla hoy le hará recordar lo felices que fuimos juntos. Cuida de ella, te adora.

Que equivocado estaba, pensaba que si moría lo haría solo y no con mi madre. Me entristece aún más, ni siquiera a ella la tengo.

Espero y deseo que cuando leas esta carta no hayas cometido demasiados errores en tu vida y si lo has hecho que seas capaz de reconducirla. Por mucho que me eches de menos, por mucha rabia que te haya dado mi muerte no hagas daño inútilmente. Busca a los culpables y deja a la justicia que haga su trabajo. Nada me devolverá a ti por mucha rabia que tengas y nada saciará tu ansia de venganza por mucho daño que hagas. Si lo haces, cuando destruyas todo a tu alrededor, verás que no te queda nada. Por eso trata de ser feliz y de hacer feliz a quienes te rodeen. Levántate cada día con ganas de ser mejor persona y sonríe hijo, solo así podrás cambiar el mundo. Haz que me sienta orgulloso del hombre que eres y no del que podrías haber sido si yo hubiera estado contigo.

Me quieren matar, hijo. He descubierto secretos de la empresa en la que trabajo. Como vicepresidente segundo que soy, he tenido que hacer numerosos viajes a diferentes países en los que la empresa tiene intereses, entre ellos a la República Democrática del Congo. Lo que he visto allí es lo peor.

Empresas multinacionales, gobiernos extranjeros ponen y quitan a dirigentes de aquellos países, les dan armas y las mafias controlan todos los negocios que sean rentables, entre ellos, el de la extracción de materias primas que se usan en tecnología.

Los avances en móviles y equipos informáticos aumentan cada vez más rápido y he descubierto que uno de los materiales que se utilizan para su fabricación, el coltán (que es una mezcla entre la columbita y tantalita) está manchado de sangre.

Miles de hombres, mujeres y niños trabajan en un régimen de esclavitud. Extraen de las minas el material, que en muchas ocasiones se encuentra mezclado con otros que son reactivos sin que ningún tipo de medida de seguridad que evite el contacto directo con ellos. Las mafias controlan su extracción y Ruanda y Uganda se pelean por el material del Congo. El gobierno local está sobrepasado y no intervienen entre otros motivos porque ellos son los mismos que tienen la propiedad de esas minas, la comunidad internacional pasa del tema. Por eso cuando pude ver con mis propios ojos tanto horror avisé en la empresa. Su respuesta fue "los negros que se apañen como puedan. Nosotros solo queremos el coltán lo más barato posible". Ante esa respuesta, no me rendí y traté de hacer cambiar de opinión a quienes me la dieron. En mis viajes a la zona traté de presionar a los intermediarios para que me garantizaran que las condiciones de trabajo mejoraban o dejaríamos de comprarles. Ha habido ciertos avances, pocos, pero han sido todos los que he podido. Por eso empiezo a ser una molestia en la empresa. No me despiden porque saben que en cuanto lo hagan correré a denunciarlo y esa es la razón por la que valgo más muerto que vivo.

Sé que me van a matar y no me importa. Quiero que al menos por una vez no ganen los malos. Esa es la razón por la que te escribo, cuando leas estas líneas yo ya no estaré para ayudarles y quiero que continúes con la labor que he hecho hasta ahora. Quiero que me ayudes a hacer justicia.

Sé que en la empresa hay mucha gente íntegra y que de saberlo harían todo lo posible por ayudarme a acabar con la situación. Son solo empleados sin ningún tipo de poder de decisión. Si se lo contara tratarían de ayudar y eso les llevaría a un despido fulminante o peor, a que les asesinaran, eso no puedo tolerarlo. No admito que se lleven más vidas por delante que la mía, bastantes tienen en África.

Confío en ti para que acabes con esta lacra porque sé que eres lo suficientemente valiente y listo como para saber qué pasos tienes que dar. Pretendo que todo el odio y el rencor que anida en ti lo transformes en un sentimiento positivo. Quiero que luches por quienes no tienen voz, por quienes no tienen poder de decisión, por quienes no pueden hacer nada.

Soy consciente que lo que te pido es una tarea difícil y probablemente nadie te lo agradecerá, no importa si fracasas en el intento, lucha por ello, así para cuando te vayas de este mundo, que deseo que sea muy tarde, dejes huella. Que te recuerden por lo que fuiste, un hombre íntegro que sin descuidar su éxito ayudó a los demás. Eso hará que duermas bien todas las noches. Harás que la mujer con la que compartas tu vida te admire y quiera a partes iguales, e hijo, te lo digo por experiencia, por ella, todo merecerá la pena. Yo no he podido ser más feliz con tu madre.

No olvides que lo único que quiero lo mejor para ti. Por eso solo te exijo una cosa, que el pasado no te impida ser feliz.

*Te quiere
Tu padre.*

de que Paul Norton tuvo algo que ver.

Recuerdo que ese fin de semana me propusieron ir con ellos a una fiesta que habían organizado para los directivos, que por aquel entonces no eran más de cuatro o cinco, en una casa de la sierra y les dije que no, ya había ido a varias de esas reuniones y estaba harto de estar con esos estirados.

Cuando volvían a casa el coche que conducía mi padre perdió el control, colisionó contra un muro, saltó la mediana y aterrizó sobre unos árboles. Murieron en el acto. Cuando los encontraron estaban agarrados de la mano. Se dieron cuenta demasiado tarde de que el todoterreno no frenaba, por eso hasta en el último segundo de sus vidas no quisieron soltarse.

Recuerdo la llamada de teléfono. No me lo creía, no podía ser verdad que mis padres hubieran muerto. Rogué hasta la desesperación al médico que llamaba desde el otro lado de la línea que me dijera que no era verdad, que mis padres no habían fallecido, que era una broma macabra e insistí muchas veces para que le pasara el teléfono a mi madre. No lo hizo, era demasiado tarde. Desde ese día empecé a buscar respuestas, ¿por qué se quedó el coche sin líquido de freno si el vehículo era nuevo? ¿Por qué el parte del accidente era tan escaso? Con apenas veintidós años me quedé solo. Tras la incredulidad inicial fui capaz de ser frío y pagué a un perito independiente para que analizara el coche y me diera una respuesta. Su respuesta fue clara: el accidente había sido provocado.

—Jon, a este coche le rompieron el depósito del líquido de frenos poco antes de que se tu padre se pusiera al volante.

—¿No se rompió por el accidente? —pregunté.

—No, mira estas marcas de aquí —me enseñó una foto—. Le habían hecho pequeños agujeros. Cuando se montaron tu padre debió de percibir que frenaba poco, pero no le dio importancia, hasta que en la cuesta abajo comprobó que el vehículo no frenaba nada. Por eso debió agarrar la mano de tu madre. Se dio cuenta demasiado tarde de que iban a morir. No había nada que pudieran hacer para evitar el desenlace.

Quise ir a la empresa y partíle la cara al padre de Laura, pero el abogado que me asesoraba entonces me dijo que no, que él se encargaría de todo y que cuando pudiese algo me informaría. Al principio le creí y le hice caso, traté de sobrellevar mi dolor que solo era capaz de apaciguar con alcohol. Cuando me di cuenta de que todo era un engaño por parte de ese sinvergüenza me presenté en su despacho reclamando explicaciones asegurándole que iba a conseguir que le expulsaran de su profesión. Se rió de mí y me aseguró que nadie llevaría mi caso, que la familia Norton tenía mucho poder y yo no era más que un vulgar chiquillo enrabiado. Me abalancé sobre él para pegarle, pero no pude, en ese momento entraron varios hombres al despacho y me sujetaron por los brazos. Me echaron como a un vulgar trasto viejo. Quise ir a la oficina de Paul Norton, pero Mónica me disuadió, me dijo que me apoyaría en lo que hiciera falta, pero que no hiciera ninguna locura que seguro que si iba a la empresa también me matarían. Tenía que ser más listo que él, pero ¿cómo? Aun así, le hice caso, me emborraché de nuevo y así fue como poco a poco me volví un adicto al alcohol. Poco más tarde murió Mónica y perdí todas las fuerzas, ya no me quedaba nada por lo que luchar, todos mis seres queridos estaban muertos.

Después de dejar la carta a un lado y mis recuerdos aparcados, reviso qué más hay dentro de la caja. Son un montón de carpetas con documentos dentro, unos diez *pen drives* de 256 Mb y un disco duro. Las anotaciones a las que se refería mi padre están en pegatinas amarillas, para las anotaciones más largas hay folios divididos por la mitad grapados en una esquina con los que hacía pequeños cuadernos y los añadía con un clip al documento que explicaba.

No me ha dado tiempo a mirar ni un cinco por ciento de todo el material cuando lo dejo para el día siguiente. Es muy tarde y tengo que irme a la cama para tratar de dormir unas horas antes de ir a trabajar. Trato de llegar siempre el primero a la oficina muchas veces a las siete y media de la mañana ya llevo un buen rato trabajando. Cuando se tiene una empresa, el buen jefe es el primero que llega y el último que se va y yo trato de serlo.

Recojo todo con sumo cuidado, tratando de dejar los documentos que no he mirado de la misma manera que mi padre los ordenó. Es una tontería, pero de esta manera es como si lo tuviera un poco más cerca. Cojo la foto de mis padres que está encima de la mesa baja, al lado del sofá y los miro con adoración. Yo les hice esta foto, salen abrazados sonriendo a la cámara, me gusta verles así, solo que ahora yo no puedo abrazarlos y ellos siguen en su abrazo eterno.

—Os quiero —digo en alto mientras le doy beso a la imagen ¡Qué fácil me resulta decirlo ahora y qué pocas veces se lo dije cuando estaban conmigo! Si volviera el tiempo atrás les diría que les quiero hasta que se me trabara tanto la lengua que no supiera decirlo. Dejo la foto en su sitio y apago todas las luces del salón. Recorro el corto pasillo que me lleva hasta mi habitación y me acuesto.

En medio de la noche empiezo a soñar con Mónica. La veo en mis sueños con su pelo rizado de color negro azabache, su cara de ángel y su piel morena. Estamos en la playa, la veo salir del agua con su minúsculo bikini verde con flores. Corre hacia a mí que estoy sentado debajo de la sombrilla con unas gafas de sol puestas.

—*¡Métete al agua conmigo!* —*me pide.*

—*No me apetece, prefiero ver como te bañas tú y grabarte en mi memoria para el invierno cuando te vea con esos jerséis de cuello alto que llevas a veces.*

—*¡Ey! ¡Que yo nunca llevo ese tipo de ropa! ¡Ni que fuera una monja! Además hay unos chicos que están dentro —dice echando la cabeza hacia atrás para que mire hacia donde me dice ella— que no me quitan los ojos de encima y cada vez estoy más incómoda por ello.*

—*Mónica, sabes que no soy celoso.*

—*¡Mierda, la estrategia de darte celos nunca funciona! ¡Tendré que probar otra!* —*se sienta a horcajadas sobre mis piernas y empieza a devorarme la boca. La aparto un poco.*

—*Mon... Ahora no puedo entrar, no en esta situación —señalo mi entrepierna.*

—*Bien, pues esperamos un poco y te metes al agua conmigo —se pasa la lengua por debajo de su labio inferior.*

—*Vale, tú ganas —cedo.*

—*Así me gusta, que me hagas caso —le pellizco la nariz.*

—*Como para no hacerlo. Me tienes loco por tus huesos. No sé negarte nada.*

—*Yo también estoy loca por ti.*

Un rato después me levanto y ella sale corriendo para adelantarme. Entra chapoteando como una niña pequeña, empieza a echarme agua con las manos, me acerco a ella, la agarro por la cintura y la cojo en brazos mientras le hago cosquillas, empieza a gritar y reírse.

—*¡Jon, no! Espera ¡No me hagas cosquillas!* —*no le hago el menor caso y sigo mientras con ella en brazos nos meto más adentro en el mar. La suelto y le hago una ahogadilla.*

—*Por mala —le digo cuando sale.*

—*¡No!* —*grita divertida— Vamos hacia la orilla que soy más bajita que tú y si no hago pie me siento indefensa.*

—*¿Me temes?*

—*¡Más que a nada!*

—*Cógete a mi cuello que yo nos llevo —sin decirle nada le aparto la braguita del bikini hacia un lado y me bajo un poco el pantalón del bañador liberando así mi erección y la penetro.*

—*¿Y esto? —sonríe traviesa.*

—*Mi venganza —me mira y se muerde el labio.*

No se lo esperaba, el leve gemido que sale de su boca me indica que le está gustando. Le hago el amor despacio y disimulando el placer que me produce estar dentro de ella. Ahora sus gemidos cerrando con fuerza la boca y simulando que mueve los brazos para nadar hacia atrás aunque no se mueve, la tengo bien agarrada. El que haya mucha gente en la playa nos da más morbo. Me corro a la vez que ella también lo hace e incluso estando dentro del agua tenemos calor. Me tiemblan las piernas del esfuerzo de mantenerla en vilo, mientras las olas nos empujan hacia la orilla.

—*Eres un delincuente, señor Artetxe —se acerca a mi oreja y me dice bajito al oído—. Me has hecho el amor en el agua delante de mucha gente... —se hace la ofendida falsamente.*

—*Y tú mi cómplice.*

—*Si es para cometer esta clase de delitos, estoy dispuesta a repetirlos muchas veces al día, donde quieras y cuando quieras —me muerde de nuevo el lóbulo de la oreja y me guiña un ojo—. ¡Me salgo que quiero ponerme morena!* —*dice de pronto y me deja solo dentro del agua.*

—*Vale, yo salgo en un rato, que quiero nadar antes —nada de eso es cierto, quiero nadar para bajar mi abultada erección postcoital.*

—Te espero fuera, no tardes que ya te echo de menos.

Despierto del sueño. Me levanto de la cama, abro la ventana y apoyo los codos sobre el alféizar de la ventana. El sueño ocurrió de verdad. Fue en agosto, más o menos un mes antes de que muriesen mis padres. Queríamos estar solos, así que una tarde lo que inicialmente iba a ser un paseo e ir al cine de verano acabamos en una agencia de viajes comprando dos billetes de avión para ir a Mallorca. Salimos al día siguiente a primera hora de la mañana, dormimos en una tienda de campaña que compramos allí y tuvimos una vida muy hippie durante una semana, en la que no necesitaba nada más que lo que tenía en ese momento. Muchas veces me he acordado de esa semana en la playa y muchas más he llorado recordando ese momento. Hasta ahora, no ha habido un solo día en el que no haya pensado en ella aunque su ausencia ya no me desgarrara.

LAURA

La semana ha sido muy ajetreada en el trabajo y se me ha pasado volando. Desde que dejé a Jon en su casa el domingo pasado no le he vuelto a ver, quiero verle de nuevo, pero no tengo su número. Otra vez voy a utilizar la excusa de ir al Retiro, aunque cada vez me parece más ridícula, al menos servirá para verle de nuevo y pedirle su teléfono. Solo hoy no voy a pasar por su esquina, sino por su trabajo. Me siento orgullosa de mí misma cuando tomo la decisión. Por fin tras muchos meses sin hacerlo, vuelvo a la rutina de verle los sábados. Eso sí, tendré que hacer el doble de ejercicio en el gimnasio o se me va a poner el culo más gordo que un campo de fútbol. Abro la puerta de la pastelería y al igual que hace seis días le veo detrás del mostrador, no hay nadie, así que tengo toda su atención para mí sola. No está la compañera esa que coqueteó con él el otro día. Mejor.

—Hola —le saludo.

—Hola —me contesta— ¿qué quieres hoy? —pone una sonrisa ladeada que emboba momentáneamente.

—Una tarta de manzana —respondo, no me atrevo a pedirle su número. Es muy frío decirle “hola, ¿me das tu teléfono?”

—¿Algo más? —pregunta profesional.

—No, eso es todo.

—Dos euros por favor —dice mientras veo que junto con el ticket acompaña un papel que grapa.

—Aquí tienes —respondo en un tono neutro.

Rozo la palma de su mano con mis uñas y deseo que el tacto se prolongue mucho más tiempo. Apenas nos permitimos un par de segundos en el que yo no muevo la mano y él tampoco mientras nos miramos directamente a los ojos y siento que todo a nuestro alrededor desaparece. Es como si estuviéramos encima del escenario de un teatro en el que una potente luz nos ilumina a nosotros con el patio de butacas vacío. Nos saca de nuestra burbuja la compañera de Jon que entra por la puerta y pasa detrás de él en dirección a una sala que tienen para cambiarse. Nos ha fastidiado el momento e inmediatamente me cae mal.

—Espabila, Jon, que hay más gente esperando.

—Hasta luego —me despido con la mano todavía en el ticket.

—Vuelve cuando quieras.

—Lo haré.

Salgo a la calle y veo que ha grapado junto con el ticket una hoja pequeña en la que está anotado un número de teléfono con un “llámame”. Saco mi *Smartphone* del bolso y guardo su número. Ni de broma le voy a llamar, creo que no es apropiado. Mejor le guardo en la agenda del móvil y le escribo un *WhatsApp*, mucho más impersonal, sí, pero también suena menos desesperado.

—Hola, este es mi número. Guárdame en la agenda.

—Por cierto, no te lo he escrito en el mensaje anterior, soy Laura.

—Aunque bueno, supongo que por mi foto sabrás que soy yo —y ahí añado la carita sonriente con la gota en el lateral—.

Menuda manera de hacer el ridículo con tres frases.

Seguro que hasta mi hermana de quince años no es tan pava como yo. Bueno sin más, una vez hecho el ridículo, hecho queda. Mejor pensar en otra cosa y hacer como si nada. Ahora sí. Me encaminó cuesta arriba hacia Retiro con *Romeo y Julieta* como lectura para acompañarme la mañana. Me siento en el césped a la sombra de un árbol enfrente al Palacio de Cristal. Es un día soleado y caluroso, como no podía ser de otra manera, llevo una esterilla para ponerme debajo y así evitar que se me manche el pantalón corto. El sol acaricia mi piel, apenas se oye el murmullo de las parejas que pasean por el parque formando la banda sonora del entorno con el que puedo concentrarme en la lectura. De vez en cuando viene algún perro curioso con ganas de saludarme seguido de sus amos que piden perdón por la interrupción de sus canes. No me molesta, les acaricio la cabecita, empiezo a hablarles como si fueran bebés y les sonrío. Es un día perfecto. Vuelvo a concentrarme en la lectura y las horas se me pasan volando. Una llamada de mi madre me avisa de que ya es hora de que vaya a casa para comer. Le hago caso.

Si la más absoluta felicidad no es esto, debe de parecerse mucho. Suspiro. Cuando creo que la vida ya es perfecta me regala un poco más de perfección.

La pastelería en la que trabaja Jon está en la calle en la que viven mis padres, paso por enfrente cuando Jon sale con el móvil en la mano. No me ve, estoy en la otra acera.

—Guapo —grito desde el otro lado y me escondo detrás de un coche. Mi comportamiento es un tanto infantil, pero me divierte. Me fijo en que es bastante creído. Está mirando a su alrededor para encontrar la voz de quien le ha dicho un piropo. Me descoloca cuando suena mi móvil justo cuando la calle se queda en silencio. ¡Me ha cazado! Miro el móvil, es él. Una única respuesta.

—Con un mensaje era suficiente. Guapa —carita con guiño de ojo—. Puedes salir de tu escondite, te he visto...

Le hago caso me da un repentino ataque de risa y noto las mejillas encendidas cuando asomo la cabeza, Jon está mirando desde el otro lado, el coche detrás del que me había ocultado.

—¡Lo siento! —me disculpo cuando estoy pasando uno de los momentos más vergonzantes de mi vida— Ha sido un impulso —cruzo al otro lado de la calle.

—No te disculpes por un piropo, Lau —esa manera de llamarme por el diminutivo de mi nombre hace que pierda la vergüenza y cruce la calle a su encuentro. No paro de reírme, él también se está riendo, aunque quizás él sí tiene un motivo, mi comportamiento infantil. Tenemos la típica risa floja que le entran a dos personas que saben que se atraen, pero que ninguno se atreve a dar el paso.

—Tengo que irme. Me están esperando para comer en casa —empiezo a andar despacio sin querer irme—, Jon —me giro hacia él y desando los pocos pasos que he andado.

—Sí.

—Que ahora que tienes mi número, si necesitas cualquier cosa... Solo tienes que escribirme.

—Lo haré —sonríe mientras se muerde el labio de abajo y me derrito. ¡Que atractivo es!

—Adiós —digo.

—Hasta luego —me guiña un ojo cuando me despido, y creo que mis piernas son de mantequilla.

¿Hasta luego? ¿Eso qué es? ¿Pretenderá llamarme en un rato para quedar? ¿O es un hasta luego de ya nos veremos en un tiempo indeterminado? No lo sé, pero me muero por saberlo. Me preocupa mi idiotez cuando lo tengo cerca, tengo que madurar, no simplemente ser capaz de controlarme y no parecer estúpida.

El *hasta luego* fue solo una expresión. No me llamó después y yo a él tampoco. Una cosa es que se me escape un “guapo” espontáneo y otra ir detrás de él. Bueno, reconozco que he estado buscándole y encontrándome con él a propósito algunas veces cuando desde que le conocí, pero eso se acabó hace tiempo. Creo que he dado a entender lo suficiente mis intenciones, ahora le toca a él. ¿Intenciones? ¿Qué quiero con él? ¿Una amistad? ¿Una relación? Es precipitado decir que quiero una relación con Jon. Apenas he hablado con él en persona y aunque nuestras conversaciones por *WhatsApp* han incrementado la confianza, no le conozco lo suficiente. Eso sí, en estos días confieso haberme quedado chateando con él hasta bien entrada la noche. Eso obviamente no significa nada, al menos de momento. Oigo que ha entrado un mensaje en el móvil. El corazón me va a mil y no me sorprende cuando veo el nombre de Jon en la pantalla.

—*Hola Laura. Te escribo este mensaje del tirón porque sino sé que nunca me voy a atrever a hacerlo. Me han regalado dos entradas para ir al cine a un preestreno este jueves, ¿te apetece ir conmigo?*

—*Sí, claro. Dime la hora y lugar y allí nos vemos* —contesto de inmediato.

¡Me ha pedido una cita! ¡Sí! Esta noche no voy a poder dormir de los nervios. Mis sentimientos son encontrados. Por un lado siento mucha inseguridad porque es la primera vez que vamos a pasar tanto tiempo juntos y por otro, me muero de ganas por verle de nuevo. Mañana va a pasar algo, ¡tiene que pasar algo! De lo contrario pensaré que es gay o que simplemente estaba intentando ser amable conmigo.

Voy al vestidor y comienzo a sacar faldas, pantalones, blusas, camisetas, chaquetas... ¡No hay nada que me guste!

JON

—Hasta mañana —me despido de mi secretaria y de todos los que están en la oficina.

—Hasta mañana, Jon —responden al unísono mi secretaria y la de Marc.

Necesito pensar con claridad, voy al gimnasio, que esta semana lo he tenido muy abandonado. A las siete de la tarde estoy sobre la cinta corriendo, dejándome la piel. Una sesión que me deje cansado de cardio, para más tarde hacer media hora de pesas al máximo del peso que soporto y abdominales.

Veo a Andrés, el ex de Laura, coqueteando con una monitora que parece tener tan poco cerebro como él. Lógico, de no ser así ninguna mujer se le acercaría. Está hueco. Las veces que he hablado con él siempre me ha parecido un prepotente y la forma en la que me miraba cuando llevaba a Laura agarrada por la cintura evidenciaban la aversión mutua que nos tenemos. Confieso que en esos momentos para ver como se le descomponía la cara me acercaba más a ella o le daba un beso en el cuello que siempre propiciaba que Lau se diese la vuelta y me dijera eso de “¿qué haces cariño? Hay más gente...” fingiendo ofenderse para más tarde darme un cariñoso beso en la mejilla.

Cuando vi a Andrés por primera vez llevaba a Laura colgando de su brazo. Fingí no estar afectado por ver como se comportaban e ignoré la complicidad que había entre ellos. Cuando dijo a Laura eso de “*admito que tu madre me invite a comer, pero yo pago los pasteles*” y ella contestó “*de acuerdo, solo si tú me invitas a cenar*” lo cierto es que quise saltar del mostrador, dar un empujón a Andrés y besar a Laura hasta que se olvidara de su nombre y borrarse de su mente esa idea absurda de que Andrés la invitara a su casa. Pero a la vez, supe que no eran pareja, pues de serlo habría bastado con un “*esta noche cenamos en casa, cocino yo*”. Por eso fui capaz de frenar el impulso y secretamente celebré una victoria que apunté en nuestra cuenta común de resultados. Lo hice aún más, cuando un día más tarde Lau me confirmó que no eran pareja y eso me empujó a tomar una decisión, tenía que conquistar a la rubia cuanto antes ya que de lo único que tenía ganas era de pasar tiempo con ella.

Ahora que Lau y yo estamos a divorciados estoy seguro de que Andrés aprovechará la ocasión para tratar de reconquistarla. No me gusta Andrés, es don perfecto. Siempre sabe qué comentario hacer en el momento preciso, qué regalo llevar a los cumpleaños o cuál es el esmoquin más adecuado para cada evento. Durante mi matrimonio con Laura tuve que escuchar en innumerables ocasiones los aciertos de estilismo de don Perfecto... Era extenuante escucharlas hablar a ella y sus amigas de sus virtudes eligiendo la ropa más adecuada y ahora, que la mujer que amo está herida aprovechará la ocasión para ocupar mi puesto.

Ese pensamiento me hierve la sangre y aumento aún más la velocidad de la cinta hasta quedar extenuado. Laura y él. No, no puede ser... No quiero que se acerque a ella a menos de trescientos metros. Es un pensamiento totalmente irracional y más teniendo en cuenta que forman parte del mismo círculo, pero es que Andrés, donde pone el ojo pone la polla. Aunque bien es cierto que las pocas veces que le he pillado desprevenido hablando con Laura se comporta de una manera diferente, si no conociera su historial amoroso, diría que hasta parece sincero. Pero no, Laura no puede estar con ese tipo, no si yo puedo evitarlo...

Pensaba que no sería posible, pero es que hasta echo de menos ver películas románticas abrazado a ella en el sofá tapados con una manta comiendo helado, mientras ella ríe o llora (según la película a veces incluso a la vez) en mis brazos arrugándome la camiseta. Echo en falta la manera milimétrica en la que hacía la cama, o desayunar en una de esas tazas tan ridículas que hacían juego con la de ella... En definitiva, echo de menos esas pequeñas rutinas que sin darme cuenta me daban un poco de vida. Ahora que ya no las comparto con ella, me he dado cuenta de que son ese punto dulce y previsible que nos tranquilizan, esa paz que nos hace sentirme en casa.

Aparto los pensamientos y dejo la mente en blanco, me espera una noche muy larga con la caja y tengo que resolver el asunto que me ha llevado a esta situación por eso termino mi sesión de entrenamiento apretando más el ritmo sin pasar por musculación. Cuando vuelvo a casa y entro en la cocina, veo que Katty me ha dejado la cena hecha, un pastel de verdura con unos filetes rusos. Me llamó a la oficina diciéndome que se iba a hacer la compra y me dejaría la cena hecha. Me ha hecho un gran favor, lo que menos me apetece es ponerme a cocinar.

Como me he duchado en el gimnasio meto la ropa sudada en la lavadora y cojo la caja que tengo debidamente escondida en un lugar seguro. Enciendo el ordenador y empiezo por lo que creo que es más fácil, un contrato. Me sumerjo en una inmensidad de documentos con cifras, datos y bolsitas de plástico con material dentro.

A las once y media de la noche, decido hacer un parón y cenar algo. No entiendo nada. Miro la caja con odio. “*Menos mal, papá, que me ibas a dejar anotaciones para que me aclarase, si lo llegas a hacer para que me liase creo que entonces entendería algo*” —le digo a la foto en la que sale con mi madre sonriendo. Rectifico, no eres papá, eres el aita como se dice en euskera.

No me rindo. Sigo estudiando los documentos. Mañana compraré sin falta pizarra blanca para apuntar en la pared los nombres de los intermediarios, cifras, lugar de procedencia del *coltán* y las partidas. Son demasiados datos y no hay quien se aclare con todo eso. Miro el reloj de la cocina, las dos y veintitrés de la mañana, hora de dormir.

Llevo varios días ya desde que compré la pizarra y siento que no he avanzado apenas nada, he visto un d por ciento de los documentos y cuando creo que tengo algo claro me lío aún más. No tiene sentido, o por lo menos no se lo encuentro a mucha de la información que veo delante. Definitivamente, mi padre solo era ordenado en apariencia, eso o tenía un orden que yo no entiendo.

Necesito ayuda. Descarto a Berta, con ella no puedo contar para nada, ni siquiera como abogada y dudo que un momento dado no fuera capaz de traicionarme, solo me queda como alternativa Roberto, la voz en *off* y él saben de la existencia de la caja. Además de eficiente y listo a él tampoco le interesaría verse salpicado por este asunto. Se da la paradoja de que es la única persona en la que puedo confiar.

En estos días, a pesar de que no he recibido llamadas extrañas ni he tenido la percepción de que hubiera nada extraño, he reforzado mucho las medidas de seguridad en mi casa y en la oficina. Los documentos que uso con frecuencia los tengo en la caja fuerte que tengo en la habitación de bricolaje. Hice un doble fondo muy disimulado en el armario de las herramientas y los que apenas uso, los tengo colocados en diferentes lugares de la casa. Aun así por si vinieran a robar he digitalizado todo y los tengo guardados en varios discos duros, de esa manera me aseguro de que la muerte de mis padres y Mónica no habrá sido en balde, cuando tenga pruebas concluyentes las usaré.

Me armo de valor y busco el número de Roberto en la agenda del móvil.

—¿Sí? —pregunta

—Hola Roberto, soy Jon.

—¿Qué Jon?

—Artetxe.

—No esperaba tu llamada, ¿qué quieres? —me pregunta con acritud.

—Necesito tu ayuda.

—Ya, pero yo no quiero ayudarte.

—Por favor, déjame que te explique —replico.

—¿En serio tienes la poca vergüenza de llamarme para pedirme ayuda después de cómo te has portado con Laura?

—Es por la caja.

—Me da igual la caja, es tu asunto, no el mío.

—Roberto, créeme que no te llamaría si no fuera necesario. No puedo explicarte nada por teléfono, no es seguro. Como tú bien dijiste es probable que nos estén vigilando.

—¿Y tu abogada? ¿No puedes pedirle ayuda a ella?

—No quiero hacerlo, no me fio.
—Entonces cambia de abogada. En el código deontológico profesional lo pone muy claro —me muerdo la lengua. Este tío es un pedante.
—Roberto, si no fueras mi última alternativa no te estaría llamando.
—Me da igual si tienes o no alternativas.
—Es importante —duda. Sabe que es cierto, que si le he llamado es porque no me queda otra y acepta.
—Dame tu dirección y la hora del encuentro —se la digo—. Ahí estaré.
—De acuerdo, gracias.
—No me des las gracias, no es por ti, es por Laura. Espero que sea realmente grave y no me hagas perder el tiempo.
—No lo vas a perder.

Horas más tarde estoy en mi casa esperando a Roberto. Le dije que lo que tenía que enseñarle era material muy sensible y que era mejor vernos en mi casa. Me preguntó si la había registrado bien por si la voz misteriosa o quien quiera que sea quien nos llamó, hubiese puesto micrófonos o cámaras.

El reloj de la cocina marca ruidosamente la melodía silenciosa de la soledad. Me dijo que estaría aquí a las ocho y el reloj y el minutero está llegando a y media. El sonido del timbre me saca del abatimiento, estaba empezando a pensar que Roberto no vendría.

—Gracias por venir —saludo extendiendo la mano a Roberto, que espera en el rellano. Está visiblemente molesto por tener que venir a mi casa.
—Ya te dije por teléfono que no quiero que me las des, lo hago por Laura.
—Da igual el motivo por el que lo hagas, estás aquí y eso es lo importante —respondo— Pasa por favor.
—Bien —asiente y pasa dentro con mala cara. Se dirige al salón y cierra la puerta detrás de mí. Se queda parado y espera hasta que llego.
—Siéntate, por favor. ¿Quieres algo de beber?
—Agua.
—Bien, ahora la traigo —salgo del salón y desando parte del camino andado. Saco dos botellines de agua de la nevera y los pongo encima de una bandeja con dos vasos de cristal y una bolsa de patatas. Entro de nuevo al salón y dejo todo encima de la mesa de madera oscura que hay enfrente del sofá con dos posavasos.
—Cuéntame. ¿Qué es eso tan importante que querías decirme?
—La caja es de mi padre.
—Si es de él, ¿qué pinto yo aquí? Pregúntale a él —se levanta del sofá.
—Roberto, mis padres murieron hace casi ocho años en un accidente de tráfico.
—Es cierto, ya no recordaba lo de tus padres —se vuelve a sentar.
—No solía hablar de ellos...
—Pero aun así, no entiendo por qué me has llamado, yo no conocí a tus padres.
—Tú no, pero el padre de Laura sí —respondo.
—¿Cómo? —le cambia el gesto a incredulidad.
—Mi padre fue el vicepresidente segundo de la empresa de la familia de Laura.
—Me cuesta creerte.
—Roberto, tengo que encontrar al responsable por la muerte de mis padres y de mi novia de la universidad, aunque sé desde el principio quién es el culpable.

—¿Y tienes idea de quién fue?
—No sé si directamente, pero Paul Norton o alguien del entorno de él fue quien los mató. Fingieron que fue un accidente, la investigación policial fue una chapuza. Contraté a un perito privado que confirmó mi hipótesis, la muerte de mis padres fue provocada, alguien manipuló el depósito de líquido de freno, se estamparon contra un mediana y del impacto el coche salió despedido por el aire hasta que acabaron aterrizando sobre unos árboles. Murieron en el acto.

—Perdona, pero entiendo que me cueste creer lo que dices —dice Roberto—. Pero ¿estás seguro?
—Sí.
—No veo capaz al padre de Laura de matar a nadie
—Las apariencias engañan.
—Pero ¿y la caja? ¿Qué tiene que ver en todo esto? ¿Por qué ahora? ¿Quién te la envía? ¿Y si tu padre no murió en el accidente?
—El por qué me llega la caja ahora según la carta que me dejó mi padre fue por una razón poética. No sé si es buena idea que te lo cuente.
—Si no me cuentas todo me iré.
—Está bien... ¿Recuerdas qué día fue el día que quedamos?
—No, pero no sé qué tiene que ver eso ahora...
—Me la diste el quince del junio justo, el día que habría cumplido treinta años de casados con mi madre. Él creía que si moría lo haría él solo, por eso quería enviármela en esa fecha, para alegrar a mi madre y recordarle en una fecha clave que la quería. En cuanto a las pruebas, se supone que en esa caja hay muchas, pero en este mes escasamente he sido capaz de avanzar nada en la investigación. En cuanto a la razón de su muerte es una historia muy triste de la que preferiría no hablar.

—¿Por qué recurras a mí?
—Te lo dije por teléfono, porque solo confío en ti y porque tú eres el único que me puede ayudar.
—¿Ayudar a qué?
—A encontrar el sentido a todo ese montón de documentos, *pen drives* y fotografías. Creo que no soy capaz de encontrarle sentido a nada porque entre otras cosas, no puedo dejar de pensar en Laura. Me alejé de ella para encontrar respuestas, pero no soy capaz de hallarlas precisamente por ese motivo, ella sacaba lo mejor de mí.

—Un poco tarde para lamentaciones, ¿no crees? Has hecho méritos de sobra para que no quiera volver a saber nada de ti.
—Sí, los he hecho, pero el pasado es lo que me impide ser feliz y hacerla feliz.
—Entonces ¿por qué te casaste con ella?
—¿De verdad todavía no te has dado cuenta?
—No.

—Pues por el motivo más mezquino y cruel por el que un hombre podría casarse con una mujer, por venganza. Solo vengándome de su familia conseguiré hacer justicia.

—¿Y de verdad crees que haciéndole daño vas a sentirte mejor? ¿Realmente crees que así vas a solucionar algo? Me das asco. Jamás imaginé que llegaras a ser tan retorcido y mala persona —se levanta con ímpetu del sofá con intención de irse. Le agarro suplicante del brazo para que no se vaya.

—Déjame terminar por favor —cede—. Laura me gustó desde el primer momento en que la vi y todo fue perfecto hasta que el día de la entrevista en Norton, confirmó lo que tantas veces quise negarme, que ella era hija de Paul. Pensé entonces que desde dentro podría acceder a alguna pista que fuera concluyente, algo que sirviera para incriminarle y meterle entre rejas.

—Es obvio que de esa manera no ibas a conseguir nada...
—No lo vi así entonces. Registré por todos lados, en la oficina, en el despacho de su casa y no encontré nada, entonces quise que Paul saliera en defensa de su hija que reconociera que él había matado a mis padres, pero no logré nada, solo hacer el ridículo y perder a Laura. Me he dado cuenta demasiado tarde de que la amo.

—Curiosa tu forma de amar.
—La peor. Cada vez que pienso en cómo me he portado con ella me reprocho a mismo y a mi pasado no ser capaz de quererla como se merece. Ésa es la razón por la que me obligué a alejarme de ella. Porque... No debería contarte esto, es demasiado íntimo, pero supongo que tengo que hacerlo.

—Deberías si no quieres que me largue.

—¿Recuerdas la foto que sacaste en el juicio del viaje?

—Sí.

—Después de que le hiciera esa foto me propuso que tuviéramos un hijo, en ese momento comprendí que no podía vivir sin resolver mi pasado y no podía hacer sufrir a un ser inocente por algo de lo que no era culpable.

—Laura tampoco lo es.

—No, no lo es, pero es la hija del asesino.

—Presunto.

—Presunto —cedo— asesino de mis padres y ésa era la única manera de vengarme ya que no había encontrado ninguna prueba. Era el momento de olvidarme del pasado o romper con el presente para arreglar el pasado.

—Ellos no van a volver...

—Lo sé, pero si hago justicia, si consigo meterle entre rejas, por fin sentiré que mi vida puede continuar. Siento como si todavía estuviera viviendo en 2007 y ya no puedo más, o acabo con esto o me quito de en medio. No puedo seguir sufriendo como lo hago...

—Definitivamente, me marchó. No sé cómo me he podido dejar convencer por ti... Son tus problemas, no los míos.

—No te vayas, por favor —suplico derrotado.

—Dame un buen motivo para que no lo haga.

—El primero porque estoy dispuesto a vivir sin el amor de mi vida, Laura, con tal de no hacerle daño y mantenerla indemne de todo esto. El segundo porque probablemente no te importe, pero para que tú puedas llevar tu móvil en el bolsillo habrán muerto niños —Roberto vuelve al salón y se sienta de nuevo en el sofá.

—Te escucho.

—¿Te suena el *coltán*? ¿Sabes lo qué es? —pregunto.

—No.

—Bien, pues entonces ponte cómodo porque cuando sepas todo entenderás por qué he tenido que recurrir a ti.

LAURA

Estoy esperando en la plaza que está enfrente de los multicines. He llegado demasiado pronto. Habíamos quedado a las siete y he llegado a las siete menos cuarto. He tratado de mantener los nervios a raya y hasta hace una hora lo había conseguido. Al ver que solo me quedaban sesenta minutos para ver a Jon, he sentido mucho agobio. Ahora ya no puedo controlar las reacciones de mi cuerpo. Estoy expectante. Me sudan las manos. No recuerdo haber estado tan nerviosa desde hace años.

Le reconozco desde lejos. Anda a grandes zancadas y con paso enérgico. Lleva unos pantalones vaqueros grises, una camiseta de color ciruela y la chaqueta de cuero del otro día colgando del hombro, lleva el pelo salvaje, está irresistible.

—Hola —se acerca a darme dos besos de cortesía.

—Hola —respondo y me acerco a él. El segundo beso lo deja muy cerca de la comisura de mi boca.

—¿Qué tal?

—Bien, ¿y tú? —la coquetería de los mensajes de móvil parece haber quedado atrás. Estamos mucho más cortados y me siento extraña. Mi cuerpo tiembla sin control y me cuesta reconocer en él, ahora que estamos paralizados, al gañan que parecía hace unas horas cuando nos mandábamos mensajes. Es como si de repente nos hubiéramos puesto una careta de timidez que oculta más.

—Bien.

—¿Vamos entrando o prefieres dar una vuelta antes? Ya sabes con los anuncios, las películas siempre empiezan media hora más tarde.

—Lo que quieras. ¿Qué llevas ahí detrás? —me fijo que del bolsillo trasero de su pantalón, sobresale un sobre de plástico transparente con folios dentro.

—Ah, nada. No tiene importancia —dice— ¿Vamos dentro?

—Sí, vamos —pongo mi bolso bandolera. Me he decidido por venir con mi atuendo “sencillamente espectacular”. Sencilla, porque no llevo nada del otro mundo, pero espectacular porque he elegido con mucho mimo las prendas, los complementos y hasta el olor del perfume. Uno que dice por mí lo que yo no soy capaz de decir.

La película resulta ser bastante mala así que salimos antes de que termine. Bajamos las escaleras de la sala agarrados de la mano agachándonos para que no nos abucheen por molestar a quienes la están viendo. En el exterior, nuestras manos no se sueltan como si no fuera la primera vez que lo hicieran. Nos reímos y hablamos y solo nos percatamos de ello cuando me doy cuenta de que está a punto de caérsele el sobre de plástico con los folios dentro. Empieza a hacer un poco el tonto tratándose los guardar con la mano izquierda.

—Jon, tranquilo, pero puedes soltar mi mano, no quiero que hagas contorsionismo.

—Es que no quiero soltarte de la mano... —me alegra que lo diga, yo tampoco quiero que lo haga.

—¿Por qué?

—Pues porque... Porque estoy a gusto. Me gusta la sensación de sentir tus manos bajo las mías —responde mientras me fijo que los folios de antes siguen sobresaliendo de su pantalón, pero cambia de opinión y en vez guardarlos de nuevo los saca. Sube un poco los folios con la mano en la que los sostiene y los agarra con los dientes, tira del plástico y se lo mete en el bolsillo delantero izquierdo del pantalón formando una bola. Me sorprende, no sé qué está haciendo.

—Laura.

—Sí —respondo.

—En estos días que he estado sin verte no he dejado de pensar en ti.

—¡Normal! He sido muy pesada hablándote todo el tiempo por *WhatsApp*.

—No has sido pesada, al revés, me ha encantado hablar contigo hasta las tantas. Es porque desde la primera vez que me fijé en ti, sentí que el tiempo se detenía —me mira los labios— y eso que mis condiciones eran tan desfavorables que ni siquiera alguien se pudiera imaginar —me quedo muda y empiezo a boquear.

—Ya —digo. Vaya respuesta insulsa la mía.

—Cuando te volví a ver, el otro día en la pastelería con tu amigo, sentí unas ganas enormes de besarte y alejarte de él. El día del Retiro, tuve que hacer un esfuerzo titánico para no hacerlo cuando sabía que tú también lo estabas deseando... El motivo por el que no lo hice fue porque quería que vieras esto primero —me enseña un análisis de sangre—. Estoy limpio. No tengo ninguna enfermedad y quería que lo pudieras comprobar por ti misma antes de hacer lo que llevo deseando hacer desde la primera vez que apareciste por mi esquina cargada de bolsas. Quería que estuvieras segura de que estoy bien y que después del beso no te replantearas si te he podido pegar algo. Por eso, y solo si tú me das permiso, me encantaría besarte.

—Sí —digo emocionada. Es la declaración más sencilla y bonita que me han hecho en mi vida.

Se acerca lentamente y los centímetros se van reduciendo poco a poco hasta convertirse en milímetros, finalmente su nariz roza la mía. Su beso es tímido, sus labios húmedos besan los míos y su barba rasca ligeramente mi piel, la sensación es suave y áspera a la vez. Contradictoria, embriagadora, Jon.

Poco a poco como si estuviéramos en una película a cámara lenta pega su cuerpo al mío mientras me agarra por la cintura y permito que su lengua explore con mayor libertad mi boca. Su boca y la mía empiezan una danza lenta, suave. *Mágica*. Todo lo demás empieza a dar vueltas y yo me emborracho con la sensación de plenitud que siento en este momento. Me agarro a sus brazos que tantas veces me he imaginado y suelto un leve suspiro. Soy feliz. Escapan unas lágrimas de mis ojos sin pedir permiso y eso rompe el instante mágico. Se separa de mí.

—¿Estás bien? —pregunta preocupado.

—Sí, solo que este momento es mejor de lo que me imaginaba —sonríe y se me hincha el alma cuando lo hace. Tiene una sonrisa preciosa.

—Yo también.

En ese momento perdemos la vergüenza el uno con el otro y nuestro beso es más intenso, más voraz. Poco importa ya el que estemos en la puerta del cine mientras la gente pasa a nuestro alrededor rodeándonos. Poco importa ya si los padres tapan los ojos de sus hijos o si las mujeres me miran con envidia. Da igual si él vivió en la calle y ahora es camarero o si yo soy la heredera de un imperio de una empresa de telefonía. Solo somos Jon y Laura. Dos personas normales que se están dando su segundo beso en la puerta de un cine.

Unos minutos más tarde me separo unos milímetros de él para hablar.

—Pensaba que nunca ibas a besarme...

—Y yo creía que no me ibas a dejar besarte. Me atormentaba la duda de que quizás para ti esos mensajes solo eran un juego y que la atracción que siento entre nosotros fuera fruto de mi imaginación.

—Yo pensaba lo mismo de ti.

—Entonces si me disculpas, voy a seguir besándote, llevo soñando muchas noches con poder hacerlo —pongo los manos en su cuello, acerco mi boca un poco más a él y siento una bandada de mariposas en mi estómago.

—Y yo con que tú lo hagas —me besa y el tiempo pasa volando.

Todo me parece un sueño, no soy capaz de pensar, solo me dedico a disfrutar del placer de este momento. De estar entre sus brazos, de acariciar su pecho, de su olor, atrayente y peligroso porque sé que me voy a acabar enamorando de este hombre sin remedio. Sé que borrará cualquier rastro de otros amantes anteriores, porque quizás sin darme cuenta, ya me empezase a enamorar en esos cafés, porque los celos de ver a otra cerca de él vapulearon mis ansias de tener un momento como este con él. Cuando bajamos de nuestra nube, interrumpimos nuestro tercer beso. Ya ha anochecido, hace fresco y Jon me pone su cazadora sobre los hombros.

—Gracias —digo mientras me abraza por detrás y comenzamos a caminar.

—No, las gracias te las tengo que dar a ti porque al ponértela dejas tu olor en ella y después esta cazadora olerá muy bien: olerá a ti —me tira suavemente de una oreja con sus dientes.

—¿Dónde vamos? —pregunto mientras callejamos por calles poco transitadas.

—A un sitio.

—¿No me digas? —pregunto divertida por una respuesta tan obvia.

—Estoy seguro de que te va a gustar.

—Pero ¿dónde es?

—No seas impaciente... —me besa y cambia de su posición para agarrarme por la cintura con un brazo, dejando un rastro placentero de su calor sobre mi piel. Este hombre me altera, es capaz de hacerme vibrar solo con mirarme.

—Me gusta tener todo controlado, pero vale... —cedo— Me dejaré sorprender. Ahora bien, no te acostumbres, suelo ser muy cabezota y casi siempre consigo que me den la razón —bromeo.

—Te aseguro que yo soy aún más testarudo que tú —me da un leve golpe en la cabeza con la suya—. ¿Lo ves?

—Sé que te has hecho daño, y yo ni lo he notado.

—¿Pruebo otra vez? —me reta.

—No es necesario, no quiero tener que curarte una brecha. Odio ver sangre.

—Ya hemos llegado —me dice. Lo que tengo enfrente de mi vista es el bar más cutre que he visto en mi vida. El cartel luminoso y ochentero anuncia el nombre del local que tiene varias letras fundidas y su aspecto viejo y destartado me da muy mala impresión.

—Si quieres envenenarme con este método no lo vas a conseguir —afirmo—. Es el bar más... Más...

—¿Más cochambroso? ¿Indecente? ¿Roñoso? ¿Miserio? ¿Cutre?

—Sí, es todo eso y más —confirmo divertida y asustada a la vez.

—Baja de tu nube, muñeca. En los bares como éste es donde mejor se come. Cuando veas un hombre de unos sesenta años —empieza a agacharse—, barrigudo —pone las manos como si fuera su barriga—, calvo y con un palillo en la boca; ése es el lugar adecuado para comer. Son infalibles —miro escéptica—, cuarenta y tantos años de su vida en los bares comiendo, cenando y tomando vinos los avalan.

—No sé si puedo fiarme de ti.

—Pues no lo hagas, pero no sabes volver a tu coche, es de noche y tienes hambre —en ese momento me suena la tripa.

—¿Cómo lo sabías?

—Intuición masculina —dice con una sonrisa de suficiencia.

—Los hombres no tenéis de eso.

—Yo sí.

—Venga, Laura, deja de pensar y vamos —tira de mi mano y entramos en el bar—. Ya verás como tengo razón y este sitio no está tan mal.

—¿No tengo otra opción, no?

—No.

—Bien, pues vamos allá, pero como me ponga mala, espero que me cuides.

—Prometido.

El bar resulta ser sencillo, pero muy acogedor. La barra de unos cuatro metros de largo, detrás del mostrador hay varias botellas con toda clase de bebidas para gente mayor, una cafetera industrial, una camiseta del Rayo Vallecano firmada por todos los jugadores colgada de la pared dentro de un cuadro de cristal y como no podía ser de otra manera, un fuerte olor a fritanga impregna todo el espacio. Los platos de raciones pasan por delante de nosotros y no puedo evitar fijarme en lo que hay en ellos. Todo grasiento, pero con muy buena pinta. ¿Quién dijo dieta?

—¿Qué quieres para beber? —pregunta Jon.

—Un refresco de cola *light*.

—¿Lau? —pregunta incrédulo levantando una ceja.

—Está bien, una caña. Pero solo una que luego tengo que conducir.

—Eso está mejor, tranquila que solo te voy a dejar beber una.

—Dos tercios de cerveza —dice al camarero se vuelve hacia mí y me pregunta— ¿te gustan las patatas bravas?

—Sí —respondo.

—Bien, una de bravas, una de croquetas y otra de calamares. ¿Quieres algo más? —se gira de nuevo hacia a mí.

—¿Un contador de kilocalorías? —bromeo— ¿Esperamos a alguien más? —pregunto al ver la cantidad de comida que ha pedido.

—No, esto es una cita.

—Bonito lugar para la primera cita —le pico.

—Los habrá peores.

—Sí —no puedo evitar pensar que ésta no es nuestra primera cita, sino que la primera fue cuando le invité a desayunar aquel día de otoño.

—Toma, coge las bebidas y llévalas para la mesa del fondo, ahora llevo yo la cena —me da un beso suave en los labios y me sorprende la naturalidad con la que lo hace. Estoy a punto caerme al suelo cuando una chica se levanta de la silla delante de mí. La mojo con un poco de cerveza que se ha derramado, me disculpo y pongo mi mejor sonrisa suplicando porque la chica que tiene cara de pocos amigos que tengo delante, me crea. No quiero que me fastidie la cita.

—Perdón.

—¿Que sea la última vez que lo haces, *princesita*! —me espeta de muy malas maneras— ¡Si no la próxima vez que lo hagas serás tú la que acabe mojada, pero no de cerveza, sino de sangre por partírte la cara! —eso es lo que creo oír, cuando veo que Jon se acerca a mi lado con los platos con la cena.

—Lo siento —digo de nuevo, mientras pienso que en otras circunstancias no me quedaría callada y le haría frente a sus modales.

—¿Todo bien? —pregunta Jon que se acerca a mí preocupado después de ver toda la escena.

—Sí, no te preocupes —respondo.

El ambiente en el local se ha espesado con la *choni*, pero trato de olvidarlo. Si ve que estoy incómoda sería un triunfo para ella, aun así, me siento de espaldas a donde está ella, de esta manera no podrá decir que la he mirado mal. Con gente así, todas las precauciones son pocas.

El tercio de cerveza se convierte en cuatro más, ¿o eran cinco? Noto como el alcohol se me ha subido a la cabeza, me fijo que el pelo de Jon se le ha rizado más y que tiene un aspecto más salvaje. Está irresistible. Envalentonada por el alcohol no dudo en acariciarle el brazo con mi uña y a él se le eriza el vello del brazo, le cuesta más controlarse, eso me gusta.

—Laura, por favor, para de hacer eso —me susurra al oído.

—¿El qué? —pregunto inocentemente, sabiendo de antemano su respuesta. Le beso intensamente—. Vámonos de aquí, ¿por qué esperar?

—No, Laura.

—Cuando esté contigo quiero que sea especial.

—Contigo siempre será especial. Llevo esperando mucho tiempo.

—Y yo —creo que le he convencido. Me besa con vehemencia, paga la cuenta, cuando salimos me doy cuenta de que no puedo conducir, estoy demasiado borracha. Se arrepiente.

—Laura, te invitaría a pasar la noche en mi casa, pero si lo hago no voy a poder resistirme. Perdóname, pero quiero que lo entiendas.

—Yo tampoco podría resistirme. Vamos, tiro de su mano, ¿me acompañas a parar un taxi?

—Sí —me agarra por los hombros y me pone la cazadora.

—¿No tienes frío?

—Después de lo del bar, necesito enfriarme un poco.

Jon como perfecto caballero que es me ha acompañado a casa en taxi. Estoy tan borracha y cansada que me he quedado dormida en sus brazos. La calidez de su cuerpo y el silencio del coche hace que no quiera despertarme, estoy muy a gusto. De vez en cuando noto su respiración encima de mi cabeza, me abraza más fuertemente y yo aprovecho para pegarme un poco más a él. Abro los ojos y apoyo mi cabeza en el hueco de su cuello. Huele tan bien... Podría acostumbrarme a olerle todos los días. Pierdo la noción del tiempo. Me percató de que estamos en la calle y me sostiene en brazos. No sé en qué momento le he dado la dirección al taxista.

—Ya hemos llegado, ¿cuál es tu portal?

—El número quince.

—Te acompaño a la puerta y vuelvo para Madrid.

—Quédate en mi casa, a estas horas ya no hay metro ligero y vas a tardar mucho en llegar a tu casa.

—No te preocupes, me las apañaré. Además no sería correcto que me quedase.

—Insisto.

—Mejor me voy.

—Quédate, por favor. Tranquilo, que en este estado no creo que pudiera hacer nada. No me voy a tirar a tus brazos suplicando que me hagas el amor en el portal ni nada por el estilo —bromeo ocultando que sus dudas también me están haciendo dudar a mí.

—Me encantará quedarme otro día. Hoy voy a ser el perfecto caballero que todas las madres esperan para sus hijas. No quiero que te arrepientas de nada.

—Pero si te quedas, lo harás en concepto de amigo, nada más.

—No es correcto.

—Ok. Si insistes en irte, de acuerdo, pero por favor avísame cuando llegues a casa.

—Lo haré.

JON

—Estoy impresionado —reconoce Roberto—. No tenía ni idea que fuera posible que ocurrieran estas cosas en pleno siglo veintiuno.

—Yo tampoco. Durante todo el tiempo que estuve trabajando para la empresa no imaginé ni por asomo, que ocurriese esto. Ya sabes cómo son los ritmos en las empresas, no hay tiempo para replantearse nada y casi ni de pensar. Siempre hay mucho trabajo y el tiempo es muy limitado.

—¿Y no hay nadie que sepa esto? No sé... Se me ocurre que quizás nos pueda ayudar quien esté ocupando ahora el puesto de tu padre.

—Podría ser. Cuando yo me fui era una tal Carmen, creo que fue jefa de Laura durante un tiempo, pero si es lista mirará hacia otro lado y eso precisamente es lo que creo que está haciendo.

—Quizás pudiera ayudarnos sin implicarse de lleno.

—No. Prefiero no meterla en esto, Paul Norton es su jefe y no nos conviene que sepa que estamos metiendo las narices en este asunto.

—Aun así Jon, creo que hay que hacer algo.

—Sí, y esa es la razón por la que te he llamado, este asunto me viene grande.

—Tengo que hablar con Laura, tiene que enterarse de lo que está ocurriendo.

—No creo que sea buena idea. Si quieres ayudarme en este asunto estamos solos tú y yo... Si no, ya se lo habría dicho yo.

—Es cierto. ¿Tienes algún nombre? ¿Algún contacto? ¿Alguien con quien hablar y que nos pueda ayudar?

—Sí, hay un par de nombres de contactos de una empresa del Congo, pero son de hace nueve años, a saber si siguen trabajando para la misma empresa, o peor, quizás hayan muerto.

—Aun así, busca sus datos y llámales. Prepara las maletas. En una semana nos vamos al Congo a buscar respuestas.

—¿Cómo? ¿Estás seguro? Puede ser peligroso.

—Lo sé, pero aunque no nos veamos mucho, Laura es como una hermana para mí, y si para ayudarla tengo que ir al Congo, voy. Odio las injusticias.

—Roberto. Es muy arriesgado, no vas a ganar nada.

—Lo sé, pero necesito emociones fuertes y ser útil.

—Para emociones fuertes, el *puenting* relaja mucho, ¿lo has probado?

—No, pero sería arriesgar mi vida por algo que no merece la pena. Tú encárgate de encontrar a esos hombres, yo me encargo de los permisos, del papeleo y de los billetes de avión.

—Espera, Roberto, no sabes toda mi historia.

—No hace falta. Sé cuando un hombre miente y solo hay que mirarte para saber que el pasado te atormenta. Habría que estar ciego para no darse cuenta de que no puedes olvidar lo que ocurrió con tus padres y tu chica. Yo en tu lugar, y sé que esto está mal que lo diga yo que soy abogado, habría sido capaz de matar a su padre. No puedo justificar que hayas hecho tanto daño a Laura, pero una parte de mí te entiende e imagina todo lo que has sufrido.

—Mucho. Más de lo que te imaginas. Volviendo al asunto: en los documentos de mi padre he visto una sucesión de nombres de empresas. No son ni siquiera del mismo sector, hay desde empresas de fertilizantes, bares, peluquerías, agencias de viaje... He buscado en Internet y he estado haciendo algunas llamadas, pero o no lo cogen o los números son erróneos o no existen.

—Son tapaderas. Es bastante normal usarlas en este tipo de casos, junto con testaferreros, cuentas en el extranjero... ¿Hay alguna española?

—Sí. Los bares estaban situados en la costa del Sol y las de fertilizantes están en Libia. Aunque ahora la situación en la zona está bastante revuelta y probablemente algunas empresas hayan cerrado. Seguramente a Paul Norton no le costara hace unos años cuando gobernaba Gadafi, sobornar a policías y funcionarios y tampoco debe de serlo ahora.

—De momento empezaremos por las españolas, pediré certificados en el registro mercantil e investigaré acerca de su situación.

—Gracias, Roberto. Parece que es tu causa y no la mía.

—Mi causa es cualquier injusticia. En la carrera nos enseñaron que luchemos por aquello en lo que creamos y no nos dejemos cegar por el dinero o la fama. Cuando se trabaja bien y se pone pasión en lo que haces, suele ir aparejado al honor, al buen nombre y todo lo demás que hincha el orgullo, pero no tiene por qué dar la felicidad. Prefiero que algún día se me recuerde por cómo fui como persona que por ser un tiburón en los estrados.

—Te admiro.

—No lo hagas. Solo soy un abogado más, cualquiera en mi situación habría hecho lo mismo. Hace más falta gente como tu padre, que sabía que lo iban a matar y aun así luchó por los olvidados. No tuve la suerte de conocerle, pero este material que hay aquí es muy importante y demuestra qué clase de persona era.

—Sí. Para mí era el mejor padre del mundo. Le veía poco, siempre estaba trabajando. Eso sí, cuando estaba conmigo solo eran risas, juegos y canciones. Me consentía y educaba a partes iguales. Cuando estábamos los tres (mi padre, mi madre y yo). Éramos como una familia estadounidense típica de las películas de Hollywood y como no podía ser de otra manera con las historias buenas, con un final triste.

—No todas, algunas acaban bien.

—Seguro que todas las que recuerdas acaban mal.

—¿La amas? —Roberto hace un cambio de tema que me descoloca un poco.

—Sí —contesto sin dudar.

—Pues ámala como se merece. Me has contado que tu padre te dejó escrito en la carta que no hagas daño a quien no se lo merece. Hazle caso. Aunque Laura y tú ya estáis divorciados quizás todavía tengáis una oportunidad...

—Ojalá, pero no creo que sea posible. Cada vez que trato de olvidarme de todo, la culpabilidad regresa y me impide ser feliz. En esos momentos viene un olor, un gesto, una imagen que me recuerda a Mónica o a mis padres y de nuevo recuerdo que ellos no están y frustran ese instante de felicidad.

—Eso era antes de que leyeras su carta. ¿De verdad no crees que tiene razón?

—Puede ser, pero eso ya no está en cuestión. Desde poco menos de ocho años no dejo de pensar en mis padres y en Mónica. No hay día en el que no recuerde sus risas, sus voces. Son como cacofonías, me cuesta verles las caras en mis recuerdos, pero forman parte de mí y no puedo dejar impune lo ocurrido.

—En ese caso salda tu pasado.

—Eso trato de hacer y para eso necesito meter al padre de Laura en la cárcel.

—Esta vez no estás solo. Ya no eres un chaval de veintidós años, eres un hombre de veintinueve y yo voy a ayudarte en lo que pueda. Eso sí, con una condición.

—¿Cuál?

—Que Laura no pague más por hechos en los que ella no tiene nada que ver.

—No, ya no. Tratando de vengarme de su familia le hice daño a ella, me lo hecho a mí y no he conseguido hacer daño a su padre. Como te decía, cada vez que me acercaba a ella los sueños se vuelven más insistentes.

—No creo en ese tipo de cosas, pero si lo hace por algo debe ser. Quizás sea una llamada de atención que te mandaba el cuerpo para que cerraras tu pasado.

—Estoy seguro de ello.

—No cometas ni un solo error más con ella.

—No lo haré.

—Confío en tu palabra, no me defraudes.

Son las cuatro de la mañana del veintitrés de julio. Al final conseguí convencer a Roberto y fui yo quien hizo la reserva del hotel. Contraté a un conductor y un guía e hice unas cuantas llamadas a los contactos de mi padre. Roberto se ha encargado de los trámites burocráticos: permisos para ir de un lado a otro y autorización en la embajada, que han resultado ser bastante farragosos, y comprar los billetes de avión. Estoy esperándole en la puerta de salidas de la terminal 2 del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas. Por delante quedan más de catorce horas de avión con escala en Bruselas incluida.

La vida me ha cambiado de una semana para otra. Hace un mes y medio no se me habría ocurrido pensar que estaría un día como hoy viajando a la otra punta del mundo para seguir los pasos de mi padre y conseguir pruebas. Y con Roberto, precisamente.

Por momentos pienso que no va a valer de nada este viaje, que solo nos vamos a buscar problemas y que hay demasiados intereses en juego como para que dos hombres puedan cambiar algo. Luego pienso que ahora es diferente, entonces mi padre estaba solo, yo tengo la suerte de ir con Roberto. Después de todos estos años de sufrimiento, estoy cansado y agotado. No quiero sufrir más, quiero traer pruebas contundentes que al menos sirvan para cerrar por fin la etapa más amarga y dura de mi vida. Y sobrevivir, ya que sin Laura no puedo ser feliz.

Aun así no me voy a dar por vencido. Voy a hacer lo que sea necesario para reconquistarla, quiero hacerla feliz y sé que la única manera que tenemos de serlo es envejeciendo juntos. No me bastan con los recuerdos felices para poder sobrevivir, necesito construir otros nuevos recuerdos con ella para poder vivir. Desde el instante que le pedí el divorcio volví a ser ese hombre sin futuro parecido al que estaba en la calle solo que, a diferencia del de hace unos años, duermo en una cama caliente y no me falta comida ni trabajo.

Una leve ráfaga de aire frío pasa y entonces recuerdo donde estoy. Veo al otro lado de la calle como Roberto se baja de un coche que ha dejado aparcado una mujer de pelo rizado, deduzco que es Verónica, su chica. Abren el maletero del coche y Roberto se cuelga una bolsa de viaje al hombro, se despiden. Ella quiere alargar el momento, pero él se aparta y viene hacia a mí con paso decidido sin mirar atrás.

—Buenas noches. ¿Sabes? Se me había pasado por la cabeza una idea loca, por un momento tuve la leve esperanza de que quien iba a venir conmigo a Kivú sería Laura y no tú —bromeo, aunque en el fondo habría deseado que fuera así.

—Si quisiera prepararos un viaje romántico no os mandaba al Congo. Necesitaríais más emoción, un lugar como Pakistán o Afganistán donde tú te pudieras hacer el machote salvando a la dama en apuros.

—Sí, sería una opción, Roberto. Me la apunto para el próximo viaje. Ahora hablando en serio —vuelvo a bromear—. ¿Alguna enfermedad psíquica que me tengas que contar? Lo digo porque tantas horas dentro de un espacio reducido después de que en el baño del juzgado te faltara un pelo para partirme las piernas, ya no me fio.

—A veces me da por estrangular a quien tengo al lado. Especialmente a estas horas de la mañana y también cuando las situaciones se vuelven tensas. Espero que tengas un buen seguro de vida —sigue la broma.

—Si me mataras nadie me echaría en falta.

—Una rubia de ojos azules, con cintura de avispa, caderas bien formadas y melones generosos sí.

—Ésa es una descripción bastante simplista y muy zafia de Laura —sé que lo dice en broma, pero Laura es mucho más que un cuerpo espectacular, una sonrisa preciosa y un carácter dulce y cariñoso. Es perfecta.

—Sí, lo es, pero reconocerás que está muy buena.

—Roberto, es tu amiga, tu clienta y mi ex mujer. Como te vuelvas a referir a ella de ese modo, pienso ponerte los cojones de corbata y te recuerdo que ya tienes esa necesidad cubierta.

—Alguien se ha puesto celoso —se pitorrea de mí y yo también me río—. Anda, pasa, sastre de pacotilla, vamos a facturar. Por cierto, ¿se puede saber qué haces con esa maleta? —se refiere a mi nueva maleta último modelo rígida— ¿Qué crees, que vamos al Caribe?

—No, pero no tenía ninguna bolsa de leñador como llevas tú —me refiero a su bolsa marrón oscura de cuero.

—Tu maleta es demasiado pija y se te va a romper en cuanto bajemos del avión.

—Lo dudo, me costó cuatrocientos euros. Es un *Smart trolley* que lleva una tecnología que permite tener localizada permanentemente la maleta, además de ABS para evitar golpes a quien la lleve —digo orgulloso.

—¿También te lee la información meteorológica, calienta los calzoncillos y te selecciona la ropa para ponerte cada día?

—Muy gracioso.

—Anda vamos, estirado —susurra divertido.

—Picapleitos... —sigo la broma.

—Deja de poner los brazos en jarras y mueve el culo. Ten, aquí están tus billetes de los vuelos —miro los billetes.

—¿Me has dejado pasillo? —pregunto cuando estamos en la cola para entrar en el avión— Ahora entiendo por qué insistías tanto en comprar los vuelos...

—Acostumbro a sentarme en la zona más segura del avión y dudaba mucho de que tú lo buscaras. Además me gusta mirar por la ventanilla.

—A mí también —protesto.

—Pues mira a las azafatas —pienso que tiene razón, después de todo, no será tan mala distracción.

Dos vuelos después, o lo que es lo mismo, tras catorce horas de viaje en avión más una escala, llegamos a nuestro destino. Me sorprende al ver a los policías de la aduana son hombres del tamaño más o menos de dos armarios empotrados cada uno con fusiles colgando de cada lateral de su cuerpo. Son muy intimidantes. Coincide que recogiendo los equipajes somos los dos únicos blancos y llamamos mucho la atención. Nuestro contacto en el país está fuera esperándonos. Hemos contratado a un guía local para que nos lleve hasta las personas con las que he podido contactar. Hombres y mujeres muy agradecidas con la labor que realizó mi padre. En cuanto me identifiqué como el hijo de Ramón Artetxe y la frase clave para cada uno de ellos, se alegraron mucho porque contactara con ellos y todos preguntaron por qué don Ramón ya no iba por allí. A todos les decía lo mismo, mi padre dejó de ir porque tuvo un accidente de coche y no podía ir. No quise entrar en detalles. A pesar de que han pasado unos años se me sigue haciendo un nudo en la garganta al recordarlo, y en ocasiones algunas lágrimas traicioneras se escapan de mis ojos.

El calor al salir del aeropuerto, a pesar de que ya anochecido, es sofocante, la ropa se pega a la piel y después de tantas horas de viaje lo único que quiero es llegar al hotel, darme una ducha y descansar. La conversación con Roberto a medida que pasaban las horas se fue diluyendo, estrechamos lazos recobrando poco a poco la confianza que había entre nosotros.

Cuando salimos de recoger el equipaje, vemos a un hombre bajo con gafas, pelo corto y rizado de unos treinta años que se presenta como Alan Koffee, con apariencia amable y lleva un cartel con nuestros nombres. Nos presentamos y salimos del aeropuerto con él.

Mi maleta dura hasta el primer bache, en cuanto ponemos un pie en la calle, en la misma acera del aeropuerto cuatrocientos euros se volatilizan en frente de mis ojos sin poder hacer nada por evitarlo.

—¡Me cago en...!

—No voy a decir que te lo dije, porque ya sabes que te lo dije —se ríe Roberto a carcajadas mientras veo como las cuatro ruedas de mi maleta se han quedado enganchadas en el agujero y no salen. Me enfado, tiro fuerte y se rompen. Bufo. ¡Maldita sea! Trato de obviarlo y cargo la maleta al hombro.

—Ya has dicho la frase "te lo dije" sin querer decirlo. Tenías razón —digo malhumorado. Empiezo a andar hacia la derecha y me paro cuando veo que no me siguen —¿A qué esperáis?

—Señor Artetxe, el coche está hacia el otro lado.

—Voy —Roberto sigue sin poder parar de reírse y eso me molesta aún más, pero no digo nada.

Vamos en una camioneta con nuestro guía en el país y un conductor de su confianza. Las escasas luces que rodean el aeropuerto van quedando atrás y nos adentramos en la noche rumbo a Kivú, nuestro destino. Cuando vemos coches que se dirigen en el sentido contrario al nuestro tratamos de taparnos detrás del asiento del copiloto y piloto respectivamente, cada vez que se detiene la circulación o vemos motos a los lados de la carretera nos ponemos alerta. En cualquier momento nos

pueden asaltar. Antes de venir leí algunas recomendaciones y evitar viajar de noche era una de las más importantes. En concreto a la zona que nos dirigimos ha sido fuertemente castigada por los ataques de grupos rebeldes locales y extranjeros que han perpetrado violaciones de mujeres y niñas, expropiación de tierras y toda clase de vulneración de derechos humanos. Somos un blanco fácil en un país muy inestable rico en minerales en el que la corrupción y las guerras han dejado devastado. Las luces del todoterreno alumbran ligeramente las viviendas de adobe que hay alrededor que crea una escena aún más tenebrosa.

Desde las calles se ven ojos brillan en la oscuridad, iluminados por los faros, se han fijado en nosotros, saben que estamos aquí y eso no puede ser bueno.

No sé lo que me depara el futuro, no tengo ni idea de si podré recopilar las pruebas y tengo miedo a pesar de que estoy más seguro que nunca que es esto es lo que tengo que hacer. Por eso decido sacar el móvil y tomar unas notas, luego las pasaré al cuaderno que llevo en la mochila. Voy a escribir un diario de viaje para nunca olvidar lo que viva aquí. Quiero gritarle a la nada todo lo que siento, para que cuando todo esto termine pueda dar por cerrada esta etapa de mi vida que estoy desandando. No va a llegar el día en el que mi padre abra la puerta de mi piso seguido de mi madre y de Mónica para saludarme. No van a aparecer y decirme que todo esto fue un mal sueño. Quiero poder levantarme una mañana sin el peso de no haber hecho todo lo posible por saldar esta deuda con el pasado.

El hotel es bastante modesto. Es de ladrillo lacado en amarillo y ventanas pequeñas con rejas. La recepción es pequeña parece de otra época. La luz casi mortecina, y el ventilador del techo mueven el aire viciado que hay en la estancia. Enfrente de la puerta de entrada está una mesa alta con dos señores con cara de malos detrás del mostrador con sendos ordenadores de otro siglo. Sorprendentemente al vernos se muestran muy amables y se ofrecen a llevar nuestras maletas hasta a la habitación, Roberto está tentado a contestar que sí cuando le interrumpo y digo que no será necesario. Dos habitaciones, la 215 y la 217.

Entro en la habitación y me sorprende al ver que es bastante amplia y parece limpia. El baño que está justo a la derecha de la puerta de entrada es sencillo, pero con lo básico. Si lo viera Laura se quejaría de que no hay secador de pelo.

Al venir hemos parado en un bar de la confianza, del Sr. Kafani, el conductor para comprar comida. Por seguridad, las comidas sin cocinar están descartadas y también el agua que no sea embotellada.

Dejo la maleta en una esquina de la habitación y me preparo la mesa para cenar, eso será después de la ducha, necesito desentumecer los músculos y cambiarme de ropa. Huelo fatal. La soledad de cenar en una mesa solitaria me trae el recuerdo de la primera vez que estuve en casa de Laura, pero rápidamente lo aparto y entro al baño para ducharme.

~~Querido diario~~ —Tacho lo escrito, no me gusta.

Hoy empieza la aventura. La que inició mi padre hace unos años y que pudo prolongar hasta hace ocho. He venido tras la búsqueda de sus pasos. Empiezo este camino junto con Roberto con el fin de poder encontrar las pruebas que inculpen a Paul Norton de la muerte de mis padres y Mónica. Es un viaje para cerrar heridas, perdonarme y seguir hacia delante. Para nunca más mirar al pasado reprochándome lo que hice y dejar de dar palos de ciego. Quiero hacer justicia, como dijo mi padre, para así poder perdonarme y ser digno del perdón de Laura. Por ella, por mis seres queridos y sobre todo por mi hago esto. Para no perderme más, para aprovechar el tiempo y no perder el resto de vida.

Se acabaron los lamentos. Con este viaje empieza el principio del fin del capítulo más doloroso de mi vida. Tengo una mezcla de sensaciones. Por un lado, no quiero que llegue a su fin porque será terminar de enterrar a mis muertos, pero por otro lado sí porque mi padre con razón me pidió que fuera feliz y tenía razón, nada me devolverá a ellos...

Cuando acabo de escribir son las dos de la madrugada. Tengo solamente cuatro horas para dormir y en un país como éste hay que moverse con cuidado y de día. Hemos quedado a las siete y media de la mañana en un lugar del centro de la capital con Awanjo Sori, uno de los nombres que aparecen en la lista de mi padre. Quiero conocerle y tener su testimonio de primera mano. Me ha mandado una foto suya para que le reconozcamos mañana y yo otra mía. Este tema ya lo hemos hablado con el guía y será él el primero quien revisará la zona para ver si está. Cuando nos confirme que es seguro bajaremos del coche Roberto y yo, en ningún momento ni el guía ni el conductor nos dejarán solos.

El maldito despertador, suena antes de lo que creía. Abro la ventana y el día está oscuro y feo, las nubes del cielo amenazan lluvia. El día ha refrescado desde ayer por lo que decido abrigarme un poco más. Meto en una mochila una botella de agua mineral de dos litros, unas chocolatinas y el pasaporte que escondo junto con la cartera. Cierro la puerta y bajo las escaleras para ir al comedor a desayunar. Roberto está en la mesa del fondo, tiene un café entre sus manos mientras lee un diario local.

—Buenos días —saludo.

—Buenos días —contesta sin levantar la vista del periódico. Dejo la mochila colgada de la silla y cojo unas piezas de fruta, café con leche y un par de bollos. Vuelvo a la mesa.

—¿Pudiste hablar con Verónica al final?

—Sí, pero solo fue para discutir así que corté pronto la conversación. No paraba de gritar y llorar. Y por si me ibas a preguntar, no, no he hablado con Laura.

—Ya... ¿Y sabe que estamos aquí?

—Sí, sabe que estoy viaje fuera del país y en un lugar remoto. No le dije cuál y tampoco le di demasiada importancia, de ti preferí no decirle nada. Si llega a saber que hemos venido juntos habría empezado a preguntar y antes que mentirle prefiero no decirle nada.

—Haces bien. El cupo de mentiras lo completé y rebosé yo.

—Deja de castigarte. Me resultas bastante cansino. Termina de desayunar y vámonos.

Una hora después el Sr. Koffee, nuestro guía, está inspeccionando la plaza en la que hemos quedado asegurándose de que todo está en orden. La espera en la parte de atrás del todo terreno se hace eterna. En la radio suenan lo que deben ser las noticias en francés. Capto algo de guerra y poco más, solo aquellas palabras que se asemejan más al español. El guía por fin vuelve después de lo que me ha parecido un siglo.

—Pueden salir. He hablado con el señor Sori, está esperándoles.

—¿Viene usted con nosotros? —pregunta Roberto.

—Sí, por supuesto. Hasta que no sea cien por cien seguro no me marcharé. Me han contratado para ser su sombra y eso haré —abro la puerta decidido. No hay vuelta atrás.

Al salir veo un hombre de color con chepa y con el pelo blanco. Desde de donde estoy no puedo identificar demasiado, pero parece bastante mayor. Está acompañado por otro más joven que está de espaldas a nosotros, lleva un bulto en la parte de atrás, parece una pistola por lo que miro a Roberto y a Koffee preocupado. Al ver nuestras caras de susto nos dice que es lo normal. Estamos en un país inseguro. Cuando detectan nuestros pasos se giran y rápidamente el señor Sori se acerca hacia a mí, veo que se apoya en un bastón.

—Buenos días. Eres Jon, el hijo de Ramón, ¿verdad? —dice en un perfecto español. Cosa que me sorprende.

—Sí, soy yo. Me acompaña Roberto un amigo de la total confianza y nuestro guía el señor Koffee.

—Te presento a mi hijo, Ajouter —estrecho la mano de los dos desconocidos—. Mi casa está cerca de aquí, si queréis podemos ir para hablar más tranquilos —miro dudoso a Roberto y Koffee. No saben qué hacer, ambos se apartan para hablar e interviene Kafani (el conductor) que también ha venido con nosotros.

—Preferiríamos quedarnos aquí.

—Estaremos más cómodos y no es seguro —insiste el hombre más joven.

—En ese caso, como digan —intervengo arrepiñiéndome al segundo de hacerlo.

Entramos en la casa del señor Sori. Es una vivienda de dos plantas pintada de verde turquesa ennegrecido por el paso del tiempo y con una ventana rota. La calle en la que está es como las que hemos visto aquí, sin asfaltar, con deshechos, e infestadas de ratas, cucarachas y gente que trata de sobrevivir como puede.

La sala que hace las veces de cocina y comedor, es un espacio oscuro y muy modesto. Del techo pende una bombilla sujeta por dos cables, que ilumina con luz mortecina la habitación. Al fondo al lado de un hogar hay una mujer sentada en un escaño de madera marrón oscura. La señora viste con el velo islámico y una túnica hasta los pies que nos saluda, amablemente el señor Sori, nos la presenta como su mujer y ella nos ofrece un té con unos pasteles. Después del copioso desayuno de esta mañana no me apetece comer nada por eso lo descarto.

—Mi hijo tiene razón, aquí estamos mejor. En este país hay cosas que no conviene hablar en público, ya que de hacerlo, podría pagarse con la vida —confirmo—. Tu padre era un hombre bueno y comprometido con nuestro bienestar siempre se preocupó mucho por nosotros.

—Era un buen hombre —confirmo—. No quiero ser descortés, pero pensamos estar poco tiempo en el país y hemos concertado varias visitas más. Tenemos muchos temas pendientes en Madrid, por eso le ruego que me cuente cuál es su situación aquí —no me fío de nadie. Podría tratar de marearnos con falsas esperanzas de encontrar algo y no quiero, mejor acabar cuanto antes.

—Has venido en busca de respuestas.

—No, las respuestas ya las tengo, he venido en busca de justicia.

—¿Entonces qué haces aquí?

—Necesito pruebas.

—Tu padre decía lo mismo... Quería pruebas para denunciar lo que ocurría aquí. Se pasó muchas noches en vela tratando de cuadrar números para ayudarnos, era un *loco* que ayudó a mucha gente.

—Sí, muy típico de él —sonríó apesadumbrado.

—Los trabajadores de las minas de otras empresas recelaban de nosotros; nos llamaban “privilegiados y nenazas”. Todo el mundo quería trabajar aquí, pero solo trabajaba en la mina aquellos que demostraban que valían para ello. Él, como es lógico quería resultados, que se extrajera el coltán, pero por encima de eso, quería cambiar nuestra vida. Era una persona seria y exigente. Cada vez que algún jefe en la mina se propasaba con un empleado era despedido de manera inmediata al igual que a los alborotadores y aquellos que robaban el mineral. Decía que se estaba arriesgando mucho para que pudiéramos estar mejor y exigía seriedad y respeto por nuestra parte. Y lo hizo Jon, ¿puedo llamarte así verdad?

—Por favor —confirmo a modo de aceptación para que me llame por mi nombre.

—Se negó a contratar a niños como mano de obra barata. En su lugar montó una pequeña escuela en una casa que compró para que allí pudieran estudiar los hijos de los trabajadores de la mina. Contrató a varias profesoras y, al menos una vez al día, los pequeños comían una comida completa con todos los nutrientes —se me saltan las lágrimas.

—En la carta que me escribió no me dijo nada de eso.

—Eso es porque no le daba importancia. Él creía que solo estaba haciendo lo que tenía que hacer... Era muy generoso.

—Yo creo que cuando llegó a nosotros vino un ángel blanco de ojos azules como los tuyos a rescatarnos —interviene la mujer del señor Sori.

—¿Sabes cuánto cuesta un kilo de coltán? —pregunta el hombre mayor de nuevo.

—No.

—Dos vidas de niños. Para que en el primer mundo tengáis teléfonos inteligentes, tabletas y ordenadores es necesario que mueran dos seres inocentes que el único pecado que han cometido es nacer en uno de los países más pobres del mundo.

—Vaya —se sorprende Roberto—, no tenía ni idea.

—Hay más. La primera guerra civil de mi país se desarrolló durante nueve terroríficos meses entre los años 1997 y 1998. Entonces nos gobernaba Mobutu que fue quien apoyó a los *hutus* después de que masacraran a se dice, unos ochocientos mil *tutsis* en Ruanda, ¿os suena de que os hablo?

—Sí me suena, pero no sé mucho de ello —reconozco.

—Yo tampoco —afirma Roberto.

—Normal. Occidente solo mira a África cuando le puede pegar algo —se queja el señor Sori. Me viene a la mente la crisis del Ébola de 2014—. Entonces yo era muy joven, tenía veintiséis años cuando estalló la guerra. Me obligaron a tomar partido sobre algo de lo que no tenía opinión. Como os iba diciendo, Mobutu fue derrocado y desde entonces Ruanda y Uganda se disputan el “oro negro”, que es así como denominan al coltán. Antiguos milicianos forman parte del ejército, usando y abusando de su posición para obtener un beneficio y a las empresas internacionales les viene bien. Si nos matamos entre nosotros será más fácil explotarnos, apoyando a unos u a otros según el interés que tengan.

—Entiendo.

—Tu padre trató de erradicar el abuso por parte de los milicianos que controlaban la explotación. Él quería cambiar aquello que podía controlar. Quiso cambiar a demasiadas personas y no todas lo aceptaron. Muchos pasaron de ser jefes a ser subordinados, de mandar a ser mandados, de amedrentar a obedecer y eso le creó demasiados enemigos aquí. Era muy molesto para muchos —las lágrimas se derraman por mis mejillas y trato de apartarlas con el puño. Roberto me da un pañuelo de algodón que saca de su pantalón y me las seco.

—Continúe, por favor —la mujer del señor Sori se acerca y me da un vaso de agua que acepto de buen grado.

—Reconozco que cuando le vi por primera vez, me ametralló a preguntas acerca de cómo funcionaba todo. Qué horarios teníamos en la mina, quiénes mandaban, cómo se llamaban los trabajadores, hasta me preguntó si teníamos fotos de los trabajadores. ¿Fotos? Pensé yo. Si le debemos de parecer todos el mismo —sonreímos todos y se relaja el ambiente con ese recuerdo—. Creí que nos habían mandado al europeo más loco para que cargáramos nosotros con el problema. Me convenció de lo contrario cuando vi en sus ojos horror al ver que sacaban los cuerpos de dos niños que se habían quedado sepultados bajo toneladas de barro en una de las minas. Aquel día había empezado a llover especialmente fuerte y rápidamente los túneles se llenaron de agua, trataron de escapar, pero no les dio tiempo, un corrimiento de tierra los sepultó. Murieron asfixiados. Ese mismo día tu padre se encargó de todo. Pagó todos los gastos de los entierros, dio una indemnización a sus padres y despidió a todos los niños de la mina. A partir de ese día cobrarían por ir a clase. Hubo protestas y cuchicheos durante semanas, pero quienes no estuvieron de acuerdo tendrían que callar u obedecer. Casi todos se quedaron. Él era el jefe y nadie era capaz de discutirle nada en voz alta. A los dos meses de estar aquí, me ascendió a capataz y me convertí en sus ojos, brazos y pies cuando él no estaba aquí. Para ello tuve que aprender español a marchas forzadas. Nuestra amistad se fue forjando hasta el punto de que en Navidad me mandaba una felicitación deseando que fuéramos felices y asegurando que pronto vendría. Como veis, nosotros somos musulmanes y aunque no celebramos la Navidad nos hacía ilusión recibirla. Al fin y al cabo, cristianos y musulmanes creemos en el mismo Alá. Su cultura y la mía no se parecían en casi nada y sin embargo sentía que él era como un hermano mayor para mí.

—Mi padre nunca me dijo nada.

—Tu padre no quería inmiscuir a nadie en esto. En los escasos ratos que teníamos de descanso me hablaba mucho de ti y de tu madre. Tú eras su mayor orgullo y hasta una vez me enseñó una foto tuya. Veo que te has convertido en el hombre que tu padre predijo que eras —no digo nada.

—Ojalá fuera cierto.

—Si estás aquí es porque tu padre tenía razón.

—Me encantaría decir que es por altruismo, pero la realidad es mucho más egoísta. Durante un tiempo mi vida entré en una espiral de autodestrucción. Más tarde un ángel me salvó, me casé con la mujer más increíble que un hombre podía conocer y por no ser capaz de zanjar esta deuda del pasado, la he perdido.

—No desesperes, si esa mujer es para ti, volverás con ella.

—Gracias. El motivo por el que he venido hasta aquí es por ella, por mis padres y por una persona de mi pasado. Necesito recopilar pruebas recientes de la

implicación de la empresa Norton en la explotación indiscriminada de estas minas con el fin de poder probar que la muerte de mis padres no fue un accidente.

—Hace tres años que no trabajo en la mina. Cuando tu padre dejó de venir, la presión comenzó a ser insoportable, volvimos a un estado peor que el anterior y tuve que abandonar el trabajo el día que no pude más. Después de saber esto, ¿qué más quieres saber?

—Todo. Necesito que me ayuden a encontrar pruebas que acrediten que la empresa Norton sabía de todo esto y que no solo dejaron solo a mi padre, sino que lo asesinaron.

—¿Sabéis cómo sale el "oro negro" de mi país? —me descoloca la pregunta.

—No —respondemos al unísono Roberto y yo.

—Cuando llegasteis ayer, ¿no visteis algo raro en el aeropuerto?

—Yo sí vi algo que me extrañó —interviene Roberto—. Los aviones no tenían ningún logotipo, a pesar de ser de noche me sorprendió que eran blancos y no conseguí acertar a ver ninguna matrícula. Eran como la nieve en la oscuridad de la noche.

—No viste matrículas y tampoco logotipos porque los aviones que se llevan el coltán son así. Nos roban nuestras materias primas y no nos dicen qué hacen con ellas —interviene Ajouter, el hijo del señor Sori.

—No sé mucho de las normas de transporte aéreo internacional, pero eso a todas luces es ilegal —observa Roberto.

—En un país como éste la legalidad o ilegalidad de un hecho la decide quien tenga las armas o dinero —afirma contundente el señor Sori—. Se convierten en juez y parte, imponiendo su ley, mientras nadie hace nada, hay demasiados intereses en juego.

—¿Qué nos aconseja que hagamos ahora?

—Dejad las cosas como están por vuestro bien. Huid de aquí, no vais a poder cambiar demasiado. Ahora bien, si eres tan inconsciente como tu padre, quédate.

—No me refería a eso... —le saco de su error.

—No nos podemos ir. Necesitamos pruebas —zanja Roberto el preludeo de otro monólogo del señor Sori.

—Y nosotros garantías —requiere Ajouter.

—Las tendrán —respondo convencido.

—En ese caso, hablen —exige el hombre más joven.

—Roberto es abogado, él le indicará qué necesitamos. Si no les importa me gustaría salir unos minutos fuera, mientras llegáis a un acuerdo.

—Sí, por supuesto —el señor Kofee hace un amago de acompañarme, pero sabe que necesito estar solo. Sabía que esto iba a ser duro, pero no contaba con que lo fuera tanto.

Cuando vuelvo dentro impera el silencio en casa del señor Sori. Llevo más tiempo del que creía fuera. Todos parecen esperar mi llegada. Roberto está tenso, me reprocha mi tardanza con la mirada. A pesar de ello, no han salido a avisarme porque sabían que me encontraba mal y necesitaba estar solo.

—¿Estás mejor? —me pregunta preocupado Roberto.

—Sí, gracias —respondo mientras apoyo mi mano en su hombro en señal de agradecimiento.

—Dadnos unos días a mi hijo y a mí. Cuando sea el momento, me pondré en contacto con vosotros. Tened cuidado —dice a modo de despedida.

—¿Sabéis cuál es nuestro hotel?

—No, pero no será muy difícil averiguarlo. Llamáis mucho la atención. Salid poco y tomad precauciones.

—Ha sido un auténtico placer conocerle —me despido cordial del señor Sori mientras le estrecho la mano—. Esperamos recibir pronto noticias tuyas.

Después de salir de la casa, Roberto está muy callado. El señor Kofee también permanece en silencio y yo estoy sumido en mis pensamientos. Al cruzar la calle, la gente nos mira con una mezcla de recelo y están valorando si seremos o no su próximo objetivo. Creo ver cómo calculan cuánto podrían dar por nosotros. Ni cuando vivía en la calle sentí esta sensación de calma tensa. Noto que ojos que no veo se posan en nosotros. No me he sentido seguro en ningún momento salvo en la casa del señor Sori y tampoco del todo.

El ambiente que se respira en este país es muy hostil. Sus miradas nos culpan, sus gestos nos intimidan y los niños nos miran con una mezcla de esperanza y miedo. Me siento un colonizador de una tierra que no es mía. Los locales nos ven como el zorro que entra en el gallinero y es lógico, ya que muchos de los europeos, orientales y norteamericanos vienen aquí disfrazados de empresas multinacionales de prestigio para robarles su riqueza. Pero nosotros no somos iguales a ellos. Nos hemos creado una mala fama muy merecida.

Debe ser difícil diferenciar a los buenos de los malos. Para los occidentales, África es el continente olvidado, ése que tan a menudo se mantiene fuera de las decisiones importantes que se toman a nivel internacional. Es obvio que la esclavitud solo fue abolida formalmente, materialmente no ha sido así y tampoco interesa que lo sea, para seguir aprovechándose del débil, vendernos en Europa necesidades que no tenemos con el único fin que ellos amasen más dinero y empobrecernos a todos. A los pobres de África y a la clase media de Europa, Asia y América.

En la pirámide de necesidades de *Maslow* esta pobre gente no puede pasar del primer escalón, el segundo como mucho en el mejor de los casos. Las necesidades básicas respirar, dormir, evitar el dolor corporal y la vestimenta es a lo único que tienen derecho, y muchas veces ni eso. Solo los caciques y jefecillos aspiran a más. La gente aquí no vive, sobrevive.

LAURA

Entro en el portal bastante frustrada y subo andando los cuatro pisos, ya se me ha pasado el achispamiento y el sueño. Quería que se quedara, serían dos primeras veces. Nuestro primer beso y nuestra primera noche juntos. Estoy segura de que iba a ser especial y aunque lo ha sido me ha faltado algo más. Sé que es una locura que nos acabamos de conocer como aquel que dice.

Me ha ilusionado mucho que se haya hecho las pruebas para demostrar que está limpio antes de besarme, creo que es lo más bonito que han hecho por mí en mucho tiempo. No puedo negar que tenía miedo. Hasta hace unos meses Jon vivía en la calle y no habría sido raro que tuviera una enfermedad y por eso él se ha anticipado a mis miedos y se ha hecho las pruebas.

Me sentí atraída por él en cuanto le vi. Esa mirada, esos ojos cansados, desesperanzados que reflejan que ha vivido mucho y muy malo. Me intrigaba entonces, y me intriga ahora. Siento la necesidad de saber todo de él. De sus padres, de si tiene o no hermanos, lugares que ha visitado... Y sobre todo, ¿qué le llevó a vivir en la calle? Suena mi móvil, rebusco en el bolso y en el identificador llamadas pone su nombre.

—Lau. Tenías razón, ¿me puedo quedar en tu casa? —pongo un momento el teléfono en silencio. Grito de alegría y doy saltos por todo el pasillo, solo reacciono cuando oigo de nuevo su voz—¿Lau? ¿Estás ahí?

—Sí, perdona se me ha caído el móvil —respondo fingiendo indiferencia—. ¿Dónde estás? ¿Sabes volver a mi casa?

—Sí, sé volver, ¿qué piso es?

—El cuarto D

—Vale, llego en un momento.

—Muy bien, te espero, hasta ahora.

Corro a mi habitación y miro qué me puedo poner. Rebusco entre mis pijamas de florecillas y los de dibujos animados, Mi aspecto tiene que ser sexy, casual y dulce. Repaso mentalmente todos mis pijamas, ya lo tengo. Un pantalón corto azul de flores blancas con la camiseta de tirantes a juego. Aparentemente casual, pero perfectamente estudiado. Suena el timbre. ¡Debe de ser él! ¡Ha llegado muy rápido! Los nervios me embargan, respiro un par de veces hondo tratando de tranquilizarme antes de abrir, pero no puedo evitar que de mi garganta salga la voz de pito más ridícula que me he escuchado.

Suenan unos golpes enérgicos en la puerta y decido hacerle esperar unos segundos. Agacho la cabeza y sacudo unas cuantas veces mi melena para que quede con volumen. Miro en el espejo el resultado y aunque me gusta es ridículo. Me siento avergonzada y lo retoco un poco para que parezca más natural.

—Lau abre, te estoy oyendo desde el otro lado de la puerta —me ha pillado. Miro mis pies y veo que la pedicura está perfecta. ¡Como si ahora me diera tiempo a rectificar nada!

—¡Hola! Pasa, estás en tu casa —digo mientras me apoyo en el perfil de la puerta y hago mi actuación estelar cuando la puerta no se queda fija y tropiezo hacia delante. ¡Maldita puerta! Se ríe —Es el alcohol —me excuso.

—Ya, ya —pone una sonrisa ladeada y me dan ganas de besarle.

El alcohol me ha envalentonado y me atrevo a darle un beso rápido en la comisura de la boca que pide más, mientras doy ligeramente un golpe con el pie a la puerta traicionera para que se cierre. Mi beso fugaz no es suficiente para él, me coge la cara con ambas manos, me mira intensamente como pidiéndome permiso, parpadeo y a continuación acorta la escasa distancia que hay entre nosotros finalmente me besa al tiempo que cierro los ojos. Justo en ese momento noto un chispazo en mi cabeza. Definitivamente este hombre me gusta, estoy perdida. Es magnético. Nos separamos cuando oigo como suena mi móvil que he dejado en la habitación y se rompe el hechizo. Mejor, no sé cuánto tiempo podría mantener la cabeza fría como para evitar aquello que estoy deseando que pase, pero que no tendría que querer que pasase porque si pasa estaré perdida.

—El móvil —digo señalando en dirección a mi habitación—. Me lo he dejado en la habitación.

—Claro.

—Pasa al salón, es la puerta que tienes justo enfrente de ti. Enseguida vengo.

Quien me llama no es otro que Andrés dice que está al lado de mi casa, que si le invito a tomar una copa promete buena compañía y sexo del que nos gusta, del sucio. Después de besar a Jon la idea de acostarme con Andrés me parece sencillamente repugnante. Es guapo, apuesto, amable, buen amante y todo un caballero, pero no estoy interesada en que mi ex novio sea mi follamigo. Un polvo de desesperación, bueno, pero no soy una mujer de relaciones de ese tipo aunque durante un tiempo las tuve y me lo pasé muy bien.

Siempre me pasaba lo mismo, uno de los dos acabábamos queriendo más cuando el otro no estaba dispuesto a darlo. Los ratos de sexo desenfundado sin salir de los hoteles con hombres que no me interesan lo más mínimo y no son placenteros para mí. Estoy en otra época, por eso quiero ir despacio con Jon, aunque a juzgar por el ritmo que llevamos... Por eso, para evitar tentaciones cojo del armario una sudadera gris.

—Una llamada importante —afirmo para justificar mi tardanza. ¿Quieres algo de beber?

—Agua —responde. Voy a la cocina y cojo dos vasos con una jarra que tengo en la nevera. Vuelvo al salón y dejo todo sobre la mesa.

—He sido una maleducada. ¿Te enseño mi casa? No quiero que esta noche te pierdas yendo al baño y acabes en la terraza —digo despreocupada.

—Sí, mejor. No querría despertarte en mitad de la noche a gritos desde la otra punta de tu casa.

—Tranquilo, no es tan grande.

—Me gusta tu salón, es muy...

—Femenino —termino la frase por él—. Sí. La verdad es que me encanta la decoración y por eso busqué y rebusqué los muebles en ferias de artesanía, en *Ikea* y algunos son de herencia familiar.

—Se nota.

—Aquí tienes la cocina —entro en la puerta de la izquierda mientras doy las luces y me aparto para que pase—. Si esta noche quieres prepararte algo, coge lo que quieras de la nevera. Casi todo es integral, pero también tengo algún que otro pecado como chocolate, helado y yogures griegos —sonríe. Salimos de nuevo al pasillo mientras apago las luces—. Al fondo a la izquierda está mi habitación. En la habitación que hay justo enfrente, mi vestidor y la que está a su derecha es un pequeño despacho. El baño está aquí mismo —me doy la vuelta, salimos al pasillo y abro la puerta que hay enfrente de la cocina si quieres tomar el fresco en la terraza puedes acceder desde el salón, la cocina y mi habitación.

—Es muy grande.

—Sí— entramos de nuevo al salón y abro la puerta que da a la terraza. Pulso un interruptor que enciende dos lámparas blancas con luces de *led*.

—Bonitas vistas —dice mientras mira al fondo y observa el paisaje. A la izquierda se ve la sierra ligeramente iluminada por Villalba que está justo debajo, hacia el otro lado está Madrid llena de luz que ilumina la negrura del cielo.

—La verdad es que, aunque la vivienda da hacia el norte y es un poco fría, las vistas lo merecen.

—Se respira paz —observa.

—¿Sabes? En verano suelo salir mucho a la terraza, pongo velas aquí y allá, y suelo cenar en penumbra.

—Muy romántico.

—Sí que lo es, pero nunca la he usado con nadie por ese motivo. Supongo que porque no había nadie con quien compartir este espacio tan íntimo. Cuando salgo suele ser para desconectar de un día duro de trabajo y muchas veces empiezo a imaginar cómo serán tantas vidas anónimas de las luces de las casas que veo desde aquí, me pregunto, quién habitará, qué estarán haciendo en ese momento, si serán felices...

—Interesarte por la vida de gente anónima de la que no conoces ni siquiera su cara. Eso me suena... —dice divertido.

—Cuando te hablé ya te conocía.

—Fui yo el primero que habló —me rectifica cariñosamente.

—Ya, pero iba a hacerlo...

—Me adelanté. Digamos que me leíste el pensamiento. Es que eres muy expresiva. Se te nota rápido lo que piensas.

—No me conoces...

—No, todavía no. Pero creo que eres una persona transparente que siempre dice lo que piensa, obstinada y algo impulsiva.

—Vaya... Para no conocernos casi, has acertado bastante —reconozco— ¿Te apetece si nos quedamos un rato hablando aquí?

—Me parece una muy buena idea. Si no te importa, me gustaría que apagáramos las luces. Tranquila que no te voy a tocar, solamente quiero disfrutar de estas agradables vistas contigo.

—Voy a por unas mantas y a por velas para tener algo de luz. Si quieres ponerte más cómodo —digo refiriéndome a que si se quiere quitar los pantalones y la cazadora para quedarse solo en camiseta— puedes entrar al vestidor. En un minuto estoy aquí.

Vuelvo con unas mantas, una bolsa de patatas fritas y un mechero. Cuando voy al armario en el que guardo las velas me doy cuenta de que ya las tengo en la terraza. Los nervios no me dejan pensar.

Desde el salón veo a Jon sentado encima del *puf* mirando al infinito con aspecto pensativo. La penumbra que le rodea acentúa sus rasgos masculinos. Se ha quitado la chaqueta, pero desde donde estoy no puedo ver si se ha quitado algo más. Una parte de mi grita en mi cerebro ¡Ojalá que sí! ¡Ojalá que se haya quitado los pantalones y esté solo con un *slip* y la camiseta! Como esté así me va a costar resistirme a sus encantos. Está muy bueno. Ese aire de hombre melancólico, su voz grave y dulce a la vez, su pelo con su corta melena que le cubre parcialmente la nuca, la barba con la que antes me ha raspado al besarme... Me quedo tan absorta que ni sé cuánto tiempo llevo observándole. Hasta que me tropiezo con la pata de una silla que se me mete entre el dedo meñique del pie y el de al lado, no puedo evitar soltar un grito de dolor que consigo disimular. Por suerte no me ha oído. Se me ha caído todo al suelo, pero no la he liado demasiado.

—¡Ya estoy! —exclamo aún dolorida por el golpe—. No me había dado cuenta de que tengo aquí las velas —señalo un armario bajo—. Ten, coge las mantas —le digo mientras observo levantarse y veo que no se ha quitado los pantalones. Por un lado mejor, pero por otro... ¡Que se los quite! ¡Que se los quite! vitorea una voz en mi cabeza —las deja al lado del *puf* en el que estaba sentado y viene hacia donde estoy.

—Son muchas velas, ¿quieres que te ayude a encender todas?

—Sí, algunas están casi gastadas y no creo que duren mucho.

Enciendo una y junta otra a la que tengo para encenderla, nos miramos y cada uno por un extremo de la terraza las vamos encendiendo. Le miro furtivamente y me doy cuenta que este hombre está sexy hasta enciendo velas. Dobla ligeramente los brazos cuando enciende con sumo cuidado una vela con la otra lo que acentúa sus bíceps musculados. Poco a poco la oscuridad va dejando paso a una tenue luz por aquí y por allá.

—Parece que ya está —dice cuando deja la última en un vasito de cristal.

—Sí, ha quedado muy bonito —sonríe.

—¿Te sientas a mi lado?

—¡Claro! —exclamo demasiado alto mientras me siento a una distancia prudencial. De repente me ha entrado la vergüenza al caer en la cuenta de que es la primera vez que estamos solos sin gente alrededor y solo de pensarlo me empiezan a temblar las piernas. Ahora soy más consciente de que he metido a casi un desconocido en mi casa y... De repente, Jon interrumpe mis pensamientos.

—Eres una mujer muy interesante —trata de romper el hielo—. Cuéntame cosas sobre ti.

—No hay mucho más que contar de lo que ya sabes, soy bastante normal. ¿Y tú? Cuéntame más sobre la universidad. No te imaginaba estudiando...

—Bueno, no siempre fui mendigo o camarero —sonríe—. Hace mucho tiempo, empecé Económicas como tú, pero yo estudiaba en la Autónoma.

—¿De Madrid?

—Sí —sonríe—. Pasé los mejores años de mi vida en esas aulas, pero dejé la carrera cuando me faltaba un año para acabar la carrera.

—¿Por qué?

—Problemas en casa.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué pasó para que dejaras de estudiar cuando estabas a punto de acabar la carrera?

—Es algo de lo que no me gusta hablar. Me cuesta, mucho recordarlo y me duele.

—Lo siento, no quería presionarte.

—Murieron mis padres y mi novia con menos de dos meses de diferencia.

—No me cuentes nada que no quieras.

—En ese caso prefiero no hablar de ello.

—¿Y te has planteado volver a retomar los estudios? Ahora que ya tienes más encauzada tu vida.

—En mis mejores sueños sí, pero creo que ya no es el momento. Apenas me acuerdo de nada de lo que estudié y creo que han cambiado el plan de estudios. Además necesito el trabajo para poder vivir y no volver a la calle. Me aterra la idea.

—Bueno, pero podrías estudiar unas pocas asignaturas sin necesidad de dejar el trabajo. Si quieres y yo te puedo ayudar, podría ser tu profe.

—Con una profesora como tú creo que no podría atender a otra cosa que no fuera que hacer esto —se acerca a mí y une su boca a la mía. Estoy necesitada de él. Cada vez que bebo de sus labios más sed me entra besarlos.

—¿Eso es un sí? —pregunto interrumpiendo el beso.

—Eso es un por favor bésame.

—Pero espera... —me besa de nuevo y consigo fuerzas de no sé dónde para apartarlo de nuevo justo a tiempo antes de que mi cerebro se funda.

—¿Vas a dejar de besarme si digo que no?

—Ni lo dudes —respondo segura.

—Entonces es un sí. Pero con una condición.

—Mal empezamos alumno —bromeo.

—No dejes de besarme. Me encanta hacerlo.

—¡Eres un romántico!

—Cállate y bésame.

—¿O si no qué?

—Lo haré yo —casi se me tira encima cuando me roba un beso.

El tiempo pasa volando. Me besa, le beso. Toco toda su anatomía y él recorre mi cuerpo entero con sus manos. Se tumba sobre mí sujetando su peso con sus brazos. Me pego a él. No me conformo con un beso a distancia, cede y deja caer poco a poco su cuerpo sobre el mío noto su erección entre mis muslos. De vez en cuando interrumpimos el beso, nos miramos a los ojos, sonreímos y volvemos a juntar nuestros labios. Su pelo hace de muro que nos aísla del mundo. Me dejan de importar las vidas anónimas de la gente. Se oye una melodía de fondo que solo podemos escuchar él y yo. Habla de dos personas que se conocen por casualidad, que se ven y no se atreven a decirse nada, hasta que un día él da el paso ansiado por los dos y el mundo de ambos cambia.

Aunque la temperatura baja no nos damos cuenta. Interrumpimos nuestro beso siendo conscientes de dónde nos va a llevar. Paramos, empezamos a hablar de

música y de cine. Estamos jadeantes, mi jersey hace un buen rato que salió disparado por algún lado y tengo un pecho fuera.

—Por favor, Lau, tápate, que no me puedo concentrar si tienes pecho fuera

—¡Pues no te controles! —me muerdo el labio al ver la potentísima erección que se ve a través de sus pantalones— Es más, ¡te prohíbo que lo hagas! —digo mientras me pongo a horcajadas sobre él mientras con mis manos le desabrocho los botones del pantalón.

—Te sobra toda la ropa que llevas puesta —murmura en un gruñido—. Quiero verte desnuda.

Libero su erección y empiezo a masajear su miembro de arriba a abajo con movimientos lentos. Separa nuestras bocas y me quita la camiseta del pijama y despacio empieza a acariciarme los pezones. Su boca recorre mi cuello dando pequeños mordisquitos detrás de la nuca. Poco a poco acelero la velocidad de mis manos sobre su pene, una gota de semen se escapa y eso incrementa aún más mis ganas. Sin dejar de besarme, me baja lentamente la parte de abajo del pijama llevándose a la vez la ropa interior. Acaricia mi clítoris con pequeños círculos y leves presiones. Jadeo. La boca se me seca y me da beber. Introduce uno de sus dedos dentro de mí. A continuación otro y empieza a hacer con el dedo el movimiento que deseo ser sobre las sietes. Abro un cajón y cojo un preservativo de la caja que había guardado antes. No necesitamos palabras. Al ver lo que tengo en la mano, me ayuda a levantarme y con un movimiento rápido se quita los pantalones y los calzoncillos. Se lo pone. Ahora por fin, puedo notarle en mi interior: duro, orgulloso, viril. Me muevo lentamente y nuestros cuerpos empiezan la danza de la música que oíamos de fondo. No pienso, el mundo se detiene mientras nosotros nos dejamos llevar por lo que nos marca el instinto.

No soy consciente del tiempo que ha pasado hasta que empieza a despuntar el alba y sigo despierta. Jon está dormido a mi lado y yo tengo la cabeza apoyada en su pecho. Las mantas que traje cuando llegó tapan nuestra desnudez. No tengo vecinos cerca por lo que podemos estar aquí sin ser vistos.

Madrid amanece perezosa frente a mis ojos. La luz se ha ido intensificando y los tonos dorados de la capital iluminan los edificios de los que poco a poco se van levantando persianas y abriendo ventanas. Por la posición del sol debe ser sobre las siete. Jon sigue dormido con una leve sonrisa dibujada en sus labios. Oigo su corazón que con bombea la sangre con latidos lentos, pero potentes y su respiración es tranquila. Empiezo a darle besos por el cuello mientras dibujo con mi dedo el contorno de sus abdominales y los araña ligeramente. Su cuerpo reacciona y noto como algo debajo de mi cadera cobra vida y se pone en posición de alerta.

—Buenos días —susurra perezoso.

—Buenos días —sonríe mientras le muerdo ligeramente en la barbilla y me recuesto encima de él. Me gusta sentirle bajo mi cuerpo y notar como rodea mi cuerpo con sus brazos. No necesitamos hablar para sentir. No vamos a ponerle nombre, sería apresurarse demasiado y no sabemos dónde nos va a llevar esto que ha pasado.

—No quiero levantarme.

—Yo tampoco —murmura.

—Pues decidido, hoy nos quedamos así todo el día.

—Sabes que eso no es posible —dice con suavidad.

—Siempre podemos fingir una enfermedad...

—Tendríamos que ir al médico para que nos diera la baja y que queramos estar todo el día así creo que no se contempla como causa de ausencia laboral.

—Tienes razón, es el efecto de estar contigo —digo sin pensar.

—¿De estar conmigo?

—Sí.

—Me fundes el cerebro.

—Tú a mí también —reconozco contenta porque ambos sintamos lo mismo.

—Pues tenemos un problema.

—Tienes razón, me voy a la ducha, no puedo llegar tarde a trabajar —me levanto. Le guiño un ojo y entro en el salón con la manta enrollada a mi cuerpo.

—No hace falta que te tapes, ya te he visto entera.

—Descarado.

Cuando salgo del vestidor después de la ducha aprecio olor a pan recién tostado y café. Casi nunca desayuno en casa, pero huele de maravilla y mi estómago se queja pidiendo alimento. Observo desde el umbral de la puerta que se ha vestido y está descalzo. Sus movimientos resueltos abriendo y cerrando todos los muebles de la cocina me deciden a hablarle.

—¿Qué buscas?

—El azúcar.

—Está en ese mueble de ahí —señalo con el dedo el mueble de su derecha.

—He preparado el desayuno. Estoy hambriento.

—Yo también —contesto mientras me siento en unos taburetes que hay debajo de la encimera de granito y sonrío—. Huele muy bien—observo.

—Me alegro.

—En veinte minutos tengo que salir de casa hacia el trabajo. ¿Quieres que te lleve a algún lado?

—¿Pasas por Príncipe Pío?

—Sí, me queda de camino.

—Perfecto, ¿me puedes dejar en el intercambiador? —espero a que me diga para qué quiere que le deje en el intercambiador, pero me resisto a preguntar.

—Es porque quiero coger desde allí el tren hasta la Universidad Autónoma —adivina mi pensamiento.

—Me alegro mucho de que al final vayas a hacerme caso. Pienso ser una profesora particular muy dura contigo.

—Gracias ¿Te estás insinuando, Lau?

—Puede... —arquea una ceja interrogante, se acerca a mí y me besa.

—Lo estabas haciendo —afirma.

—Sí.

—No eres capaz de resistirte a mis encantos... —me acaricia el hombro con sus dedos y mi cuerpo reacciona automáticamente a su tacto, pero disimulo.

—No te creas, no sabes lo dura que puedo llegar a ser... —trato de serenarme.

—Ni tú lo insistente que soy yo.

—No lo dudo... — me besa de nuevo y me dejo llevar.

Hoy no ando, hoy siento que levito. Estoy feliz, hace mucho tiempo que no me sentía tan plena y tan llena de vida. Hasta ahora no ha habido ningún problema en la oficina, creo que la gente, no sé por qué, sonrío más que ayer. Hace unos de esos días agradables de primavera en los que el sol calienta con fuerza y dan ganas de sentarte en una terraza en buena compañía. En este caso ha sido mi padre, que se ha levantado tan bien como yo y me ha invitado a comer (aunque realmente yo llevo levantada desde ayer por la mañana, pues apenas he dormido nada esta noche).

Al final, por la comida con mi padre, he tenido que posponer la que tenía con Pedro para mañana. Me comentó que se alegraba mucho de que no me hubiera enfadado porque mi madre hubiera invitado a Andrés a comer el otro día sin decirme nada.

Me desconcertó mucho que me lo dijera, se suponía que él había pasado a saludar a mis padres y que, como ya era cerca de la hora de la comida, mi madre aprovechó para invitarle a comer ya que acababa de llegar a la ciudad y su familia estaba en la residencia de verano que tienen el campo. Aunque bien es cierto que la escena era extraña. Cuando llegué, los vi a los dos sentados hablando delante un plato con mini canapés de queso curado y mermelada de frambuesa, mientras el sofrito de la paella se hacía lentamente en la olla. Aun así, no le di más importancia, estaba muy contenta por volver de nuevo a Andrés y eso era lo que contaba.

No voy a repetirles de nuevo a mis padres que con Andrés no va a pasar nada más. Ya lo he hecho hasta la saciedad, tengo desgastadas las cuerdas vocales en ese

aspecto con ellos. Parece que no son capaces de entender que lo nuestro fue una historia del pasado y que en ningún caso hay un futuro posible de Andrés y yo como pareja. Ya probamos una vez y acabó muy mal. No voy a tirar por la borda la amistad tan especial que tengo con él por un capricho de nadie, ni siquiera de mis padres.

A última hora de la tarde los cafés han dejado de hacer efecto y me siento realmente cansada. Mi secretaria me avisa de que hay un mensajero en la puerta y que solo me puede dar a mí el paquete. Salgo de mi despacho arrastrando los pies por el cansancio de una noche sin dormir y veo a un chico de unos dieciocho años que sostiene un gran ramo de flores. El agotamiento desaparece de golpe. Hay margaritas, rosas, petunias, claveles... Es muy bonito y voluminoso, la mezcla de olores inunda rápidamente toda la estancia y desde otras mesas veo como otras compañeras me miran con envidia. No les hago caso, la duda importante es: ¿serán de Jon o de Andrés? Rebusco entre las flores y leo la nota.

*Gracias por lo de la otra noche, me encantó reencontrarme contigo.
Tuyo.*

Andrés.

La decepción inunda mi rostro. Hace dos semanas de lo de Andrés y no entiendo a qué viene que justo hoy me envíe las flores. No toca. Le dejé muy claro que solo había sido una noche, no sé qué no entendió de esa frase.

Lo de esta noche con Jon fue mucho más profundo. Fue como si los muros de una presa se rompieran y nuestros sentimientos salieran con fuerza arrastrándolo todo. Como un tsunami con una fuerza desgarradora y abrasadora, que me dejó completamente exhausta. Con él he sentido cosas que jamás creía que podía llegar a sentir. Miro el móvil y veo que tengo varios mensajes de *WhatsApp* del causante de mi desvelo. Sonríe, esta vez con ganas. Este es el mensaje que estaba esperando y no el de Andrés.

—Hola rubita. Ya he ido a la universidad y tengo buenas noticias: tienen mi expediente y voy a poder reincorporarme a las clases en septiembre. Tengo que llevar una documentación y que en principio no va a haber problemas de plazas. Empezaré cuarto de carrera, justo donde lo dejé. Te has convertido en un ángel para mí. Que tengas un buen día preciosa.

Enviado a las: 12:08.

Mi estómago da un vuelco de alegría. Preciosa, ángel y de nuevo empezará la universidad. ¡Cuántas buenas noticias juntas!

—¡Hola guapo! Me alegro mucho de que vuelvas a la uni. Es una noticia excelente. Espero que estés teniendo un muy buen día. Yo hoy levito gracias a ti.

Enviado a las: 17:05.

—¡Quiero empezar ya las clases! Espero que las particulares empiecen antes...

Enviado a las 17:06.

Deja la pelota en mi tejado... Si quiere que nos veamos me lo va a tener que pedir él. Yo no. No soy una mujer desesperada por sus besos, ni por su voz, ni por cómo me siento cuando estoy con él... ¡Maldita sea, sí! Esta vez me voy a hacer valer. Pero mis dedos escriben sin mi permiso.

—Yo también tengo ganas de que empiecen las clases.

Enviado a las 17:07.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche? Salgo de trabajar a las once. Es un poco tarde, pero no puedo salir antes.

Enviado a las 17:07.

Hoy no podría. Necesito pensar, dormir y estar tranquila, para tratar de saber qué es lo que siento.

—Hoy me viene mal. Estoy muy cansada, ¿quedamos mejor mañana?

Enviado a las 17:08.

—¡Perfecto! Mañana, salgo a las tres, ¿quieres que comamos juntos?

Enviado a las 17:10.

—¡Claro! ¿Alguna idea de dónde ir a comer? Prefiero que sea por la zona alrededor de la oficina, después tengo que volver.

Enviado a las 17:11.

—Sin problema. Decide tú el lugar, seguro que te conoces mejor la zona que yo.

Enviado a las 17:12.

—Vale. Luego te mando la dirección. Voy a seguir trabajando. Besos.

Enviado a las 17:12.

Le envío la carita del beso con el corazón. De nuevo floto.

—Agur guapa.

Enviado a las 17:15.

Agur^[4] a la cordura y *kaixo*^[5] a la locura y a la seguridad de querer saber hasta dónde me lleva todo esto con él.

Después de la conversación por *WhatsApp* con Jon, se me ha olvidado que estoy en medio de la oficina contestando sus mensajes. Mi padre se acerca desde el fondo y me da un tierno beso en la cabeza. Odio que haga eso. Si ya la gente sabe que soy la hija del gran jefe, que tenga una muestra cariñosa en la oficina no me parece apropiado y me quejo.

—¿De Andrés? —dice señalando las flores.

—¡Claro! ¿De quién sino? —pregunto a mi padre.

—Ah, no sé, ya sabes que quien se mete en tu vida es tu madre y no yo. ¿Estabas dándole las gracias a Andrés por las flores? —mira mi móvil que lo llevo en la mano. En el fondo aunque dice que no, quiere saber.

—Justo se lo iba a agradecer ahora.

—Muy bien. Marcho, hija, me voy a casa. Creo que ya he trabajado bastante por hoy —otra vez me da el beso en la coronilla.

—Adiós, Paul —le llamo por su nombre en la oficina.

Vuelvo a mi despacho para tratar de terminar mi jornada laboral. A las seis y media doy por finalizado mi día, apago las luces, el ordenador y guardo los expedientes. Recojo unos documentos y decido dejar las flores que me ha enviado Andrés en el jarrón en el que están para no tener que llevármelas a casa. Envío un mensaje rápido de agradecimiento escueto y cordial a Andrés.

Reviso la bandeja de entrada del móvil y compruebo que Patri, una de mis mejores amigas del colegio, me ha mandado una invitación formal para la fiesta que va a celebrar el quince de septiembre por el final del verano en su chalet. Me ruega que confirme la asistencia con antelación y que le indique el nombre de mi acompañante. Aunque ni siquiera ha terminado la primavera ella es muy dada a organizar todo con mucha antelación. No dudo en responder el correo y le confirmo que iré

acompañada. Ahora bien, ¿quién será el que vaya conmigo, Andrés o Jon?

JON

Llevamos dos semanas sin saber nada del señor Sori y tampoco de su hijo. Roberto me confirmó lo que yo creía que él pensaba, no se fía de ellos. Traté de convencerle de que estaba equivocado, pero él insistió en que había algo que no le cuadraba. ¿Por qué si mi padre dejó de venir hace ocho años él se quedó trabajando unos años más? No aclaró qué pasó desde entonces, se quedó callado en ese punto y su hijo se puso visiblemente nervioso cuando tratamos de indagar más sobre ello.

Este viaje no está siendo solo un viaje para cerrar mi pasado, sino de autoanálisis. Con el estrés de la jornada laboral, escasamente queda tiempo para nada, mucho menos para pensar.

En los diez últimos años de mi vida han cambiado tantas cosas tantas veces que el Jon que tenía veinte años no se parece en nada al de ahora. Con esa edad creía en imposibles y en la gente de mi alrededor. Tuve que vivir una situación dramática para ver que todos aquellos que se hacían llamar amigos no eran más que personas a las que no les importaba. Por eso no guardo las amistades de entonces, porque nadie quiso ayudarme, al menos no de verdad. Tenían pavor de juntarse con un apestado, con un alcohólico que solo les traería problemas y les pediría dinero cuando él ya no tuviera. Nadie se preocupó por saber si estaba bien o mal, simplemente desaparecieron. Sin tíos ni primos a los que llamar para pedir consejo me quedé solo.

El dinero de la herencia me duró unas cuantas borracheras que pagaba a todo aquel que se acercara a mí en una discoteca. A veces incluso la cocaína de esos sinvergüenzas interesados que veían en mí al pringado que les iba a pagar esa noche la borrachera y las drogas. Yo solo buscaba un poco de cariño y comprensión, un hombro en el que llorar y soltar mi pena. Quise llamar la atención de éstos a los que se suponía que debía importar y solo encontré puertas cerradas. Cuando me veían, me rehuían. Les di igual. Les era indiferente, como un desconocido y no como el hijo de sus amigos, o como el amigo de la universidad o colegio que estaba pasando por una mala racha.

La espiral de autodestrucción siguió hasta que me echaron de la vivienda de mis padres por no pagar los treinta mil euros que quedaban por pagar de una hipoteca de cuatrocientos mil. No hubo protestas por mi desalojo ni barullo. No se llevaba eso y yo era un niño de clase bien, caprichoso, que no quería asumir la muerte de sus padres y de su pareja.

Cuando salí de la calle me aferré a la vida de nuevo, creí de nuevo en las personas y en Laura... Ella se convirtió en el oasis en medio del desierto. Daba igual cómo me había ido el día, si los clientes en la pastelería se habían quejado mucho o si ese día mi compañera estaba de un humor de perros, un mensaje suyo y se me instalaba una sonrisa en la boca que no quería ni trataba de disimular en ningún momento. Estaba bien. El trabajo no era en el que esperaba vivir toda mi vida, pero me daba para pagar un apartamento pequeño en un barrio obrero de Madrid, cubrir mis gastos e incluso ahorrar algo de dinero. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Chica, trabajo, salud y dinero. Hasta que llegó la proposición de Laura.

Laura me propuso dejar la pastelería y trabajar como becario en su empresa. Era una oportunidad que no podía desaprovechar. Pude acabar la universidad, trabajaba en algo que me gustaba y estaba cerca de Laura. Pero Paul Norton era el dueño de esa empresa y el responsable directo de mis desgracias. Quise dejarlo pasar por alto, ni mis padres, ni Mónica iban a salir de debajo tierra. Podía arruinarme de nuevo la vida y ya no me creía capaz de volver a pasar por el infierno que era vivir en la calle, pero entonces los sueños en los que les veía a ellos se hacían más insistentes. Cuanto más trataba de olvidarles, más presentes en mi vida estaban. Me machacaba en el gimnasio, trataba de mantener a raya lo que sentía por Laura, pero vi que no podía, que tenía que hacer algo por resolver el asunto y solo encontré salida tratando de vengarme de Paul Norton. Por eso me propuse buscar en todas partes hasta que encontrara algo. El día que estuve buscando en el despacho de Paul en su casa ya había llegado a un punto desesperado. Previamente había peinado todas las salas del edificio de Norton buscando documentos e incluso llegué a memorizar las claves de Laura para ver si encontraba alguna documentación en los archivos de la compañía. No encontré nada. Después de oír el ruido que había hecho el cristal contra el suelo por haberse roto la fotografía llegó Laura preocupada por el ruido con ojos soñolientos, me excusé diciendo que quería leer un buen libro de los que había recomendado Paul y que según me dijo una vez podía coger cuando quisiese de su despacho. No se extrañó, ella estaba delante cuando me lo dijo. Así que cogí el libro que estaba al lado de la imagen que estaba hecha añicos en el suelo. Recogimos todo y volvimos al salón, Laura se volvió a quedar dormida y yo en ese momento tomé la decisión que no podía seguir así.

Cuando la vi en el juzgado tan destrozada, me di cuenta de que no solamente la quería y la apreciaba, sino que la amaba. No puedo quitarme de la cabeza el recuerdo del calabozo, ese aciago lugar que me pareció un lugar perfecto para estar el resto de mi vida si estaba con ella. Cualquier lugar será bueno si ella está en él. Y después su ausencia. El cambio de casa. El cepillo solitario en el vaso de la pasta de dientes. El mantel y los cubiertos para uno. El identificador de llamadas sin ninguna llamada suya y el no poder verla salvo en fotografías en revistas del corazón, como si fuera una desconocida y no la mujer con la que compartí mi vida durante aproximadamente tres años. Es duro verla como una estrella que nunca podré tocar. Esa idea es inconcebible. No quiero más cumpleaños sin ella, Navidades sin sus regalos, ni días en los que no pueda darle un beso o mandarle un mensaje en el que le recuerde que la quiero. La venganza no ha servido de nada, no me ha hecho más feliz y me he dejado el roto corazón por el camino.

—Roberto —le llamo volviendo a la realidad. Está sentado enfrente de mí buscando en Internet como tantas otras veces ha hecho en el tiempo que llevamos aquí paralizados, inmóviles sin noticias del señor Sori. Está visiblemente molesto y no para quieto.

—¿Qué sabes de Laura?

—Nada.

—No te creo.

—Prefiero que no sepas las últimas noticias, no te van a gustar.

—¿Tengo que llamar a alguien para que me lo cuente o lo vas a hacer tú? Pensaba que podíamos confiar el uno en el otro. ¿Es Andrés, verdad?

—Le ha pedido que se case con él.

—¿¡Cómo!? ¿Cuándo? ¿Han vuelto a estar juntos?

—Te dije que no te iba a gustar.

—¿Estás de broma?

—No —sigue mirando la Tablet distraído sin hacerme el menor caso.

—Después de que le pidieras el divorcio él se acercó a ella, supongo que como un buen amigo que busca ayudarla, pero parece que entre ellos ha vuelto de nuevo a saltar la chispa. Fue él quien estuvo a su lado cuando la dejaste abandonada sin la menor explicación que una nota cruel en la que le pedías que no te buscara. Tus motivos son nobles, pero ella no los sabe.

—Pero...

—Nada —me interrumpió—. Ponte en su lugar. Ella cree que la apartaste de tu lado como si fuera una cualquiera. Sin ningún motivo, sin ninguna explicación y está segura que cree que te casaste con ella sin quererla.

—¡Pues claro que la quería! Solo que entonces no era consciente de ello. Tuve que verla destrozada en el juzgado para saber que la amaba y estar apartado de ella durante este tiempo para ser consciente que lo que siento por ella no lo he sentido en mi vida.

—¿Ni siquiera por Mónica?

—No lo sé. Quizás lo que siento por ellas sea parecido. Lo de Mónica fue maravilloso, pero lo de Laura también. No sé si se puede amar a dos personas distintas con la misma intensidad del sentimiento.

—No lo sé. Creo que nunca he estado enamorado, como mucho encaprichado.

—¿Y Verónica?

—No me la imagino como la madre de mis hijos.

—Yo a Laura sí. La veo en un chalet con un gran jardín, un perro y dos niños... —dejo de soñar cuando veo que mis pensamientos se desvían— Entonces me imagino que ya le ha dicho que sí. ¿Ya tienen fecha?

—Sí, se casan en un mes y medio, el 26 de septiembre.

—¿¡En un mes y medio!? ¿¡Pero por qué!?! ¿Por qué tan rápido?

—¿En serio me lo preguntas? ¿Tú? ¿Te recuerdo cuánto tiempo tardasteis en casaros desde que le pediste que se casara contigo?

—Eso era diferente. No tiene nada que ver.

—¡Pues claro que tiene que ver! Es la misma situación, solo cambia el novio.

—Gran detalle —busco una excusa—. Yo, yo...

—Tú nada Jon, como no te des prisa en resolver tus asuntos perderás a Laura y esta vez Andrés no es el adolescente que se agobiaba por tener a su chica en clase.

Ahora ambos han cambiado mucho y como no impidas esa boda perderás a Laura para siempre.

—¿Desde cuándo lo sabías?

—Me enteré el día de antes de venir aquí contigo.

—¿Y entonces por qué has tardado tanto en contármelo?

—Porque no quería desilusionarte y porque hasta ahora hemos conseguido mucha información, pero está claro que la clave de todo esto es el señor Sori.

—Laura no se va a casar con Andrés, voy a impedir esa boda —mascullo entre dientes—. El único hombre con el que se va a casar Laura es conmigo —me levanto de golpe y hablo en voz alta—. Señor Kofee, señor Kafani, Roberto. Vámonos. Tenemos que buscar las pruebas por nuestra cuenta. Está claro que el señor Sori y su hijo nos han estado tomado el pelo. Me he cansado de ellos y no podemos seguir perdiendo el tiempo ni por él ni por nadie —los tres hombres se ponen en pie y me siguen en dirección al coche. El resto de clientes que están en el salón del hotel se sorprenden al ver a cuatro hombres que hasta entonces estaban parados, aburridos sin hacer nada, salir corriendo hacia el vehículo que tenemos aparcado fuera.

La adrenalina nos mueve y el conductor va especialmente rápido. Miro al cielo y le ruego que no sea demasiado tarde, que de ésta salga con vida y que cuando acabe todo, un día me despierte con Laura entre mis brazos. Solo quiero eso, solo aspiro a eso.

Como una película a cámara rápida, pasan fugazmente los días en los que siento que vamos dando palos de ciego. Eso no nos detiene, en este caso el fin sí justifica los medios. Llevamos más de dos semanas sin tener noticias del señor Sori. Lo que termina de reafirmar las sospechas de Roberto. Cuando vamos a las minas, vemos que la situación es aun peor de lo que nos relató el señor Sori y mi padre en la carta. Los controles en la carretera son constantes, cuanto más nos acercamos a las minas más dinero nos piden y pasamos de ver camiones con grandes sacos blancos con patatas encima a chicos en moto con esos extraños bultos, incluso niños con bicicletas antiguas que son poco más que un hierro con dos ruedas.

Lo que aquí llaman carretera pasa a ser un camino intransitable sin ningún tipo de drenaje que, en cuanto llueve los vehículos se quedan atrapados, originan larguísimos atascos de varias horas. En varias ocasiones somos nosotros los que nos quedamos atrapados. Entre los cuatro y unos cuantos conductores más que bajan de sus vehículos para ayudarnos, conseguimos sacar del barrizal al cuatro por cuatro. En otras ocasiones somos nosotros los que bajamos a ayudar. Este percance más que retrasarnos nos ayuda, con algunos llegamos a coger cierta confianza y nos van dando pistas de cómo llegar a las minas y por quién preguntar. Si algo estoy aprendiendo en este país es el valor del trabajo en equipo. Todos necesitamos de todos.

La pobreza extrema se refleja en la cara de los habitantes que contrasta con el exuberante paisaje que tiene el país. Selvas con enormes plantas exóticas de varios metros de alto y lugares de una belleza inconmensurable. Cuando el momento es seguro, aprovechamos para parar y hacer fotografías aunque ni la mejor de ellas sería capaz de captar toda la hermosura que nos rodea.

Nada nos detiene y a pesar de las constantes advertencias del guía que nos desaconseja seguir el viaje y volver al hotel, continuamos. Hemos venido aquí para algo. Al cuarto día desde el comienzo de la aventura por nuestra cuenta tenemos noticias del señor Sori, ha sido capaz de localizarnos. Dice que nos quedemos donde estamos, que nos tienen vigilados y que es cuestión de poco tiempo que nos roben o nos hagan algo peor.

La noche ha caído sobre nosotros, estamos perdidos en medio de ninguna parte. Ni rastro de un hotel y mucho menos de un lugar donde podernos dar una ducha de agua caliente para quitarnos el cansancio y la polvareda de estos cuatro días en los que hemos tenido que dormir en medio del campo, ocultos, lejos de cualquier carretera, borrando las marcas del vehículo y haciendo guardia.

Cada vez más exhaustos, solo nos mantiene en pie la esperanza de tener aquellas pruebas que incriminen al padre de Laura en lo que ocurrió a mis padres y a Mónica.

Mi diario de viaje se ha convertido en una sucesión de cartas para Laura en las que le explico todo, le juro mi amor eterno y que ojalá algún día pueda leer. Le digo con palabras todo lo que me muero por decirle en persona. Cada vez que me quedo dormido sueño una y otra vez con que la tengo de nuevo entre mis brazos, en un día de primavera. Vamos agarrados de la mano y volvemos por la esquina en la que la conocí, pongo una rodilla en el suelo y de mi bolsillo del pantalón saco una cajita roja y le pido que se case conmigo. Ella se lleva las manos a la cara por la emoción y me dice que sí, que quiere ser de nuevo mi mujer, solo que en este caso, va a ser para siempre, no podrá ser de otro modo.

—Jon, despierta —me dice el señor Kofee.

—¿Qué ocurre?

—Ya están aquí el señor Sori y su hijo.

—¡Por fin! —exclamo cansado de tanta espera.

—Vamos —dice Roberto—. Esperemos que esta vez tengan algo contundente. Estoy harto de que esos dos nos tomen el pelo.

—Yo también.

Abrimos el portón del maletero y salimos a la oscuridad de la noche. Hace frío y me rechinan los dientes. Solo nos alumbraba la luna y unas linternas que tenemos constantemente apuntando al suelo para que nadie nos vea en mitad del campo. Tal y como nos dijo el guía son ellos.

—Buenas noches Jon, Roberto, Koffee, Kafani —dice el señor Sori—. Es una locura que hayáis venido sin nosotros, ¿por qué no nos habéis hecho caso?

—Porque no teníamos noticias vuestras. La falta de actividad nos estaba agotando y no podemos quedarnos indefinidamente en el país —responde Roberto visiblemente malhumorado, ante una pregunta tan obvia.

—No es fácil contactar con la gente. Incluso en la época de la tecnología hay cosas que es mejor hablar cara a cara.

—Ya está bien de tanta charla insustancial —zanjo el tema—. Contadnos, ¿qué tenemos que hacer?

—Vamos a ir al norte. Allí visitaremos una mina y su capataz será el que os dé la documentación. Eso sí, no será gratis, después de eso él va a tener que huir con toda su familia. Necesitará dinero para callar bocas y documentación falsa para salir del país y comenzar una nueva vida.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —pregunta Roberto.

—Quiere una jubilación dorada.

—Y nosotros que nos toque la lotería, no te jode... —ironiza Roberto—. Dejas de tonterías y hablad, nos estamos jugando mucho, la vida —afirma de nuevo mi amigo.

—Él también se está jugando la vida. No dudéis de que habrá represalias y quiere una compensación justa. Le dije que el dinero no sería problema.

—Pero ¿quiénes os pensáis que somos, el Fondo Monetario Internacional? —masculla Roberto.

—No somos ricos, ojalá —medio entre el señor Sori y Roberto—. Sé lo que es sufrir, vivir en la calle y perderlo todo. Pero tenéis que entender que mi dinero y mi paciencia son escasos. ¿De cuánto dinero estamos hablando?

—De noventa millones de francos congoleños —dice el señor Sori.

—¿¡Noventa y un mil euros!?! —brama mi amigo cuando traduce el dinero a euros— ¡Eso es muchísimo dinero!

—Un auténtico robo —confirmo.

—Ahora entiendo lo de la jubilación dorada. Seguro que con ese dinero compran medio país —satisface Roberto, muy enfadado mientras se apoya en el capó del coche—. Jon ni se te ocurra pagar esa cantidad. Te están estafando.

—No estafamos a nadie —defiende Ajouter—. La información es cara y los riesgos son muchos. O lo toman o lo dejan.

—No puedo pagar eso. Es demasiado dinero, decidle que como máximo cuarenta millones de francos congoleños —oferto al señor Sori.

—Eso es muy poco.

—No podemos ofrecerle más.

—Está bien, se lo diremos.

—¿Puede llamarle ahora?

—Seguramente esté durmiendo, pero lo intentamos.

El hijo del señor Sori hace caso a su padre y llama al contacto que nos va a dar la documentación. El que hayan tardado tanto tiempo me ha llevado a desconfiar de ellos, pero tampoco tengo otra opción. En estos días no hemos conseguido demasiada información y apenas tengo algunas fotografías de los alrededores y de los sacos en los que va el coltán. Aunque todavía no ha hablado de cifras, seguramente el señor Sori quiera dinero. La confianza y el recuerdo de mi padre es lo que inicialmente les ha llevado a ayudarme, pero los recuerdos no dan dinero y yo no soy más que un desconocido, hijo de una persona que durante un tiempo fue un amigo.

—Estoy al teléfono con él y me dice que exige setenta millones de francos —dice el hijo de Sori.

—Dile que sesenta millones de francos y es mi última palabra —oferto a Ajouter para que se lo diga a su interlocutor.

—Sesenta y cinco millones —pide la persona del otro lado del teléfono.

—¡De acuerdo! —contesta Roberto por mí. Le miro estupefacto, no entiendo por qué ha respondido sin saber si estaba o no de acuerdo— Es para que no entréis en un mercadeo de cifras.

—Los quiere en una semana. Tendréis que volver de nuevo a Kivú. Se acercará hasta la ciudad para hacer unos trámites y te llevará toda la documentación que tenga y a cambio tú le darás el dinero. Nosotros os acompañaremos para asegurar la transacción y que no surjan problemas —resuelve el señor Sori.

—Está bien —cedo—. No sé cómo voy a hacer para reunir esa cantidad en tan poco tiempo, pero necesito esos documentos como sea.

—Bien, por esta noche, nos quedaremos aquí, faltan pocas horas para que amanezca y es un lugar seguro. Saldremos para Kivú al despuntar el alba. Saldremos todos juntos, llamáis mucho la atención por esta zona y es mejor ir en grupo, en dos días estaréis a salvo.

—Sí, es lo mejor—confirma el señor Koffee.

—Ahora a dormir un rato —manda Roberto—. Yo me quedo vigilando —coge los prismáticos de visión telescópica y se los cuelga del cuello, descansad tranquilos si veo algo raro os aviso.

Hay veces que me surgen dudas. ¿Y si esas pruebas están manipuladas? ¿Y si en las anotaciones de mi padre hubiera algún error? O peor, ¿y si el señor Sori fuera un farsante que engañó a mi padre? No soy capaz de fiarme de nadie y menos de alguien a quien casi no conozco. La vida me ha dado muchas decepciones, al igual que yo también he fallado en muchas ocasiones a la gente que tenía la confianza depositada en mí. Aun así me siento atados de pies y manos. No soy libre tomando las decisiones. La soga de las circunstancias solo me permite mover los dedos para tratar de romperla hilo a hilo hasta por fin ser libre, con el riesgo de tratar de cortar el hilo incorrecto y apretarla todavía más.

Tal y como predijo el señor Sori, a los dos días estábamos de vuelta en Kivú. Durante el trayecto pinchamos una rueda y tuvimos que parar para arreglarla. El viaje no fue cómodo. Ajouter y su padre iban con dos personas más en un todoterreno que circulaba detrás del nuestro y cuando parábamos para descansar hablábamos lo estrictamente necesario. Éramos como dos bandos que por motivos diferentes, se tienen que entender. Nosotros por la información, ellos por dinero.

Durante este tiempo, he estado en contacto casi continuo con mi banco en Madrid. Sesenta y seis mil euros no se consiguen de un día para otro. Ojalá los tuviera en mano, pero no es así. Como afortunadamente la empresa va bastante bien, he podido pedir un crédito personal a un tipo bastante asequible y con muy buenas condiciones teniendo en cuenta la situación del mercado.

A pesar de los días que ya han pasado y de las explicaciones que hemos pedido a Ajouter y al señor Sori seguimos sin entender cómo es posible que sabiendo la urgencia de este viaje no se pusieran en contacto con nosotros aunque solo fuera para decirnos que estaban tratando de localizar al contacto. Estoy seguro de que si hubieran querido, podrían haber hablado con el hombre el mismo día que fuimos a su casa y que tanta espera es una maniobra para aumentar el precio de la información. Espero que las pruebas sean muchas, y muy valiosas, y no una patraña que se han inventado padre e hijo para sacarnos mucho más dinero de lo que vale. Tanta amabilidad por su parte y tantas molestias a la hora de conocerme no era gratis, valen cinco mil euros.

Ya ni sé que excusa ponerme para que no me cabree tanto tener que dar tanto dinero al señor Sori. No soy tonto y soy consciente de que su contacto está poniendo su vida en juego y entiendo que debe ser recompensado por ello. Solo por eso acepto con resignación, que no me queda otra opción que pagar, ya que en el fondo estoy contribuyendo a la corrupción de este país. Si fuera de otro modo nunca me habría prestado a ello.

Hoy acudiré a un banco de la capital con Roberto, Koffee, Kafani y el señor Sori para sacar el dinero y pagarle. Mañana a primera hora de la mañana empezamos el viaje de regreso a Madrid. No miento cuando digo que lo estoy deseando. Solo el altruismo y lo buena persona que era mi padre me hace entender sus largas estancias aquí, yo no habría resistido tanto tiempo como él en este lugar. Necesito sentir la libertad, salir a dar un paseo sin tener la sensación de que hay mil ojos pendientes de mí con el fin aprovechar el menor descuido para quitarme la cartera o quien sabe qué.

De este viaje saco varias en cosas en claro, que mi padre no solo era bueno en casa, sino una persona íntegra que por encima de su trabajo amaba hacer el bien a los demás. Si ya le admiraba antes de venir aquí, ahora se ha convertido en todo un referente para mí, un espejo en el que me encantaría mirarme algún día. También que a mi libreta de viaje no le queda ni una sola página sin escribir y que he tenido aprovechar hasta las tapas. No sé cuándo, pero en algún momento le haré llegar esta libreta a Laura. Y la tercera que cosa que he aprendido es que he podido llegar a tener sensación paz interior aunque no del todo y que aquí he recuperado a mi amigo el picapleitos, Roberto. Él me ha demostrado ser un hombre de verdad. Le veo sentado como las anteriores veces leyendo enfadado algo en el *ipad* y tecleando de cuando en cuando con tanta fuerza que creo que va a romper la pantalla.

—Como sigas así, vas a romper la pantalla.

—¡Es que estoy harto! Hay veces que ni soporto ni entiendo a las mujeres.

—¿Tormenta en el paraíso?

—Huracán más bien. Verónica no para de echarme en cara que haya preferido venirme y digo palabras textuales “al culo del mundo antes que pasar las vacaciones con ella”.

—Y es así, en cierto modo.

—Pero es que no podía hacer otra cosa. Lleva una temporada súper pesada conmigo y me agobia.

—Déjala entonces.

—Lo he intentado mil veces, pero cuando lo hago viene a mi casa, me monta una escena de lloros y pataleos y no sé cómo, pero siempre me acaba convenciendo. Al final siempre soy yo el que le acabo pidiendo perdón.

—Afortunadamente no hay muchas mujeres así.

—Pues entonces debo ser yo que las atraigo.

—Lo único bueno de estar solo es que no aguantas sus ataques de histeria, lloros o mala leche de algunas de ellas.

—Totalmente de acuerdo. Pero bueno, cuéntame, ¿ya tienes pensado qué vas a hacer para impedir la boda de Laura?

—No tengo trazado el plan. Supongo que con lo que nos den hoy lo usaré para hacerle abrir los ojos. Estoy deseando salir de este país, me agobia.

—A mí también —Roberto cierra la tableta y la mete en su funda dando así por terminada la conversación que mantenía con Verónica—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites, ¿verdad?

—Me alegra oírlo y no sabes cuánto te lo agradezco. Si nos llegan a decir hace dos meses que nos íbamos a acabar entendiendo, no nos lo creeríamos.

—No —ríe—. Pero reconozco rápidamente cuando alguien dice la verdad y tú no mentías. El que el señor X nos citara y tú no supieras nada influyó mucho, algo

muy gordo tenía que ser cuando había tanto secretismo.

—Sí, ¿sabes algo de su identidad?

—Sí, mi padre me confesó que había sido él quien nos llamó a los dos.

—¿¡Tu padre!?! —pregunto atónito.

—Ya estamos aquí —aparece el señor Sori con su hijo en la recepción del hotel interrumpiendo la conversación—. Ha llegado el momento.

—Vamos —ya hablaré con Roberto más tarde. Pagar e irnos para llegar justo a tiempo al aeropuerto es prioritario.

LAURA

Estos cuatro meses con Jon han sido los más maravillosos de mi vida en los que nos hemos ido conociendo poco a poco. Es una persona con grandes inquietudes intelectuales. Cada vez me gusta más y aunque todavía no me ha contado demasiado sobre qué pasó con sus padres, no es algo que me preocupe especialmente.

El mes pasado tuvo cuatro días de vacaciones en la pastelería y decidimos hacer una escapada a la sierra, a una casa rural perdida en mitad de la montaña que alquilamos para los dos. Me dijo que le apetecía estar conmigo tranquilamente mirando las estrellas, leyendo, paseando y, por las noches, haciéndome el amor hasta el amanecer. Plan perfecto.

La casa era de piedra con grandes ventanas con cortinas blancas y la decoración era una mezcla entre tradición y minimalismo. La cama estaba en un altillo cuyo peso soportaban dos vigas de hierro, debajo había una cocina pequeña, fregadero y una nevera pequeña. Tenía un pequeño jardín en la parte trasera de la casa, con un porche, barbacoa y piscina privada.

Obviamente los móviles estuvieron apagados y el mundo dejó de existir. Nos necesitábamos tanto el uno al otro que cada vez que necesitábamos estar todo el tiempo pegados, ya fuera abrazados viendo las estrellas con una manta, andando de la mano o durmiendo abrazados. Nos volvimos adictos a nuestra mutua compañía.

Cuando volvimos cada uno a nuestra casa, fue muy duro, le necesitaba conmigo a todas horas. Me desesperaba por no notar sus labios en mi espalda cada noche, por no oler su perfume antes de ir a trabajar o no ver su ropa encima de la mía. Una llamada y Jon aparecía en mi casa en tiempo récord o yo en la suya.

Hace una semana que ha empezado las clases en la universidad y ha coincidido que estamos en un pico de trabajo por eso he pedido un becario en la empresa. Es el candidato perfecto. Inteligente, sabe muchísimo más de lo que cree de economía y le apasiona la profesión. Creo que es una buena idea porque así él tendrá su primera oportunidad profesional en condiciones a la vez que tendremos más tiempo para estar juntos. Espero que acepte.

Hoy es la fiesta en casa de mi amiga Patri, es el gran evento de cierre del verano. En la invitación exigía ir de etiqueta. En ella siempre hay música de un grupo de moda, botellas de *Möet Chandon*, caviar de *Beluga* y mucha gente de la *jet set*. Un ambiente muy exclusivo. Es una noche que acaba cuando ya está bien entrado el amanecer e incluso algunos siguen la fiesta en algún *after* del centro.

Me costó un poco convencer a Jon para que viniera y más cuando supo que iba a estar Andrés. No se llevan mal, pero prefieren no estar en el mismo lugar que el otro. Jon ya sabe todo lo que hemos sido él y yo, incluido que me acosté con él aquel día que nos volvimos a ver tras estar cuatro meses sin vernos. No se lo tomó demasiado bien, pero lo aceptó, no le quedaba más remedio. Lo hecho, hecho está y sabe que solo tengo ojos para los suyos y besos para sus labios.

Menos gracia le hace a Jon que de vez en cuando quede con él. No se termina de fiar de las intenciones de Andrés, tanto que está convencido de que si no estuviéramos juntos, haría todo lo posible para volver conmigo. Trato de tranquilizarle con que para mí Andrés es como un hermano. Atracción cero, aunque sí que es muy atractivo.

Reconozco que me divierto mucho al ver la cara de Jon cuando se pone celoso porque le hablo de él. Es lo justo, yo también me celo mucho cuando veo que su compañera de trabajo le da leves golpecitos en la cadera. Estoy segura de que lo hace a posta, pero nunca demuestro lo que pienso. Cuando voy a buscar a Jon al trabajo y está ella con la sonrisa más falsa que tengo le pregunto por cómo le va todo y trato de ser lo más cordial posible.

En cuanto a mis padres, saben que no estoy con Andrés. Eso supuso un gran drama en mi casa. Conociendo a mi madre seguro que ya se veía anunciando en la prensa el compromiso entre su adorada hija mayor y su futuro yerno Andrés, uno de los solteros de oro de la nobleza española. No quiero ni pensar qué va a hacer cuando se entere que quien ocupa mi corazón es Jon. Preferiría no estar cuando se lo diga, pero no es en plan de llegar a casa un día de buenas a primeras y decirle “papá, mamá, Claudia, mi novio es el pastelero. Fue mendigo hace un tiempo, pero ya no vive en la calle”. A estas alturas no me van a decir con quién puedo estar y con quién no, pero no voy a mentir, no es su situación ideal. Claudia, en cambio, no sé bien cómo reaccionará. Estoy segura que al principio no lo entenderá y creará que estoy loca, pero no tardará mucho en comprender que uno no elige de quién se enamora y sin duda se acabará llevando bien con Jon. Son muy parecidos de carácter, pura energía, aunque a la vez algo tímidos y maniáticos.

En cuanto a Jon y a mí como pareja, somos pura dinamita, cuando hacemos el amor somos tan ruidosos que más de una vez los vecinos han subido a casa quejándose de que eran las tres de la mañana y no podían dormir por nuestros ruidos. Incluso han amenazado con llamar a la policía. No me extraña, con nuestros embistes ya hemos roto varias sillas del salón, el sofá cede un poco y la bañera de hidromasaje tiene unas leves marcas de mis uñas. Lo único que no falla, y aguanta todo, es la cama de mis abuelos. El colchón chillaba, pero nada que no hiciera antes. Las patas de la cama y el cabecero están como el primer día, parecen no sentir los efectos.

En su casa ya no podemos hacer nada. La hemos dejado patas arriba, solo podemos hacer el amor en el suelo sin que se rompa nada. La encimera de madera contrachapada se despegó con un tirón mío, las sillas duraron un empujón cada una y la cama aguantó dos polvos. La noche que se rompió tuvimos que dormir en el colchón en el suelo. No paramos de reírnos hasta quedarnos dormidos. Menos gracia nos hizo levantarnos al día siguiente con un dolor de espalda por el que no nos podíamos ni mover. Para aliviarnos el dolor lo solucionamos con dos “polvos terapéuticos”: primero él encima y después yo.

Son las siete de la tarde, he quedado con Jon a y media para ir desde aquí a casa de Patri que está en la sierra. Aunque conociéndonos, seguro que llegamos tarde. Justo en este momento suena el timbre de casa.

—¿Sí?

—Soy yo —responde Jon al otro lado del interfono.

Sube. En menos de un minuto está en el rellano y veo que trae una rosa roja en la mano.

—Para ti —me da un corto beso en los labios.

Me fijo en que lleva un traje negro y zapatos negros, camisa blanca y un pañuelo en el bolsillo del color del vestido que voy a llevar esta noche. Está impresionante. No soy capaz de hablar, boqueo como hice el primer día que le vi. Está espectacularmente guapo. Si con ropa informal es capaz de derretir los polos, con traje está sencillamente espectacular. Es la primera vez que le veo así y no me doy cuenta de que se me ha cortado la respiración hasta que me pregunta.

—¿Estoy guapo? —sigo sin poder hablar, solo puedo mirarle— Veo que te has quedado muda, ¿eso es bueno? —sigo callada, continuo impresionada— He venido pronto porque quiero hacerte el amor antes de ir a la fiesta y al verte con ese conjunto de ropa interior tan sexy siento necesidad de hacértelo aquí mismo.

—Estás impresionante —consigo articular.

—Tú no estás nada mal, pero me gustas más sin ropa y sin esos rulos en la cabeza, no te quites los tacones que me gustan cómo te quedan. Quiero ver que puedes hacer con ellos —me dice con voz ronca. Me empuja suavemente para entrar en casa me agarra de la nuca y me lanzo sobre él enrollando mis piernas a su cintura. Cierra la puerta de un manotazo y con un ligero tirón me arranca el tanga, la tela cede como si estuviera deseando romperse, se baja la cremallera del pantalón y, mientras no dejo de besarle, me empala. Nos lleva hacia mi habitación. Nuestros gemidos empiezan pronto y de nuevo todo el edificio me oye hacer el amor con mi novio.

Son las diez de la noche cuando salimos de mi casa. Deberíamos de haber llegado a las ocho y media a la fiesta, pero es que no hemos podido salir antes.

Dos han sido las veces que me he tenido que volver a peinar. Las dos veces anteriores, cuando creía que ya nos íbamos a marchar y solo me faltaba ponerme el vestido, Jon ha preferido verme desnuda un rato más. Bien es cierto que no tiene toda la culpa, yo tampoco he podido resistirme al seguir con mi mirada cómo se abrochaba los botones de la camisa. Al verle tan sexy no pude resistirme a ir hacia él y empezar a abrocharle yo los botones después de darle un beso justo debajo de cada botón que taparía con la camisa. Al ver mi ritual, a la vez que yo abrochaba botones, Jon los desabrochaba y hemos tenido que solucionar ese pequeño incidente de última hora. La siguiente vez él ha sido él quien me ha empezado a besar el hombro, dejando un reguero de besos hasta mi cuello mientras me bajaba lentamente el tanga

e introducía un dedo en mi interior. De nuevo hemos tenido que resolver el contratiempo de última hora. Después de tres asaltos sexuales y algún que otro golpe en la pared procedente de mis vecinos hemos decidido que ya era hora de marcharnos.

Ha sido entrar en el coche, ver cómo se ponía al volante con esa posición tan dominante y atractiva, que mi mano, juro que sin yo querer, se ha ido hacia su entrepierna y él, que es muy prudente conduciendo, ha tenido que coger el siguiente desvío de la carretera para que pudiéramos terminar de resolver este nuevo imprevisto y eso hace ya un total de cuatro. Necesito más, creo que me estoy volviendo adicta al sexo por su culpa. Espero que en algún momento durante la fiesta vuelva a estar entre mis piernas. ¡Dios, cómo lo deseo! Es recordar su torso depilado, la forma de sus caderas que indican dónde está el lugar indicado, sus brazos, su boca y me pongo taquicárdica.

Por fin, dos horas y media después, estamos en la puerta del impresionante chalet de mi amiga Patricia. Con la cara más angelical que puedo, repito un discurso de disculpa memorizado y ensayado en el corto trayecto en el que hemos conseguido mantener las manos quietas. Realmente no vamos a ser capaz de engañar a nadie, es más que obvio el motivo nuestro retraso. Miro un momento a Jon y solo ahora me doy cuenta de que está algo despeinado. Mejor, así cuando le vea ese mechón fuera de su sitio recordaré por qué.

—Un momento, cariño, déjame que te coloque un poco el pelo, te he despeinado antes.

—No importa. ¿Tienes ahí algo de maquillaje? Tienes la zona de la barbilla y de la nariz en un tono diferente al resto de la cara.

—Sí, toma —le doy una esponja de maquillaje para que me la aplique.

—¿Sabré?

—Tú sabes hacer todo muy bien —digo coqueta y le animo a que extienda la gotita que he dejado en la esponjilla para retocar el maquillaje.

—¡Pero si puedes hacerlo tú!

—Sí, y seguramente me quedaría mejor que a ti, pero quiero que lo hagas tú —acaricio su barbilla y le araño un poco el mentón.

—Laura, para o te cojo en volandas, te llevo al coche y te prometo que como lo haga, no voy a dejar que entremos a esa fiesta. Tengo muchas ganas de sumergirme de nuevo en tu interior —una sacudida de placer me recorre toda la espalda y tengo que hacer grandes esfuerzos para mantenerme en pie. Me gusta saber que Jon no se cansa de mí al igual que yo tampoco lo hago de él.

—Te quiero —digo sin pensar.

—Yo también —me responde y de repente lamento mucho haber venido. Con lo bien que se está debajo de las sábanas con él.

—¡Hombre, si ya estáis aquí! ¡Que pronto habéis llegado! —exclama irónico Andrés que es quien nos abre la puerta. Jon le lanza cuchillos con la mirada.

—Sí. Es que hemos tenido una espiral de percances y no nos ha dado tiempo a llegar antes —se adelanta Jon a contestar mientras me abraza por detrás y me pega a él de esa manera tan suya que me hace flotar.

—¿Ya ha llegado todo el mundo, no? —pregunto para cambiar de tema.

—Sí —contesta Andrés.

—¿Y Patri? ¿Está muy enfadada? —le pregunto esperanzada de que mi amiga no se haya enfadado mucho.

—Un poco —responde sincero Andrés.

—Entonces será mejor que vayamos a disculparnos con ella —interviene Jon—. Detrás de ti, princesa — me cede el paso.

—Detrás no, a mi lado —le respondo.

—¡Pasad pareja! Sois de lo peor —trata de bromear sin éxito Andrés—. ¿Seréis capaces de estar más de diez minutos sin meteros mano? Recordad que es la fiesta de despedida del verano de Patri y es el evento del año, así que Laurita no pierdas las formas.

—Tú tampoco te nos pierdas detrás de alguna morena de piernas largas y falda corta —bromeo con él, a Jon le ha cambiado el gesto triunfalista por la cara de “como te acerques a mi novia te parto los dientes”.

—¿Ha venido la prensa? —pregunto.

—Sí. Hay algunos periodistas dentro —miro a Jon. Seguramente salgan algunas fotos nuestras en las revistas y conociendo a mi madre, no dudo que las verá. Así que finalmente mis padres se van a enterar por la prensa de que estoy con Jon.

Vamos directamente al jardín iluminado con antorchas. Los camareros se acercan con grandes bandejas a los grupos de gente que se han formado, mientras un grupo de hombres trajeados bastante perjudicados hablan a un camarero que con suma paciencia les atiende en la barra que está colocada al fondo del jardín. Un grupo de música al que nadie hace caso está tocando canciones de jazz. Aprieto un poco más fuerte la mano que tengo agarrada a Jon mientras le sonrío para que se relaje. Quiero que esté a gusto, aunque no me lo diga, sé que se siente fuera de lugar, por eso no pienso dejarle solo ni un momento. Mi intención es alejarlo todo lo posible de las lenguas viperinas que hay a nuestro alrededor y hacer que pase una noche agradable.

—Tranquilo —susurro. Mientras noto como a unos pocos pasos nos sigue Andrés.

—Lo estoy —me sonrío. Pero no, sé que no lo está. Tiene los hombros tensos y noto cómo le suda ligeramente la mano de la que voy agarrada. Me mira a los ojos y le doy un beso en la mejilla para tranquilizarle, él deja su cara pegada a mis labios durante unos instantes más. Está aquí conmigo porque quiere que me lo pase bien. Hay muchos amigos del colegio, de la universidad y del máster. Al final, los círculos acaban siendo muy pequeños y todo el mundo se conoce. Me separo unos centímetros y le guiño en el ojo, me acerca un poco más hacia él y me susurra con voz queda.

—Eres la mujer más guapa de la fiesta.

—Y tú el hombre más guapo, atractivo, interesante e impresionante que he conocido nunca. ¡Fíjate cómo te miran las chicas que hay! Me tienen envidia, querían estar en mi lugar.

—¡No seas exagerada! Y si así fuera, pueden mirar lo que quieran, yo solo tengo ojos para ti —no me resisto y doy un beso ligero en los labios. Justo en ese momento un destello de luz nos ciega. La cámara de un fotógrafo nos ha hecho la foto en el momento justo en el que nos dábamos un beso. Después de eso, no nos queda otra que sonreír a la cámara y ser amables. Nos pide hacernos otra foto en la que salgamos mirando a la cámara, aceptamos sin dudar y, una vez nos han hecho la foto, nos dejan tranquilos disfrutar de la fiesta.

—¡Vaya, creo que vamos a ser famosos! —bromeo. En realidad, no es la primera vez que salgo en la prensa del corazón.

—Eso parece —contesta todavía sorprendido por la interrupción del periodista y el fotógrafo.

—Jon prométeme una cosa por favor. Cuando quieras que nos vayamos de la fiesta, solo tienes que decírmelo. Quiero que estés a gusto y nos lo pasemos bien los dos y me niego a que te sientas fuera de lugar en ningún momento.

—Vale, preciosa.

—A ti por acompañarme.

—Gracias a ti por invitarme y a tus padres porque existas —se acerca para besarme otra vez, cuando nos interrumpe Patri.

—¡Ya estáis aquí! ¡Por fin! Nos teníais muy preocupados. Pensábamos que os había pasado algo... ¿Tú eres Jon, verdad? —mi amiga se acerca a darle dos besos.

—Sí, soy yo.

—Yo soy Patricia, *Patri*, *Patty* para los amigos. Laurita y yo somos amigas desde la infancia.

—Eso me ha contado —mira hacia el resto de mis amigas que están detrás de Patri y las saluda con una leve inclinación de cabeza. Se han quedado embobadas mirándole a pesar de que tienen a sus novios al lado.

—¿Pero tú... no? —empieza a hablar Paty. Como sé lo que va a preguntar tiro de su brazo para hablar con ella un poco más tranquilas y evitar que meta la pata.

—¿Nos disculpáis un momento por favor? —pregunto al resto de los presentes—. Ahora vengo, cariño —le susurro a Jon en el oído—. No tardaré mucho.

—Habla con tu amiga tranquila —contesta de la misma forma que yo le he hablado.

Me siento mal porque he incumplido mi palabra de no dejar solo a Jon, pero tengo que evitar un mal mayor, el que sea la comidilla de la noche. Llevo a *Patty* hacia

a un lado lo suficientemente alejadas de la gente como para que no nos oigan, pero no tanto como para que nadie tenga curiosidad por saber de qué hablamos.

—¿Este chico no era el pastelero que trabaja en la que hay al lado de casa de tus padres? ¿El ex mendigo del que me hablaste?

—Sí, es él. Por favor no le vuelvas a llamar así y no digas nada de que fue mendigo.

—¿Te avergüenzas de él?

—No, no es eso. Solo que creo que no es el momento y tampoco el lugar adecuado para hablar de esto. Así que, te suplico que no menciones nada sobre el asunto.

Jon es simplemente Jon, punto y final.

—Vale, pero sabes que los demás preguntarán —rebate mi amiga—. No le dejes solo ni un momento, esta gente está deseando tener carnaza para poder cotillear.

Así que tened cuidado.

—Gracias, *Patty* ¡Eres la mejor! —la abrazo.

—Me debes una cena esta semana en tu casa. Quiero que me expliques todo.

—¡Hecho! ¿Volvemos? —pregunto mientras empiezo a andar hacia el grupo en el que está Jon.

—¡Por supuesto! Por cierto —me retiene un momento mi amiga—, está muy bueno tu pastelero. No me importaría que me amasase un poquito —bromea.

—Jon solo amasa mis medias noches, mantén tus manos alejadas de él. Ese cuerpo es solo mío.

—Yo que tú leataba a la cama y no le dejaba escapar, si ese cuerpo fuera mío le convertiría en mi esclavo sexual.

—¿Por qué te crees que hemos llegado tarde? —pregunto levantando una ceja.

—¿En serio? ¿O sea que llegas tarde a mi fiesta por trincarte a tu novio? ¡Serás zorrón! —se ríe.

—Con él la que más. Ya se sabe “señora en la calle, puta en la cama”.

—Aprovecha tia. Fóllatelo en todas las partes y de todas las formas posibles. Cuando te canses de Jon ahí tendrás a Andrés dispuesto a ponerte el anillo, así que tampoco te alejes mucho de él, no permitas que ninguna se le acerque.

—¡Patricia! —miro muy seria a mi amiga. No puedo creer que me acabe de decir lo que ha dicho—. Para mí Jon no es solo una distracción sexual. Es mucho más.

—¿A no? ¿Y entonces? No te habrás enamorado de él...

—Sí, lo he hecho.

—Sabes que ni tu familia ni tus amigos lo van a aceptar.

—Eso no lo sabes con seguridad. Además tampoco me lo planteo, quien está con él soy yo, no los demás. A quien me tiene que gustar es a mí y quien no acepte a Jon, no nos acepta a ninguno de los dos. Sabes que nunca he sido de falsas apariencias y que me da igual lo que piense la gente.

—Tranquila, Laurita, soy tu amiga y quiero lo mejor para ti. Es simplemente que ni quiero que ni Jon ni nadie te haga daño.

—Lo sé, *Patty*, pero lo mejor para mí a día de hoy es Jon y espero que lo sea para mucho tiempo. No exagero cuando te digo que desde que estoy con él soy más feliz de lo que he sido en toda mi vida.

—En ese caso, suerte amiga. Se os ve muy bien. Ojalá no tenga que recoger los pedazos de tu corazón.

—No lo harás. Me he dado cuenta de cómo me mira, lo que me demuestra y sé que sentimos lo mismo.

—Ya lo veo, la verdad es que no te quita ojo de encima —me giro hacia Jon y veo que está hablando con Santi, me devuelve la mirada y me guiña un ojo.

Mariposas comienzan a volar en mi interior.

—Ni yo a él.

—¡Toma! Ésta es la llave de la buhardilla —dice mientras me la pone en la palma de la mano y me cierra el puño—. Si necesitáis intimidad, allí nadie os molestará.

Eso sí, dejad todo recogido.

—Gracias, amiga. No dudes que usaremos la llave —susurro divertida.

—¡Sois unos viciosos! Y recuerda, Laura, discreción. Solo te pido ese favor.

—Vale, nada de gemidos descontrolados y tampoco manchas sospechosas por ninguna parte. Mensaje recibido —bromeo a medias.

—Ya me estoy arrepintiendo.

—Es broma, tonta. Dejaremos todo en orden.

—Eso espero.

Vuelvo en busca de Jon y veo cómo está hablando con Santi sobre la crisis mundial, la subida del petróleo y las revoluciones del norte África. La situación es muy confusa en esa zona y pueden derivar en dictaduras o por el contrario el nacimiento de la democracia en esos países. Hay muchos intereses occidentales en la zona y preocupa que la religión se utilice como instrumento para imponer sistemas contrarios a las libertades y derechos civiles de los ciudadanos. Me parece una conversación súper interesante, pero para otro momento. Me acerco a saludar a Norma, Alexandra y Ester que llevan unos vestidazos de infarto y se las ve pletóricas. Me alegro mucho de volver a verlas tras tantos meses sin poder hacerlo. Entre el trabajo, los proyectos y los viajes no ha habido tiempo para nada. Tratamos de ponernos al día, pero hablamos atropelladamente y no se nos entiende nada. Nos acercamos a la barra y pedimos una ronda de chupitos. Ni sé de qué. Algo bien fuerte y dulzón. Las horas pasan volando con ellas y vamos saludando y riéndonos hasta que los pies dicen basta y me acuerdo de Jon, con quien además de Santi, se ha unido a la conversación Andrés, Jorge y Alberto. Veo a Jon muy integrado, aunque trata de no rebatir lo que dice Andrés. Lo sé porque deja que alguien hable antes que él, justo después de que él lo haga.

Son las cinco de la mañana, he bebido bastante y necesito tener de nuevo a Jon entre mis brazos. Me acerco a él, me apoyo en su hombro, pasa el brazo por detrás de mi espalda y me mete dentro del corrillo que han formado para hablar. Apoyo mi cabeza en su pecho y pone mis manos en mi tripa, mientras continúa enfrascado en la conversación. Andrés me pregunta qué me parece lo que acaba de decir Jon y yo que sigo ensimismada en mis propios pensamientos solo soy capaz de responder:

—Voy a por una copa.

—Te acompaño —responde Jon servicial.

Empezamos a andar en dirección a la barra. Me agarro de su brazo para no perder el equilibrio y me agarra por la cintura para que ande con más seguridad. Pedimos otro par de cócteles y me quedo embobada mirándole. Acercó mi mano a su cuello y comienzo a jugar con los rizos largos que sobresalen de su nuca. Suena mi canción favorita, *Fly me to the moon*^[6]. Él pone sus manos en la parte baja de mi espalda y empezamos a bailar lentamente.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta.

—Mucho. Está siendo una de las mejores noches de mi vida.

—Se nota, se te ve radiante, contenta. Feliz. Estás pasándotelo bien con tus amigos, eres la mujer más guapa de la fiesta, estás bailando con un chico muy atractivo...

—Sin duda lo mejor es el chico. Estoy segura de que la mejor noche de mi vida no será ésta. Algún día habrá una mucho mejor. Aunque se me ocurre una manera fantástica de mejorar ésta —me contoneo pegando mi cuerpo al suyo.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? Estoy dispuesto a sacrificarme y hacer lo que sea por ti —finge una pesadumbre que no siente.

—En ese caso, ven conmigo —le agarro de la mano y salimos disimulando por un lateral del jardín vamos a la buhardilla

—¿Dónde vamos?

—*Patty* me ha dado la llave por si nos surgía la necesidad de subir arriba —señalo unas escaleras exteriores que se ven desde una esquina del jardín que llevan hasta la segunda planta de la lujosa vivienda.

—No le digas nada por favor, Lau... Esta situación es un tanto embarazosa.

—Chsstt —le pongo un dedo encima de sus labios para callarle—. Es mi amiga y tranquilo, no va a decir nada. Si preguntan por nosotros, disimulará.

—¿Seguro?

—Sí, tranquilo. Aunque a veces parezca una estirada, no lo es. Vamos —tiro de su brazo.

—Me encanta cuando te pones así —me detiene.

—¿Así, cómo? —pregunto, arquea una ceja como respuesta— Es por tu culpa. Que me pones fatal.

—Pues ahora mismo te curo —me muerde el cuello y salimos disimuladamente hacia la escalera que lleva hacia la buhardilla.

No paramos de besarnos. Entramos en una batalla de empujones contra la pared con una pasión desmedida, nuestra pasión arrolladora de otras veces se ha vuelto desbordante por los efectos que el alcohol tiene sobre nosotros. Tiro de su corbata para deshacerle el nudo y él me empieza a bajar la cremallera del vestido sin el menor cuidado, suena un ruido de tela rota, pero no me importa. Ahora nuestra única prioridad es calmar la necesidad de juntar nuestros cuerpos, que no existan trozos de tela de por medio y que nuestro calor se funda en uno solo.

A duras penas soy capaz de abrir mi *chutch*, Jon me quita suavemente la llave y abre la cerradura con pericia.

—Estás acostumbrado a abrir cierres —bromeo.

—Lo estoy más a desnudarte. Tengo tantas ganas que al igual que lo he abierto, podría haber roto la cerradura.

—Calla —ordeno.

—¿Calla y qué?

—Calla y bésame.

Me obedece al instante. Es un beso que no pide permiso sino que lo arrebató, de esos que hacen que la cabeza de vueltas y que te encantaría que no terminase nunca. Siempre que estoy con Jon, desearía alargar el momento hasta el infinito. Lo reconozco, me he enamorado de él.

La ropa va cayendo prenda a prenda sobre el suelo y la oscuridad nos rodea. No podemos dar la luz para no llamar más la atención. Me agarra de las nalgas y entra de una estocada en mi cuerpo, parece que mi interior estuviera hecho para él. El que haya más gente en la fiesta que en cualquier momento nos pueda pillar en plena faena espolea nuestra pasión. El polvo es épico. El alcohol recorre nuestras venas y escalofríos de placer recorren mi cuerpo. Noto cómo las sensaciones son aún más intensas y casi olvidamos donde estamos, qué más da, ya nos lamentaremos más tarde. O nunca. Por un *polvazo* como esté merecería la pena salir mañana en primera página de la portada de todas las revistas.

Finalmente, no hemos podido evitar liberar gemidos ahogados por la boca del otro y no hemos roto nada. Un gran paso si tenemos en cuenta nuestro historial. Después de terminar, Jon va al baño que está en el pasillo que comunica con el resto de estancias de la casa. Cuando sale voy yo. Al volver, a pesar de estar borracha, noto que algo ha cambiado en Jon, está más esquivo y no es capaz de mirarme a la cara.

—Cariño, ¿qué te ocurre? ¿Estás bien?

—Sí, solo es que me he mareado un poco —dice sin mirarme a los ojos.

—¿Llamo a una ambulancia? ¿Necesitas algo?

—No, tranquila estoy bien. ¿Volvemos a la fiesta? —me ofrece.

—Sí, se acabó nuestro momento feliz —gimoteo. Me gustaría quedarme abrazada a él un rato.

—En cuanto quieras, volvemos a tenerlo —responde mimoso, ya vuelve a ser el mismo de antes.

—Lo quiero ya.

—Tendrás que esperar a que lleguemos a tu casa. Llevamos mucho tiempo aquí y es demasiado obvio qué estamos haciendo.

—Entonces te ruego, más bien exijo que me lleves a casa. Quiero repetir.

JON

Ya he hecho el pago. El tipo resultó ser un hombre menudo, ajado por el tiempo y muy práctico. Los trabajadores fueron muy amables al permitirnos hacer el intercambio del dinero por la información en una sala sin ventanas cuyas paredes estaban pintadas de un color verde muy estridente. Esta vez no hubo palabras amables por parte de nadie, ni recuerdos que contar de mi padre. Le di el dinero, me dio los documentos y adiós.

Con Ajouter y el señor Sori fue diferente. A pesar de que les di los cinco mil euros en el mismo lugar, insistieron en acompañarnos al aeropuerto junto con Kafani y el señor Koffee como medida de seguridad. Al final, después de todo, no tenían mala intención. Quizás fuera verdad que tardaron muchos días en localizar al hombre sin nombre al que le acabo de dar más de sesenta mil euros. Si nos hubieran querido hacer daño lo podrían haber hecho el primer día en la casa del señor Sori, durante los dos días de viaje hasta Kivú o realmente cualquiera de los días que estuvimos allí.

La despedida con el señor Koffee y Kaffani fue cordial aunque al final acabamos dándonos un abrazo en el aeropuerto. Gracias a ellos pudimos recorrer el país con cierta tranquilidad. Su amabilidad y predisposición son cosas que difícilmente podré olvidar.

Sigo molesto con Roberto. No entiendo cómo se le puede pasar por alto darme noticias tan importantes. Primero que Laura se casa y a continuación que su padre fue la voz misteriosa que nos llamó a los dos. Lo que no acabo de entender es por qué también le amenazó a él con hacerle daño a la gente que quería. Probablemente fuera parte del plan para hacerlo más creíble y convencerle de que fuera.

La relación entre mi padre y su padre, ¿cuándo tuvo lugar? No sabía que mi padre tenía un abogado de confianza, aunque claro, tampoco tenía ni idea del trabajo que desarrolló aquí. Cuantas más cosas me entero de él, más cuenta me doy de que no le conocía de verdad. La juventud y la falsa creencia de que todo lo que nos rodea se va a mantener perpetuo tal como está hizo que me perdiera muchas cosas, muchos detalles de él y también de mi madre.

Si pudiera volver atrás en el tiempo, me sentaría con mis padres para hablar y les preguntaría muchas cosas aunque fueran intrascendentes, cualquiera con tal de haberles podido conocer mejor. O bueno, simplemente conocerles a fondo. Es duro, pero estoy conociendo más a mi padre después de muerto que cuando estaba vivo. Me gustaría haberle preguntado tantas cosas...

Estoy sumido en mis pensamientos cuando Roberto me saca de ellos. Sin darme cuenta ya estamos esperando en la cola de embarque. No sé en qué momento exacto hemos facturado las maletas y tampoco cuándo hemos pasado el arco de seguridad. Miro el billete y veo que esta vez Roberto me ha dejado ventanilla. Mejor. Mirar las azafatas me parece una actividad inútil cuando lo que desearía sería bajar, coger el maletín y ponerme a mirar la documentación.

—Jon.

—Sí—respondo malhumorado sigo enfadado.

—Oye que... perdona. Sé que debería habértelo contado antes que fue mi padre quien nos llamó y que es un hecho que no debería haber dejado pasar por alto. Reconozco el error. Cuando me lo dijo mi padre estaba comiendo con él en un restaurante y aunque tuve el impulso de salir corriendo del restaurante para llamarte, él me agarró de la muñeca y me dijo que te llamara más tarde, que tenía poco tiempo y tenía una reunión con un cliente.

—Después de todo, supongo que no es tan importante. Así se ha desvelado una incógnita...

—Sí, eso es lo bueno de que fuera él y también que mi padre es un buen hombre. No es capaz ni de matar a una mosca.

—Fue muy creíble.

—Desde luego. Descubrí que tu padre era amigo del mío porque él me preguntó si habías acudido a la cita y me habías dicho la frase en clave. Le contesté que sí y estuvimos hablando un rato sobre ti.

—¿Sabe algo del contenido de la caja?

—No. Ni lo sabe, ni le interesa. Hay cosas en las que mejor no meterse y no quiere problemas.

—Eso me tranquiliza.

—Sí, además si guardó durante tantos años la caja es porque es una persona en la que se puede confiar. No lo digo solo porque sea mi padre, sino porque si tu padre confió en el mío era porque él también lo creía.

—Sí. Eso es cierto. Pero entiende que me haya molestado primero lo de la boda de Laura, ahora esto...

—Sí, es que con todo el tema de Verónica ando despistado.

—No pasa nada, lo que está claro es que la cosa va de padres. Tu padre era amigo del mío y el padre de Laura lo mató.

—Eso no lo sabes a ciencia cierta.

—No, no lo sé, pero todo apunta a él.

—Existe una cosa que a los periodistas se le suele olvidar mucho, se llama presunción de inocencia.

—No te pongas pedante que no es el momento.

—Bien. Si fueran ciertas tus sospechas y efectivamente su padre hubiese matado a los tuyos, esa familia lo va a pasar realmente mal. Pero es lógico que lo hagas y sé que Laura, aunque le duela, también lo entenderá.

—Y si no lo hace será porque simplemente no podemos estar juntos.

—No te vengas abajo Jon. Seguro que todo sale bien. No debería hacerlo y espero no darte falsas esperanzas, pero estoy seguro que si lo que hay ahí abajo —se refiere a los dos archivadores que nos ha dado el contacto de Sori— es relevante, creo que es probable que consigas reabrir el caso de la muerte de tus padres y Mónica.

—¿En serio? —pregunto esperanzado.

—Es probable.

—En ese caso, me gustaría que tú fueras mi abogado.

—Lo siento, pero no sería posible. Conozco a toda la familia Norton desde que tengo memoria, por lo que sería incapaz de ser tu abogado y tampoco el de ellos. No después de saber todo lo que sé. Aunque tuvieras razón, mi moral me impediría aceptar el trabajo. De todas formas no te preocupes, te recomendaré el mejor especialista en la materia que conozco.

En verdad lo entiendo y le agradezco la franqueza.

Cuando llegamos a Madrid, ya está Verónica esperando a Roberto en el aeropuerto con un vestido que deja muy poco a la imaginación. Su melena rizada y pelirroja destaca sobre el minivestido blanco que lleva puesto. Nunca he visto tantos cambios de cara en tan poco tiempo como en la de Roberto. Pasa del cansancio a la sorpresa para terciar a una más lujuriosa cuando ve que la tela del vestido apenas le tapa las nalgas. Nos despedimos con un abrazo y no le da tiempo a presentarme a Verónica, se ve que le ha entrado la prisa. Se gira mientras me hace un gesto que indica que nos llamaremos. Está claro que la discusión del otro día ha quedado olvidada ya. Verónica le lanza las llaves a Roberto que mete atropelladamente la bolsa de leñador (como llamo a su maleta) en el maletero del coche y salen a toda velocidad. ¡Vaya par!

Salgo del aeropuerto y paro un taxi para que me lleve a casa. Después de los dos vuelos y la escala en París estoy cansado, pero las ganas de mirar los archivadores son más fuertes. Aunque el tráfico es escaso, creo que el conductor está tardando demasiado. Miro el cuenta kilómetros y veo que no. Que no puede ir más rápido.

Un locutor en la radio habla sobre las altas temperaturas que hay en Madrid y pronostica que mañana subirán aún más. Con medio país de vacaciones no hay más noticias que ésa y que el mercado de fichajes de fútbol está muy interesante.

Mi primer impulso es llamar a Laura para decirle que estoy bien como he hecho tantas otras veces cuando volvía de un viaje, pero caigo pronto en la cuenta de que

Laura estamos divorciados lo que aviva el inmenso dolor de su ausencia. No pierdo la esperanza. Esta vez va a salir bien. Voy a reabrir el caso de mis padres y Laura y yo vamos a tener otra oportunidad. No puede ser de otra manera. Nos amamos. No creo que ella me haya olvidado y menos en unos brazos tan conocidos para ella. Tiene que echar algo de menos de mí. Aunque solo sea la manera en la que le llamaba por el diminutivo de su nombre. O quizás la manera de abrazarla por las noches y cómo la pegaba a mi cuerpo. O simplemente las cosas que conseguían sacarla de quicio como no bajar la tapa de la taza del váter. Seguro que don perfecto lo hace. Me celo al pensar en que puede que él esté ocupando mi lado del sofá mientras yo estoy aquí, en este maldito taxi que no llega nunca a mi casa.

El conductor pasa por la calle de Laura y trato de encontrar el coche de Andrés aparcado en la puerta. Definitivamente soy *masoca*. No está, pero si lo estuviera tampoco podría hacer nada. ¿Estará de vacaciones en la sierra? ¿O en la playa? ¿Qué estará haciendo en este momento? ¿Estará pensando en mí? Aunque sea para odiarme, que lo haga.

Finalmente, el conductor para en mi portal, pago y sale del coche para sacar la maleta destrozada. La carpeta con documentos la tengo en el maletín.

Por fin en casa. Está todo en orden y sucia, buen síntoma. Eso es que no han robado y que Katty está de vacaciones. Cierro la puerta con llave, llevo la maleta a la habitación y dejo todo encima de la mesa del salón. Me obligo a darme una ducha rápida. Ya tendré tiempo para bajar a la piscina.

Salgo atropelladamente de la ducha, alguien me está llamando al móvil. Es un número muy largo, seguro que es una teleoperadora que me quiere vender algo. Respondo cansino por haber salido para nada de la ducha.

—¿Sí?

—Hola, Jon —dice una voz distorsionada— ¿Qué tal en el Congo? ¿Has descubierto muchas cosas?

—¿Quién es? Yo no he estado el Congo.

—¡No mientas! Estás molestando a mucha gente y eso no me gusta. ¿Qué es lo que pretendes? ¿Quieres hacer compañía a tus padres y a Mónica?

—¡No les metas en esto!

—Entonces deja el pasado. Deja a los muertos como están y no metas más las narices, sino quien va a acabar muy pronto dentro de una caja de pino vas a ser tú.

Mira tu correo electrónico, te he dejado un detalle.

Abro mi correo y veo que hay unas fotos mías en el hotel de Kivú, en el aeropuerto y también unas fotos de Laura con Andrés dando un paseo.

—Con esto aprenderás a no mentir a desconocidos.

—¿Qué quiere de mí?

—¿Eres sordo o no entiendes español? ¡Deja todo como está o acabarás muy mal!

—Haré lo que me venga en gana.

—Entonces atento a las consecuencias. No es una advertencia, es una amenaza. Y por cierto, aléjate del abogado o él también pagará las consecuencias.

Se corta la llamada y siento una rabia incontrolable. Suelto un alarido de frustración. Estoy harto de que mi vida no sea mía, de que alguien que no conozco me extorsione, de que no me dejen vivir. Pero no voy a ceder al chantaje. Esta vez no. Ya no soy el hombre débil que hace unos años dilapidó el dinero familiar en el alcohol. Soy diferente, soy mejor. Renací hace casi cuatro años de las cenizas del infierno y ya no soy un hombre de barro al que las adversidades puedan derribar, sino de acero, me doblaré, pero resistiré. No existe otra opción, no quiero otra opción. Quien quiera que sea me está buscando, me va a encontrar y se va arrepentir.

Pido una pizza a domicilio y reviso mi casa, no hay nada sospechoso. El estudio del material de la caja de mi padre está bastante avanzado por lo que la dejo donde está. Abro el maletín, y saco la carpeta con la documentación. Está en francés e inglés. No domino el primero de los idiomas, pero se entiende bastante bien. Estos documentos son justo lo que estaba buscando, son bastante recientes, de la semana pasada casi todos y hay un nombre que se repite constantemente en los documentos y no es el del padre de Laura, es otro muy diferente que me deja impactado, esto no me lo esperaba.

Tres semanas más tarde y con toda la documentación estudiada estoy revisando el trimestre de la empresa en la oficina. Va francamente bien. Ni en mis mejores sueños esperaba que tuviéramos tantos beneficios. Voy solo por la mañana porque tengo desviadas las llamadas a mi teléfono personal y como hay muy poco trabajo solo quedamos el personal para imprevistos.

Por eso ahora estoy disfrutando de la tranquilidad que supone estar viviendo en una población cercana a Madrid en pleno mes de agosto. La piscina comunitaria está desierta, solo estoy yo. Me he bajado el ordenador para trabajar mientras tomo el sol y de vez en cuando me doy un chapuzón.

No soy ajeno a que hay algunas miradas indiscretas que me miran desde las ventanas. No les hago caso. Me he propuesto alejarme de las mujeres todo lo posible. A la única mujer que pienso acariciar, abrazar o besar es a Laura y si cuando vuelva a pedirle perdón no quiere saber nada de mí, entenderé que no soy digno de ninguna mujer ni de ser feliz. Estoy seguro de que Laura es la mujer de mi vida y solo ella puede ocupar su espacio.

Finalmente, Roberto se ha ido unos días de vacaciones con Verónica a Nueva York. Dice que a la vuelta se pondrá con lo de mis padres.

Llevo sintiendo unos días como alguien me sigue, supongo que será la misma persona de la llamada de hace unos días con voz distorsionada. Aunque nadie se haya acercado a mí, noto cómo la presión a mi alrededor se ha vuelto más intensa que antes de ir al Congo. Supongo que como de momento no me han hecho daño, no tengo de qué preocuparme.

Me tiro de la cabeza a la piscina y decido nadar unos cuantos largos. Me vendrá bien un poco de ejercicio para aclarar mi mente saturada de pensar en Laura y en todo lo demás. Me siento como un disco rayado que no para de hacer sonar una y otra vez la misma canción.

Un brazo, otro, cabeza fuera, respiración profunda. Los brazos me empiezan a doler y por la posición del sol deben ser casi las siete y media de la tarde, caigo en la cuenta de que es miércoles y salgo del agua como un rayo. Cierro el ordenador de golpe, cojo las llaves de mi casa que están encima de la tumbona y la crema del sol, subo todo lo rápido que puedo. Entro en mi piso y voy corriendo hasta la habitación y dejo todo encima de la cama. Me quito el bañador y lo dejo sobre la silla que hay junto a la cama. Abro el armario que está al lado y saco unas bermudas y me pongo los primeros calzoncillos que veo. Como no me dé prisa, no voy a llegar a tiempo, me meto un polo por la cabeza. Me calzo las chanclas de dedo y salgo disparado de la habitación. Cojo las llaves del coche que hay en el armario de la entrada y bajo al garaje.

Conduzco rápido, pero con cuidado. No hay nadie así que acelero un poco más. Llego al aparcamiento y entro dentro del supermercado. Laura suele hacer la compra todos los miércoles cuando sale del gimnasio y eso suele sobre las ocho de la tarde. Cojo una cesta con ruedas y empiezo a pasear de pasillo en pasillo, mirando todo, pero sin coger nada. Me quedo un rato en el de perfumería, Laura suele tardar mucho tiempo en decidir si compra un gel con avena o con miel. Es muy indecisa para todo. Miro el reloj del móvil las ocho y cuarto. Los dependientes empiezan a seguirme de manera disimulada porque creen que voy a robar algo, cojo lo primero que tengo a mano: una caja de galletas de chocolate y las meto en la cesta. Recorro el pasillo una y otra vez hasta que la veo a entrar a ella, a Laura. Lleva el pelo recogido en una coleta, una camiseta de tirantes blanca y unos pantalones cortos que le resaltan unas piernas bien contorneadas. No me ha visto y decido dar la vuelta por otro pasillo para seguirla, ahora está cerca de la zona de licores y sería capaz de tirarme una botella de ginebra a la cabeza. Tengo que encontrarme con ella en un lugar más inofensivo. Veo que va hacia el pasillo de la pasta y entonces sí empiezo a andar en dirección contraria a la suya para tropezarme con ella. Va tan concentrada en la lista de la compra que no se ha dado cuenta de que estoy aquí.

—Perdón —dice distraída.

—No pasa nada, cariño —sale de su ensimismamiento y me mira sorprendida.

—¿Qué haces tú aquí?

—Comprar. ¿No lo ves? —mira mi cesta de la compra.

—¿Solo unas galletas de chocolate?

—Sí, ¿por qué no? ¿Algún problema en que compre galletas de chocolate en un supermercado, mi vida? Me honra que te preocupes por la manera que tengo de alimentarme, aunque reconozco que echo de menos cómo cocinabas —respondo divertido mientras veo su reacción. Pensé que decir una ocurrencia así al menos le sacaría una sonrisa cuando se le pasara el enfado.

—Lo primero no soy ni tu cariño, ni tu vida, ni nada. Soy tu ex-mujer. Lo segundo, si vives en la otra punta y estás aquí es porque quieres encontrarte conmigo, así que no pongas una excusa tan ridícula.

—Pobre o rica te he visto y con eso es suficiente para mí. Necesitaba verte aunque me insultaras, así de paso puedo desear que seas muy feliz con tu futuro marido, ¿cómo se llamaba?

—Sabes que es Andrés así que no te hagas el tonto. No sé cómo te has enterado que me caso, pero me da igual. Tarde o temprano lo ibas a hacer.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¿Y por qué te lo tendría que decir? Recuerda que no somos nada. No tengo por qué darte explicaciones.

—Pero...

—No me digas nada. Gracias por desearme lo mejor en mi matrimonio y ahora si me disculpas, déjame comprar tranquila —me empuja para pasar justo por donde estoy. Le agarro de la muñeca sin hacerle daño y la pego a mí para que me mire a los ojos.

—Déjemonos de tonterías y para esa boda absurda. No arruines tu vida atándote a un hombre al que no quieres. A pesar de que fui un mal marido, que no fui sincero y que no merecí todo lo que me hiciste por mí, me sigues amando. Lo veo en tu mirada, es la misma que tenías hace unos meses cuando saltabas encima de mí y me decías te amo hasta que se te secaba la boca. Sigues siendo la misma, pero yo te juro que no, que he cambiado. He cambiado por ti. Porque estos meses en los que no te he visto me han parecido años, porque cuando me descuido me veo buscando tu nombre en Internet para poder verte aunque sea en fotografía y con una sonrisa impersonal. Porque echo de menos tu olor después de hacer el amor y las cosquillas que me hacían tus pestañas cuando te dormías en mi hombro. Echo de menos todo de ti. Hasta las películas románticas de los jueves por la noche, las tardes de compras y los viajes que planificabas con muchos meses de antelación. Porque me he dado cuenta que la única capaz de calmar mi ansiedad y hacerme mejor persona eres tú. Porque tú sin darme cuenta te convertiste en el centro de mi vida y la razón por la que sonreía con solo pensar en ti. No niego que esto llega tarde y te lo tendría que haber dicho hace mucho tiempo, pero ni yo mismo sabía cuánto te amaba hasta que tu ausencia cayó como una losa encima de mí. Sé que fui yo quien se apartó y no me arrepiento porque, en este caso, el fin sí justifica los medios, Laura. —es la primera vez que me abro de esta manera a ella. Veo cómo traga con mucha dificultad el nudo que se le ha hecho en la garganta y hace esfuerzos para contener las lágrimas que le anegan los ojos. Se recompone y responde altiva.

—Déjate de palabrería. No te creo. No vuelvas a buscarme, ni a ponerte en contacto nunca más conmigo. Has tenido más casi tres años para darme todo tipo de explicaciones y siempre he recibido por tu parte excusas, silencios y medias verdades. ¡Qué tonta fui creyendo que eras el amor de mi vida! El hombre con el que quería compartir todas mis mañanas y mis noches, la persona con la que quería ser madre y con la que esperaba estar toda mi vida. Me he cansado de ti, Jon. Tú solito echado a perder lo que teníamos, todo lo que...

—¡Escucha Laura! Tienes razón en todo —no la dejo seguir hablando, le tapo la boca con mi mano y le susurro al oído con voz queda—, pero por favor no te cases con él. No le hagas cómplice de un matrimonio que está condenado al fracaso. Sé que no puedo impedir que lo hagas si quieres hacerlo, pero hazte un favor y no te engañes. No le amas. Aun así tranquila, que no te voy a molestar más. Te juro que la próxima vez que te vea, cuando sepas todo, vendrás en mi busca y no querrás hacer otra cosa que agarrarte de mi mano y venir conmigo. Te amo, rubita —me muerde el dedo tan fuerte que tengo que soltarla— ¡Ay! —exclamo dolorido mientras aparto la mano de su boca y me miro los dedos por si me ha hecho sangre— ¿Por qué me muerdes? Loba —disimula mal una sonrisa, le hace gracia y me encanta ver ese gesto suyo después de mucho tiempo sin hacerlo.

—¡Nadie me tapa la boca sin salir mal parado por ello! —sisea—. Si piensas que llegará el día en el que olvide todo y me vaya contigo es que no me conoces todavía. Ahora vete y no me busques nunca más —se gira, enfadada y desaparece.

Dejo las galletas en su sitio y me voy. No me queda nada por hacer aquí. Tengo la despensa llena y ya he conseguido lo que necesitaba: verla, aunque sea la excusa más ridícula de este mundo. Solo con verla, mi vida empieza a tomar de nuevo el pulso que había perdido.

LAURA

Cuando volvimos a la fiesta, algo había cambiado en él. De hecho tuvo dos cambios de humor muy seguidos. El primero cuando volvió del baño y me dijo que estaba bien, cuando era obvio que no era así y después cuando nos reunimos con los demás. Me decepcionó mucho que no propusiera que nos fuéramos a mi casa después salir de la buhardilla. Empezó a beber de manera descontrolada. Al principio me hizo gracia, pero después vi que algo ocurría. Algo estaba fallando. Su mirada se volvió más dura, dejó de tratar de integrarse con mis amigos hasta que finalmente acabó sentado solo en una esquina mirando al suelo y con la cabeza en otra parte. Traté de hacer que reaccionase varias veces y que me contara lo que pasaba, pero no había manera. Una hora después decidí que ya habíamos tenido suficiente fiesta y que teníamos que volver a mi casa. No quería verle de esa manera, por eso llamé a un taxi y sin darle opción a negarse le dije que nos íbamos a mi casa. Cuando entramos en el coche me dio las gracias y se quedó dormido en mi regazo.

Verle tan afectado en la fiesta me ha impedido pegar ojo y más cuando después de llegar a mi casa fue a mi habitación, se desvistió y se metió en la cama sin decirme nada. Yo me dirigí al baño, me desmaquillé y a los pocos minutos pegué mi cuerpo al suyo, besé su hombro y le abracé lo más fuerte que pude para ver si de esa manera conseguía alejar los problemas. Es la primera vez que le veo reaccionar así y estoy muy preocupada por él. Prefiero sentir yo el dolor a que lo sienta él. No me importa lo que me pase siempre y cuando vea su sonrisa. Como no quiero despertarle me despegué poco a poco de su cuerpo.

—Buenos días, princesa.

—Buenos días, mi príncipe, ¿qué tal has dormido?

—Bien.

—¿Qué te pasó ayer? Tenías mala cara cuando nos fuimos.

—El alcohol, que no me sentó nada bien.

—¿Estás seguro?

—Sí —me estrecha contra sus brazos y me besa en la cabeza—. ¿Qué te parece si hoy nos dedicamos a no hacer nada?

—Me parece perfecto, tengo mucha resaca.

—No te muevas, voy a por un analgésico.

—Eres un cielo.

—Lo sé —sonríe ufano. Saca unos pantalones de estar en casa de mi armario y va a la cocina, a los pocos minutos vuelve con un gran vaso de agua y unas pastillas.

—Lau, voy a poner una pista de música relajante, más tarde te voy a dar un masaje en todo el cuerpo y a continuación te llevaré en brazos hasta la bañera de hidromasaje. Después me voy a hacer la cena mientras tú te relajas y después, si quieres, vemos una peli abrazados en el sofá. ¿Te parece?

—Sí. Me encanta el plan. ¿Qué prefieres ver “*Querido John*”^[7], “*Posdata: te quiero*”^[8] o “*La casa del lago*”^[9]?”

—¿Qué tal *Fast and Furious*”^[10]?

—Vale, entonces veremos *Posdata te quiero* —resuelvo divertida a pesar de que sé que acabaré llorando desconsolada en su regazo mientras puntualmente me irá dando pañuelos en las escenas más lacrimógenas. Recuerdo que tengo una conversación pendiente con él. Decido hablar.

—Jon —digo mientras él masajea de manera ágil mis piernas.

—Sí.

—Pues, verás, he pensado que, ya que últimamente tenemos mucho trabajo en mi departamento, voy a pedir un becario y creo que tú serías el candidato perfecto. Eres estudiante, sabes lo que es trabajar duro y por supuesto el puesto estaría bien remunerado. ¿Qué te parece?

—La oferta es ciertamente tentadora —cierra el bote se tumba a mi lado y dobla el brazo que pone debajo de su cabeza—, aunque no sé si sería lo correcto... Todos dirían que soy el enchufado y tú misma me has dicho que al principio lo pasaste muy mal porque nadie te tomaba en serio...

—Nadie tendría por qué saber que eres mi pareja.

—Ayer nos hicieron una foto, para una revista.

—No creo que nadie vea esas revisas.

—¿Y Pedro? ¿Recuerdas que nos vio aquella vez? ¿Sabe alguien más que estamos juntos?

—El no dirá nada, me quiere como a una hermana y sabe que como cuente algo no volvería a confiar nunca más en él. Bastará con pedirle discreción, me debe varios favores y sabe que como diga algo, tiene los días contados en la empresa.

—¿Y los demás?

—Saben que tengo pareja, porque voy mucho más contenta a trabajar, pero no saben quién y tampoco se atreverán a preguntarlo.

—No querría que nadie perdiera el puesto de trabajo por mi culpa.

—Nadie lo va a hacer. Si quieres trabajar en Norton, será suficiente con que mandes un correo electrónico a recursos humanos con tu currículum, ya me encargaré yo de que lo lean y te hagan al menos una entrevista.

—¿Estás segura?

—Sí. Sé que habrá candidatos muy buenos y que tendrás que competir con ellos, pero si por lo que sea no encajas en mi departamento, seguro que también hay otros en los que estén buscando candidatos y no dudo que para alguno de ellos darás el perfil.

—¿Hablas en serio?

—Cuando se refiere a ti, nunca bromeo, Jon. Sé que apenas llevamos tres meses juntos y que puede ser un poco precipitado, pero lo que siento por ti va mucho más allá de lo racional. Te va a parecer ridículo, pero basta con que suene mi móvil y ver tu nombre en la pantalla para ponerme nerviosa y sentir mariposas en el estómago e impacientarme. Cuando quedo contigo me paso horas antes en frente del vestidor decidiendo qué me voy a poner. Busco el perfume perfecto para la ocasión y me maquillo y desmaquillo cuarenta veces antes de salir de casa. Quiero estar perfecta.

—Lau. No te hacen falta maquillajes, ni ropa bonita, ni perfumes. El maquillaje que mejor te queda es tu cara recién lavada, la ropa más bonita es la que no llevas puesta y el perfume que mejor huele es el de tu piel después de hacer el amor conmigo.

—¿Eso es un sí?

—Eso es que solo me tienes que decir la fecha de la entrevista para ir. ¡Pues claro que quiero! Creo que es la oportunidad perfecta para poder empezar mi vida profesional en algo que me gusta.

—Poner pasteles en bandejas y cafés *macciato* no te gusta demasiado, ¿no?

—No, no me gusta especialmente y menos cuando veo que una chica preciosa como tú va del brazo de un pijo repeinado que no para de hacer bromas para llevarse a la cama.

—No aguantas a Andrés.

—¿Y él a mí? Le encantaría estar donde yo estoy ahora mismo.

—Pues a menos que tú quieras, él nunca estará aquí así conmigo—bromeo.

—Entonces se va a quedar con las ganas. Llegué a tu vida para quedarme y no voy a irme.

Unas horas después me encuentro mucho mejor, el masaje y el baño de sales han conseguido su efecto: casi se me ha olvidado que es domingo y que mañana tengo que trabajar. Voy hacia el salón y veo que Jon ha preparado una ensalada César con embutido y está horneando pan. Oigo la ducha en funcionamiento. Tengo la tentación de entrar y ducharme otra vez con él, pero sé que no se quedaría en una ducha y se quemaría el pan.

Desde que se queda aquí los fines de semana tiene un cepillo de dientes en mi vaso, un desodorante, espuma de afeitar, cuchillas, un perfume y he tenido que dejar hueco en mi vestidor para un par de camisas suyas, dos pantalones, unos pares de calcetines y mis favoritos: unos cuantos calzoncillos. Me ha invadido el espacio y no me importa. Es más, me encanta. Cuando sale del baño, veo que se ha puesto un pantalón de deporte y sigue sin llevar puesta ninguna camiseta. Mejor.

Saco una botella de la nevera y vierto agua en dos vasos.

—Estás preciosa —miro mi aspecto y veo que no llevo puesto nada en particular. Solo unos pantalones cortos con una camiseta de tirantes para estar en casa.

—Y tú muy atractivo. En invierno no quiero que te pongas la camiseta cuando estés conmigo. Pienso poner la calefacción a tope, por ver cómo estás ahora.

—Para, Laura, que estás muy salida y voy a acabar cenando tu cuerpo en vez lo que hay encima de la mesa.

—Tienes razón. Ponte una camiseta mejor —resuelvo más centrada.

Cenamos con la televisión puesta y vemos las noticias económicas del día. Nada nuevo, los políticos dicen que estamos saliendo de la crisis económica y yo me replanteo si eso es cierto. Caigo en la cuenta que en mi entorno ni se ha notado. Es más, a algunos les ha venido muy bien la crisis, se han enriquecido aún más. Aunque a otros la burbuja inmobiliaria ha hecho que sus finanzas se resintieran bastante.

Acabamos de cenar y, mientras yo recojo los platos, Jon ni siquiera intenta poner una de esas películas que tanto le gustan y elige “querido John”. ¡Qué vanidoso seguro que es porque el protagonista y él comparten nombre! No me importa, me encanta la película y el protagonista, aunque mi Jon es mucho mejor que cualquier personaje de ficción. Empieza la película, apaga las luces y coge la caja de pañuelos. Lloro con la primera escena.

Hace ya casi dos meses que Jon pasó la entrevista para un departamento diferente al mío. Los dos acordamos que la mejor manera de evitar llevarnos los problemas de la empresa a casa era no trabajando juntos. Además, disimular lo nuestro trabajando codo con codo en la empresa habría sido imposible, hasta hace unos días.

En cuanto empezó a trabajar en Norton, no tardó mucho en dejar su trabajo en la pastelería y su piso, ahora vivimos juntos en el mío compartiendo gastos. Afortunadamente me pude despedir de su compañera, esa que no paraba de tirarle los trastos a Jon, quise recordarle que él era mío. Surtió efecto, yo estaba delante cuando le dijo que dejaba la pastelería porque había encontrado un puesto de trabajo en Norton. Se le descompuso la cara, lo que me alegró bastante. Desde entonces creo que no ha vuelto a saber nada de ella, aunque bueno, tampoco me importa demasiado, ella nunca ha sido una rival para mí.

En cuanto a Jon y a mí, al principio quisimos ocultar nuestra relación, pero ya se sabe que las miradas hablan más que las propias palabras y nuestra relación no tardó en ser el secreto a voces en la oficina. Lo solucioné de una manera bastante efectiva, muy típica de una película norteamericana o novela *chick lit*. Era un día de mediados de octubre. Yo ya estaba harta de tantas habladurías, después de que Leticia (la compañera cotilla del departamento de Jon), me preguntara si era verdad eso que se comentaba por los corrillos de la oficina, que el nuevo becario y yo estábamos liados. Mi “*póker face*” fue épica y quise asesinarla en ese mismo momento, aunque bien pensado, no tenía motivos para ello. Por eso hice lo que siempre he hecho cuando los periodistas me han atribuido amoríos con famosos. Negar la mayor y poner cara de “no sé qué me estás contando”. Pero me quedé reflexionando y pensé que había que zanjar el asunto cuanto antes, ya que se iban a acabar enterando en cuanto el primer curioso buscara mi nombre en Internet y buscara en imágenes recientes. La foto en la que salía con Jon en la fiesta de Patricia había salido en varias revistas y era una tontería negarlo.

Cuando entré en el comedor atestado de gente y vi a Jon sentado con sus compañeros de departamento, erguí mi espalda, me ahuequé un poco la melena y empecé a andar hacia él haciendo resonar los tacones por toda la sala.

—Jon. Ponte de pie, por favor —exigí autoritaria, me hizo caso.

—Dígame, señorita Norton.

—No disimules más, cariño. Lo intuyen y quiero acabar con los rumores —me abracé de su cuello y le besé. Tan pronto como pasó su sorpresa, siguió mi beso, puso sus manos mi cintura y me acercó más a su cuerpo. Cuando empezaron los vítores y los aplausos nuestro momento íntimo entre la multitud acabó. Jon no sabía dónde meterse, no se lo esperaba —sonreí orgullosa y él muy avergonzado. Era y es el becario, liado con la hija del dueño.

Cuando llegamos a casa ese día tuvimos una discusión muy fuerte. Ésa no era la mejor manera de dar una noticia y temía que pudiera influir en el trato que tenía con los demás él en el trabajo. Grité y gritó, nos echamos cosas en cara hasta que en un momento se le trabó la lengua, la situación me hizo gracia y empecé a reírme. El enfado se me pasó de golpe. Le contagié mi risa y empezó a reírse él también. Tratamos sin éxito de mantener la compostura y seguir discutiendo, pero fue imposible. Me choqué con él a propósito con la excusa de ir a la cocina, momento que aprovechó para coger mis dedos llevárselos a la boca y decirme.

—Has sido muy valiente y algo temeraria, pero, por favor, la próxima vez, seamos un poco más discretos. O, al menos, consúltalo conmigo antes.

—Tienes razón, pero ha sido una bonita manera de declarar que estamos juntos, ¿no crees?

—No ha estado mal —reconoció.

—Entonces, ¿todo arreglado?

—Más o menos. Nos falta la reconciliación. Quiero que nos demos un baño y después cenar.

—¿Cenar?

—Cenar-te.

—¿Y si me pongo en huelga de sexo?

—¿Pero una huelga a la japonesa?

—No, no, una huelga al estilo europeo.

—¿Sin sexo?

—Con celibato total.

—No podrías. Te necesito.

—Y yo a ti, necesito a este gruñón llamado Jon, que me tiene loca por él.

—Te quiero —dijo Jon sin pensar.

—Veo que vamos progresando, has tardado cinco meses en decirme que me quieres —suspiré.

—Sabes que me cuesta expresar mis sentimientos. Desde que murieron mis padres y Mónica, me cuesta mucho decir lo que siento.

—Conmigo estás a salvo.

—Lo sé.

JON

Tengo un mensaje en el correo electrónico que me llega desde una dirección que no conozco. Paso el antivirus por si es eso o algún troyano. El archivo está limpio. Son unas fotos del otro día de cuando estuve esperando a Laura en el supermercado. El correo electrónico va acompañado de un mensaje corto.

Que pareja más bonita... ¿Las galletas estaban ricas? Ah no, que no las compraste. Te estuvo bien que Laura te mordiera los dedos. Acércate una vez más a Laura y no dudaré en reservar una bala de mi pistola para ella. Deja las cosas como están si la amas tanto como dices que la quieres. Es una amenaza y va muy en serio. Sabes que sé todo de ti, que sigas viviendo es un privilegio que te estoy concediendo, y que en cualquier momento te lo puedo quitar.

Doy a responder:

¿De verdad, Natalia, serías capaz de matar a tu propia hija?

Me responde:

No soy ella, Jon. ¿Sorprendido? No te acerques más a la verdad o lo lamentarás.

Contesto:

Entonces ¿quién cojones eres?

Vuelven a responderme:

Tu peor pesadilla.

Si no es Natalia, ¿quién puede ser? ¿Gregorio? No, él no puede ser. Es imposible. Me ha ayudado siempre y él no puede ser quién me esté vigilando. Es cierto que no hablo desde hace mucho con él, pero supongo que estará de vacaciones en Benidorm en casa de una sobrina.

El que me tengan tan vigilado me asusta un poco. La revisión que hice de mi casa hace unos días fue totalmente infructuosa. No había ninguna cámara, ni tampoco ningún objeto extraño y eso que busqué hasta dentro de las bombillas. Está claro que quien me sigue me conoce bien, demasiado bien y puede que hasta le conozca. Estoy tan paranoico que estoy empezando a desconfiar de Roberto, aunque estoy seguro de que no es él. No tiene ningún motivo. Aunque me detestaba, ahora somos buenos amigos y es un hombre leal.

El padre de Roberto tampoco creo que sea, no es su estilo. Si lo fuera, ya habría hecho algo, aunque no lo conozco en persona, pero por lo que me ha dicho Roberto es muy práctico y de ser un asesino (que no creo que lo sea), me habría quitado de en medio.

Es cierto que me he granjeado unos cuantos enemigos, pero no tengo ni idea de quién puede ser. ¿Quién me sigue? ¿Quién sabe hasta las veces que respiro? ¿Por qué lo hace?

La boda de Laura se acerca cada vez más. Se casa el 23 de septiembre y tengo menos de un mes para impedir esa boda. El picapleitos sigue de vacaciones y no me ha dicho nada desde que me despedí de él en el aeropuerto. Siempre que le llamo el móvil una voz automática me responde lo mismo “el teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura, por favor inténtelo de nuevo más tarde”. ¿Intentarlo más tarde? ¡Eso es lo que llevo haciendo casi un mes!

El payaso de Andrés vino a amenazarme a mi propia casa hace unos días, que o me mantenía lejos de Laura o me pondría una demanda. ¿Demanda? ¡Por favor! Que lo haga. Estaré encantado de machacarle donde sea, ya sea en la calle con los puños o ante un tribunal.

Un golpe de suerte puso a Laura en mi vida. Después apareció Gregorio y me salvó. Volvió a aparecer ella y me dio las alas que necesitaba para echar a volar; una imagen, un sueño y atar cabos fue lo que me devolvió a una realidad olvidada, la muerte de mis padres y Mónica. Finalmente, me tocó un premio en la lotería que me dio el arrojito y el valor para llevar a cabo un plan casi perfecto. Dejar sin nada al padre de Laura, pero solo fui consciente de cuánto amaba a la mujer con la que había compartido mi vida cuando la vi llorando en el juzgado. Quizás fuera demasiado tarde, pero ese día tenía que llegar en algún momento.

Se puede decir que ahora todo me va bien, cuando todo va mal, muy mal. La echo de menos de una manera que ni siquiera era capaz de imaginar que algún día podría hacerlo, todo me recuerda a ella. Los demás recuerdos quedan difuminados comparado con lo que ella representa. Me olvido hasta de mi propia existencia. Nada me importa si no estoy con ella. Solo me importa ella. Por eso en cuanto Roberto ponga un pie en Madrid, no pienso dejarle en paz hasta que arreglemos el tema de mis padres.

Quien sea que me está siguiendo comienza cometer algunos errores. No sé si lo hace para ponerme aún más nervioso o qué, pero las notas amenazantes han llegado ya hasta el buzón de mi casa. Por eso en cuanto me llegó la primera nota puse una cámara en él. Tengo guardada esa nota en una bolsa de plástico. No he puesto en conocimiento de la policía porque sé que entonces sí que podría cumplir sus amenazas y no quiero exponer más a Laura. Solo lo imprescindible para que no me olvide, pero manteniéndome lo suficientemente lejos para no atosigarla demasiado. Aunque de vez en cuando la he seguido, solo por ver cómo se movía su melena al viento, o su preciosa piel brillar bajo la sombra de un árbol en el parque del Retiro. Me emociona que mantenga una costumbre que cogió por casualidad a raíz de una pequeña mentira que me dijo. Eso me da la esperanza de que quizás no está todo perdido y que lo nuestro tiene arreglo. Cuando estábamos juntos pasábamos muchos sábados leyendo a la sombra de un árbol esperando a que llegara la hora de comer para ir a casa de sus padres a comer la paella de todos los sábados que su madre preparaba. Le adulaba un poco. Después era el turno de Paul, el padre de Laura. Siempre empezábamos hablando sobre temas de la empresa y acabábamos hablando de mujeres y sus costumbres. Trataba de poner mi mejor cara y darle la razón aunque no estuviera muy de acuerdo en algunas cosas.

Una vez saliendo de trabajar me pareció ver a mi madre en la calle. Era un día de los que me marché tarde de la oficina. Vi a una mujer al otro lado de donde yo estaba de espaldas con un corte como el de ella y de más o menos su estatura. Empecé a gritar “mamá, mamá” de manera instintiva, la mujer comenzó a andar hasta que desapareció y no volví a encontrarla. Esa noche soñé con ella, con mi padre y con Mónica y entonces entendí que tenía que hacer algo. Aunque los resultados en el buscador eran antiguos no me costó encontrar una nota de prensa que anunciaba “la trágica muerte de Ramón Artetxe (importante directivo de la empresa Norton) y su mujer en un trágico accidente de tráfico”. Eso, unido a que en la opinión del perito la muerte de mis padres no fue casualidad, fue el detonante para que comenzará mi venganza.

El plan era sencillo, olvidar que Laura me quería y que yo sentía algo importante por ella, ganarme la confianza de Paul Norton y su familia e indagar. Encontrar pruebas contundentes que relacionasen la muerte de mis padres con Paul. Tratar de adquirir más y más poder en su empresa, enamorar más a Laura y finalmente pedirle un divorcio millonario. El plan salió muy mal porque las pruebas que necesitaba no estaban por ninguna parte. El dinero y las inversiones tras nuestro matrimonio dieron bastantes ingresos, el que me tocara una cantidad de dinero no muy grande en la lotería sirvió para acelerar el proceso y el que Laura me propusiera ser padres fue determinante para acabar con nuestro matrimonio. No quería que un ser inocente pagara por errores que no correspondían y no tenía una buena razón para decirle que no a Laura. El plan falló. No solo no encontré pruebas sino que además cuando vi a Laura rota en el juzgado, sentí que me rompía por dentro, cuando besé sus labios en la celda y cuando al día siguiente decidió salir de mi vida para siempre dando un portazo que rompió un cuadro que cayó en pedazos me convenció de que lo nuestro ya no tenía arreglo.

Mónica fue otra víctima más, fue la estocada final para hundirme y vaya si lo hicieron. Ella murió en otro sospechoso accidente de tráfico. Mismo *modus operandi*. Otra vez los frenos no funcionaron, chocó contra un muro y el coche ardió en llamas. El accidente ocurrió de noche en una carretera muy poco transitada, encontraron su cadáver carbonizado día siguiente. No me dejaron verla y tampoco sus padres me dejaron estar en el tanatorio o ir al funeral. Las pruebas de ADN fueron tajantes, el cuerpo que iba en el *Ford* fiesta era el de ella. Los padres de Mónica me acusaron de que yo fui el culpable de haber perdido a su hija porque llamé la noche del accidente pidiéndole ayuda. Se había ido unos días fuera de Madrid porque necesitaba desconectar de todo. A pesar de ello, en cuanto escuchó mi voz no dudó en venir en mi ayuda. Con su muerte se fue la última esperanza de humanidad que me quedaba. Se fue la que había sido mi mitad, la única persona que podía haberme salvado de la calle.

Miro el móvil y caigo en la cuenta de que quizás Roberto ya haya vuelto de vacaciones. A ver si esta vez tengo más suerte y no me sale el mismo mensaje odioso de siempre. Descuelgan al tercer tono.

—¡Picapleitos! No sabes cuánto me alegro de escuchar tu voz.

—Yo también me alegro hablar contigo, Jon. ¿Qué coño te ha pasado que me has saturado el contestador con llamadas?

—Antes de nada, dame envidia, ¿qué tal las vacaciones?

—Bien. Ya sabes, vacaciones con Verónica unos días solos en Nueva York y otros en la casa de sus padres en las afueras de Ronda. Los días que estuvimos solos muy bien. Con su familia... Te puedes imaginar. En algunos momentos preferiría que me hubieran agarrado por los huevos y me los hubieran retorcido antes que estar allí, pero ya se sabe, hay que cumplir. Pero lo agónico vino cuando me di cuenta de que no tenía cobertura y mucho menos datos en el móvil.

—Sí, eso me tranquiliza. ¿Y tú qué tal? ¿Qué tal con tu rubia explosiva?

—Mal. Muy mal —reconozco—. Te necesito. Tengo que impedir su boda con Andrés como sea, pero si no tengo nada que inculpe a su madre y que sirva de argumento sólido para impedir esa maldita boda, la perderé para siempre.

—¿Has dicho madre?

—Sí.

—Mira mejor lo hablamos mejor personalmente. En media hora estoy en tu casa.

—Trae cervezas, pero que sean de calidad no como las de la última vez.

—¿Alemanas?

—Si quieres traer a alemanas también. No me quejaré —bromeo.

—Mejor suecas.

—Lo que quieras, pero ¡tráelas!

Cuarenta minutos más tarde Roberto ya ha llegado a mi casa. Dos pizzas familiares, un arsenal de cerveza y suena música rock de fondo, Bunbury. Sus letras desgarradas y su voz peculiar casan bastante bien con el estado de ánimo en el que me encuentro a pesar de que sé que no estoy solo, que Roberto está ahora conmigo como amigo. Aun así me siento atrapado, no sé si en un bote salvavidas o en un barco perdido en medio del océano con los motores apagados, no lo he decidido. Solo sé que hay un rayo de luz en el horizonte cada más débil que mantiene la esperanza de que todo funcione. La tormenta de la boda de Laura con Andrés está en medio y solo quiero deshacerla sin saber muy bien cómo.

—Siéntate —pido a Roberto.

—¿Qué es eso de que quieres encarcelar a la madre de Laura?

—Estaba equivocado, no fue Paul, sino Natalia. En los documentos que nos trajimos del Congo se repetían una y otra vez unas iniciales: NG, Natalia Gómez tuvo una intuición de que era ella y cuadra todo. Que Paul matara a mis padres era lo más obvio, pero ¿ella? ¿Quién podría sospechar de una abnegada madre de familia que también trabaja en la oficina desde casa?

—Incluso así, eso no prueba del todo lo que dices, podrían ser de cualquier otra persona.

—Cierto, pero en las notas de mi padre también aparecían esas iniciales.

—Pero es poco consistente esa prueba.

—¿Y qué puedo hacer? ¿Le cuento todo a Laura de golpe sin tener nada concluyente? ¿Denuncio a su madre?

—Ponerlo en manos de un abogado amigo mío. Es experto en la materia y te va a decir qué hacer.

—Eso haré, gracias.

—¿Sabes algo nuevo de Laura? —voy hacia la barra americana que conecta la cocina con el salón y saco un abridor de botellines del primer cajón, abro un par, mientras Roberto coge un trozo de pizza y se lo mete en la boca.

—Vi a Laura hace unos días... —comienzo a decirle.

—¿En serio? ¿Dónde? —pregunta casi atragantándose.

—Hace unos días fui al supermercado donde siempre hace la compra para coincidir con ella.

—La echabas de menos.

—Sí. Ya no era capaz de estar más tiempo sin verla.

—¿Cómo fue?

—Mal, como era de esperar. No me creyó la excusa que le dije, pero mereció la pena, al menos pude verla.

—¿Tan mala era la excusa?

—Comprar unas galletas de chocolate de marca blanca, cuando sabe que vivo a la otra punta de la ciudad.

—Te creía un poco más ingenioso. Ciertamente la excusa no puede ser más mala.

—Sí, pero mereció la pena, al menos la vi y estaba preciosa como siempre.

—Te envidio, Jon, estás muy enamorado.

—Para lo que sirve.

—Servirá, ya lo verás. ¿Y de lo otro sabes algo más? ¿Quién te amenaza?

—Después de ver a Lau me volvieron a amenazar, pero nada fuera de lo habitual... Ahora sé que es Natalia la que está detrás, pero no creo que sea ella la que llama.

—Esto se está volviendo muy grave, Jon, creo que deberíamos poner el caso en manos de la policía.

—¿Y eso qué arreglaría? No contestes, ya te lo digo yo, no serviría para nada. La voz misteriosa desaparecería y con ello mi esperanza de obtener pruebas de que la muerte de mis padres no fue casualidad. Además, es la única manera de recuperarla.

—¡Deja de lamentarte y empieza a actuar de una vez! El tiempo se te está acabando. Tienes que cambiar de estrategia.

—Creía que estábamos en esto juntos.

—Y lo estamos, sabes que estoy aquí para todo lo que necesites, pero es obvio que el plan hasta ahora no está dando resultado.

—Por eso te llamé, porque por más que pienso y trato de poner planes en marcha, ninguno funciona. Supongo que tú como abogado de esto sabrás.

—Ojalá, pero las fusiones y escisiones de empresa poco tienen que ver con esto. Me guío por intuición.

—Entiendo.

—Se me está ocurriendo una idea que creo que podría funcionar.

—Te escucho.

LAURA

En dos meses me caso con Jon. Apenas llevamos nueve meses juntos, pero han sido los más increíbles de mi vida. Soy más feliz de lo que nunca lo he sido. Mi relación con él va de maravilla y está a punto de acabar la carrera.

Jon sigue trabajando de becario, pero muy pronto pasará a formar parte de la plantilla de la empresa y yo no he tenido nada que ver con ello. Ha sido todo cosa suya, con su esfuerzo y dedicación trabajando muchas más horas de las que le corresponden y haciendo tareas que no tendría por qué saber hacer, las resuelve con muy buenos resultados. ¡Estoy tan orgullosa de él!

Aunque hoy el día está nublado yo me siento plena, feliz. La vida me sonríe en todos los aspectos y hay veces que me da miedo tanta felicidad, temo no merecerme este sentimiento de plenitud, de perfección. Es como si estuviera viviendo en una novela romántica de esas que tanto me gustan y en el que los finales siempre son felices. Por eso adoro el género.

Jon me pidió el sábado pasado que me casara con él. No me lo esperaba, fue uno como otro cualquiera en el que nos levantamos tarde, fuimos a dar un paseo y más tarde a casa de mis padres. El viernes tampoco fue muy diferente: después de trabajar fuimos un par de horas al gimnasio, más tarde a un restaurante del centro en el que incluía cena más espectáculo hasta que finalmente acabamos en un local tomando una copa. Siempre había pensado que ir de fiesta en pareja sería aburrido, pero en absoluto fue así. No hubo nada que me indicara lo que iba a pasar...

A lo que iba diciendo, que me lío. El caso es que mi madre después de acabar de comer fue con Claudia a la cocina a por los cafés, y estaba en la mesa hablando tranquilamente con mi padre y con Jon sobre la rebaja del precio del barril de petróleo y sus repercusiones en la economía mundial. Me giré un momento hacia él para rebatir su postura y le vi muy nervioso. Cuando volvieron mi madre y mi hermana de la cocina, se levantó sorpresivamente de la silla y a punto estuvo de caerse cuando se le enganchó un cordón a la pata de la silla y se rompió sin dar los nueve pasos reglamentarios para evitar la mala suerte. No creo mucho en estas cosas, pero ese detalle no se me pasó por alto. Centré mi atención en él al tiempo que doblaba una rodilla y la apoyaba en el suelo. Sacó una cajita de terciopelo rojo del bolsillo de la chaqueta y me dijo las palabras mágicas. Las llamo así porque creo que las recordaré toda mi vida.

—Señor y señora Norton, Claudia, Laura. Tengo algo muy importante que anunciaros —dijo Jon—. Sé que llevamos poco tiempo de relación y que hace aún menos que estamos viviendo juntos, pero soy bueno para detectar las buenas oportunidades y me gusta aprovecharlas —me miró orgulloso y yo con solo mirarle supuse lo que iba a hacer. Dentro había un anillo sencillo de oro blanco con forma de corazón y un solitario en medio en forma de estrella—. Lau, eres lo mejor de mi vida y creo que no tiene sentido esperar. ¿Te quieres casar conmigo?

—¿Tendrás que pedirme permiso a mí primero, no? —interrumpió ufano mi padre.

—¡No seas antiguo, papá! —protestó mi hermana, mientras yo no dejaba de mirar a Jon que me miraba indeciso.

—La respuesta es...

Di unos segundos de tensión como en los programas de televisión en el que el presentador deja con la intriga hasta después de la publicidad, aunque la respuesta la tenía clara y obviamente no iba a hacer esperar tanto. La emoción me habría delatado.

—¡Que sí! —grité loca de la emoción. Le ayudé a levantarse del suelo me abrazó intensamente mientras mis lágrimas se empeñaban en estropear mi maquillaje y me besó de esa manera que él solo sabe hacer. Un beso rápido, directo y lleno de fuerza.

—¡Enhorabuena, chicos! —dijeron mis padres y mi hermana al unísono.

—Un brindis —propuso mi madre—. Deseo que seáis muy felices y pronto nos deis muchos nietos.

—¡Mamá! No seas antigua, déjales que disfruten unos años antes.

—Bienvenido a la familia, hijo —abrazó mi padre a Jon.

—Bueno ¿y cuándo será la boda? ¿Qué preferís, una boda en el campo o en un hotel? Las flores, un ramo de rosas, hortensias y azahar serían perfecto.

—*Stop* mamá. No empieces a agobiarme, déjanos que disfrutemos del momento.

—¿Por qué no os casáis en verano? ¿O mejor en dos meses? Si lo tenéis tan claro como a la vista está para qué esperar —propuso mi madre desoyéndome.

—Tienes razón, Natalia. ¿Para qué esperar? No puedo esperar a que Laura se convierta en mi mujer, nos casamos en dos meses —resolvió Jon y justo en ese momento se me desencajó la mandíbula, no creí que fuera a decir que sí, ¡y menos sin preguntarme!

Aun así, todo eran risas y alegrías, fue un momento totalmente inesperado, muy intenso y bonito. No esperaba que mi pedida fuera de ese modo, esperaba que fuera un poco más íntima. Primero los dos solos para después darle la noticia a mis padres y entonces, sí, recibir las felicitaciones y empezar a hablar de flores, vestidos, y fotografías. Pero no tiene importancia. Lo importante es el novio y Jon es perfecto. Además, que él no pueda esperar a casarse conmigo me emociona aún más, sobre todo sabiendo que si fuera por él, nos habríamos casado esta semana mismo. ¡Está loco y me encanta!

Nos ha costado encontrar hueco para casarnos porque a estas alturas casi todas las fechas están reservada. No obstante, hemos tenido mucha suerte de reservar el 22 de mayo en el ayuntamiento. En cuanto a las invitaciones, para eso no ha habido casi tiempo, hemos llamado a todos los invitados a la boda, prometiendo que les enviaríamos también la invitación por correo. No nos da tiempo a entregarlas en mano, todos vendrán salvo tres o cuatro.

Jon por su parte se está encargando de la tarta nupcial, que nos la harán en la pastelería en la que trabajó, del medio de transporte y alojamiento de los invitados.

Ahora mismo estoy con mi madre, mi hermana y *Patty* esperando a que nos atiendan para probarme vestidos de novia. ¡Estoy emocionadísima! En una tienda que lleva vistiendo muchas generaciones novias de la alta sociedad madrileña. No me vale cualquier vestido, tengo que encontrar “el vestido” porque es ése que miraré en las fotos cuando Jon y yo ya peñemos canas y la piel haya perdido toda su tersura. Ése con el que quiero verme guapa hoy, dentro de uno, de quince y de sesenta años. Cualquier otro día puedo fallar con la elección, pero con el de mi boda no. Tiene que ser perfecto.

Me hace mucha ilusión sentir la emoción que sienten las chicas de los programas de la *tele*, ésos en los que se quedan con la cara de otro cuando a sus acompañantes no les gustan la elección del vestido, hasta que finalmente, y tras probarse cuatro vestidos (la media según el programa, aunque seguro que son muchos más), encuentran “el vestido” y lloran todos. A mí ésos no me engañan; seguro que la novia ha ido con todo su séquito de acompañantes por todas las tiendas de novia de la ciudad y claro que los acompañantes lloran, ¡pero de alegría al saber que no van a tener que ir más tras conseguir por fin un trozo de tela! Miro a mis chicas y confío en que me darán en todo momento su opinión sincera.

Salé la dependienta impecablemente vestida con un moño bajo muy tenso. La sonrisa forzada denota que su trabajo no es tan ideal como parece. Con voz amable nos ofrece champán y bombones; ésta es la mejor parte de sentirte como una reina. En cuanto le digo que me caso en dos meses cambia su gesto a uno más serio y dice que espera que podamos encontrar algo, aunque no deja de añadir que será difícil con tan poco tiempo.

Mi madre me ha pedido que me pruebe uno que ella haya elegido, concedo y entonces *Patty* y Claudia también quieren elegir. Al ponerme el que ha escogido mi madre no quiero ni salir del probador, es de color champán y mangas abollonadas muy de los años ochenta. Aun así, salgo.

—¿Qué os parece? —pregunto disimulando mi cara de horror.

—¡Es precioso! Se parece mucho al mío.

—Parece una novia de los años ochenta —dice *Patty* en tono neutro mientras mueve los labios y me dice “ni de coña”.

—Da miedo verte. Parece un vestido de *Halloween*. Solo te falta la dentadura postiza y la sangre en la boca.

—¡Claudia! —le regaña mi madre.

—Es verdad —defiendo a la pequeña de las Norton—. Antes me caso en vaqueros o en Las Vegas, mamá.

—Next! —ordena Claudia.

El segundo no es mucho mejor. Me pruebo el que ha cogido *Patty* y me siento enorme, soy como una gran bola gigante de tul y encaje. Salgo del probador a que mis chicas, si es que me ven entre tanto volumen, me den su opinión.

—Como te lleves ese vestido Jon no va a poder darte un beso hasta que te lo quites, pareces una mesa camilla —observa acertada mi hermana.

—Es muy, muy... Grande —acierta a decir mi madre.

—Puede que tengan razón, aunque yo no lo veo tan mal.

—Es muy bonito, pero no es práctico, *Patty* —resuelvo—. Descartado.

Llega el turno de enseñar cómo me queda el que ha elegido mi hermana. Empiezo mal, no puedo respirar y no es porque me quede pequeño, es porque no hay centímetro de mi tronco que no esté aplastando el vestido. Es de corte sirena con un gran lazo en la espalda. Para ser tan pijas, las tres vistiendo en cuanto a vestidos de novia demuestran tener muy mal gusto y yo me estoy empezando a venir abajo. Ya no me divierte ni quiero estar aquí.

—¿Puedes andar? —pregunta *Patty* al verme salir dando saltitos.

—¿Y respirar? —inquieta mi madre.

—Eso es porque es una talla menos de la tuya.

—No Clau, es la 38, mi talla. Mira, mejor lo dejamos por hoy. No me gustan y me estoy empezando a agobiar.

—No se preocupe, señorita, es lo normal. Tiene poco tiempo y se ha probado tres vestidos que no le sientan bien. Venga conmigo y ya verá como encontramos algo.

—De acuerdo, pero por favor quítame este vestido antes o me sacan en camilla de aquí.

Tras probarme unos cuatro vestidos más, no me encuentro a gusto con ninguno. Los que no me hacían un pecho capaz de reflotar el *Titanic*, no se me ceñían al cuerpo y los que me quedaban bien no me gustaba ni la tela ni los adornos. Agotadas, nos entra una risa floja y acordamos ir a una chocolatería para olvidar que me caso en dos meses y todavía no tengo vestido.

Cuatro días después ya he mirado en tres tiendas más y en todas coincide el mismo patrón: mujer de entre treinta a cincuenta años, que te ofrece un café o una copa de champán según la hora. Manicura perfecta, maquillaje natural y tremendamente aduladora. Ya puedes parecer un botijo, un fideo o un bicho, que siempre te dirán que estás guapa... Mentirosillas, ¡seguro que luego despotrican de las clientas!

Cada una de mis chicas tiene una opinión diferente. Mi madre que si por ella fuera me casaba de cuello alto, pero eso sí, “con mucha clase” como dice ella. Mi hermana de putón verbenero cuantos más brillos y más ajustados mejor y *Patty*... De ella no sé qué pensar, no sé si es cosa mía o le gustan los vestidos más feos y que peor me quedan de la tienda. Así que ayudarme, no ayudan mucho. Pero claro, ¿ahora cómo les digo que no vengán conmigo?

Encima cada vez me siento más presionada, tengo que decidirme ya por un vestido y si ya íbamos justos de tiempo, ahora estamos a contrarreloj. Solo me consuela que en estos quince días prácticamente hemos organizado toda la boda sin necesidad de recurrir a ningún organizador.

Jon y yo estamos tan estresados que casi no tenemos tiempo ni para hablar, así que por hoy vamos a darnos un respiro y vamos a salir a quemar Madrid. Necesitamos relajarnos un poco y volver a ser la pareja normal que siempre hemos sido y no una que decide casarse casi de un día para otro.

A veces pienso que casarnos de manera tan precipitada es una locura y que no hay necesidad. En cambio, otras creo que ha sido la mejor decisión que hemos tomado en mucho tiempo. No me imaginaba organizar una boda con tanta premura. Parece casi una competición, algo así como “atrapa la boda que te casas”. De todos modos, supongo que muchas veces las mejores cosas son las que no se planean y quiero disfrutar al máximo de esta locura. Además, ver tan ilusionados a Jon, a mis padres, a mi hermana... a todos, me infunde las ganas y el ánimo necesarios cuando me entran las dudas.

Cuando llamé a Andrés para invitarle a la boda me felicitó y me advirtió que él se encargaría de mi despedida de soltera. Sus palabras textuales fueron que “prometía penes de plástico en la cabeza, tutús de princesa y alas de mariposa”, que aunque respetaba que Jon fuera a ser mi marido prefería no ir a la suya y que él sería el Patrick Dempsey en “*La boda de mi novia* [\[11\]](#)”. Le recordé que era una despedida de soltera y no una fiesta de disfraces y que además se estaba comportando como un amigo gay y no como un ex novio, a lo que me contestó que en el fondo una boda no es más que un espectáculo teatral en el que un hombre disfrazado de pingüino y una mujer vestida de princesa al final del último capítulo de la primera parte de la novela se prometen amor eterno, cuando seguramente no lleguen ni al primer año de casados.

Roberto. Otro de mis grandes amigos de la infancia. Como hombre de leyes que es, me recordó que no olvidase que el matrimonio no es más que un contrato entre dos personas por el que se obligan a cumplir con unas obligaciones de las que no saben si serán capaces. Y me sugirió que debía hacer separación de bienes por si en un futuro nos fuera mal, garantizar que Jon no se quedara nada que no le pertenezca. Obviamente me he negado en rotundo, aunque mi padre y mi madre me están presionando en este sentido. Entiendo la finalidad práctica, pero estoy convencida de que con Jon hay un para siempre tatuada en nuestra historia y no dudo de que vendrán momentos difíciles, pero aun así quiero compartirlo todo con él. Quiero estar con él en la riqueza y la pobreza, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte nos separe, aunque estoy segura que ni la muerte será capaz de separarnos.

Un poco más de brillo en los labios y ya estoy lista.

Ayer salimos a reventar de Madrid, dejamos de ser una pareja que está a poco tiempo de pasar por el altar fuimos simplemente Jon y Laura o Laura y Jon, sin papeles que firmar dentro de poco de por medio ni nada. Salimos a cenar en un restaurante con espectáculo. El tema del monólogo fue muy acorde: matrimonio, vida en pareja y lo que viene después del sí quiero. Fue desternillante incluso cuando el monologuista preguntó cuántas parejas había entre el público y cuántas de ellas iban a casarse en un futuro cercano, levantamos la mano un poco confundidos cuatro parejas y después nos pidió que mirásemos a las otras tres, nos dio la enhorabuena porque dos de las cuatro parejas tarde o temprano nos acabaríamos divorciando y dejaríamos de aguantar las manías del otro. No hicimos caso de lo que dijo y nos lo tomamos con mucho humor.

Después de cenar fuimos de fiesta a una de las discotecas más exclusivas de Madrid donde un reservado con una botella de champán nos estaba esperando. Pudimos bailar hasta quedar exhaustos.

—Buenos días —susurra totalmente despierto a mi lado.

—Buenos días, Jon.

—¿Te apetece que vayamos a la sierra a esquiar?

—¿No tienes sueño?

—No.

—Yo tampoco, pero no tenemos esquís —observo.

—No importa, los alquilaremos allí. Creo que si nos quedamos vamos a seguir con la organización de la boda y nos está empezando a superar. Tienes mala cara y se te ve agotada. El contacto con la naturaleza nos sentará bien a los dos.

—Es que por momentos me agobia las prisas con las que lo estamos organizando.

—¿Quieres que la pospongamos?

—No, me apetece mucho ser tu mujer y además mi madre nos mataría —ríe.

—¿Ha avisado a todo el mundo verdad?

—A todos.

—Entonces no podemos posponerla.

—¿Sierra entonces? —pregunto.

—Sí te apetece, sí.

—En marcha —le doy un beso rápido en los labios y me levanto de un salto de la cama.

Aunque apenas hemos dormido el cuerpo nos pide salir de casa y tomar contacto con la nieve. Jon baja a revisar el coche mientras yo busco la ropa de abrigo y preparo el desayuno.

Una vez que ya hemos llegado a la sierra y consigue ponerse los esquís, veo que empieza a dirigirse hacia el telesilla a hacer cola, mientras me deja sola en medio de un montón de esquiadores que parecen profesionales a juzgar por cómo se comportan. Trato de imitarles sin éxito. Cuando consigo salir de la sala, con mi andar de pato y resbalándome todo el tiempo, llego justo a tiempo para coger el telesilla con él. Me sonrío satisfecho detrás de las gafas que le tapan la mitad de la cara y se acerca para darme un beso que termina con un pequeño mordisco en el labio que consigue enfadarme, pero no digo nada. Se tiene que dar cuenta él solo de que me ha dejado abandonada y ni siquiera se ha disculpado. ¡Ojalá se caiga bajando por la ladera de la montaña! Nada grave, un buen culetazo sería perfecto. Cualquier cosa que dé un poco de justicia divina, karma o lo que quiera que sea eso que pone a cada uno en su lugar.

—¿Estás enfadada?

—¡Qué va! Estoy feliz, ¿no me ves? —sonríe con cara de “como te atrevas a llevarme la contraria te tiro del telesilla”.

—Se nota.

—¿Verdad?

—Bueno, cuéntame qué te ha pasado.

—Nada —¡encima me pregunta qué me ha pasado! Es más que obvio, que no me ha esperado y me ha molestado, pero no creo que sea el momento de decírselo cuando nos falta poco para llegar a la cima y no quiero discutir con él.

—Jon, no es el lugar para hablar de esto, luego hablamos.

—Bueno, pues si no te pasa nada, ¡a deslizarnos, rubita! Te veo abajo —grita mientras comienza a bajar con los esquís por la pista con gran habilidad.

—¡De acuerdo, mi vida! ¡Ten cuidado —grito—, pero si te caes de culo y no te haces mucho daño, mejor!

¿Deslizarnos? “Mi vida” es el apelativo que utilizo cuando quiero decir alguna ironía. Él utiliza “mi amor”. Ésa es la clave, conocernos hasta por esos pequeños detalles.

Bajo despacio por la pista con un poco de miedo, casi no me acuerdo de cómo se esquía y me siento bastante torpe, poco a poco voy cogiendo confianza y como no soy capaz de esquivar a nadie grito con antelación para que otros esquiadores se aparten. Por suerte, consigo llegar abajo sana y salva, pero no me he librado de una buena caída al terminar de frenar. Jon me mira sentado en la terraza del bar de la pista y no para de reírse, no viene a ayudarme y yo tampoco me molesto en llamarle. Bastante tengo con la vergüenza que estoy pasando en este momento y nadie me ofrece su ayuda. Se me acerca un chico de unos dieciocho años que al verme en el suelo parece ser el único hombre sensible de este mundo.

—¿Te ayudo?

—No, gracias, no te preocupes —digo sentada desde el suelo abochornada, mientras veo como Jon observa la escena muy divertido—. Puedo yo sola —trato de levantarme sin quitarme los esquís y cuando casi lo he conseguido, me vuelvo a caer. Jon sigue sin moverse de donde está.

—Quítate primero los esquís, va a ser mucho más fácil —se quita los suyos con gran profesionalidad y se agacha para ayudarme con los míos.

—Gracias —aunque parezca mentira, yo sabía esquiar. Cuando Clau y yo éramos pequeñas estuvimos apuntadas unos cuantos fines de semana en la sierra para aprender, pero se ve que se me ha olvidado todo. El chico con mucha delicadeza consigue quitármelos y me regala una sonrisa espectacular, sus dientes brillan más que la nieve.

—¿Te apetece tomar un café o algo caliente?

—No, gracias —le digo con pena—, me está esperando mi chico, es ese de ahí.

—¿Y por qué no ha venido a ayudarte?

—Eso me gustaría saber a mí.

—Si tú fueras mi novia, no te dejaba sola un segundo —asegura sin ápice de vergüenza y no sé por qué me pongo roja. Descarado. Ahora sí, por fin Jon se levanta de la silla y viene, seguro que se ha dado cuenta de que el chaval está coqueteando conmigo y le ha entrado la vena posesiva. Se acerca y yo sigo sin saber qué contestarle al chico.

—¿Estás bien, Lau? —inquire Jon con voz tajante para marcar su territorio.

—No gracias a ti —le espeto y me giro hacia el chico que se siente fuera de lugar—. Muchas gracias por ayudarme, has sido muy amable. Encantada de conocerte, ¿cómo te llamabas?

—Pablo.

—Pues encantada, Pablo, que vaya bien.

—Igualmente —se pone de nuevo los esquís y veo cómo se dirige hacia el telesilla.

—¿Cómo te llamabas? —se burla Jon imitando mi voz.

—¡Tú ni me hables! —cojo los esquís debajo del hombro y entro en el bar. Quiero estar lejos de él.

Estoy enfadadísima, tanto que no sé ni lo que hago, vuelvo a salir del bar y le exijo que me dé las llaves del coche.

—Dame las llaves del coche.

—¿Para qué?

—No preguntes y haz lo que te digo.

—No.

—¡Que me las des!

—Cógelas.

—¿Dónde las tienes?

—En la chaqueta —se baja la cremallera y señala su bolsillo interior de su forro polar. Estoy segura de que cuando fuera a meter la mano aplastaría contra su pecho para camelarme, pero no quiero flaquear. Se ha comportado como un imbécil conmigo y tiene que pagar por ello.

—¡No! Dámelas.

—¿Cómo se piden las cosas? —pregunta pedante. Quiere que se lo pida por favor, pero ni muerta lo hago. Me aprieto las uñas contra los puños para no hacer algo de lo que arrepentirme. Tomo una decisión, me voy de aquí. Voy a entrar pedir un taxi en el bar, estoy sin dinero y sin llaves, pero daré la dirección de mis padres y seguro que hay alguien en casa para pagar al taxista.

—Déjame en paz —me doy la vuelta y voy a hacer lo que acabo de decidir cuando he subido el primer escalón me coge por la cintura y me lleva hasta el coche con un solo brazo a la vez que pataleo y le grito sin cesar —¡Suéltame!

—No.

—¡Que te he dicho que me sueltas!

—Y yo que no te voy a soltar —le doy un codazo en el estómago, me libera de manera inmediata y me doy otro golpe en el culo contra el asfalto creo que me he roto el coxis.

—¡Ay!

—¿Estás bien? —pregunta preocupado al verme de nuevo en el suelo mientras unas lágrimas de dolor se derraman por mi cara.

—¡No! Me duele mucho, Jon —gimoteo.

—¡Lo siento! —se agacha y me abraza, mientras acuna mi cabeza con su pecho. Su olor invade mi olfato y hace que se me olvide momentáneamente el dolor.

—¿Qué es lo que sientes? —pregunto desafiante.

—¡Todo! Esta maldita broma de mal gusto de no haberte ayudado cuando te caíste antes, de haberme comportado como un tonto cuando el chico ese se ha acercado a ayudarte y siento haberte arrastrado hasta el coche dejándonos en evidencia.

—¿Solo?

—¿Es que tendría que disculparme por algo más? —le miro atónita. No sé si está bromeando o es que efectivamente es tan corto como muestra ser en estos momentos.

—Tú sabrás.

—¿Yo sabré qué?

—¡Vámonos a casa! —espeto en un tono que no admite discusión—, ya he tenido suficiente nieve por hoy —me levanto con dificultad mientras me apoyo en el coche.

—Tienes que cambiarte, tienes la ropa mojada.

—Ahora no te preocupes por mi salud. Dame las llaves, conduzco yo.

—No es buena idea.

—Dámelas —exijo de nuevo y me hace caso.

Abro el maletero, me quito las botas de esquiar y saco unas deportivas. Me las pongo como puedo y cuando termino me dirijo hacia el asiento del conductor mientras él mete todo en el maletero. Pongo la música muy alta y trato de acomodarme lo mejor posible en el asiento del conductor. Me duele muchísimo el coxis, pero trato de olvidarlo para concentrarme en la tarea que tengo por delante: llegar a casa en el menor tiempo posible y pensar.

JON

Son las ocho de la tarde cuando termino de trabajar. Me duele todo el cuerpo y creo que la cabeza me va a estallar, mucho trabajo muy poco tiempo y Laura no deja de rondarme por la cabeza. Es como un dolor sordo. Duele tanto que hay veces que parece que deja de doler, pero no, está ahí, oculto, agazapado tras el sofá esperando saltar en cualquier momento de debilidad y destrozar todo lo que encuentra a su alrededor.

Desde esta mañana apenas he salido de mi despacho. Di la orden de que no me pasaran llamadas y tampoco dejaran pasar a nadie salvo en caso de incendio. Pongo la alarma y el pitido confirma su activación. Bajo en el ascensor, organizando mentalmente las tareas del día siguiente.

De repente la veo.

De no conocer tan bien ese rostro no la habría reconocido. Se ha cortado el pelo a lo chico y está bastante más delgada de lo que la recordaba. Aun así es inconfundible. Es la sonrisa que tantas veces se ha dibujado en mi mente y que tanto he echado de menos, los mismos ojos por los que fui al infierno. Mónica.

Me reconoce, deja de apoyarse en el coche y viene hacia a mí con una actitud dubitativa. Debo de estar loco, seguro que es fruto de mi imaginación como tantas otras veces cuando he creído ver a mi madre en los lugares más insospechados. Debe de ser mi anhelo por cerrar esa parte de mi pasado que creo que no llegaré a cerrar del todo por más que me esfuerece, porque cuando se ama intensamente es imposible olvidar ese amor. Sin embargo, merezco ser feliz. Por eso, hace tiempo que decidí que nunca más me iba a sentir mal por amar a otra persona y más si esa persona era Laura.

Pestaño varias veces y disimuladamente me pellizco la muñeca. Sigue ahí, es ella. Me he quedado inmóvil mirando desde el otro lado del cristal de la puerta y Mónica, o la doble de ella, no deja de mirarme. No recuerdo que tuviera una hermana gemela, ni una prima que se le pareciera mucho, así que tiene que ser ella. Si no lo es, ¿cómo iba a estar aquí? Y aunque fuera ella, ¿cómo ha llegado hasta aquí? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Cómo se ha enterado? Veo su rostro perfectamente a través del cristal porque apenas ha empezado el sol a caer. Entonces ¿qué hace aquí? ¿Sobrevivió? ¿Cómo? ¿Por qué no me he enterado hasta ahora de que seguía viva? Un millón de preguntas se arremolinan en mi cabeza y pugnan por salir, pero no me muevo, tengo los músculos agarrotados. Soy incapaz de dar un paso, abrir la puerta y empezar a deshacer este entuerto. Un hombre pasa por mi lado y entonces instintivamente le sigo aunque continúo muy impactado por lo que estoy viendo. Cruzo la puerta que se cierra a mi espalda y ella se acerca a un poco más a mí. Ya no hay duda alguna, es ella.

—Mónica —balbuceo dolorosamente. Nunca pensé que llegaría a volver a verla, a pronunciar de nuevo su nombre y que ella me contestara.

—Hola, Jon —tiene los brazos cruzados debajo del pecho y ninguno de los dos se mueve de donde está. Entonces la olla a presión que es mi cabeza pierde un poco de gas y comienzo a hablar.

—No falleciste en el accidente.

—Eso parece —mira temerosa hacia a ambos lados de la calle y me doy cuenta de que este no es lugar adecuado para hablar, pero ¿cuál lo sería? Llevamos tanto tiempo sin vernos. Hay tantas cosas que aclarar entre nosotros que necesitaríamos mucho tiempo para me explique lo que ocurrió. El lugar en el que estamos no es el más adecuado. Recuerdo que hay un parque cerca de aquí. Tener cerca la naturaleza puede que me ayude a entender mejor lo que me tenga que contar.

—Hay un parque aquí cerca. ¿Quieres que vayamos allí y hablemos?

—Buena idea, te sigo —empezamos a andar uno al lado del otro.

Ella continúa con los brazos cruzados sujetando una chaqueta y yo llevo mi maletín en una mano y la americana en la otra. Caminamos sin hablar, saludo a conocidos del edificio de oficinas cuando me los cruzo mantengo con ellos una breve charla insustancial y me despido de ellos hasta el día siguiente, mientras Mónica espera en segundo plano con gesto impenable.

—Estamos cerca, está al doblar la esquina —¿cómo sabe dónde trabajo? ¿Desde cuándo llevaba esperándome? ¿Qué sabrá ella de mí que yo no de ella? De nuevo la olla a presión comprime el gas un poco más. Giramos en la esquina y vemos un parque no muy grande con pinos y una parte de columpios para que jueguen los niños. Ambos localizamos el banco más alejado del bullicio y nos sentamos en el respaldo con los pies apoyados en el asiento. Ahora sí, ahora soy capaz de hablar—. ¿Por qué? —pronuncio. Una pregunta sencilla que encierra una multitud de preguntas.

—Más bien la pregunta sería ¿cómo? ¿No crees?

—Puede.

—Empezaré con el cómo, creo que va ser más sencillo.

—Empieza por donde quieras —miro a Mónica y me cuesta reconocer a la chica que conocí en la universidad. Sigue conservando esa belleza racial que tanto me gustaba. Sus ojos color avellana, su piel aceitunada y aunque sus curvas casi han desaparecido sigue conservando algo de la belleza de hace unos años que me tenía loco. No puedo evitar comparar a Mónica y a Laura. Son tan distintas. Tarda unos segundos que me parecen eternos hasta que empieza a hablar.

—Voy a contarte todo de un tirón porque ahora que he sido capaz de reunir todo el valor que necesito, no quiero dejarme nada.

—Empieza por favor.

—Tuve un accidente la noche que me llamaste. Según me contaron bastantes meses después, alguien que pasaba por la carretera lo vio y me sacó del coche antes de que ardiera en llamas. Me llevó a un hospital en el que me ingresaron, estuve durante casi dos meses en coma. Fui una persona sin identidad durante ese tiempo, era tan solo un cuerpo conectado a una máquina que hacía todo por mí. No tenía nombre, ni edad, ni familia, ni nada. Cuando mis padres consiguieron localizarme yo llevaba dos semanas en coma. Me desperté amnésica. No sabía quiénes eran esas personas que decían ser mis padres, ni entendía qué hacía allí si no me dolía nada. Quería irme de ese sitio. Todos parecían estar locos y nadie parecía darse cuenta. Poco a poco fui recordando pequeñas cosas a través de lo que me iban contando. Eran como pequeños fogonazos de recuerdos. Dudaba de la existencia de los mismos y llegué a creer que mi mente los fabricaba artificialmente a través de lo que ellos me contaban hasta que pregunté quién era Jon. Si les vieras. Estaban incómodos. Cruzaron una mirada y mintieron. Me contestaron que Jon era el nombre de mi amigo invisible de la infancia. No me convenció esa respuesta y las imágenes que me venían a la memoria en la que aparecías tú cada vez eran más frecuentes, más reales. Incluso llegué a recordar el momento en el que me diste el primer beso —sonríe melancólica—, así que les exigí que me dijeran toda la verdad. Me contaron todo a regañadientes. Monté en cólera. Reproché a mis padres que no me hubieran dicho nada durante ese tiempo y que hubieran tratado de mentirme. Entonces confesaron.

—¿El qué? —pregunto confuso.

—Tu situación, que te habías dedicado a beber y dilapidar el dinero de tu familia desde mi supuesta muerte y que entonces vivías en la calle. No me atreví a buscarte, saber que estabas en esa situación por mi culpa fue demasiado fuerte para mí.

—No fue por tu culpa.

—Lo sé, pero también sabía que yo fui la gota que derramó el vaso. Si yo no hubiera desaparecido...

—Eso ahora da igual, continúa por favor.

—Quise borrar tu recuerdo poniendo tierra de por medio y me fui a terminar la carrera en el extranjero. Necesitaba huir de mi pasado y construir recuerdos nuevos. Vivir una nueva vida. Lejos de todo, lejos de ti.

—Pero ¿por qué has vuelto ahora? ¿Por qué no antes cuando tanto te necesitaba?

—Ví por casualidad una noticia en una revista de corazón en la que anunciaban que una tal Laura Norton y Jon Artetxe se divorciaban tras un corto matrimonio. Cuando vi la foto en la que salías con ella agarrándola por la cintura inmediatamente te reconocí y quise verte al menos por última vez. Hice las maletas, me compré un billete y volví a Madrid.

—No me has contestado, ¿por qué ahora?

—Pues porque ahora que has podido salir de la depresión en la que estabas sumido, no me siento tan responsable de todo lo que te ocurrió y soy capaz de mirarte

a la cara.

—No sé qué decirte.

—Tranquilo, lo entiendo.

—Es difícil hablar cuando se tiene tanto que preguntar.

—Date tiempo, no tengo prisa. Si quieres te espero toda la vida.

—Me cuesta reconocerte. Te miro y no me pareces la misma mujer que yo conocía.

—Es que no soy la misma, Jon, ni tú tampoco. Mírate, ¿qué queda de ti? De ese chico desaliñado que quería trabajar en Sudamérica ayudando a los agricultores del café. Ahora eres un emprendedor al que se lo rifan los periodistas para hacerle una entrevista sobre la auditora que has creado.

—¿Algo que objetar?

—Nada.

—Tienes razón, no somos los mismos. Yo creía que podía confiar en ti y sin embargo desapareciste.

—No tuve otra opción.

—Siempre hay otra opción.

—No cuando tienes veinte años y estás muerta de miedo y no sabes cómo afrontar la situación.

—¿Dejarme morir en la calle cuando recordaste todo era la mejor?

—Yo no he dicho eso.

—No hace falta, tus actos hablaron por ti.

—Podría no habértelo contado y haberme inventado una mentira para acercarme de nuevo a ti después de todos estos años y me habrías creído. Está claro que es eso lo que debería de haber hecho.

—Lo que deberías haber hecho es no haberte desentendido de mí, sabiendo la situación en la que me encontraba. Tú eras la única persona capaz de salvarme.

—Ya te he dicho que tienes razón, que me equivoqué. Te pido perdón por ello, pero ésa es la verdad por muy dura que sea.

Se crea un silencio muy incómodo entre nosotros, pero ninguno de los dos se mueve. De repente los niños corriendo por el parque son una distracción muy interesante para dejar vagar nuestros pensamientos y rebajar la tensión.

Nunca me había planteado que las cosas fueran así y mucho menos que Mónica, mi chica, ésa que se encadenaba a árboles en el Paseo del Prado para evitar que los talaran, o la que participaba y organizaba caceroladas en la universidad, no tuviera los suficientes arrestos de venir a acercarse a mí y ayudarme, en ningún momento de los cinco años de los que viví en la calle. Su comportamiento durante ese tiempo fue incoherente con lo que mostraba ser y eso no lo puedo perdonar, sencillamente no soy capaz.

—Quiero saber más.

—No hay mucho más.

—¿Qué fue de ti estos años? ¿Dónde estuviste?

—Estuve un par de años en Londres estudiando inglés y acabando la carrera, allí conocí a un chico que vivía en París, me enamoré de él como nunca antes lo había hecho, así que allá que me fui a vivir.

—¿Ni siquiera de mí?

—¿Puedo serte sincera?

—No espero menos, creo que ya está bien de tantas mentiras entre nosotros.

—Pues no, ni siquiera de ti.

Me duele escuchar esas palabras por su boca. Yo creía que lo nuestro había sido importante, pero tras el impacto inicial no siento nada. La miro y me doy cuenta que la idealicé. Estaba tan desesperado por tener algo permanente en mi vida que me puse yo mismo la venda en los ojos. Después de la muerte de mis padres, ella era lo único que me quedaba. Ella y las malas compañías, ésas que solo me escuchaban después de unas cuantas copas y alguna que otra raya cuando la cosa se ponía muy mal. Pero nunca llegué a estar enganchado de verdad, solo gastaba y gastaba sin control. No por adicción, sino porque quería comprar eso que no tenía: compañía, cariño, afecto. No sé dónde se quedaron esas personas a las que teóricamente importaba, solo sé que después de la muerte de mis padres y la posterior de Mónica, todos desaparecieron sin más. No acierto a dar el motivo. No estuvieron, se desentendieron de mí y ahora, después de tantos años, me dan igual, pero ojalá la vida les acabe poniendo en su sitio, sea cual sea.

Miro de nuevo el rostro de Mónica y siento pena por ella. Tuvo que ser difícil vivir lo que vivió y aún más triste ser consciente de que fue una cobarde, por muy nobles que fueran sus motivos. Cuando pasó todo ya no era una niña. Si realmente hubiera querido ayudarme, habría hecho todo lo posible por rescatarme y no lo hizo. En el fondo no es muy diferente a todos los demás, solo que la decepción es aún mayor porque ella me importaba de verdad. Estoy seguro de que Laura no habría reaccionado igual.

Si me quedaba alguna duda de lo que fue Mónica para mí, ahora me las ha despejado de golpe. No voy a negar que me enamoré de ella, pero fue un amor más adolescente, más añiñado, menos profundo. No recuerdo haber hecho nunca planes de futuro con ella. Éramos demasiado críos como para no vivir la vida a tope cada segundo. El momento importante era el “ahora”, el mañana ya lo veríamos sobre la marcha. Esos sentimientos están muy alejados de lo que siento por Laura. Cuando la vi por primera vez me imaginé quedando con ella para tomar un café. Cuanto tomé ese café me imaginé besándola. Cuando la besé, quise que llegara el día que me fuera a vivir con ella y cuando por fin viví con ella, ella quiso tener un hijo y yo también lo quise, pero no podía ser. Temí mi reacción cuando naciera, no podía ser el responsable de traer un ser inocente al mundo a pagar por algo de lo que no tendría la culpa. Por eso, elegí el mal menor aunque implicara escoger la decisión más difícil. Por eso siempre hay posibilidad de elegir.

—Nos hemos quedado callados de repente, ¿en qué piensas? —pregunta Mónica.

—En nada y en todo la verdad, creía que me querías.

—Y lo hice, pero no del modo que tú esperabas.

—Es como si hubiéramos vivido dos relaciones diferentes.

—Porque cada uno vive sus sentimientos a su manera —me quedo callado ante esa afirmación, puede que tenga razón. El amor se siente, no se cuantifica—. Cuéntame, ¿qué fue de tu vida desde mi “muerte”?

—Mi vida —suspiro—. Después de tu supuesta muerte, acabé con todo lo bueno que quedaba en ella hasta que me quedé sin dinero y tras haber visto más amaneceres que el camión de la basura el banco me echó de la casa de mis padres por impago. Barajé el suicidio en varias ocasiones, pero siempre me arrepentía en el último momento.

La primera noche que dormí en un cajero fue como un mal sueño. Me llegué a convencer de que al día siguiente iba a encontrar un trabajo y que con el sueldo me iba a poder pagar una pensión para pasar la noche. La segunda fue la peor, pasé mucho miedo y aunque albergaba la esperanza de que iba a ser temporal, me di de bruces con una realidad más dura de lo que me imaginaba, la soledad y las miradas de desprecio. Poco a poco me fui acostumbrando a esa sensación de inseguridad y de tener un sueño ligero, siempre alerta temiendo que alguien quisiera hacerme daño. Me costó mucho aceptar que ni tú ni ellos volveríais, los muertos no reviven y solamente aparecen en forma de fantasma en las películas.

—Se ve que yo vengo a confirmar la regla —bromea.

—Eso parece —le doy un golpecito amistoso en el hombro con el mío para rebajar un poco la tensión—. Me alegro mucho de que estés viva.

—Gracias. Sigue contándome.

—Pasé cinco años viviendo en la calle, hasta que un día vi a Laura y no pude evitar fijarme en ella —sonríe de manera inconsciente—. Tenías que verla, tan pija, tan estirada, tan segura y con esa apariencia de no haber roto un plato. A la Mónica de hace unos años le habrían dado ganas de haberla insultado.

—Discrepo, me estás pintando como una bruja y yo no era así —levanto una ceja interrogante—. Vale, tienes razón. Por lo que me cuentas quizás le habría tirado

un bote de pintura por encima, le habría quitado la carpeta o algo así.

—Eras una chunga.

—Digamos que me encargaba de hacer justicia.

—¿Como cuando soltasteis las cucarachas por la facultad de Derecho? Ese día en el que también dejasteis *pit bull* por la universidad y quemasteis contenedores en los accesos al campus.

—Justicia, Jon, justicia.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Es cierto, era una gamberra. No sé porque te fijaste en mí.

—Por muchos motivos, pero tu carisma y convicción me fascinaban.

—Gracias. A mí me gustaba de ti que me complementabas, eras mucho más tranquilo.

—E inocente.

—Eso también.

—Ahora que estamos más relajados. ¿Te apetece que vayamos a cenar a un bar que hay aquí cerca?

—Buena idea.

Entramos en un bar de una cadena de cervecerías y pedimos un cubo mixto de cerveza con un par de tostas para cenar. Hay bastante gente y nos acomodamos en una mesa que está al fondo.

—¡Hay un montón de gente!

—Sí, este sitio casi siempre está lleno.

—Y bueno cuéntame, ¿cómo sucedió todo con Laura?

—No quiero entrar en detalles, es una historia muy larga y no quiero aburrirte.

—No lo harás.

—Cuando la conocí era un día normal, estaba sentado en mi esquina con mi sombrero delante y ella salía de una tienda de compras hasta que reparó en mí y dejó dinero dentro. Volvió unas cuantas veces hasta que, un día, uno de los dos habló al otro y nos hicimos amigos. Estábamos muy a gusto juntos aunque nuestro tiempo fuera limitado ya que no podía estar mucho tiempo fuera de mi esquina, temía que me quitaran el sitio. Por un problema, que no viene al caso recordar, pasamos un tiempo sin vernos hasta que de nuevo, casualidad o destino, pasados unos meses volvimos a vernos.

—¿Qué pasó durante ese tiempo en el que no os visteis?

—Ya te he dicho que prefiero no recordarlo.

—Perdona. Cuando la volviste a ver ¿empezasteis una relación?

—Sí. Lo nuestro no podía ser solo una amistad. Era inútil negar la atracción que había entre nosotros. Por eso, pronto empezamos una relación. Todo iba muy bien, cada vez estábamos más ilusionados y llegué a olvidarte casi por completo, pero cuando vi a su padre, le reconocí y para vengar vuestras muertes decidí pedirle matrimonio. Me dolía demasiado vuestra ausencia y quería hacer justicia.

—¿Querías a Laura?

—Durante mucho tiempo estuve convencido de que no, pero una serie de cosas me hicieron abrir los ojos y darme cuenta de que estaba enamorado de ella. Pensaba que lo que había tenido contigo era la única relación de verdad que podía tener en mi vida y que lo que había sentido por ti había sido más fuerte que lo que sentía con ella.

—Pero no es así.

—No.

—No sabes cómo te entiendo.

—No quiero molestarte, pero al verte aquí delante, no siento nada de lo que sentí cuando éramos novios y eso me confirma que Laura es la mujer con la que quiero vivir toda mi vida.

—Tranquilo, a mí me pasaba lo mismo con *Antoine*.

—¿Pasaba?

—Me dejó por otra.

—Lo siento, pensaba que tú también tenías pareja.

—Y así era hasta hace unos pocos días cuando le pillé en nuestra cama con otra.

—Por eso volviste.

—Volví porque necesitaba poner distancia con él, ver a mi familia y porque no podía dejar pasar más tiempo sin que supieras que estaba viva. Me he arrepentido cada día de mi cobardía, pero nunca tomé la decisión de coger un avión y venir a verte.

—No tenías por qué hacerlo, ya no te esperaba.

—Pero tarde o temprano tenía que llegar el día.

—Sí, supongo que sí y me alegra que lo hayas hecho.

—Si me permites un consejo, lucha por Laura. Si algo me enseñó el accidente es que no se puede dejar para después la felicidad y que hay que vivir el momento. Se nos olvida muchas veces disfrutar de las pequeñas cosas, como por ejemplo de esta conversación que tengo con mi ex pareja —sonríe afable y algo de la Mónica que conocí aparece de nuevo.

—Me alegra saber que el accidente al menos trajo algo bueno.

—Sí.

La noche pasa tranquila, somos dos personas que, aunque ahora no tienen nada en común, supusieron algo importante en sus vidas y de las que, tras tanto dolor, mentiras y sufrimiento, queda algo bueno: un pasado feliz en el que crecimos como personas, maduramos y también vivimos la cara más amarga de la vida.

Nunca pensé que sería posible volver a ver a Mónica. Al menos, no con vida. Pero me alegro de haberlo hecho, así por fin puedo dar carpetazo al pasado y empezar a ser feliz. Quedamos en llamarnos la semana que viene para tomar un café. Ella no tiene que volver a Francia hasta final de mes, cogió vacaciones en el trabajo.

Nos despedimos en la puerta de la cervecería, por un momento tengo la intención de ofrecerme a llevarla a algún lado, pero me arrepiento. Hay algo que me impide hacerle el ofrecimiento y creo que es por mi carácter desconfiado. Conduzco con cuidado. Cuando llego a mi calle, apago el motor de coche y subo a casa. Aunque es un poco tarde para llamar a Roberto lo hago, seguro que sigue despierto.

—Hola, Roberto, perdona por llamarte a estas horas, supongo que ya estarás descansando, pero es importante.

—No te preocupes. Acabo de salir de una cena con unos clientes y voy en el coche de camino a casa. Cuéntame, ¿pasa algo?

—Antes de nada, ¿puedes parar el coche un momento? Cuando te lo cuente no me vas a creer.

—¿Tan grave es?

—Hazme caso y te lo cuento.

—De acuerdo.

—Mónica está viva —oigo un frenazo, Roberto acaba de detener el coche de golpe, conductores le recriminan su actitud, pero no les hace caso y sigue hablando, o más bien, balbuceando conmigo.

—¿Qué Mónica? ¿Tu Mónica?

—Sí.

—¿¡Pero no estaba muerta!?

—Eso pensaba yo.

—Quiero saberlo todo, dame diez minutos y te llamo.

—Vale.

Quince minutos más tarde suena mi móvil.

—¿Cómo fue? —inquire en cuanto contesto el teléfono.

—Se presentó en la oficina cuando salí de trabajar. Al principio no lo creía, pensaba que estaba teniendo una alucinación hasta que conseguí darme cuenta de que era real.

—Normal, los muertos no andan, ni hablan.

—Pues esta sí —ironizo—. Nos estuvimos poniendo al día de todo. Según me dijo tuvo un accidente de tráfico y por eso desapareció.

—¿La creíste?

—No tengo por qué no creerla, cuando estuvimos juntos nunca me mintió. Es más, había veces que su extremada sinceridad llegaba a molestarme.

—Su aparición me parece muy extraña.

—Encontró a su novio en su cama con otra.

—Eso tiene sentido.

—Sí.

—¿Y no hizo ningún comentario raro, nada que pudiera hacerte pensar que está ella detrás de los mensajes anónimos?

—No creo. No dijo nada sospechoso y parecía bastante abatida.

—¿Y no percibiste nada fuera de lugar en ella?

—Estaba muy cambiada. Más delgada, con el pelo corto y con un tinte de melancolía en su rostro que explica el desengaño que ha tenido.

—¿Y qué has sentido? ¿Todavía la quieres?

—En un momento de la noche, cuando fue a pedir otra ronda de cervezas, rozó su cuerpo contra el mío sin querer. No sentí nada. Era como si me hubiera tocado un extraño y eso me confunde. Yo creía que nunca sentiría por nadie lo mismo que sentía por ella y al verla no había nada. Ni pena, ni odio, ni rencor. La sentía simple y sencillamente como una intrusa.

—Idealizaste demasiado a esa mujer y por ella estás a punto de perder a la que amas.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer con ella? ¿La vas a volver a ver?

—La semana que viene.

—Tenéis muchas cuentas pendientes.

—Es la segunda cuenta pendiente más importante. Pero que tengo que saldar primero. Por mis padres ya no puedo hacer nada, solo descubrir todo y contárselo a Laura.

—Deja de engañarte, Jon. Aunque no dudo que quieras mucho a tus padres y que lo harás hasta el último día de tu vida, si solo te importaran ellos ya habrías descansado tranquilo. Sin embargo, luchas por seguir hasta el final. Laura se ha convertido en la razón de todo y recuerda que tienes que actuar rápido, se casa pronto con Andrés.

—Lo sé y ya tengo un plan para ello.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a volverla a enamorar.

—¿Quieres que haga de Cupido?

—Gracias, pero espero que no me haga falta.

—Como quieras.

—¿Nos vemos esta semana?

—Sí, yo te aviso. El domingo, ¿partido de pádel y pizza?

—Perfecto.

—Cuando cierre el partido te mando un *WhatsApp*.

—Espero tu mensaje.

—*Ciao*.

Me meto en la cama con sensación de incredulidad. Me sigue costando asimilar que Mónica está viva. Apago la luz de la lámpara y miro una vez más la foto de Laura que le hice con la cámara réflex en nuestro último viaje juntos, ésa en la que estaba dormida con el pelo revuelto y preciosa. Trato de imaginármela a ella junto a mí en su lado de la cama. El tacto de su piel bajo mis dedos, su olor. Tengo la imagen completa y hasta casi puedo sentirla. El zumbido del móvil me despierta de la ensoñación y la soledad de la habitación se desploma sobre mí. La echo mucho de menos, demasiado como para aguantar así mucho más tiempo. Ojalá ella también lo haga, ojalá no me haya olvidado ya. Me da rabia la realidad que siempre trata de imponerse con toda su crudeza y no me deja tiempo para vivir mi ensoñación. Pero esta noche no, esta noche voy a soñar con Laura. Miro por última vez su foto antes de dormirme y traigo a la realidad que me voy a fabricar esta noche en el sueño su voz diciéndome te quiero. Lo consigo.

Cuando despierto, estoy más despejado, me entristece mucho cómo ha transcurrido la vida en estos años. Ni en mis peores pesadillas podía haber imaginado lo que iba a ocurrir, cuando Mónica y yo éramos novios, antes de que la vida perfecta se viniera abajo como un castillo de naipes era muy diferente a lo que es hoy en día. Ella era vivaz, alegre, no paraba de sonreír y conseguía desprender una luz especial a todo quien le rodeaba. Recuerdo que estaba en la asociación de estudiantes y no había un día en el que no estuviera metida en líos. Cuando no era una huelga, era un encierro en la universidad u organizando eventos culturales en favor de las mujeres del Sáhara. Era difícil seguirle el ritmo imparable que tenía, aunque no me quejaba. Ella era así, auténtica. El tiempo que estuve ayer con ella me sirvió para constatar que ya no quedaba nada de esa Mónica. Su mirada ya no brilla, parece desesperada y abatida. Es como un juguete roto. No dudo que haya sido feliz estos años, pero su mirada esconde melancolía y decepción.

¿Y de mí? ¿Qué queda de mí? Nada y todo.

Nada porque ya no tengo la inconsciencia de la juventud y sé que no voy a ser capaz de cambiar el mundo, mi padre ya lo intentó y murió. Todo porque ahora soy capaz de disfrutar más de la felicidad. Ya no necesito llegar a casa a las seis de la mañana cada fin de semana; acampar en la facultad para protestar después de haber vivido en la calle no me parece un acto de rebeldía y disfruto ahora mucho más de una conversación agradable con amigos alrededor de una mesa que de una borrachera. Tampoco soy como el de hace tres años. Ahora sé que la felicidad existe y era eso que tenía. Disfrutar del amor ya no es un sentimiento que me esté vetado y por supuesto que la gente merece segundas, terceras y hasta cuartas oportunidades. La delgada línea de la equivocación es tan fina que traspasarla es tan sencillo como hacer caso a un GPS que no tiene bien calculada la ruta.

Yo tuve una segunda oportunidad cuando Gregorio, una persona que sabía que solo podía darle muchos problemas y ningún beneficio, me ayudó a salir de la calle. Alguien que no se fiaba de nadie, ni siquiera de sí mismo. Por eso, voy a darle una oportunidad a Mónica como amiga. Tenemos tanto pasado juntos, tantas vivencias que, aunque solo fuera por ese pasado, merece una oportunidad. Hora de levantarse.

Mi plan para impedir la boda de Laura está en marcha.

LAURA

Desde que Jon se montó en el coche vamos callados. No tengo ganas de hablar. Prefiero que se me pase un poco el enfado y más le vale que si habla sea para disculparse. Va distraído mirando por la ventanilla del coche, mientras el paisaje de la ciudad empieza a aparecer frente a nosotros.

—Perdón —susurra débilmente. Quiero escucharlo de nuevo de sus labios así que le pregunto brusca.

—¿Decías algo?

—Perdón —masculla con voz más audible.

—Hablamos en casa —no quiero distraerme al volante.

En pocos minutos estoy aparcando el coche y, cuando lo dejo perfectamente aparcado, apago el motor y me giro hacia él. Tiene la vista fija en el salpicadero, el pelo revuelto y aprieta los labios con fuerza. Acercó mi mano a su pelo. La intercepta. Me da un beso en la palma la pone en su cara. Me mira intensamente y me suplica con la mirada que le perdone. No hace falta que hable, sé que lo siente de verdad.

—He sido un necio.

—Y cruel.

—Algo machista.

—En su justa medida, tiene su punto que de vez en cuando te pongas posesivo.

—¿Te duele? —se refiere a mi culo.

—Mucho.

—Perdón, tendría que haberte ayudado cuando te vi en la nieve y no debería haberte soltado cuando estábamos en el aparcamiento.

—Te di un codazo en el estómago.

—Eso no importa, me lo merecía.

—Sí.

—¿Y si subimos a casa y hablamos?

—Vale

Sale del coche y abre la puerta del conductor. Me quita el cinturón y aprovecha para pegar sus labios a los míos. El beso aumenta de intensidad hasta que nos interrumpe un vecino con sus hijos, la madre les tapa los ojos y me pongo roja como un tomate. Son nuestros vecinos de abajo, éstos que nos sufren todas las noches y ahora también en el garaje. Nos van a acabar echando de la comunidad.

—Buenas tardes —saludo con la mano.

—Hola —saludan educados. Jon disimula los espasmos de la risa yendo a la parte de atrás del coche a sacar las cosas.

Salgo con dificultad y apenas puedo andar. Creo que voy a tener que ir al médico, pero con estas pintas ni de broma. La conversación tendremos que dejarla para después.

—Cariño, no aguanto más. Subimos a casa, nos duchamos y vamos al médico.

—¿No quieres que vayamos ahora sin subir a casa?

—¿Y aparecer con estas pintas?

—¿Qué pasa? —pongo los ojos en blanco ante una pregunta tan absurda. Suspiro con paciencia y cansancio mientras el dolor se intensifica por momentos.

—Hombres.

¡Reposo! El médico me ha dicho que nada de hacer esfuerzo, que me siente encima de un flotador y haga el menor esfuerzo posible. Eso incluye que no es recomendable mantener relaciones sexuales. Jon, que ahora sí está caballeroso, no me ha dejado hacer nada. Me ha obligado a que me tumbe en el sofá, con una manta encima. Ha preparado dos raciones de palomitas y vamos a tener sesión doble de cine: “*Cómo perder a un chico en diez días*”^[12] y “*this means war*”^[13] o “*esto es la guerra*” como se dice en español.

Cinco días después en la oficina...

—¿¡Pero se puede saber en qué coño estabas pensando!?

—¿Y ahora qué he hecho, mi amor?

—¡No hacerme el amor en no sé cuántos días ya! Calentarme constantemente al ir sin ropa por casa, hacerme la cena ayer por la noche con solo unos pantalones cortos a pesar de que en la calle hace doce grados, ir al gimnasio y ponerte a hacer ejercicio de esa manera irresistiblemente sexy delante de las monitoras, que por cierto como vuelvan a babear por ti delante como hacían ayer te juro que les arranco la coleta a tirones, darme besos sensuales y abrazitos todas las noches sin ni siquiera acariciarme nada.

—¡Te recuerdo que el médico te mando reposo y que no deberías ir al gimnasio en tu estado, monina! —me hace gracia eso de monina, no le pega nada decirlo.

—¡Que no me llames monina! —grito molesta mientras aprieto los puños contra mis muslos y me empiezo a reír— Solo me subí en la cinta de andar, eso no lo tengo prohibido.

—¿Y tú qué? ¿Te parece poco? —pregunta entre enfadado y divertido.

—¿¡Yo!?! ¿Si yo no he hecho nada! —me hago la despistada.

—¿A no?

—¡No! —me reafirmo con rotundidad.

—Así que el numerito de ir a tu vestidor para probarte toda la ropa del armario con la excusa de “cariño, quiero probarme ropa para ir a trabajar porque la que tengo ya no me gusta y quiero que me des tu opinión”, no es nada, ¿no?

—¡No!

—¿Lo dices por los vestidos que te probaste?

—¡Pero si eran vestidos normales!

—¿Cuál dices? ¿El rojo ajustado que apenas te tapaba las nalgas? O no, ¿el negro que tenía un escote hasta casi el ombligo? ¿O quizás ése de espalda al aire con el que era más que obvio que no llevabas sujetador?

—¿No ves? Por eso tenía probarme los vestidos, para ver los que tiro y los que no.

—¡Mentirosa! —me señala con el índice a escasos centímetros de mí. Su fragancia llega hasta a mi nariz y me muerdo el labio para reprimir un gemido. Quiero agarrarle por la corbata y levanto las manos de mi mesa, pero me detengo. Tiene que perder él.

—Habló el adulto. Y eso que se supone que soy la inmadura de esta relación.

—¡No me distraigas, Laura!

—¿Ahora soy Laura y no Lau? —obvia lo que digo.

—Reconozco que el día del gimnasio estaba tratando de ponerte celosa, pero ¡tú estabas haciendo exactamente lo mismo! Si el otro día hasta te costó ponerte la camiseta porque casi no te entraba y aun así te fuiste con ella al gimnasio.

—No es lo mismo.

—¿Por qué?

—Pues porque tú... Tú...

—¿Yo...?

—Jon, ¡pues que estás para hacerte un monumento! ¡Para hacerte un traje de babas! ¡Es verte y querer que me empotres contra la primera esquina que veas y me hagas el amor!

Se acerca a mi mesa coge el ordenador y lo deja con cuidado encima del sofá de mi despacho para más tarde de un movimiento rápido tirar todos los documentos que hasta ese momento había encima de la mesa. Muy al estilo *Hollywood*. Acuna mi cara entre sus manos y me desnuda con la mirada.

—¡Siempre he soñado con hacer esto! —se refiere a lanzar los papeles por el suelo.

—¡Y yo con que tú alguna vez lo hicieras!

—Estamos en tu despacho.

—Y la puerta está abierta, ciérrala con el pestillo —le exijo.

—No te muevas.

—Solo para ti.

Aunque es la hora de la comida y no queda nadie, se asoma a la puerta, y la cierra con cuidado. Suena el *click* que anuncia una locura, hacer el amor en mi despacho. Vuelve en tres zancadas, y con un movimiento me baja el tanga, me sube la falda hasta la cadera y me deja con cuidado encima de la mesa, expuesta, caliente, deseosa de acabar de una buena vez con la estupidez de no tener sexo. Queremos alargar unos segundos la agonía y nos miramos fijamente dispuestos a tener un envite sexual digno de recordar mientras esté sentada detrás de esta mesa.

—¡Joder, Lau! No aguanto más. Te necesito. ¡Necesito hacerte el amor!

—¡Pues entonces no esperes más y hazlo! Yo también te necesito, Jon —le bajo la cremallera de la bragueta, de un tirón rápido se desabrocha el cinturón y se baja los pantalones hasta las rodillas.

—Sé que querías que te hiciera el amor contra la pared, pero ahora mismo no puedo esperar más, tendrá que ser aquí.

—Donde sea.

Me desabrocha los botones de mi camisa y cuando me quiero dar cuenta estamos desnudos. No hay tiempo para preliminares, me penetra con fuerza y yo lo recibo dispuesta a recibir dentro de mí toda su pasión. Llevamos demasiado tiempo sin hacer eso que se nos da tan bien hacer, el amor. Reprime mis gemidos con un beso rudo, para más tarde abandonarlo y dedicar toda la atención a mi cuello mientras pelliza los pezones y me enciende aún más. Yo hago lo propio y le clavo las uñas en su espalda. Más tarde le muerdo el hombro, suelta un gruñido y acaricia con movimientos expertos el centro de mi placer. Es tan intenso lo que estamos sintiendo que olvidamos el lugar en el que estamos. Nuestras respiraciones se aceleran y me duele la garganta de reprimir mis gemidos. Cuando mi cuerpo empieza a temblar de placer, no soy capaz de detener mucho más tiempo el orgasmo, aprieta el ritmo hasta que por fin conseguimos llegar juntos. Acabamos exhaustos; se tumba encima de mí y me da tiernos besos por mi tripa y mis pechos mientras tratamos de acompasar la respiración entrecortada. Me mira a los ojos y lentamente empieza a salir de mí. Nos miramos a los ojos y me siento feliz.

—Te amo —susurro sin pensar.

—Yo también te quiero —contesta él.

Un rato después, mi padre abrió la puerta de mi despacho como una exhalación justo después de que termináramos el segundo asalto contra la pared que me había prometido Jon. Se enteró toda la oficina, y fue... Fue... ¿Sublime? ¿Perfecto? ¿Espectacular? Bueno, realmente como todos. Mi padre nos abroncó con razón y nos advirtió que era la primera y última vez que ocurría algo así, que la próxima nos ponía a los dos de patitas en la calle. Eso, varios días de cuchicheos en la empresa y una anécdota que se comentará por los siglos de los siglos.

De esto ya hace unos días y ahora estoy haciéndome la segunda prueba del vestido. Sí, finalmente lo encontré, lo vi por Internet y me enamoré de él. Me lo probé en la tienda y, aunque me decepcionó un poco, es lo mejor que he encontrado. No hubo lágrimas, ni mi hermana, ni mi madre y ni Patricia dieron el visto bueno al vestido. Fue más un “no te queda mal” que en ellas significa “me gusta, pero no me apasiona”. Por supuesto, obtuve un “parece que el vestido de novia fue hecho para usted” de la dependienta. Faltan exactamente veintiocho días para la boda y cada vez estoy más nerviosa. Jon en cambio está demasiado tranquilo, ¡parece que solo me casara yo! Eso sí, para relajarme cada noche se ha propuesto darme un masaje por todo el cuerpo, y cuando digo todo, es todo, que me sienta de maravilla. ¡Qué manos tiene mi hombre! ¡Cómo se nota que fue pastelero!

Respecto al pasado de Jon, no sé mucho más. Él siempre dice que quiere mantenerlo cerrado a cal y canto porque a pesar del tiempo que hace desde que murieron sus padres y su novia de la universidad, no lo ha superado. He insistido muchas veces con que vaya al psicólogo, pero no ha querido. También le propuse ir a visitar la tumba de sus padres y de Mónica, pero se negó en rotundo. Prefiere pensar que han desaparecido. En uno de sus muy escasos días en los que me contó algo de su pasado, me dijo que los padres de la chica no le dejaron ir al entierro, ni al funeral y que ni siquiera le dijeron si estaba enterrada o incinerada.

Hay veces que siento que nuestra relación es algo superficial porque no me deja llegar a esa esfera privada de su pasado del que me ha excluido desde un principio. Me frustra que no me deje llegar a él porque sé que le duele y piensa en ello con frecuencia. Más de una vez le he oído hablar en sueños llamando a su madre o a su padre. En ocasiones lo pasa tan mal que hasta he tenido que despertarle porque estaba dando patadas y puñetazos al aire unidos a quejidos y lloros. Me desgarran verle así. Tiene que ser muy triste lo que vivió, por eso me empeño con más ahínco en tratar de hacerle feliz. Espero estarlo consiguiendo, pero de verdad que no sé cómo hacerlo mejor.

Mi ser atormentado, mi hombre, tan perfecto y a la vez tan imperfecto, mi novio, mi futuro marido. Mío, solo mío.

*La historia da un cambio,
Laura nos cuenta el presente.*

LAURA

Hoy he vuelto a ver a Jon después de tres meses. No me esperaba encontrarle después de tanto tiempo. Me tropecé con él y cuando me dijo eso de “no te preocupes, mi amor” me dio un vuelco al corazón. Sentí como si un terremoto estuviera sucediendo en ese momento, de nuevo aparecía él, de nuevo para alterar mi existencia, para hacerme replantearme todo. Cuando le miré a los ojos vi al mismo hombre de hace tres años, uno fuerte, sincero y seguro de sí mismo. Me felicité por mi próxima boda con Andrés. No voy a negarlo, me dolió que lo hiciera, su ironía, que me parecía divertida, se clavó en mi alma como un puñal afilado. Sé que no le gusta que me case con Andrés, pero ¿qué pretende que haga? Perdonarle sin más, ¿dónde queda mi orgullo, mi honor, mi integridad? ¿Dónde quedan las respuestas a las preguntas que nunca ha querido contestarme? No puedo perdonarlo. No puedo volver con él.

Jon se equivocaba cuando dijo, en un momento del encuentro nada fortuito, que cuando estoy con Andrés pienso en él. Ojalá fuera solo en esos momentos. Imagino a Jon en cada momento del día. Cuando veo los gestos de Andrés recuerdo los de Jon. Cuando habla, cuando come... En todos los momentos me pregunto qué habría dicho o hecho Jon en la misma situación. Lo hago sin ser consciente de ello, pero no puedo evitar compararlos.

Andrés me ofrece una estabilidad que Jon nunca me va a poder ofrecer. Con él la vida es sencilla, sin complicaciones, simple y llanamente una relación tranquila sin sobresaltos. Agradable. Además, es educado, culto y elegante, el prototipo de hombre perfecto. El hombre con el que es fácil imaginarse teniendo hijos. Es tan ideal que me da rabia no ser capaz de enamorarme de él. Me enerva pensar que solo voy a ser capaz de amar a Jon en mi vida. ¡Maldito corazón, haz más caso a la cabeza de vez en cuando!

Jon es atractivo, inteligente y oscuro, pero a la vez es tierno y le encuentro muy indefenso. La máscara de hombre duro es solo una coraza que nunca se quita. Imagino un torbellino de emociones. O le amas o le odias, pero no te deja indiferente. Es capaz de cambiarte los esquemas, entrar en tu vida enamorarte, usarte y luego dejarte, y aun así seguir echándole de menos. Soy incapaz de controlarlo.

Finjo una felicidad que no tengo, todos me creen, menos mi hermana que me conoce muy bien. Me apoya en todas las decisiones que tomo, me recuerda que lo único que nos queda en esta vida es ser felices y que Jon era quien me hacía feliz. Sabe todo y aun así cree en él, piensa que si me dejó es porque tiene que tener un buen motivo para hacerlo.

En cuanto Andrés se enteró que Jon me había pedido el divorcio, se acercó a mí. Soportó cada llanto desconsolado, cada arranque de histeria y estuvo conmigo cuando más lo necesitaba. Jon en cambio desapareció sin decir adiós, sin una palabra y solamente cuando estábamos en la celda me dijo eso de “ojalá no fueras tú”, como si en nuestra relación hubiera habido algo real. Más bien, ¿qué fue verdad y qué mentira? ¿Acaso me ha querido alguna vez? Por eso me da tanta rabia que se acerque a mí. Por una parte no quiero saber nada más de él y por otra, no puedo vivir con su ausencia. Aunque él no lo sabe, estoy muy al tanto de su vida. Roberto me lo cuenta, sé que se han hecho muy amigos y por él sé que la empresa le va muy bien, que ya no está con la abogada y que hace poco estuvo de viaje en un país de África, no sé para qué, pero intuyo que tiene que ver conmigo. Ahora que ya estoy en casa y mucho más tranquila no puedo evitar que me guste la idea de que recordase qué día hago la compra con tal de que nos reencontráramos.

Mi matrimonio con Jon fue feliz. Al menos yo lo sentí así. Por eso, todavía hoy no logro comprender qué ocurrió. Soy incapaz entender el cambio tan brusco que dio de un día para otro. Me pidió el divorcio con una vulgar nota que quemé. No quería aceptarlo. El día anterior habíamos vuelto de unas vacaciones en una playa de una isla paradisíaca del océano Índico. Todavía no logro entender qué le paso por la cabeza. Había ido todo muy bien. Habíamos estado dos semanas tomando el sol, dando paseos por la playa al anochecer, visitando mercadillos artesanales y haciendo el amor todas las noches hasta el amanecer. Vivimos una especie de segunda luna de miel aunque realmente nuestra relación fue así desde aquel beso al salir del cine.

Estábamos tumbados en la cama. La luz entraba a raudales por las ventanas, la brisa refrescaba nuestros cuerpos que a pesar del calor estaban entrelazados.

—Jon.

—Mmm —gruñó, estaba adormilado.

—Despierta.

—Luego.

—Es que te quiero preguntar una cosa... —insistí.

—¿Puedes hacerlo después?

—Es que seguro que luego no encuentro el momento para hacerte la pregunta.

—¿Y tiene que ser precisamente ahora que estaba dormido?

—Sí.

—Está bien, dime —se frotó los ojos con los puños y se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero.

—Llevamos algún tiempo casados y últimamente no hago otra cosa que ver a mis amigas embarazadas o con bebés en brazos, y la verdad, es que, al verlas así, tan felices me entra mucha envidia. Todas se quejan de lo duro que son los primeros meses de embarazo y del parto, pero coinciden en que es lo mejor que les ha pasado en la vida —dije sin permitir que Jon hablara.

—Ajá —todavía él no era consciente de a dónde quería ir a parar.

—Aunque tener hijos nunca había sido una prioridad para mí, eso ha cambiado. Quiero formar una familia contigo, Jon. Me imagino a dos preciosos niños corriendo por el jardín mientras tú corres detrás de ellos mojándoles con una manguera y yo me entretengo viéndolos mientras finjo leer un libro en el porche.

—Suenan muy idílico... —su gesto cambió, empezó a mover las piernas y se llevó las manos a la cara pasándose las nerviosamente por ella. Preferí obviar esa reacción.

—¡Sí! ¿Entonces qué? ¿Quieres que lo intentemos?

—No sé si estamos preparados —dejó de respirar, cerró los ojos y poco a poco soltó el aire por la boca. El ambiente se espesó. Noté como su cuerpo se separaba un poco del mío—. Me gustaría pensarlo. Tener hijos es una responsabilidad muy grande y no sé, hasta ahora simplemente daba por supuesto que íbamos a ser solo nosotros dos.

—Ya... —un gesto de decepción se dibujó en mi cara, se dio cuenta.

—Lau, no te he dicho que no. Solo que me gustaría pensarlo —me abrazó, pasó su dedo índice por la nariz y me dio un corto beso en los labios, seguidamente se levantó de la cama—. Me voy a la ducha, nuestro vuelo sale en cuatro horas.

Nosotros dos... Puede que durante un tiempo fuera así, pero está claro que fue hace mucho tiempo y que los recuerdos amargos han sustituido a los buenos. Después de todo el daño que me hizo pidiéndome el divorcio, manteniéndome alejada sin más explicaciones. Eso ha sido demasiado doloroso para mí y totalmente inaceptable.

Recuerdo con desencanto nuestra boda. Fue una boda multitudinaria, ¡no todos los días se casa un Norton! Mi madre, mi hermana y *Patty* me ayudaron a vestirme. La maquilladora me dejó muy guapa y el peluquero (uno de los mejores amigos de mi madre) me peinó increíble, mientras el fotógrafo hacía fotos aquí y allá y los nervios me tenían descompuesta. Estaba muy feliz, pero sentía me sentía ahogada. Mi madre trataba de tranquilizarme dándome masajes en la espalda como siempre hacía cuando era pequeña y solo eso era capaz de relajarme. Cuando llegó mi padre con el *Rolls Royce* y el ramo los nervios se esfumaron y salí de la habitación en la que había pasado toda mi infancia y juventud para ir hacia el hotel.

Entré y le vi guapísimo al fondo del altar, con un esmoquin, su melena engominada hacia atrás y con la pastelera a su lado. Pasé por alto ese dato y me encaminé hacia el altar del brazo de mi padre con paso seguro. Estaba toda la gente que quería y la sala había quedado preciosa decorada con flores de pitimín en los bancos de madera en tonos blancos y un ligero olor a vainilla procedente de las velas inundaba la estancia. Cuando Jon me vio, se le cortó la respiración y en ese momento todas las dudas que podía tener desaparecieron a la velocidad de un rayo, era eso lo que quería. Amaba todo de él y por eso tuve un pañuelo entre mis manos durante toda la ceremonia. Leyó mi hermana un discurso que había preparado y mi madre otro. En el momento en el que mi madre acabó el discurso, una lágrima furtiva no aguantó más en mis ojos y cayó por mi mejilla. Jon la atrapó con su pulgar y me apretó la mano que me tenía agarrada para infundirme ánimo. Nos sonreímos y no dejamos de hacerlo en todo el día. Fue mágico. Al final todo salió perfecto. Hasta mi despedida de soltera. Andrés fue todo un caballero y aunque se encargó de todo, hasta alquiló un microbús para dejarnos a todas mis amigas en el aeropuerto. Mentiría si dijera que me acuerdo de todo, lo cierto es que ya en el avión empezamos a beber cócteles, cuando aterrizamos en suelo canario ya estábamos achispadas y salvo los baños de sol el resto del tiempo fue un desfase. No recuerdo más que cuando llegué el lunes por la noche a la oficina, me quedé dormida en mi mesa hasta que a las doce de la mañana Jon vino a despertarme. Él tampoco tenía buena cara, tenía unas ojeras que llegaban hasta mitad de la cara.

—¿Estaba buena el agua de los floreros?

—Exquisita —bromeé—. Quiero irme a casa.

—Y yo. Pide permiso al jefe a ver si te da baja por despedida de soltera.

—Ojalá, pero no creo, no sería correcto, ya sabes cómo son las habladorías aquí.

—Tienes razón. Entonces bébete esto —me enseñó un vaso de cartón con una tapa de plástico negra encima—, café solo con un terrón de azúcar. Vamos a necesitar varios.

—Te veo luego, guapo.

—Sí, preciosa —me guiñó el ojo y eso fue lo que me dio la energía necesaria para beberme el café de un trago. Me arrastré como pude y cuando llegué a casa simplemente me metí en la cama hasta el día siguiente.

Guardo la compra y dejó en la encimera una tableta de chocolate negro con almendra. Aunque no me quepa el vestido para mi boda con Andrés, quiero darme un capricho. Ya me arrepentiré mañana en el gimnasio cuando tenga que estar el doble de tiempo en la elíptica.

A pesar de todo el daño que me hizo Jon, creo que nunca podré controlar lo que siente mi cuerpo cuando estoy cerca de él y estoy convencida por muy duro que sea, que siempre compararé a Andrés con él.

Jon me provoca sentimientos encontrados. No quiero que esté en mi vida, pero a la vez no puedo vivir sin él. Soy consciente de que es una actitud egoísta y de mala persona hacia Andrés. Probablemente con el tiempo pueda sentir de nuevo esas mariposas en el estómago que sentía cuando con dieciséis años empecé a salir con el chico más guapo del colegio.

¡Basta de recuerdos e imposibles! Es el momento de pensar menos y actuar más. Al pasado hay que enterrarlo. Por eso he quedado mañana con la madre de Andrés para ir a elegir las flores que pondremos en la iglesia el día de nuestra boda. Ya soy toda una profesional en cuanto a organizar bodas y casarme en tiempo récord. Para qué esperar...

JON

El día en la oficina ha sido muy bueno. Tenemos un nuevo cliente que viene recomendado por el padre de Roberto, él y todos los demás. El padre de Roberto me llamó hace unos días preguntándome qué tal me iba y si estaba o no contento con los clientes. Le respondí que sí, que me iba todo muy bien y me dijo que se alegraba mucho de que sus amigos estuvieran confiando en mí. Me sorprendió mucho y, aunque esperaba que mi profesionalidad hubiera sido el motivo principal, no sabía que incluso en los negocios quedara buena gente. Me comentó que cuando tuviera un momento querría hablar conmigo. Es posible que tengamos objetivos parecidos y que una buena manera sería asociar su despacho de abogados, uno de los más importantes del país, con nosotros, una empresa pequeña, pero con mucha proyección. No quiero aventurarme, pero el que entráramos a formar del mismo grupo y pasar a ser una auditora como las grandes con área legal y económica sería lo mejor que le puede pasar a mi empresa y la segunda mejor que me puede pasar a mí, muy por detrás de recuperar a Laura.

Cada paso que doy, la gente, la vida, me confirma que mi padre no pudo ser mejor persona. Supo labrarse un futuro profesional para él siendo íntegro y, a la vez, hizo que los demás me ayudasen tanto que ahora me siento estúpido por todo lo que hice. Bien es cierto que ayudarme ahora es sencillo y queda bien, pero incluso así se agradece. No pienso desaprovechar más oportunidades.

He quedado con Mónica en una cafetería del centro. Quiero saber más, necesito saber más. Lo del otro día fue un resumen demasiado abreviado de todo lo ocurrido, así podré comprenderla mejor y de paso ver si cae en alguna contradicción. Espero que todo sea verdad.

—Hola, Mónica.

—Hola, Jon —se levanta de la silla para acercarse y darme dos besos en las mejillas.

—¿Llevas mucho rato esperando? —he llegado quince minutos tarde.

—Unos minutos. Llevo tanto tiempo fuera de España que ya casi no recordaba lo que es tener tantos días soleados seguidos.

—Salvo si vas al norte.

—Sí. Como aquel puente que quisiste llevarme al pueblo de tu abuela porque supuestamente en junio en el País Vasco nunca llovía.

—Cierto —sonríe al recordarlo.

—Jon, tengo algo muy importante que contarte.

—Te escucho.

—Siéntate antes, esto va a despejarte muchas dudas y te ruego que me prometas que no vas a dar un espectáculo —levanto una ceja interrogante. Hago lo que me dice y me siento.

—Dime.

—Es sobre la historia que te conté del accidente —no sé por qué no me sorprende.

—¿Qué ocurre? —reclino mi espalda en el asiento.

—Ya no aguanto más años de silencio. Se acabaron las mentiras, se acabó tener miedo, ya no temo a nada ni a nadie. Jon, lo del accidente no fue verdad.

—¿¡Cómo!? —no puedo reprimir un grito de incredulidad.

—Jon, baja la voz o me voy. Ya sabes que ésta es la última oportunidad que tienes para recuperar a Laura.

—¿Qué tienes tú que ver con ella?

—Cálmate o me voy.

—Está bien. Habla—siseo entre dientes.

—Jon, a tus padres los mató la madre de Laura.

—Llegas tarde, eso ya lo sabía, hace poco que lo descubrí. Pero espera, ¿cómo sabes eso? ¿Qué tienes que ver con Natalia?

—Tengo una grabación en la que confiesa todo.

—¿De qué os conocéis? ¿Cuándo lo hicisteis?

—No nos conocíamos hasta que, tras la muerte de tus padres, empezaste a ser molesto. En aquella época estuve demasiado cerca de la verdad. No sé cómo, pero dio conmigo. Se acercó con la burda excusa de estar buscando talento en la universidad, aunque obviamente no la creí. Yo precisamente no destacaba por las notas y no se lo había dicho a nadie más. Un día descubrí el motivo real de su acercamiento. Sabía que estábamos juntos y me ofreció una suma muy importante de dinero a cambio de fingir mi muerte. No la acepté en un principio, pero las cosas por casa estaban mal y ese dinero venía muy bien. Cuando recuperé la memoria después del accidente vino a verme al hospital y me amenazó con que o aceptaba el dinero o la siguiente vez no fallaría. Lo lógico es que hubiera avisado a la policía, pero todo el mundo conocía a la familia Norton y sé que el caso no llegaría a ningún lado. Además tenía miedo de acabar como tus padres. Por eso, acepté el dinero y me fui, no fui a buscarte porque tenía un pacto que cumplir y o me iba, o no me lo daría.

—¿Cuánto dinero fue? —la interrumpo.

—¿Para qué quieres saberlo?

—No me puedo creer que después de todo lo que me has hecho sufrir durante todos estos años, no me vayas a contestar.

—Yo no he dicho que no vaya a responderte.

—Hazlo entonces.

—Si insistes... Ciento cincuenta mil euros a cambio de que te dejase y fingiese mi muerte.

—¿Eso es lo que valía para ti?

—El dinero siempre viene bien. Además antes de que ocurriese todo apenas nos veíamos y ya no estábamos como siempre. La situación con la muerte de tus padres se agravó hasta volverse casi insostenible. No aguantaba ya la situación, supongo que entonces era demasiado inmadura.

—¿Ya no me querías?

—Ahora que lo preguntas, sinceramente no sé si llegué a quererte alguna vez.

—A *Antoine* sí.

—Lo de Antoine fue una relación corta.

—¿O sea que también es falso que le pillaste con otra en vuestra cama?

—Sí.

—¿Y el cadáver que estaba dentro del coche?

—No había ningún cadáver, Natalia se encargó de alterar el informe.

—No sé qué decirte. Me parece de locos toda esta historia. Hicisteis todo eso para hundir a un pobre chaval que había perdido a su familia.

—Sí.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Natalia pagaba, yo obedecía.

—Estás fatal. Creo que necesitas ir a un profesional. No es normal nada de lo que hiciste.

—Todo tiene un por qué, ¿qué habrías hecho en mi lugar? ¿Seguir con alguien a quien no querías?

—En esos momentos solo necesitaba cariño y comprensión. ¡Te podrías haber quedado como amiga!

—Eso habría sido imposible, no teníamos nada en común —tiene razón.

—No sé si agradecerte que hayas aparecido o largarme de aquí y no volverte a ver nunca más.

—Entendería que lo hicieras, pero sabes mejor que yo que si te vas, desapareceré, no tendrás las pruebas que necesitas para convencer a Laura de que su madre es una asesina y se acabará casando con Andrés, ¿es eso lo que quieres?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces siéntate de nuevo y escucha.

—¿Qué quieres a cambio?

—Tu perdón.

—¿¡Mi perdón!? ¿Tan bien te pagó mi suegra como para conformarte con eso?

—Sí, con eso me daría por satisfecha. Ya tengo suficiente dinero y lo hago porque me siento en deuda contigo. Creo que eres una buena persona.

—Ahora ni puedo ni quiero perdonarte.

—Lo sé y lo entiendo, pero mientras tanto no tendrás la grabación.

—Dime una cosa —exijo—. ¿Fuiste tú? —me refiero a todas esas veces en las que me he sentido observado.

—Sí, fui yo la que iba con peluca aquel día cuando saliste corriendo tras la que creíste que era tu madre, la persona que se coló en la fiesta de Patricia y a la que creíste ver cuando saliste del baño, era yo quien te observaba el día que Roberto te dio la caja, quien te mandó los mensajes anónimos, la que te vio con Laura en el supermercado. He sido siempre yo, Jon —se me acaba de caer una venda de los ojos. He estado durante casi ocho años llorando a alguien que no me merecía.

—¿Y las cámaras?

—De eso no sé nada, se encarga ella —Natalia.

—Necesito pruebas.

—Y yo tu perdón.

—No lo tendrás hasta que me des algo real. Solamente de esa manera tendré la garantía de que has sido sincera y de que no me estás engañando otra vez.

—Lo supuse, por eso te he traído esto —saca un sobre de color marrón del bolso y lo pone encima de la mesa—, aquí tienes todo lo que necesitas para meter entre rejas a Natalia.

—Espero que no sea una trampa.

—No lo es.

—Quiero más garantías.

—No puedo darte más. Solo te queda confiar en mí.

—No me fio.

—Tú verás lo que haces. O confías en mi palabra y en lo que hay dentro de este sobre o no habrá otra oportunidad. ¿Sabes lo que hará Natalia cuando se enteré de que te he contado todo?

—¿Matarte?

—Exacto y no fallará. No conoces a tu suegra, pero es muy peligrosa. Detrás de esa apariencia de amable ama de casa que trabaja a distancia en la empresa de su marido hay una mujer cruel y manipuladora que no duda en quitar y poner a su antojo según sus intereses. Mató a tus padres, me asustó manipulando mi coche para que accediera a irme cuando más me necesitabas y ahora que sabe que eres un hombre muy diferente al de hace casi ocho años, me eliminará sin dudar.

—Ése no es mi problema.

—Pues debería, porque no sabes a quién te enfrentas. ¿Sabes por qué intensificamos el cerco en torno a ti?

—Ilumíname.

—Pues porque sabe que eres un hombre decidido, fuerte y que se sabe proteger. Si no impidió tu boda con Laura fue porque pensó que así te tendría mucho más controlado. Quiso volverte loco, para utilizarte a su antojo, que te enamoraras de su hija para que abandonarás la idea de encontrar al asesino de tus padres y de tu novia de entonces. No contaba con que tu voluntad fuera mucho más fuerte que lo que sentías por su hija. Por eso, porque lejos de Laura era mucho más difícil tenerte controlado, comenzamos un acoso y derribo contra ti. Pero cuanto más tratábamos de asustarte, más te motivabas a seguir investigando.

—Eso es evidente. El otro día tenías razón con que no soy el mismo.

—Te equivocas, eres el mismo, pero más fuerte. No te haces a la idea de lo duro que ha sido para mí tener que seguir mandándote anónimos, observándote para que te dieras cuenta.

—Podrías no haberlo hecho —le reprocho.

—No tenía otra opción.

—¡Siempre hay otra opción! Huye del país.

—Me seguiría.

—Entonces quédate y enfréntate a ella.

—No puedo. No soy lo suficientemente valiente como para enfrentarme a los problemas.

—Sinceramente, Mónica —me levanto de la silla para dar por finalizada la conversación—, me da igual. No quiero volver a verte, me has decepcionado mucho más de lo que nunca creí que pudieras llegar a hacerlo. No quiero más mentiras en mi vida y quiero que te alejes de mí o lo lamentarás. No voy a llamar a la policía por el momento. Eso sí, como reciba otra amenaza no dudes un segundo de que te vas a pasar mucho tiempo en la cárcel —pido al camarero la cuenta, para pagar los cafés—. Me encantaría poder odiarte, motivos no me faltan, pero no puedo. Solo siento pena por ti —pago y me despido—. Adiós, Mónica.

—Adiós —responde.

Y así es como dejo zanjado un gran capítulo de mi vida. Nadie de mi pasado queda en mi presente y no me duele, para tener gente que no merece la pena a mi alrededor prefiero estar solo. Únicamente me arrepiento de no haberme dado cuenta antes de la clase de mujer de la que estaba enamorado. Siento una extraña sensación de libertad al saber toda la verdad. Ahora que conozco mejor a mi enemigo, Natalia, sé mucho mejor qué es lo que tengo que hacer. Ni ella ni nadie me impedirá recuperar a Laura.

LAURA

A pesar de haber estado organizando mi boda en mis ratos libres, entre la madre de Andrés, la mía y yo tenemos casi todo preparado. He delegado mucho en ellas. Mi madre sabe exactamente qué es lo que me gusta y mi futura suegra es increíble organizando este tipo de eventos, no por nada se dedica a ello.

Voy de camino a la oficina, el sol de la primera semana de septiembre todavía es abrasador y parece que nadie quiere darse por enterado de que las vacaciones han acabado. Son las doce y media de la mañana. He ido a visitar a unos clientes y noto cómo los tacones se me derriten sobre el asfalto, estamos pasando la última ola de calor del verano. En estos escasos minutos de tranquilidad en los que puedo pensar en algo que no sean mis obligaciones, caigo en la cuenta que con todo el lío de la boda llevo mucho tiempo sin leer novelas románticas y me da rabia.

Reconozco que me encantan las historias de amor. Me imagino siendo la protagonista de una de ellas. Me hacen soñar, vivir amores intensos, historias increíbles y aunque suene pretencioso, ¿quién no ha soñado con vivir lo que sucede en ese tipo de historias? Conocer al hombre perfecto que luche por ti y tú por él. Llegar a la palabra fin y sentir que quieres saber qué pasó después.

Mi madre y yo solemos decir que la magia de la romántica está en que sabemos que el final siempre será feliz. Cada pareja es diferente y todas dejan huella para bien o para mal. Eso es de las pocas cosas que echo de menos de no ir en coche a trabajar. Cuando iba en transporte público podía leer mucho más, apuraba cada segundo del tiempo antes de pasarme de parada y en los transbordos del metro solía ir leyendo. Alguna vez llegué a coger el tren en la dirección equivocada, pero no me importaba demasiado, ya que eso significaba que podía leer unas páginas más.

Hace un par de meses me ascendieron a directora de mi área y pese a que tengo mucho trabajo, estoy feliz. Trato de delegar lo menos posible, no porque no me fie de mis compañeros, sino porque sé que ellos tienen mucho trabajo también. Trato de ser razonable en la asignación de tareas y no cargar con excesivo trabajo, si bien es cierto que hay veces que las necesidades de la empresa se imponen a mis deseos. He pedido varias veces a recursos humanos que hagan entrevistas a becarios para poder repartir mejor el trabajo, pero no me han hecho demasiado caso. Como en quince días no tenga una persona en mi equipo, van a rodar cabezas.

Entro en la oficina y me llama mi secretaria.

—Señorita Norton, señorita Norton —corre detrás de mí.

—Sí, Teresa, dime.

—Tenga esto, es para usted —veo que me da un sobre enorme de color marrón sin remitente.

—¿Otra vez sin remitente? —pregunto cansada deduciendo de quién procede el sobre.

—Sí. Sé que me dio instrucciones para que no lo cogiera, pero el chico de la mensajería me dijo que le habían amenazado que si usted no recogía el paquete le echarían del trabajo y ya sabe cómo están las cosas.

—De acuerdo Teresa, has hecho bien. Gracias —sonríe, avanzo por el pasillo y entro en mi despacho. No lo he cambiado, prefiero estar donde siempre y la mesa me trae recuerdos.

Cuando abro el sobre no es ninguna novedad, el sobre es de Jon que lleva enviándome paquetes seis días seguidos. El primero y el segundo los recogía con ilusión pensando que podía ser un regalo de boda, pero tras ver que todos los días me llegaba un paquete sin remitente supuse que era él.

El primer día me mandó una rosa roja, con un solo mensaje: *“por favor no te cases. Jon”*. El segundo fue una carta en el que me decía todo lo que sentía y que lo que más le gustaba de mí era cuando discutíamos, porque parecía una fierecilla y que le encantaría besar esa arruga que se me forma en la frente hasta estirarla a besos. Dicho sea de paso, es mentira porque yo no tengo arrugas ni se me forman nunca. El tercero fue un colgante de oro blanco con un corazón partido, en la nota me ponía que, aunque no era nada masculino, él se había puesto la otra mitad, había una foto de él agarrándolo como prueba y me rogaba que me pusiera yo el mío. El cuarto día fue un *pen drive* con una canción, nuestra canción, que según él es *“gástame los labios[14]”* de Macaco, era la primera vez que la oía, pero parece que esa canción se hubiera compuesto para nosotros dos. Como en la canción, le dije te quiero antes de tiempo y me gastó los labios de tanto besarlos, hasta que los destrozó con su corazón blindado. Quise enseñarle el amor y no me dejó. Se fue. Además de la canción en su nota me pedía que lo llenara de canciones que le recordara a nosotros dos. El quinto paquete fue una fotografía en blanco y negro de los dos que nos hicimos un día en mi casa. Por su mirada parecía hasta enamorado; mentira, todo mentira. Y hoy, veremos hoy.

Rasgo con cuidado el sobre de grandes dimensiones. Dentro hay una lámina de tamaño grande en la que aparece una pareja leyendo debajo de un árbol en un día de primavera. Rápidamente reconozco a Jon que está tumbado con la cabeza en mis piernas leyendo un libro y yo tengo la espalda apoyada en un árbol lleva el libro que tengo entre las manos *“orgullo y prejuicio”* de Jane Austen.

De nuevo hay una nota:

¿Recuerdas este día? Te mentaría si te dijera que sí. Fue uno de tantos de los que nos íbamos con un libro bajo el brazo a leer enfrente del Palacio de Cristal, en nuestro parque, en el Retiro. Hace unos pocos días encontré por casualidad a un artista callejero que nos había pintado sin darnos cuenta y la compré. Pase lo que pase, prefiero que la tengas tú. Me duele demasiado no verte y tener un recuerdo tan feliz me desgarró.

Te amo

Jon.

Cuando estaba con él, tenía tiempo para ser yo, no necesitábamos hacer mil planes, lo único que importaba era estar juntos. Nos acompañábamos a estar solos y eso me encantaba. Una situación muy diferente a la de ahora. Con Andrés siempre tenemos que cumplir mil y un compromisos, ya sean familiares, de amigos o los que busque él. Parece que volviéramos a tener dieciséis años. Todas las miradas se centran en nosotros y noto tanta presión que alguna vez he tenido que fingir una indisposición para poder escapar.

Miro de nuevo la lámina: está pintada con pincel. Jon con una camiseta blanca que remarcaba sus bíceps y unos vaqueros. Yo con un vestido de flores y con su chaqueta encima de los hombros. Parece como si la imagen fuera una paradoja, estoy encadenada a unos labios (los de Jon) que me hacen sentir libre y los tonos verdes de la copa de los árboles y del césped me hacen creer en que todavía puede que haya esperanza para nuestra historia. Este regalo me ha impactado. Me parece muy bonito el detalle. Ahora que me ha perdido, está pretendiendo enamorarme, pero me falta más. Necesito toda la verdad, pero no quiero verle, quiero que esté lejos de mí.

Nunca contesto a sus regalos, pero los guardo todos en una caja fuerte que hay en la pared de mi oficina. No quiero que se pierdan y solo nos atañen a Jon y a mí. Abro la puerta y miro la rosa que se está marchitando, la huelo con cuidado y la dejo en su sitio, como no quiero que pierda los pétalos busco en internet formas de conservarla. Mañana tendré que traer laca para evitar que se caigan.

Recibo un mensaje de Andrés y vuelvo a la realidad: me desea un buen día y me recuerda que me quiere. ¡Por Dios! ¿En qué estaba pensando? Cierro de golpe la puerta de la caja fuerte y me enfurezco. ¿Cuándo va a entender Jon que en mi vida ya no hay espacio para él? Es tan cobarde que nunca me dijo que me amaba y, sin embargo, por carta le sale solo. Es un mentiroso y un sinvergüenza que quiere arruinarme la vida de nuevo.

JON

He enviado ocho regalos a Laura con sus correspondientes mensajes y no me ha hecho ni caso. No la culpo, sé que lo merezco, pero estaría bien que al menos me llamara para decirme “*deja de enviarme regalos*”, o mejor, “*no me caso, pero explícame todo antes de que me arrepienta y me ponga el traje de novia*”. Sería típico de ella. Su reacción normal.

Roberto me llamó hace unas horas. He quedado con él esta noche en su casa. Tiene algo muy importante que decirme. Me ha dicho que no me lo espero, que no piense demasiado, pero que está seguro de que me va a sorprender. Después de la confesión de Mónica dudo mucho que me sorprenda nada de lo que me vaya a contar, pero quizás me sorprenda.

Esta vez soy yo el que lleva las rubias, las cervezas. Pizza, cerveza y plan. Espero que la segunda «p» algún día sea la de partido de fútbol.

Conduzco hacia casa de Roberto mi deportivo de segunda mano, después del pago que tuve que hacer en el Congo no debería, pero supongo que de alguna manera elegante tendré que llevarme a Laura el día de su boda. Veo a mi amigo el picapleitos en la puerta del garaje de su casa situada en un barrio selecto de Madrid, ése que conozco tan bien de cuando vivía en la calle, el barrio Salamanca. Entro dentro.

—Buenas noches, futuro empleado —hace referencia a la posible fusión entre mi pequeña empresa y su mega despacho de abogados.

—Buenas noches, futuro subordinado.

—Ya veremos. Por aquí, es la plaza 10. Bonito coche. Luego los emprendedores os quejáis de lo dura que es la vida con vosotros. Me encanta —dice mientras pasa la mano por la carrocería de mi descapotable.

—Es de segunda mano.

—Pues parece nuevo.

—Por eso lo compré. Coge las cervezas. Están en la parte de atrás de los asientos.

—¡Voy!

—Cuéntame.

—¿Cómo vas a parar la boda de Laura?

—Ya le estoy enviando notas y cartas.

—¿Solo eso?

—Sí, ¿qué más quieres que haga?

—Parece que no conocieras a las mujeres.

—Habla.

LAURA

¡Ay Dios que me caso mañana! Quiero que llegue ya, pero por otro no quiero que lo haga. Eso de descansar antes de la boda para estar radiante en tu día es una auténtica patraña, ese día estás muerta de todo el ajeteo previo. Por el día estoy tan cansada que no soy capaz de concentrarme bien y por las noches estoy totalmente despierta. La vida al revés.

Son las once de la mañana y supongo que al igual que estos doce días anteriores tendré noticias de Jon. No me he llevado nada a mi apartamento, lo tengo todo en el despacho y aunque sé que debería haber tirado todo lo que me envió y habérselo contado a Andrés, he preferido callarme. No sé por qué, pero he creído mejor hacerlo así. Hay veces que ni yo misma me entiendo. Con Jon nunca me entiendo por qué reacciono de la manera que lo hago, pero lo acabo haciendo. Sí, hago justo lo contrario a lo que dice el sentido común, aunque como suelen decir “el sentido común es el menos común de los sentidos”. Doy fe de ello, soy una prueba de ello.

11:01 el mensajero se retrasa un minuto. Mi secretaria llama a mi despacho.

—Laura, lo de siempre, tienes un paquete.

—Gracias, ahora salgo —hago lo que digo y veo que el mensajero tiene un bulto más voluminoso que otras veces. En la caja hay un *pen drive*, unas cuantas fotografías, un cuaderno y una nota.

Mi amor, Laura.

Te escribo por última vez para contarte toda la verdad. Ya se acabaron los secretos entre nosotros, no te voy a mentir, ni a ocultar nada más.

Cuando te vi por primera vez sentí que el mundo se detenía: un ángel rubio se acercaba a mí y me hacía caso. Sin darme cuenta ese día me empecé a enamorar de ti. Durante un tiempo quise autoengañarme prefiriendo pensar que era otra la empresa, que era pura casualidad que tú te apellidaras Norton y que trabajarías para una empresa con ese mismo nombre. La verdad se impuso en cuanto vi las puertas de cristal que daban paso al edificio. Ese día fue uno de los amargos y dulces de los últimos años. Dulce porque era mi primera oportunidad de trabajar de lo mío y amargo porque definitivamente tú eras la hija del que creí asesino de mis padres y no podía amarte. Entonces vi la oportunidad que tanto había ansiado. Desde dentro de la empresa sería más fácil encontrar cualquier tipo de prueba que consiguiera incriminar a tu padre en la muerte de mis padres. Pero fallé, no había nada.

Durante ese tiempo quise convencerme de que no te quería, de que eras un encaprichamiento, un medio para lograr un fin. Conseguí que te enamoraras de mí, pero me equivoqué, porque no solo te hice daño a ti sino también a mí. Verte el día del divorcio me hizo darme cuenta de que a pesar de que me lo había negado una y mil millones de veces, yo también me había enamorado de ti.

Me volví a equivocar con Mónica. Estaba viva, hace unos días se presentó en mi oficina y al final me enteré de todo. Sé quién mató a mis padres: no fue tu padre, sino tu madre.

Supongo que ahora habrás parado de leer estas palabras. Lo entiendo. Yo en tu caso lo haría, pero deja que termine de explicarme.

La razón por la que te pedí el divorcio de un día para otro fue porque no quería meter a ningún ser inocente en medio de mi cruzada contra tu familia. Bastante duro era hacerte daño, abandonarte con una nota vulgar en vez de dar la cara. No podía hacerlo, era un cobarde.

En estos días no me he acercado a ti porque no quería que me echaras. Me conformo con mirar las revistas del corazón y ver de nuevo las fotos que tengo guardadas en el móvil y en la cámara.

Tienes tanto amor, eres tan dulce, tan fuerte, tan transparente, tan pura... Haces sentir rey a un mendigo. Es imposible no enamorarse de ti porque eres perfecta.

Te he tratado de una manera que nadie se merece y menos tú que lo único que hiciste desde que te cruzaste conmigo aquel sábado de 2011 fue ayudarme. Por eso te repetí en el calabozo eso de “ojalá no fueras tú”. Me habría gustado poderte amar y hacerte feliz desde el segundo uno como te merecías, pero no podía ser. Primero tenía que saldar mi deuda con el pasado. Quería que cuando me volvieras a ver encontraras un hombre nuevo, diferente, un hombre con el que quisieras pasar el resto de tu vida y que pudiera amarte como te mereces.

Durante el tiempo que estuvimos juntos fui feliz sin saberlo. Me prohibí serlo, traté de ocultarme que lo que sentía por ti era mucho más de lo que demostraba. Creo que me enamoré de ti desde el primer café al que me invitaste, ese día en el que la gente nos miraba raro y tú de manera resuelta me preguntaste de qué me gustaba la mermelada si de fresa o melocotón.

Sonríe con cariño por ese recuerdo.

En agosto fui al Congo, en concreto a Kivú, un área en la que se extrae el coltán. Fui allí porque mi padre estuvo trabajando en la zona como vicepresidente segundo de la empresa de tu familia. ¿Sorprendida?

Él estuvo trabajando en el Congo tratando de mejorar las condiciones de trabajo de la empresa a la que tu familia le compra el mineral, en el cuaderno tienes todos los datos.

Mis padres murieron hace hoy ocho años porque alguien cortó los frenos de su coche, tras una fiesta que tu familia había organizado en tu casa. Se estamparon contra un muro y murieron casi en el acto. Siempre supe que había ocurrido algo irregular en ese accidente y cuando estaba más cerca de hacer justicia Mónica, mi novia de entonces murió. Después de eso creo que puedes suponer qué pasó con mi vida, tú me conociste cuando lo único que hacía era pasearme por el pozo con un fondo oscuro y cruel en el que se convirtió mi vida hasta que tú apareciste.

Fuiste como un soplo de aire fresco en un día de calor abrasador, la lluvia del desierto y el motivo por el que esboqué mi primera sonrisa en cuatro años. Pero tienes que saber más.

*Recopilé pruebas. La primera que ves en la caja son las que consiguió mi padre cuando trabajaba en tu empresa, la esclavitud en la que vivían y viven los trabajadores del coltán le escamaban demasiado y quiso cambiar el mundo de esas personas. Las de más abajo son las que conseguí en el viaje al Congo que hice el mes pasado siguiendo los pasos de mi padre y las últimas del fondo las que prueban que tu madre fue quien mandó asesinar a mis padres. Las grabaciones de voz que hay en el *pen drive*, me las dio Mónica. Tu madre y ella fingieron que estaba muerta para arruinar mi vida. Después de la muerte de ellos contraté a un perito que me confirmó que el coche había sido manipulado y no habría tardado mucho en encontrar pruebas concluyentes de no haber sido porque el abogado que contraté me engañó y que Mónica fingió su muerte, lo que me sumió en una profunda depresión de la que no pude escapar.*

Te preguntaré por qué tu madre quiso matar a mis padres. No te puedo dar la respuesta a esa pregunta, sinceramente, no sé el porqué.

Ahora que tienes todas las pruebas, tienes el poder para hacer con ellas lo que quieras, destruirlas o ayudarme a hacer justicia. Cuando leas esta carta, mi cuenta con el pasado quedará definitivamente saldada.

Gracias por darme tanto amor durante casi tres años maravillosos. Solo espero que ahora seas capaz de perdonarme. No te voy a rogar una vez más que no te cases, si lo haces es que nuestra historia no merecía tener un final feliz. Ya puedo decirlo sin lugar a dudas.

Te amo.

Jon.

No sé qué pensar. Justo ahora cuando lo tenía más claro que mañana me caso, me encuentro con esto.

Empiezo a andar de un lado hacia otro del despacho exasperada. ¿Mi madre, asesina? ¿Régimen de esclavitud en el Congo por las minas del coltán que se usa para fabricar los productos de mi empresa? ¿La muerte fingida de Mónica? Pero ¿qué pesadilla es esta? ¡No quiero saber nada! No, no es verdad. Tiene que estar mintiendo como tantas otras veces. Si sabía todo desde casi el principio y siempre me ha mentado, ¿por qué esta vez iba a ser diferente? Si hubiera sido verdad, ¿me lo habría dicho! Pero con Jon no, con él siempre todo es imprevisible, caótico, una locura. ¿Acusar a mi madre de la muerte de sus padres? No la creo capaz. Necesito hablar con ella. No puede ser verdad, esto tiene que tener alguna explicación, pero antes... Antes tengo que guardar todo esto. No sé qué voy a hacer finalmente con el contenido de la caja, pero, por el momento guardarla bien. En el improbable caso de que Jon tenga razón, no puedo perder esto, aunque me duela con toda mi alma, mi madre tendría que pagar por ello si todo esto fuera verdad.

JON

Hoy se casa Laura y no es conmigo. No me creyó. No ha valido de nada el esfuerzo de estos meses. Al fin y al cabo había la posibilidad que ocurriera esto, solo que en mi fuero interno esperaba que después de ver la caja, viniera a buscarme diciendo que me perdonaba que me quería y que ojalá no fuera yo la persona que tuvo que sufrir tanto por la maldad de su madre.

Me siento ridículo. La última oportunidad que tuve con Laura fue la del día que se fue dando un portazo de mi oficina. El cristal del cuadro que se rompió fue la prueba que ya no tenía más oportunidades con ella, que todo había acabado para siempre. El único consuelo que me queda es que la parte más dolorosa de mi vida ya ha acabado con un tormento, el de perder a Laura. Sé que no encontraré a ninguna mujer como ella y que nadie estará a su altura, pero al menos sé que ella me amó de verdad. Si hubiera hecho las cosas bien, habría sido un “para siempre”, aunque no creo que tampoco se pudiera hacer mejor. De lo único que me arrepiento es de no haberle dicho cuando tuve oportunidad que la amaba. Ése ha sido mi gran pecado y por el que cumpliré la condena de su ausencia hasta el final de mis días. No volveré a cometer los errores del pasado. No voy a volver a caer en la espiral de autodestrucción en el que me sumí hace ocho años. Al menos los años han servido de algo.

Mañana me voy a San Sebastián. Necesito volver a mis orígenes, al País Vasco. Ni sé la de años que llevo sin pisar esas tierras verdes tan llenas de vida. Los mejores veranos de mi infancia los recuerdo en el antiguo caserío de mis abuelos. Era feliz subiendo por el monte, viendo como las gallinas ponían huevos, las vacas daban leche y corriendo detrás de los perros. Huían de mí. Los mejores días eran los que me iba con mis abuelos a la playa de la Cocha y pasábamos todo el día jugando con las olas. Cuando murieron, mis padres vendieron todo y dejamos de ir. Por eso necesito reencontrarme con esas sensaciones, subir al monte Igueldo, tratar de aclarar mis ideas, hacer *surf* y reponer las fuerzas que ahora no tengo.

Miro el reloj, son las ocho de la mañana del sábado que se casa Laura, no he sido capaz de conciliar el sueño y alguien está llamando de manera muy insistente a la puerta. Me espabilo ante la idea de que puede ser Laura quien lo esté haciendo. Salgo corriendo de la cama y abro la puerta lo más rápido que puedo sin mirar por la mirilla.

—¿Roberto? ¿Qué haces tú aquí? —veo que ya lleva puesto un traje y en una mano lleva una bolsa de ropa.

—¿En serio me lo preguntas? Pareces gilipollas. Vístete rápido y coge la maleta.

—Todavía no la tengo hecha.

—¡Pues espabila que tienes que impedir una boda!

—Roberto, ya te dije que no es buena idea, que si Laura no me ha llamado es porque va a seguir adelante con la boda.

—Déjate de excusas y sé un hombre de una vez. ¡Me harta que seas tan cagón! ¿En serio te vas a conformar con que Andrés se case con Laura y no vas a luchar por ella hasta el último segundo?

—Pero...

—Nada. Dúchate primero que hueles fatal. Ponte guapo y déjame las llaves de tu descapotable, ¿no pensarás que te dejaré que vayas a buscarla con el coche sucio?

—No.

—En diez minutos estoy aquí.

—De acuerdo, voy.

LAURA

Ayer, después de salir de la oficina, busqué a mi madre. Le conté todo lo de Jon y me negó todo, era falso, que más le valiera dejar las cosas como estaban o se querellaría contra él. No se esperaba algo así, se quedó blanca y empezó a tartamudear, después se enfadó y a continuación dijo que mejor olvidarlo. ¿Cómo olvidar que ha sido acusada de asesinato? No lo entiendo. No sé si es porque es demasiado buena o porque Jon tiene razón. En cualquier caso, no me voy a poner a averiguarlo ahora.

Andrés, me llamó hace un rato, me dijo que estaba muy nervioso y que aunque creía que verme podría ayudarle, prefería no tentar a la suerte. Colgó con un tierno te quiero que me hizo ponerme a llorar y que casi arruina el maquillaje, menos mal que Claudia, esa gran mujer que tengo por hermana pequeña, estaba preparada con un paquete de pañuelos en la mano.

—Vamos, hermanita, es hora de ponerte el vestido —susurra mientras coge un precioso vestido blanco roto con cuerpo de sirena que está colgado de la puerta.

—Sí, ya es hora —pasan unos minutos en los que me ayuda a enfundarme el traje, antes de que vuelve a hablar.

—Sé que no debería preguntarte esto ahora —dice mientras me sube la cremallera del vestido situada en la espalda—, pero ¿estás segura de lo que estás haciendo?

—Tienes razón, no deberías haberme hecho esa pregunta ahora —respondo cortante para tratar de convencerme a mí misma.

—Lo siento, no quería molestarte.

—Es mi culpa, Claudia, estoy muy nerviosa. Sigo teniendo dudas.

—Entonces no te cases.

—Ya es tarde, si he llegado hasta aquí tengo que hacerlo.

Nos quedamos calladas. Me arregla la cola del vestido y me abraza por la espalda.

—Gracias por haberme dejado que fuera yo la que te ponga el vestido y no mamá. Me hace mucha ilusión que me hayas dejado formar parte de un momento tan importante para ti.

—Muchas gracias a ti por querer hacerlo. Con ella habría acabado discutiendo como la otra vez, ya la conoces. Te quiero, pequeña.

—Y yo a ti. Estás preciosa. Este vestido se parece mucho a la idea de vestido que tenía para ti.

—Te saliste con la tuya —llaman a la puerta de la habitación.

—¡Un momento! —grita mi hermana. Estamos acabando, termina de arreglarme y me agarra de las manos para darme ánimo, debe ser papá. Abre la puerta.

—¿Roberto? ¿Qué haces tú aquí? —pregunto.

—Esa misma pregunta me la hizo Jon hace tres horas. Por favor, Claudia, ¿nos puedes dejar un momento a solas a tu hermana y a mí? Prometo que solo te la robaré dos minutos.

—Está bien —cede la pequeña de los Norton—. Pero daos prisa que Andrés acaba de salir hacia la iglesia y papá está al llegar —cierra la puerta.

—¿Por qué fuiste a ver a Jon?

—Esa no es la pregunta Laura. ¿No piensas hacer nada? ¿No te han bastado todas las pruebas que te ha estado mandando Jon estos días? ¿No ha servido saber que tu madre fue quien asesinó a sus padres?

—Ya veo que mi ex marido y tú os habéis hecho muy amigos. Me has defraudado.

—Quien lo ha hecho habéis sido vosotros dos. Jon por cobarde y tú por hipócrita.

—Si has venido a insultarme ya sabes donde está la puerta.

—Jon me pidió ayuda, desesperado. Fui yo quien le entregué la caja que te mandó ayer Jon. Ramón Artetxe (el padre de Jon) se la entregó al mío poco antes de morir, estaba seguro de que le iban a asesinar.

—¿Así que todo es verdad? ¿Jon no me ha mentado? —niega con la cabeza.

—No. Desde que te pidió el divorcio no ha hecho otra cosa que ser sincero contigo y alejarte de él ha sido la decisión más difícil de su vida. Está abajo esperándote en su descapotable de segunda mano que se compró para este día, para rescatarte de tu boda.

—¿Hablas en serio?

—No gano nada mintiéndote.

—¡Gracias, Roberto! —me abrazó a él apresuradamente— Y por cierto —digo cuando estoy a punto de salir—, no sigas con Verónica. No es una mujer para ti.

—Corre que te está esperando abajo. Tranquila, yo ahora voy a la iglesia explico todo.

—¡Gracias de nuevo! Diles de mi parte que me voy con el amor de mi vida y que les prometo que a la tercera irá la vencida —ahora sí salgo de casa de mis padres y a pesar de los tacones bajo corriendo por las escaleras. Me despido de Juan, el portero y veo a Jon con gafas de sol al fondo de mi calle apoyado sobre el descapotable. Está irresistiblemente guapo. Corro aún más deprisa y empiezo a gritar su nombre.

—¡Jon! ¡Jon! —sé que me ha oído cuando viene corriendo hacia a mí.

—¡Laura! —grita mi nombre desesperado.

Corre más deprisa que yo y el sol vuelve a brillar con tanta fuerza como el día que le conocí. Siento como mis pies apenas rozan el suelo y tengo una sensación parecida a la de estar flotando. Noto como el velo cede poco a poco hasta que finalmente cae al suelo, las costuras del vestido ceden y la goma que presiona mis piernas ahora me deja correr mejor. Chocamos con la gente, pero nada nos detiene, eso lo hace aún más épico.

No corremos lo suficientemente rápido, lo necesito ya aquí conmigo a mi lado, no voy a permitirle que nunca más se aleje de mí, sea por el motivo que sea. Le creo, claro que lo hago. Me he querido negar hasta el último momento por miedo a la verdad, porque eso implica aceptar que mi madre es una asesina y que Jon ha sido una víctima. Necesitaba una excusa para estar lejos de él y me amarré a la esperanza de que Jon me hubiera mentido de nuevo para hacer la locura que he estado a punto de hacer, casarme con otro hombre.

Jon me dijo la verdad y, aunque me duele, me siento profundamente aliviada porque por fin podremos estar juntos sin mentiras. No es el final más bonito que esperaba, pero sin duda es el mejor posible, el de Jon y yo otra vez juntos. Esta vez para siempre.

Un paso. Eso es lo que falta para que nuestros cuerpos se junten. Nos quedamos quietos inmóviles a una distancia imposible. Captando los detalles del otro. Llora al verle de nuevo y sé que es sincero. En sus ojos veo verdad, felicidad y un amor infinito que me pone la carne de gallina.

—Lo siento, Laura, perdóname por hacerte tanto daño, por no... —le interrumpo con un beso. Vuelvo a mi verdadero hogar cuando estoy entre sus brazos y su boca exigente recorre la mía. Mi cuerpo se pega al de él y comenzamos a dar vueltas hasta que al final acabamos contra una pared apoyados. Me acaricia por encima de la tela del vestido y noto como me quema la piel por donde pasa. Me agarro más fuerte a él para convencerme de que no estoy soñando, que es real, que está aquí y no se va a marchar nunca más.

—No me des más explicaciones, Jon. Lo sé todo y te creo. Solo lamento que hayas sido tú el que ha tenido que sufrir tanto para que llegara este día.

—Lau, lamento mucho haberte hecho tanto daño. ¿Ahora entiendes por qué no podía decirte nada?

—Ahora entiendo todo y créeme que lo siento. Voy a ayudarte.

—¿Y tu madre?

—Deja de pensar en mí y piensa en ti aunque sea por una vez. No le perdono todo el daño que te ha hecho, los crímenes de tus padres no pueden quedar impunes.

—Gracias, cariño. Te amo, Lau.

—Repítelo eso.

—¿El qué?

—Que me amas.

—Te amo, y prometo seguir diciéndotelo hasta que me muera y ni siquiera entonces podrán evitar que te lo siga diciendo. Ahora, vámonos, tengo que llevarte a un lugar.

—¿Vestida de novia?

—Tranquila. pararemos en un bar de carretera para que te cambies. Llevo tu ropa en el maletero.

—¿Mi ropa? —pregunto sorprendida.

—Roberto vino esta mañana para dos cosas. Una para preguntarme si iba a ser tan imbécil de no impedir tu boda y la segunda para darme una bolsa con tu ropa que había preparado tu hermana por si decidías no casarte con Andrés y venirte conmigo. Estaba segura de que vendrías conmigo.

—Lo estaba hasta yo.

—¿Y por qué no viniste a buscarme?

—No lo sé, supongo que por miedo a aceptar la realidad. Era más sencillo que tú fueras el culpable de todo.

—Pues de ahora en adelante te pido por favor que nunca más me tengas miedo. Te lo cambio por lo de decirte te amo hasta la eternidad.

—Trato hecho —le doy la mano para confirmar el pacto, tira de ella para pegarme a su cuerpo y besarme de nuevo, me coge en brazos y me lleva hasta el coche—.

Contigo me voy a donde sea.

—¿Qué te parece si empezamos por San Sebastián?

—¿De los Reyes? —bromeo. Me mira escéptico.

—Al País Vasco, a la playa de la Concha, a dar paseos por la orilla del mar, a comer *pintxos* y beber *txakoli*. Si estás a dieta, lo siento, hasta que no estemos gordos como vacas no volvemos.

—Acepto —me abre la puerta del coche y entro— con una condición.

—Me das miedo —finge una cara de horror mientras arranca el coche.

—Nada de móviles. Prohibido usarlos. Solo una vez al día, por la noche y no más de quince minutos.

—Lo que tú digas, jefa.

—Muy bien, veo que recuerdas las viejas costumbres. Creo que nos llevaremos bien.

—Sí, eso creo yo también.

JON

Conduzco por la carretera A1 dirección a San Sebastián. Por delante nos esperan unas semanas muy largas en las que vamos a recuperar el tiempo perdido. Aunque por mucho tiempo que pase nunca tendré suficiente de Laura, de mí, de los dos. Me da mucha rabia todo el tiempo que hemos pasado sin estar juntos, pero la muerte de mis padres era algo que tenía que resolver o no iba a poder formar una familia con Laura.

Está sentada en el asiento de al lado con la melena al viento. Aunque ha tenido la tentación de cubrirse la cabeza para no acabar con pelos de loca, la he convencido con que en unas horas estará aún más despeinada por un motivo diferente y que nadie se va a dar cuenta. Ha accedido.

Llevamos dos horas de viaje y creo que ya va siendo hora de que Laura se quite el vestido de novia de su no boda y se ponga ropa más normal. Lleva un rato que no para de moverse y debe ser porque le molesta.

—Voy a parar en el siguiente desvío de la carretera para que te cambies y estiremos las piernas. ¿Quieres que compre algo de comer?

—Vale, pero no tengo precisamente hambre de comida —susurra picarona y me muerde el lóbulo de la oreja—. Tengo hambre de ti.

Reduzco la velocidad y paro enfrente de un surtidor de gasolina, Laura aprovecha para bajarse del coche no sin dificultades y coge la maleta donde Claudia le guardó ropa para cambiarse. Cuando termino pago y aparco el coche mientras espero a que Laura salga del baño.

Incumplo la norma de no mirar el móvil nada más que una sola vez al día por la noche, me sorprende ver que tengo siete llamadas perdidas de Roberto, cuatro de Paul Norton y una de Claudia. Justo cuando voy a devolver la llamada a Roberto me vuelve a llamar Paul.

—Jon, soy Paul Norton, tenéis que volver —le oigo balbucear al otro lado de la línea.

—¿Qué pasa, Paul?

—Es mi mujer, Natalia. Se ha suicidado.

—¿Cómo? —pregunto con incredulidad. Veo cómo Laura sale del baño ajena a todo y se me cae el alma a los pies por tener que darle la noticia.

—¿Estás ahí, Jon?

—Sí, estoy aquí. Vamos para allá —corto la llamada de inmediato. Laura abre la puerta del descapotable y se preocupa al ver mi cara.

—Lau, tenemos que volver a Madrid.

—¿Qué? ¿Estás de broma? ¿Ya te has arrepentido?

—No, no es eso.

—Es tu madre, está en el hospital —no quiero decirle a Laura que su madre ya ha muerto. Sería demasiado duro para ella enterarse de golpe y prefiero que se vaya haciendo poco a poco a la idea.

—Espero que no sea una artimaña de mi madre para evitar que me vaya contigo.

—No lo es, Lau, tenemos que volver, cariño —me escruta tratando de encontrar el engaño y se viene abajo. Arranco el coche y volvemos a Madrid. Hace cinco minutos me sentía un hombre completamente feliz y ahora... Mejor me concentro en la carretera y no me planteo más cosas.

LAURA

Me bajo del coche casi en marcha. Jon me ha dicho que mi madre está muy grave y que tenemos que venir al hospital a verla. Al principio no le he creído, pero cuando lo he visto tan compungido he sido consciente de que no estaba mintiendo. Teníamos que volver.

Entro en la recepción y pregunto por la habitación de mi madre:

—Buenas tardes, señorita, pregunto por la habitación en la que está Natalia Gómez, ¿sabe dónde está?

—Tiene que subir a la segunda planta.

—Gracias —grito mientras me dirijo a la escalera del fondo del pasillo, subo los escalones de tres en tres y en la puerta veo a mi padre llorando abrazado a mi hermana que va vestida de negro.

—¿Qué ha pasado? —pregunto negar la realidad.

—¿Dónde está mamá?

—Hija —mi padre traga saliva con dificultad—. Tu madre...

—Mamá se ha suicidado —me desmayo. Unos brazos fuertes me sostienen y evitan que me caiga al suelo. Cuando recobro un poco la consciencia reconozco el olor de Jon que me abraza fuertemente. Me agarro a su cuello y lloro desconsolada—. ¡Dime que no, Jon! Cuéntame la verdad. Es una broma, ¿no es cierto?

—Lau...

—Mamá —lloro con más fuerza—, mamá, ¿por qué? ¿Por qué has hecho esto? Quiero verla, dejarme entrar, necesito despedirme de ella y darle el último beso.

—He hecho todo lo que he podido. Cuando la he visto desnuda en la bañera con los cortes en las muñecas he llamado a la ambulancia y he tratado de taponar sus heridas. Ha sido inútil. No he podido hacer nada por salvarla. Lo siento, hijas, os he fallado. Vuestra madre no está por mi culpa. Tendría que haber derribado la puerta abajo cuando me di cuenta de que no estaba tumbada en la cama a mi lado.

—Papá, no ha sido tu culpa —llora mi hermana.

—Sí lo ha sido, no he llegado a tiempo. Si me hubiera despertado antes.

—No podías hacer nada.

—Justo antes de morir me pidió que os diera estas cartas —saca tres sobres del interior de su chaqueta—. Nos ha dejado una para cada uno.

—No puedo leerla —niega Claudia. No puedo.

—Tenéis que hacerlo, hijas. Me rogó que lo hicierais hoy.

—Jon, por favor lee la mía, no soy capaz de leerla ahora.

—No, cariño, tienes que leerla tú.

—Está bien —cedo—. ¿Puedes venir conmigo?

—Claro —me da un beso en el pelo y me abraza muy fuerte—. Ojalá no tuvieras que pasar por esto. Ojalá no fueras tú la que sufriera tanto —con sus últimas palabras, lloro desconsoladamente en su pecho. A pesar de que mi madre fue quien mató a sus padres, Jon me acompaña para no estar sola con mi dolor y me ofrece el consuelo que necesito. Ahora entiendo por todo lo que tuvo que pasar él. Abro el sobre con cuidado y trato de encontrar el olor de la mujer que me dio la vida. Trato de encontrar a la mujer que recuerdo y no a la mujer que he descubierto en estos últimos dos días.

Querida hija, déjame un último capricho, poner título a estas últimas líneas que escribo: ahora que ya no estoy.

Repaso mi vida y veo que no he sido precisamente una mujer ejemplar, quizás con vosotras sí he sido buena madre, pero no lo he sido para nadie más.

Mi egoísmo y mi incapacidad para sentir empatía por nadie más que por mí misma me ha llevado hasta aquí. Maté por envidia, engañé por rabia y traté de manteneros a mi lado por miedo. He sido una egoísta toda mi vida.

He intentado reprimir estos impulsos irrefrenables tendientes hacia el egoísmo. Me he llegado a sentir horriblemente mal tras cada uno de mis errores, pero nunca he sido capaz de cambiar, de dejar de sentir eso que sentía. Mi naturaleza siempre ha tendido a la maldad. Ojalá hubiera sido de otra manera. Por eso, para no contaminar más el mundo y para que no tengáis ni tu hermana, ni tu padre, ni tú que pasar la vergüenza de ver a vuestra madre entre rejas he decidido acelerar un poco el curso de los acontecimientos. He decidido suicidarme.

Siempre he sabido que si llegaba un momento como éste, en el que las cartas estarían sobre la mesa, pondría fin a mi vida. Cuando el impacto de mi muerte pase, nadie os señalará por ser la hija de una asesina y Jon y tú podréis vivir vuestro amor sin que él tenga que ver en mí a la mujer que le arrebató a lo que más quería: sus padres.

No quiero que me entiendas y mucho menos que me justifiques. Me merezco este final, creo que la vida ha sido demasiado generosa conmigo al dejarme vivir durante cincuenta y nueve años, me merecía muchos menos.

Me arrepentí de haber matado a los padres de Jon, pero una vez hecho, me aterrorizaba ir a la cárcel. Por eso pagué a Mónica a cambio de su silencio. Por eso perseguí a Jon, por eso os tuve vigilados, porque sabía que si Jon y tú volvíais a estar juntos en algún momento, él te contaría todo. Durante vuestro matrimonio él no diría nada, estaba demasiado cegado apuntando su ira contra tu padre y contra los demás, dando palos de ciego en busca de la verdad. Mientras él siguiera pensando que fue Paul quien mató a sus padres y no yo, no suponía ningún peligro para mí, por eso me interesaba tanto vuestro matrimonio, para tenerle controlado.

Nadie merece morir y mucho menos de la manera que lo hicieron Ramón Artexe y Ángela Torres, los padres de Jon, pero no pude evitar encapricharme de Ramón en cuanto lo vi por primera vez. Traté de seducirle y me llegué a inventar miles de excusas para estar cerca de él. Jamás se fijó en mí. Para él no era más que una compañera de trabajo, estaba demasiado enamorado de Ángela y eso supuso un problema que no terminaba de aceptar. Decidí matarle cuando averigué demasiado sobre los negocios de África y cuando me amenazó con denunciarme ante la policía por acoso. Si no era mío, no iba a ser de nadie.

Pagué a Mónica a cambio de silencio con el fin de que Jon acabara como acabó. No me esperaba que tú, Laura, te enamoraras de él, te casaras, te divorciarás, dejaras a Andrés plantado en el altar y volvieras con Jon, el amor de tu vida. Me costó mucho reconocerlo, pero te ama de verdad. Cuando lo trajiste a casa por primera vez, vi que le atraías. Con el transcurso de los meses te empezó a querer y vi como lo que él sentía por ti se fortalecía día a día. En el juicio me convencí de que estaba enamorado de ti. Por más que trató y casi consiguió engañar a todos, no era muy difícil ver cómo detrás de ese disfraz de hombre triunfador se encontraba un hombre enamorado que no había sido capaz de olvidar su pasado.

Pero el amor, cuando es puro, cuando es sincero, siempre triunfa.

Puedes buscar más, pero no encontrarás nada, ésta es toda la verdad.

Lucha por tu felicidad y la de Jon, es buen chico y muy a mi pesar te ama con locura. Cuida de tu hermana y de tu padre, es el momento de que volvíais a ser una familia de verdad y no solo una de portada de revista.

Trata de irte a la cama todas las noches muy orgullosa de todo lo que hagas, no te vayas a dormir sin haber arreglado las cosas con Jon si habéis discutido y sobre todo, perdónate por todo lo que hagas. La vida es prueba y error. Sigue mirando al mundo como lo miras y no te parezcas nunca en nada a mí.

No me siento digna de pedirte nada, pero sí de decirte por última vez que lo siento, que estoy muy orgullosa de ti y que te admiro por la mujer que eres. Te deseo toda la felicidad posible y que algún día, si puedes, llegues a perdonarme.

Te quiere.

Tu madre.

—¡Mamá! —suelto un quejido amargo, me abrazo a Jon y me dejo caer sobre él. No puedo con esto, siento unas inmensas ganas de morirme, de desaparecer.

JON

Hoy es el día del entierro de Natalia. Ironías del destino, la familia de Laura tiene un panteón en el mismo cementerio en el que están enterrados mis padres. Durante los cinco años que estuve viviendo en la calle no me atreví a ir a visitarles por la vergüenza que sentía por haber llegado a la situación en la que me encontraba. Volví al campo santo el día que empecé a trabajar en la pastelería. Por fin había cerrado la etapa de autodestrucción en la que me sumí con sus muertes y volvía a ser un hombre que se enfrentaba a la vida de frente y no huía de los problemas. Ya podía volver a mirar la lápida de mis padres sin sentirme un desgraciado. El dolor por su ausencia, aunque no habían desaparecido, era menos intenso y creo que fue entonces cuando empecé a perdonarme.

Laura está muy triste por lo de su madre, fuerza sonrisas y no se derrumba conmigo. Con su hermana y su padre es diferente. Cree que en el fondo era buena persona y que lo hizo porque en ese momento no era capaz de ver más alternativas. Probablemente fuera así, pero pienso que siempre hay una opción de actuar diferente y que si realmente no quería hacer daño podría no haberlo hecho.

Soy incapaz de alegrarme por la muerte de Natalia, creía que si algún día llegaba este momento iba a sentir una inmensa paz porque por fin se hubiera hecho justicia y que por una vez “los malos” también hubieran acabado mal, pero no me siento así. Con su muerte siento que ya no hay nada más que hacer, que ya las cosas están en su lugar, por fin ahora sí ya ha acabado todo. La venganza no me dio la felicidad, me convirtió en un ser desgraciado y mezquino, pero siempre, hasta los más sinvergüenzas, tienen posibilidad de redimirse teniendo a la persona adecuada a su lado y es así como me siento.

Faltan pocos minutos para que empiece la misa por la muerte de Natalia para después enterrar su féretro. Preferiría no tener que estar presente en el momento que ensalcen su figura y la recuerden como alguien que no fue, pero por Laura voy a entrar. Lo haré al menos unos minutos. No sé si seré capaz de estar durante todo el oficio dentro.

—Jon, si no quieres entrar o prefieres esperarme fuera del cementerio, lo entiendo, me imagino lo doloroso que tiene que ser para ti esta situación.

—No te preocupes. Estaré bien.

—No tienes por qué hacer esto, ella...

—Lo sé, Laura, sé que fue quien mató a mis padres, pero era tu madre y lo voy a hacer —le sonrío para que se tranquilice—. Si necesito salir, lo haré, no te preocupes.

—Gracias, Jon.

—No es nada, cariño —le doy un tierno beso en la mejilla y salimos del coche.

Fuera nos están esperando Claudia, Paul, Roberto, la pelirroja que le fue a buscar al aeropuerto del viaje al Congo, Andrés, Patricia y también está Mónica, aunque algo apartada del grupo, mirando muy interesada el móvil. Nadie sabe quién es esa morena de pelo corto.

—Hijo, eres un gran hombre, estar con nosotros después de todo el daño que te hizo Natalia, es un acto de amor incomparable.

—No te preocupes, Paul, es lo menos que puedo hacer por vosotros, siempre me habéis ayudado.

—Roberto, ¿qué tal amigo? —le abrazo.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Estoy —respondo en un susurro—. No es fácil estar aquí en el entierro de la asesina de mis padres. Aunque siento que les estoy traicionando, hay algo que me dice que mi sitio está con Laura y con vosotros.

—¿La morena ésa es Mónica?

—Sí.

—¿Qué está haciendo aquí?

—No lo sé, voy a hablar con ella.

Me alejo del grupo y empiezo a andar hacia Mónica que al igual que antes, está mirando el móvil.

—¡Espera! —me pide Laura cuando estoy a pocos pasos llegar a ella, se percata de nuestra presencia, deja de mirar el móvil y lo guarda en el bolso.

—Hola —saludo a Mónica. No le doy dos besos, me limito a ser correcto, tengo curiosidad por saber qué está haciendo aquí—. Te presento a Laura.

—Sí, sé quién eres, tu madre me habló mucho de ti —Laura la mira con desprecio, Mónica dubitativa.

—A mí Jon también me ha hablado de ti, aunque poco y nada bueno de los últimos tiempos.

—No es para menos, tiene motivos para ello. Ahora que estáis aquí los dos —junta la mano de Laura y la mía—. Así mejor —sonríe satisfecha. Laura y yo nos miramos sorprendidos. Estoy convencido de que está loca, pero no en sentido figurado, sino que tiene un problema mental grave—. Quiero pedirlos perdón. Sé que llega demasiado tarde.

—Ocho años tarde —apunto

—Ocho —remarca Laura.

—Lamento mucho el daño que os he hecho. Ya no puede repararse. Aun así, os deseo todo lo mejor. Estoy convencida de que una vez que acabe este episodio tan amargo de vuestra vida, os espera una vida llena de felicidad y espero que sea así de todo corazón.

—No te creo, Mónica —digo

—Yo tampoco.

—Nadie se merece más que vosotros que la vida os vaya bien y que cumpláis todos vuestros sueños.

—Vete, Mónica, no haces nada aquí.

—Sí hago, pedirlos perdón antes de irme. Dentro de dos días me voy de misión a Sudamérica.

—Que te vaya bien —le digo—. Si he sido capaz de perdonar a Natalia, a ti también lo haré. Espero que reconduzcas tu vida y que algún día vuelvas a ser esa chica vital, alegre y cariñosa que conocí. No desperdices la segunda oportunidad que te da la vida.

—Me gustaría tener algo que perdonarte para poder sentir algo distinto a la indiferencia —interviene Laura—. Que te vaya bien. Una cosa más, si entras en la iglesia, por favor, quédate donde no podamos verte ninguno de los dos.

—De acuerdo —asiente Mónica mientras. Nos damos la vuelta y nos vamos con la certeza de que nunca más la volveremos a ver.

Unos minutos después de la misa, entierran el féretro de Natalia. Ha llegado más gente que no ha querido entrar en la iglesia y está directamente alrededor del nicho. Hay varias coronas de flores en torno a él, uno de ellas es el de Paul y sus hijas. También hay de amigos y familiares que han querido expresar su cariño y su gratitud hacia ella y su familia. De mi parte no hay nada, sería demasiado hipócrita. Los tíos de Laura han contratado a un cantante de góspel para que cante la canción favorita de Natalia, aguanto como puedo. Cada uno de los presentes deja una flor encima de la caja en la que reposa el cuerpo de Natalia y yo me guardo la mía y otra más para dos personas muy diferentes. Se la pondré en la tumba de mis padres. Ellos sí que se merecen el cariño.

Finalmente, unos operarios tapan la tumba con una pesada losa de granito y todos allí reunidos salimos del panteón familiar. Amigos y familiares de la familia Norton se despiden de nosotros, abrazándonos y deseando que nos repongamos pronto de la pérdida. Llega la hora de llevar a Laura a ver a mis padres.

—¿Vienes conmigo, Laura?

—Sí, claro, ¿a dónde vamos?

—Puede que no sea el mejor momento, pero quiero que vayamos a ver a mis padres, están enterrados en este mismo cementerio.

—Claro, vamos —sonríe débilmente y se agarra a mi brazo. Incluso ahora dibuja una sonrisa para hacerme sentir bien. ¡Cómo amo a esta mujer! Paso mi brazo por encima de su hombro y vamos a verles.

Jon lleva unos días muy misterioso. Hace tres días que volvimos de San Sebastián, después de haber estado tres meses viviendo allí en una casa que alquilaban al lado de la que fue de su abuela. Han sido unos meses maravillosos en los que hemos visitado las tres provincias vascas y también el sur de Francia, aunque sobre todo lo que hemos hecho ha sido beber *txakoli* hasta acabar borrachos, comer *pintxos* hasta caer redondos y recuperar el tiempo perdido. Tuvimos que anunciar en la prensa nuestra reconciliación, dimos un par de entrevistas, tres o cuatro posados pactados y el dinero que nos pagaron lo hemos destinado a causas benéficas en el Congo.

En cuanto a la empresa familiar, mi padre despidió de manera fulminante a varios directivos que estaban al tanto del tema de las condiciones de los trabajadores en el Congo. No sabía nada. Como director general y principal accionista su función estaba dirigida al contacto con diferentes empresas del sector, pautar la dirección del negocio y abrir camino a la empresa en los nuevos mercados emergentes.

Hace dos días mi padre le dio una noticia a Jon: ya han empezado las obras en Kivú para construir una escuela para los hijos de los trabajadores de la mina que se va a llamar “Ramón Artetxe”. Un bonito homenaje, que Jon agradeció mucho, en el que ya ha empezado a trabajar. Tiene literalmente inundado el salón de nuestra casa lleno de planos y de libros de texto para que los niños estudien. Él se quiere encargar personalmente de la financiación de la escuela, elegir al profesorado y hasta le ha pedido ayuda a Roberto para que le aconseje acerca de cómo crear una fundación.

Por mi parte, Jon me ha ofrecido que trabaje con él en su empresa. La oferta es tentadora y aunque me lo estoy pensando, no quiero que nos traigamos los problemas del trabajo a casa. Por eso la voy a rechazar.

Respecto a mi hermana Claudia, es la que peor lo está pasando con la muerte de mi madre. Ella y papá se han unido mucho y ya son capaces de reír sin llorar a continuación. Yo estoy con ellos todo lo que puedo. Si bien es cierto que también la echo mucho menos, mi dolor es diferente: en él hay cierto grado de reproche y de decepción. Eligió el camino rápido (quitarse de en medio) y eso no ha arreglado nada, solo ha dejado más dolor y una pérdida irreparable. Estoy convencida de que ella no era mala, sino que reaccionó de la peor manera que podía hacerlo ante los acontecimientos. Aun así, eso no impide que la querré hasta el final de mis días y siempre seguiré echando de menos a la mujer que yo conocí: cariñosa, tierna, buena madre... Supongo que tengo que seguir hacia adelante y concentrar mis energías en ser feliz.

Hemos quedado con unos amigos de Jon para comer a las dos en un restaurante del centro, pero antes queremos hacer algo de turismo. Por eso, a pesar de que son las diez de la mañana, ya estoy arreglada para la comida. Me he puesto un sencillo vestido rosa de tirantes anchos y escote en pico que ajusta debajo del pecho y cae suavemente por mis caderas. Estos tres meses he cogido unos kilos y a este paso, más que voy a engordar.

Salimos al garaje y elige mi coche para ir al centro. Es más fácil de aparcar y aunque no quiera reconocerlo mi *mini* le encanta.

Jon, como siempre, está impresionante. Lleva puestos mis vaqueros favoritos, una camisa blanca con los dos botones de arriba desabrochados, una americana gris que le remarca unos brazos fuertes que todas las noches me encargo de arañar convenientemente y el perfume que le regalé las pasadas navidades.

No sabía que se podían hacer tantas cosas en un año. Estábamos casados, nos divorciamos, hizo que le odiara, me volvió a enamorar de nuevo, impidió mi boda con Andrés y vivimos unos meses maravillosos de viaje. Le acarició la cara y pega su cara a la palma de mi mano que rasca suavemente con su barba. El mejor tacto es el suyo.

—Jon, creo que te has equivocado, la calle más cercana al Palacio Real era ésa —digo mientras veo que subimos por la Cuesta de San Vicente en dirección a Gran Vía.

—Tienes razón. A ver si en la siguiente puedo girar.

—Cariño, te acabas de pasar otra calle.

—¿No has visto al todo terreno que iba por la derecha? He intentado cambiarme de carril y no me ha dejado.

—Jon, te acabas de pasar otra calle —llegamos a Callao y veo que pasa de largo en dirección a Cibeles.

—Ha sido el autobús que se ha picado conmigo. Oye, ya que estamos aquí, ¿por qué no vamos entonces mejor al Museo del Ferrocarril? —mira concentrado el semáforo esperando a que se cambie a verde.

—Vale, buena idea, yo nunca he estado.

—Ni yo.

—¿Qué haces, cielo? ¡Te has vuelto a pasar! Atocha queda hacia la derecha y no hacia a la izquierda.

—¿Y si vamos mejor al arqueológico? Ya sabes me encanta ver palitos y frascos del Paleolítico.

—¿Dirás huesos, cuencos...? ¡Además en el Paleolítico no tenían cuencos! —afirmo aventurándome a decir algo que no sé si es real.

—Mira, mejor aparco en tu calle y de ahí vamos andando al museo de cera.

—Cariño, ¿estás bien? Me has cambiado de planes cuatro veces —cuando creo que entiendo a mi hombre, me confunde de nuevo.

—Claro, es que me gusta improvisar —se defiende.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

—Eso espero. Tú a mí tampoco dejas de hacerlo, preciosa —y así es cómo últimamente Jon y yo arreglamos nuestros conatos de discusión, un par de palabras bonitas y ya vuelven las mariposas a mi estómago.

Deja aparcado el coche en mi calle (en esto no ha cambiado de opinión) y callejamos hasta que llegamos a la calle Serrano pasamos justo por su esquina y se para en seco tocándose la chaqueta de manera apresurada. Mientras busca lo que quiera que esté haciendo, me distraigo y me fijo en que nadie ha ocupado su lugar. De repente vuelvo a sentir esa sensación mágica del día que me dijo *hola* por primera vez. Aunque estamos en diciembre de nuevo hace sol, de nuevo el viento acaba de parar y me vuelvo a perder en esa mirada en la que llevo perdiéndome más tres de años.

Se acerca y me mira de frente, acaricia con sus pulgares mis mejillas. Tiemblo de emoción

—Laura, no es casualidad que te haya traído hasta aquí.

—Ya me parecía raro que dudarás tanto.

—Hace cuatro años nos conocimos en este mismo lugar. Tú me miraste, yo te dije “gracias” y mi vida empezó a cambiar de nuevo, esta vez para bien. Cuando te vi, pensé que eras la mujer más bonita que había visto en mi vida. Tu nerviosismo y la manera en la que luchabas por ser correcta, sin dejar de ser tú me conquistó al instante. En esta misma esquina empezó todo y en este mismo lugar quiero que nuestra vida de otro nuevo cambio —se agacha y saca del bolsillo de su abrigo una cajita azul oscura en él hay un precioso anillo con un cuarzo rosa circular con formas romboidales y diamantes a su alrededor—¿Te quieres casar conmigo?

—¡Sí! —le abrazo, me coge en volandas, empezamos a dar vueltas y me apoya ligeramente contra la pared para profundizar el beso. Nuestro segundo primer beso después de pedirme que me case con él. Esta vez no hay una petición formal, ni un momento encorsetado como la otra vez. Esta vez es natural.

—No estaba seguro de que me fueras a decir que sí esta vez. La primera vez fui un desastre como marido.

—No podría decirte que no, Jon. Contigo siempre es sí. ¡Sí quiero casarme contigo! Sí quiero despertarme cada mañana tu lado. ¡Sí, sí y sí! ¿Sabes? Si no hubiera ocurrido lo que ocurrió el día de mi “no boda” con Andrés, te habría convencido para que nos casáramos en el primer pueblo perdido que tuviera un cura dispuesto a casarnos sin papeles, sin testigos y sin nada, solos tú y yo.

—Estás loca —me pellizca suavemente la nariz mientras me abraza y me aprieta contra él. Ahora quiero que sepas por qué el anillo es así. El centro es de cuarzo porque refleja lo que somos, un montón de pedazos de otros materiales (otras circunstancias) que se han juntado que forman un cuerpo duro y resistente (nuestra pareja). Si te fijas, está hecho de pequeños trozos romboidales porque, aunque no seamos perfectos, juntos lo somos. Los diamantes representan a nuestro amor, ése

que será más fuerte que ningún otro material y también nuestro futuro, porque no dudo que nos espera un futuro lleno de cosas buenas. Tú eres la mejor de todas y aunque quizás no sea el anillo más bonito del mundo, es único. Hice el diseño y encargué a un orfebre que lo hiciera para ti.

—¡Es precioso! No podrías haber escogido uno mejor. Gracias por hacerme la mujer más feliz del mundo. Y ahora, ¿vienes conmigo?

—¿A dónde me llevas?

—Ahora lo verás.

Empezamos a andar hacia Retiro, la puerta de Alcalá aparece imponente ante nosotros y cruzamos la calle en dirección al parque. Estamos muy felices. Jon ha insistido en que la mejor manera que existe en el mundo de andar es abrazándome desde atrás e ir andando a paso pato para no caernos.

—Lau, ¿es cosa mía o has engordado estos tres meses?

—¿Cómo? —pregunto. Él también ha engordado, pero no quiero decirselo para no molestarle.

—Era broma.

—Mira que me arrepiento y no me caso contigo.

—¡Hazlo! —suspiro cansada, este hombre es imposible.

—Vamos.

Entramos al segundo lugar que ha marcado nuestra relación, el parque del Retiro. Este era el lugar al que supuestamente venía a leer, al que efectivamente lo hacíamos cuando íbamos a casa de mis padres a comer los sábados y donde hubo el casi beso más deseado de la humanidad. Contra todo pronóstico dos personas totalmente diferentes, acabaron enamorándose y nuestra relación funcionó.

Nos cruzamos con unas mujeres. Parecen familia. Creo que son una abuela, madre e hija que nos sonríen satisfechas y oigo cómo dice la mujer mayor a su nieta.

—Me tienes que prestar un libro de esos tuyos para leer.

—Mamá, que tú ya no estás en edad...

—Abuela, si yo solo leo literatura romántica.

—Pues de esos, de esos quiero.

Seguimos andando por el paseo rodeado de árboles a los lados como el día de nuestra primera cita y al igual que aquel día vamos hacia las escaleras que dan al estanque. Sigue haciendo un día muy agradable y estoy nerviosa, tengo que darle una noticia. Nos sentamos en la escalera y antes de tocar el suelo me levanto y miro directamente los ojos de Jon.

—Lau, ¿estás bien? Tienes mala cara...

—Sí, solo que, Jon, quiero casarme contigo, pero vamos a tener que esperar.

—¿Por qué?

—¡Estoy embarazada! Tenías razón estoy más gordita.

—¿En serio?

—¡Sí!

—Vas a ser papá —al escuchar la última palabra por fin reacciona y se levanta con ímpetu, cambia de opinión se agacha y le da un beso a mi barriga para después empezar a hablarle.

—Hola, bebé, soy tu padre, encantado de que estés ahí, agárrate fuerte a mami y no le des muchos antojos que, aunque no la conoces todavía, con la excusa de estar embarazada es capaz de pedirme *sushi* de salmón recién pescado a las tres de la mañana...

—¿Qué haces, Jon? —levanto su cabeza.

—Tener la primera conversación con mi bebé.

—No te escucha.

—Me da igual. Como te iba diciendo, garbancito, me vas a impedir que me case pronto con tu madre, pero ya sabes a quién le toca llevar las arras.

Me guiña un ojo y da un tierno beso a mi vientre todavía plano, se levanta y me mira con unos profundos ojos llenos de amor.

—Bienvenida al resto de tu vida. Pienso hacerte feliz todos los días. Quiero que nos desgastemos los labios de tanto besarlos, que nos salgan arrugas de tanto reír.

Quiero una casa grande con dos perros, un gato y niños, muchos niños. Quiero una vida contigo porque una vida sin ti es estar muerto en vida, porque no verte todos los días fue la peor de las cegueras. Porque adoro tu risa y admiro cada átomo de ti. Porque las palabras del diccionario para decirte que te amo son insuficientes y tendremos que escribir el nuestro para que un día alguien pueda escribir una historia que hable de ti y de mí. Te amo.

FIN

Agradecimientos

A ti que has leído la novela por darle una oportunidad. Espero que te haya gustado tanto como yo he disfrutado escribiéndola porque en ese caso te habrá gustado mucho.

Quiero agradecer a mi familia, especialmente a mi madre y a mi abuela. La primera porque fue una lectora cero implacable y a mi abuela porque fue ella quien me inculcó el placer de leer. Aunque ahora ya no, verla siempre con un libro entre las manos me animó a convertirme en adicta a un placer muy sano, el de la lectura.

En verano devoraba novelas románticas y gracias a Álex (o señor romaticón) me hice un blog: romanticon.es. Era cuestión de tiempo que conociera a autores: Alexandra Manzanares, Norma Estrella (que además es traductora de mi novela favorita de literatura romántica extranjera), José de la Rosa, Tessa C. Martín. Permittedme un recuerdo especialmente cariñoso hacia Maribel por sus correcciones tan sabias y a mi queridísima Dona Ter. Ella ha sido quien siempre ha estado presente, incluso antes de que la idea de esta historia empezara. Gracias por ser la primera lectora cero ¿tres, o eran cuatro? veces seguidas.

No me puedo olvidar de mi familia bloguera: Chema del lector que llevas dentro, Lorena (con dos enes) de los libros de Lorena, a Mel de la biblioteca de Bella, Fany de mis libros y otras historias que me gustan, millones de gracias por todo vuestro apoyo.

Tampoco de mis amigos, que han aguantado mis ataques de locura, mi verborrea continúa sobre esta historia y los *spoilers*. Espero que hayáis encontrado algo nuevo que no os haya contado antes.

La corrección de esta novela ha sido a cargo de Alejandro de Cea, gracias por ser el mejor amigo y corrector que podría tener, por tu paciencia infinita con los trescientos mil correos que te he enviado con cambios y por no haberme matado en la última galerada, tú ya me entiendes.

A Álex, porque si alguien ha sufrido aguantándome durante este año y dos meses con la idea de esta novela has sido tú, mi amigo, mi pareja, mi todo.

Muchas gracias a todos.

Sobre la autora



Beatriz Gant (Madrid, 1989), es graduada en Derecho, con un máster en asesoría jurídica de empresas y máster de acceso a la profesión de abogado. Además de leer y escribir romántica en sus ratos libres es editora del blog romanticon.es. Podrás encontrar más información sobre la autora en:

www.facebook.com/beatrizgant

www.facebook.com/blogromanticon

Twitter: [@beatriz_gant](https://twitter.com/beatriz_gant)

www.romanticon.es

Opiniones de blogs:

¿El amor puede ser fruto de una venganza?

Una novela de amor que consigue transmitir los sentimientos de los protagonistas, la pasión y la ira están presentes en el camino. No podrás despegarte de sus páginas.

Acción, amor, pero sobretodo realidad.

«Los libros de Lorenn»

-
- [\[1\]](#) Interpretada por The Weather Girls, Columbia Records.
 - [\[2\]](#) Artista Raúl, álbum sueño su boca, año 2000. Sello discográfico Horus.
 - [\[3\]](#) Artista Peseza. Álbum: animales, año 2005. Producido por Nigel Walker.
 - [\[4\]](#) Adiós, en vascuence.
 - [\[5\]](#) Hola, en el mismo idioma.
 - [\[6\]](#) Interpretada por Frank Sinatra. Productora: Decca Records.
 - [\[7\]](#) Dir: Lasse Hallström. Productora Sony Pictures
 - [\[8\]](#) Dir: Richard LaGravenese. Productora: Film Affinity
 - [\[9\]](#) Dir: Alejandro Agresti. Productora: Vertigo Entertainment
 - [\[10\]](#) Dir: John Singleton. Productora: Universal pictures.
 - [\[11\]](#) Director: Paul Weiland. Productora Columbia Pictures, año 2008
 - [\[12\]](#) Dir: Donald Petrie, producida por Paramount Pictures. Año 2003
 - [\[13\]](#) Dir. McG. Producida por: Twenty Century Fox. Año 2012
 - [\[14\]](#) Artista Macaco. Álbum: historias tattooadas. 2015 Sony Music Entertainment España, S.L.